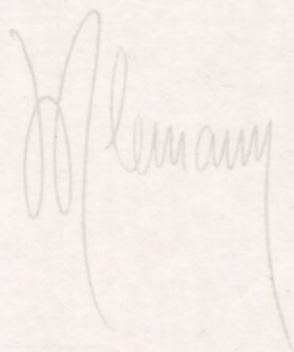


Luis Alemany

Los puercos de Circe



BIBLIOTECA BASICA CANARIA

51

LOS PUERCOS DE CIRCE

Edición de Antonio Alonso



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso
Juan Jesús Armas Marcelo
Joaquín Artiles
Luis León Barreto
Sebastián de la Nuez
Pablo Quintana
Jorge Rodríguez Padrón
Lázaro Santana
Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly
Mireya Jiménez Jaén

Luis Alemany

LOS PUERCOS DE CIRCE

Islas Canarias
1989

© Para la introducción **Antonio Alonso**

© Para el texto **Luis Alemany**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-10-5.

Depósito Legal: M. 17.757-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	9
LOS PUERCOS DE CIRCE	21
1	31
Primer intervalo	107
2	115
Segundo intervalo	207
3, 4, 5, 6...	217
Último intervalo	293
Epílogo	301

INTRODUCCIÓN

Alboreando la década de los setenta, irrumpe de manera súbita en el panorama narrativo canario un grupo de escritores con un puñado de novelas y en un corto espacio de tiempo, hecho que por sí solo constituye un fenómeno insólito en nuestro ámbito cultural.

Las primeras reacciones suscitadas oscilaron entre la sorpresa, la perplejidad y una manifiesta confusión, y desde ahí a valoraciones tópicas, juicios entusiastas y generalizaciones triviales. Incluso hubo quienes pensaron que por fin se despejaba el camino para la redención de nuestra cultura literaria.

Tres lustros más tarde aún perviven las secuelas diluidas de aquellas actitudes primerizas y la carencia de una interpretación fiable que deslinde claramente aportaciones y carencias de lo ocurrido y, sobre todo, el engarce que debe tener con la literatura y el pensamiento literario en general.

La claridad con que ahora podemos deslindar el fenómeno nos permite verter afirmaciones sin ningún tipo de duda. Ninguno de aquellos escritores partía de un proyecto literario que excediera del momento concreto en que escribía, y para probarlo basta seguir la estela de su obra posterior. Menos aún compartían las mismas intenciones, parejos objetivos o similares pretensiones, y del cotejo con las diferentes obras se infiere su disimilitud. Lo que no excluye la verdad de aquel juicio según el cual en todos subyacía: "la isla, las islas, como preocupación", con el que algún

comentarista divulgó su, al parecer, más trascendente objetivo.

Ahora bien, si escrutamos mínimamente percibimos unas pocas notas comunes a todos. Proviene de un sector bastante homogéneo de la pequeña burguesía; se formaron al calor y amparo de la Universidad —curiosamente cuando se producían los embates del sesenta y ocho que entre nosotros se sintieron casi como un eco lejano—; a todos les preocupó el entorno y, por ello, ejercieron tempranamente labores periodísticas o dedicaron atención al teatro y todos rechazaron la asfixia social y miseria cultural del tardo-franquismo o, lo que viene a ser lo mismo, siguieron la línea del progresismo intelectual de nuestras islas.

También es evidente que la guerra y sus secuelas inmediatas no centralizaban su quehacer o, por lo menos, no la utilizaron como soporte de explicaciones últimas.

Esta apretada gavilla de datos sirve para extraer algún apunte clarificador. Fue un grupo de escritores jóvenes, en proceso de formación personal y literaria; mantuvieron una actitud de rechazo difuso ante una realidad informe, sin aportar soluciones viables; no tenían desde dentro un sólido pasado literario al que asirse que les sirviera de referencia nítida. Por ende, sus obras son la consecuencia de esa crisis, cada una es una tentativa singular y giran todas entre un cierto experimentalismo y la elusión culturalista. Su aproximación a la realidad es tibia a través de la anécdota y no de la historia.

Tenían que ser textos inmaduros, poblados de buenas intenciones y parcos en resultados, con lo que su valor dominante sobrepasa lo estrictamente literario.

Si cabe algún corolario de lo antedicho, sería que lo realmente preocupante es la falta precisamente de proyecto, es decir, ninguno había digerido el problema en plenitud. No se trataba sólo de narrar, sino de escribir por qué y para quién, no sólo de escribir novelas sino de saber para qué sirve la novela como género. Probablemente esa labor era de mucho fuste para sus fuerzas y para ser juiciosamente objetivos debemos añadir que la novela peninsular de esas

calendas se debate entre los mismos escollos, con un norte escasamente claro, por ello sucumbirá pronto.

En este panorama cuajado de carencias y buenos propósitos hay excepciones notorias y *Los puercos de Circe* es, sin duda, una novela muy peculiar. No deja de ser sorprendente que en 1973 un autor como Luis Alemany logre esquivar tanta dificultad y nos ofrezca una obra hecha, apenas sin fisuras como texto narrativo y clarividente como reflexión social.

Si convenimos en que un texto literario no es más que la concreción de otros muchos posibles, esta obra se distingue por la fina criba, discriminación ajustada y selección del material que contiene.

A diferencia de otros autores, Alemany se enfrenta a los grupos sociales de la burguesía, consciente de que a ellos corresponde mayoritariamente la decisión sobre el destino colectivo, en sus manos se modela, para bien o para mal, el perfil social y, consecuentemente, cultural de mayor relevancia. Ello no excluye que otros grupos sociales influyan en el devenir histórico, pero, en modo alguno —y a la vista está para quien quiera verlo—, con la trascendencia que en nuestra común historia ha correspondido a esos sectores sociales de filiación preferentemente urbana.

La labor de disección hecha en *Los puercos...* es de tal magnitud que no sólo sirve como fresco exacto de una situación dada, sino que además permite vislumbrar con rigor y exactitud lo que posteriormente ha ocurrido. La evidente inacción social reflejada en la novela encubría una falta de proyecto futuro que es la causa de una pérdida de iniciativa social y cultural tan profunda que sólo se ha restañado con la superficialidad más abyecta y deleznable, con el individualismo más artero y preocupante o con la aparición de grupúsculos movidos por mezquinos intereses. Todo ello como reflejo de una crisis de imprevisibles consecuencias.

La predicción emanaba de las páginas de la novela porque las tres generaciones allí presentadas dibujan un ciclo con principio y final sin concesión alguna.

La generación adulta de la inmediata posguerra, aun estando alineada entre los vencidos, muestra sus deseos de integración colectiva y sostiene una serie de principios genéricos como la mejora económica, la familia, el sentido del esfuerzo personal como mejor medio de servicio social, y todo ello con lucidez y con perspectiva del tiempo. Es cierto que lo hace transitando la difusa raya que divide la legalidad del delito, pero no eran tiempos para reparar en estas minucias y menos dentro de un orden impuesto a rajatabla y sin miramiento.

La siguiente generación ronda la cuarentena, los José Luis, Rafa, Manolo, Ricardo, y tiene a su cargo recoger el legado de sus mayores para perpetuarlo incólume. Eficaces en su trabajo diario, perfeccionan la máquina ya en movimiento, con tanta precisión que esa parcela merece poco interés al narrador. Al tiempo no muestra un solo atisbo por la función social del negocio, serán escrupulosamente el legado de sus padres y procurarán transmitir el mensaje a sus herederos. Para digerir ese tósigo buscan satisfacciones en el otro mundo que sostienen, y que los sostiene —la barra del club, el cabaret, el local para noctámbulos de última hora— espacios donde se les permite ser individuos, personas aisladas, y es ahí donde ejercen el dominio que se les niega en su trabajo diario.

El desgarró de esa doble vida, el no cohonestar individuo y ser social, es la muestra palpable de la crisis mencionada. La falta de identidad como clase se trueca en un deterioro de los valores familiares, culturales y humanos y, de añadido, refleja la escasa visión de futuro.

La lupa y el escalpelo del novelista diseccionan milimétricamente y sin piedad la realidad de hace tres lustros, hoy más aguda que nunca.

Los jóvenes universitarios completan el friso. Esta tercera generación observa con lucidez y estupor su pasado más inmediato y, por ello, opta por la evasión. No quiere sentirse solidaria con esa herencia y no tiene más alternativa viable que usar el humor, la sátira, la parodia, la referencia cultural y, en más de una ocasión, el lenitivo del alcohol. Probable-

mente su actitud se resuma en la nostalgia que sienten por aquella burguesía liberal de antaño, abierta al pensamiento moderno, tolerante y culta en sus comportamientos. Aquella para quien el dinero no era sinónimo de especulación inmobiliaria sino un valor de uso socialmente más generoso.

Pero no nos engañemos, debemos agradecer que la burguesía canalice sus contradicciones mediante el amor, el desamor o el alcohol y no usando su poder para mantener situaciones sociales injustas.

El cuadro lo acaban figuras de paladino interés. Un pintor fracasado y solitario —Alberto— que ha cifrado su límite vital en un trabajo tan rutinario como abominable si no fuera fuente de supervivencia y un discurrir cansino y sin excesivas molestias. Es, con todo, el espejo donde mirar a esa generación intermedia para conocer sus posibilidades y las renunciadas y frustraciones a las que arribaron. Alberto sobrevive de algún recuerdo mientras cultiva su soledad para soslayar así los desgarros que mencioné líneas atrás.

No siempre el personaje es candidato al desamparo social. José Antonio descubre la relación de pareja y el amor, lo que le servirá de revulsivo para indagarse a sí mismo a través del otro, con toda la fascinación y angustia del explorador que trueca el riesgo en placer íntimo.

Hay escenas de sabor local como las de los jóvenes universitarios, de interés muy restringido al momento específico en que sucedieron, pero que deben tomarse como una variante en el tiempo de la actual palabrería hueca de los voceros institucionales. Al menos poseían el valor de la ingenuidad y no la certeza bastarda de una falacia irrealizable.

La figura del Notable Poeta, el colonizador cultural, el godo almibarado, con una pizca de rapiña de puerto franco, tal vez ya no se dibuje con los gruesos trazos con los que el autor nos lo presenta. Pero aún pervive el espécimen que se enseñoorea de unos pobres analfabetos y que lo siguen

obnubilados a la espera de recibir cualquier promesa de publicación, amistad eterna o una frase definitiva.

Y están las mujeres, como trasfondo o soportando con resignación y sobresaltos la función asignada y también esperando sin saber qué. Siempre en tono menor, enseñándonos el otro lado del tapiz.

La preocupación de la primera generación se cifró en edificar un solar vacío, aun a costa de merodear la ilicitud, pero compensado ampliamente con su sentido colectivo. Los sucesores mantienen eficazmente el orden recibido, sin cuestionarlo y sin ampliarlo, tan monolítico que sólo ofrece resquicios individuales. A los jóvenes les corresponde soportar el lastre recibido, aunque lo orillen hasta donde sea posible urdiendo tretas para obtener satisfacciones urgentes.

La novela dibuja una parábola histórica y moral completa en sí misma y al mismo tiempo predictiva, lo que le confiere absoluta actualidad. El solar edificado amenaza derrumbe por descuido y sus desechos pueden alcanzar a todos, parábola de altos vuelos, suficiente para meditar, más allá de la propia literatura, si no queremos que la catástrofe nos alcance a todos.

Para cualquier lector poco avezado la disposición fragmentaria de la novela, con múltiples núcleos anecdóticos y varios personajes, puede parecer sorprendente y añadir una dificultad supletoria a la lectura. Ahora bien, esa y no otra es la disposición para comprender alguna de las intenciones básicas de la obra.

El autor no pretende contar historias acabadas, con principio y final, al modo clásico. Elige un corto fragmento de apenas tres días para narrarnos las andanzas de varios personajes en distintos lugares y situaciones.

Y lo que pudiera parecer insólito se torna lo más normal y cotidiano posible. Si nos observáramos con cierta atención, sabríamos que todas nuestras experiencias, vivencias, actos, palabras o relaciones los percibimos fragmentariamente,

superpuestos en el tiempo y en el espacio, segregados entre sí. Sólo el paso del tiempo otorga orden y lógica a los datos y se convierten así en historia organizada.

La primera pretensión del autor es que meditemos sobre lo obvio, aquello que de tanto serlo no captamos, de tan normal se nos escurre por ese inveterado error de considerar válida la lógica que deviene del transcurso del tiempo, de la perspectiva histórica.

Para que la lectura no se torne en ordalía ofrece distintos signos para identificar sin vacilación lo leído. En cada uno de los tres grandes capítulos domina una historia y los intervalos se reservan para variaciones específicas. Dentro del conjunto las marcas gráficas ayudarán a precisar las historias. La letra cursiva identificará siempre el discurso de Fernando Castro; el sangrado de la página indicará que es José Antonio quien interviene; el antetítulo señalará las escenas de la Universidad de La Laguna y, en todo caso, la presencia inequívoca de los personajes disipará cualquier confusión posible.

Hay aún razones de más peso para que la novela se organice fragmentariamente. Salvo la excepción de Fernando Castro, de los demás personajes conocemos muy poco. No sabemos su pasado, sus relaciones familiares, no están descritos físicamente porque predomina la presentación. Ahora bien, para darles profundidad y ensancharlos narrativamente, el autor se cuida de decirnos que son así porque así han sido y lo seguirán siendo. Estamos ante un corte arbitrario de sus vidas. Pero las páginas de la novela servirán también para añadir matices propios y específicos dentro de ese corte. Conseguirlo no es tarea baladí y el reto se las trae.

Fundir el hábito y las particularidades de un tiempo tan corto es complicado y cualquier lector, si aplica este criterio de valoración, calibrará las páginas más felices y las menos logradas de la obra.

Desde este ángulo debo ser fiel al autor y acabar como él. Lo normal es no hacer esfuerzos mientras leemos, por ello

Los puercos... debe leerse por simpatía con los personajes, porque no son figuras históricas y distantes y ni siquiera se descende mucho a su vida personal e íntima, aludida las más de las veces. Normal otra vez. Pero así se nos invita a convivir con ellos, admitiendo sus filias y fobias, comprendiendo valores y bajezas, recorriendo la piel y el corazón. Quien los juzga se juzga a sí mismo, o es un farsante.

Las diferentes historias que componen la novela pueden leerse por separado, aunque intercambien leves roces de matiz meramente ocasional. Aun a riesgo de parecer excesivamente escolar, creo que todas ellas se engarzan en torno a dos actitudes básicas: miedo y deseo. El miedo a través de Castro indica la perspectiva más amplia del pasado y el deseo con José Antonio señala el mojón más adelantado hacia el futuro.

En medio, esos dos sentimientos enhebran gran parte de las actitudes de todos los personajes. Los burgueses desean perpetuar su situación colectiva y temen enfrentarse a la individual. Los jóvenes quieren otro futuro, no sin miedo al salto brusco. Los universitarios desean cambiar sustancialmente el porvenir. Pero son las mujeres, con sus escasas apariciones, quienes mejor representan el fenómeno. Para las jóvenes todo es deseo, para las adultas presente y futuro están cuajados de incertidumbres y, por ello, añoran su espléndido pasado.

La doble articulación ofrece un sinfín de matices. Cuando el miedo estalla se convierte en odio (Castro); cuando se torna agudo engendra dudas y sobresaltos (José Antonio); frente a la intimidación descarnada miedo y deseo se funden o se enfrentan (burgueses); y otras veces se neutralizan y se hibernan (Alberto) para mejor sobrevivir más allá de las pasiones humanas.

Desde esta óptica la novela teje una retícula en capas separadas para mostrar al completo los sentimientos humanos, aquellos que unen inexorablemente individuo y sociedad.

A su vez, como no podía ser menos, cada historia dibuja un perfil propio dentro de una serie de registros que van

desde la historia o peripecia singular hasta los ambientes colectivos.

Cada núcleo se va diversificando mediante vías diferentes. Las andanzas de Rafa y sus amigos reiteran hasta la saciedad una situación habitual truncada en la novela por el suceso final. Centraliza la obra porque con ella comienza y finaliza. No incorpora personajes nuevos, salvo los conocidos de siempre, y su intensidad nace del progresivo deterioro, cuya latencia de siempre aflorará de manera fatal.

La historia de Fernando Castro, la más dilatada en el tiempo, se nos ofrece como una oquedad que se va rellenando a medida que se espiga alguno de sus momentos culminantes. Cada nuevo fragmento es una variación hilvanada estilísticamente sobre las cumbres de Anaga y su cambiante cromatismo. El accidente geográfico se personifica y metamorfosea según la visión del personaje y es, a la vez, prisión, límite de la isla, eje de todo lo sucedido, y se anima para ser juez imparcial, protectora contra el miedo, puente con el exterior, pero siempre referencia inequívoca.

José Antonio y una extranjera que conoce en el Puerto de la Cruz nuclea otra anécdota narrativa. El conocimiento de una faceta nueva y significativamente importante, el amor y la pareja, muestran a la par el proceso de autoafirmación y dilución en el otro. Contada sin orden temporal, discurre incrementando la intensidad a medida que la aproximación se estrecha. Posee momentos especialmente felices, aquellos en que la autorreflexión y la brillantez lingüística se unen para escrutar la intimidad.

El recorrido casi mítico de Carlos y Eduardo está plagado de efectos humorísticos, paródicos, satíricos, impregnado de bromas lineales o cultas, creando un discurso de varios niveles a la manera de esos escritores fascinados por la exploración del lenguaje hasta sus últimas consecuencias. Que lo hagan mientras avanza su estado de ebriedad no es más que la prueba para hacer lo privado más cerrado, mientras más público aparezca. Por la actitud manifestada, por la lucidez mostrada y por la calidad del diálogo, esa parcela la creo muy brillante.

La Laguna, Distrito Universitario, reseña un ambiente muy concreto, casi un lugar donde habitan personajes y no a la inversa. Tiene valor arqueológico, pero ya mostré sus particularidades. Como sucede con ese inefable personaje del localismo más típico, de habla casi perdida en el contexto urbano, con sus cuitas personales y sus pequeños problemas.

Capítulo aparte merece el mundo femenino. Las mujeres aparecen siempre en tono menor, hablando en primera persona, como sombras sin lugar determinado, unas, desnortadas en sus relaciones familiares, otras, desprovistas de cualquier atributo femenino, convertidas en objetos de uso.

No quiero finalizar sin señalar unas pocas particularidades del estilo propio del autor con el ánimo de apuntalar si cabe el interés de esta novela.

Se ha aludido reiteradamente al dominio del diálogo que posee Luis Alemany, remitiéndolo siempre a su experiencia teatral. Pero he de consignar que en el teatro y en la narración el diálogo es netamente diferente. Cuando posee calidad suficiente no se reduce a un mero intercambio de palabras y frases porque se va generando una información adventicia y complementaria, producto de la situación concreta en que se produce. En la escena el espectador percibe el complemento a través de la imagen, pero en la escritura es necesario crearlo. En este aspecto *Los puercos...* es una obra admirable, tras las voces resuenan los ecos, hay movimientos, gestos, luces, ambientes, resueltos de la mejor manera posible porque son casi imperceptibles.

También es notable el efecto estilístico logrado cuando el autor ejecuta el tránsito desde la visión externa del narrador hasta el punto de vista propio de cada personaje, sin asperezas y limpiamente, lo que le permite volver a salir con fluidez para crear un juego periscópico, muestra de una indudable madurez creativa.

Ese juego es más acusado cuando los personajes discrepan y opinan de forma diferente. La conferencia del Notable

Poeta, y las reacciones que suscita entre los circunstantes, es un modelo adecuado para corroborarlo.

Situar la novela en su momento, valorar su trascendencia ulterior, aproximarnos a los objetivos del autor y señalar algunos de los hilos de la trama son los fines básicos de estas líneas. El último es estrictamente personal: recomendar la lectura de *Los puercos de Circe*.

ANTONIO ALONSO

LOS PUERCOS DE CIRCE

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Este volumen contiene el texto definitivo de la novela, corrigiendo mínimamente el de la primera edición (Taller de Ediciones JB, Madrid, 1973) tanto en lo que se refiere a errores tipográficos, descuidos gramaticales o transcripciones erróneas de datos, como —de forma muy especial— en lo que respecta a la restitución de algunos de los fragmentos suprimidos o rectificados por imperativos de la Censura, cuando los editores lo presentaron a la llamada “consulta voluntaria”, que funcionaba por aquella época en España. A instancias suyas procuré reestructurar el libro suprimiendo o sustituyendo palabras y párrafos que —en mi rigurosa opinión de entonces— no afectaban en absoluto a la comprensión y valoración de la novela. Ahora, que han pasado algunos años y han cambiado algunas cosas, aprovecho esta oportunidad para rescatar el texto primigenio de aquellos fragmentos que no consideré mejorados con la corrección impuesta. Es muy difícil que los hipotéticos lectores que hubiesen tenido acceso a la primera edición y reincidieran en ésta hallasen las diferencias entre ambas, y que (aun hallándolas) pudieran diferir sustancialmente del juicio que la novela les mereció en su momento. De todas formas he decidido obrar así por motivos estilísticos, históricos y éticos. Es decir: por motivos literarios.

L. A.
Octubre de 1983.

NOTA A LA TERCERA EDICIÓN

Está visto que no hay cosas definitivas: ni siquiera las ediciones de los libros que el propio autor —después de revisarlas— cree que lo son. Aparte de las erratas que aparecieron en las ediciones anteriores, y de las nuevas que inevitablemente se habrán deslizado ahora, compensando así la corrección de aquéllas, este texto (que ya no me atrevo a calificar de "definitivo", por si acaso) se corresponde con la edición anterior, pero rectifica mínimamente algunos pasajes donde los personajes adquirirían en alguna ocasión (no por audacia estilística, sino por error del novelista) el don de la ubicuidad. Debo estas últimas correcciones a la increíble minuciosidad de mi traductor rumano, Coman Lupu, que me lo hizo notar en el curso de su trabajo. En un primer momento pensé dejar el texto como estaba para confundir a los críticos, como dice Gabriel García Márquez que hizo con los errores inadvertidos en *Cien años de soledad*; pero pensé finalmente que bastante complicada es esta novela para complicarla más aún. Aparte de que creo que esa actitud hacia los críticos sólo pueden permitírsela los novelistas que saben de antemano que van para Premio Nobel. Lo único que me he permitido es no indicar cuáles son esos pasajes. Que a lo mejor viene siendo casi lo mismo.

L. A.
Noviembre de 1988.

*A mis padres, a cuyo lado he vivido
esta novela durante veintiséis años.*

Una prueba de que los viajeros imponen el nombre a muchas de las tierras que descubren, movidos solamente de la ilusión, es el epíteto de Isla del Infierno con que Tenerife fue conocida en todo el mundo antes de su conquista. (...) Era regular que este epíteto odioso, que sonaba tan mal a los oídos delicados, no se conservase por largo tiempo; así hallamos que los conquistadores le olvidaron bien presto y que tomaron el de Tenerife, voz más sonora y de cuya significación y origen quizás estaban más enterados que nosotros.

(JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO, *Historia de Canarias*.)

Tenerife tiene seguro de sol.

(MORELL Y CERATTO, *El hombre del tiempo*.
Premio del III Festival de la Canción del Atlántico.)

Sobre la camisa terriblemente arrugada del camarero una gota de grasa, aún húmeda, le recuerda los vasos de whisky derramados hace un rato en el cabaret; y piensa que no es un rato lo que hace, sino bastante rato, mucho rato, porque aquello ocurrió casi al principio de la noche, a la una y media, o así, cuando aún no estaba con ellos la furcia pelirroja que abre mucho los ojos para comer cada bocado, como si hiciera mucho tiempo que no ve un bistec o unas papas fritas o esas hojitas de lechuga y esas rodajitas de tomate que a Alberto le da la impresión de que deben ser siempre las mismas y que las retiran de los platos vacíos y las ponen en los que llenan de nuevo, porque jamás ha visto a nadie que se las coma, porque no cree que exista nadie que se las coma, porque la única función lógica que les encuentra es la de servir de relleno para que no se note mucho que los bistecs son pequeños y los platos grandes. Pero piensa que a estas horas nadie nota que los bistecs son pequeños, ni que son duros, ni que tienen tendones, y mira a José Luis sentado al otro lado de la pelirroja cortando ávidamente su bistec con una sombra de barba en las mejillas, con el cuello de la camisa arrugado, con la corbata torcida. En la puerta aparece el camarero otra vez, con cinco platos colocados de esa forma mágica que sólo los camareros de Casa Felisa saben emplear. Tal vez uno de esos bistecs sea para él. Pero no; pasa de largo, se dirige a la mesa del rincón y los coloca delante de los cinco muchachos con aspecto de godos que fuman y ríen en voz alta alborotando el espacioso salón de suelo de cemento, de paredes desconchadas, de jambas sin pintura, de vigas de madera, de plantas

verdes emergiendo de macetas enormes. El humo que llega de la cocina le hace entornar los ojos y permanece en esa posición mientras un revuelo de aire maloliente pasa detrás de él y le comunica que su bistec viene en seguida, señor, un momentito, mientras una carcajada de Felisa desde la cocina lo vuelve a la realidad y le recuerda que tiene sueño, que son las cinco de la mañana y que también se podría ir a acostar sin el bistec, porque a él, cuando bebe un poco más de lo necesario, el estómago se le desentiende del alimento, y aunque no haya cenado nada en absoluto, como esta noche, ni lo nota ni le importa. Pero a José Luis le gusta hacer las cosas bien, y a José Luis le parece que una noche de juerga sin haber ido a Casa Felisa de amanecida a comer unos bistecs con una furcia, y sin haber tocado en la puerta del callejón como de escondidas, como si fueran conspiradores de opereta, no sería una noche de juerga total y redonda. En el fondo José Luis sigue siendo bastante infantil. Abre los ojos ante la luz hiriente y desagradable de las bombillas amarillentas colgadas del techo. No comprende por qué Felisa no ha reformado esto con la de dinero que debe ganar, aunque es posible que lo que a la gente le guste sea esto, que las servilletas sean de papel, que los camareros vayan en mangas de camisa, o que traigan los vasos cogidos con los dedos por el interior del cristal; y recuerda que la primera vez que vino tenía diecinueve años y una borrachera muy grande, tremenda, fenomenal, y que estaban con él Ricardo y el hermano mayor, y el muchacho aquél que estaba haciendo Milicias Universitarias; y que para disimular la trompa se bebió una copa y se comió unos garbanzos y que a la salida, en la plazuela de al lado del teatro, en las escaleras de piedra, vomitó lo poco que había comido y lo mucho que había bebido. El bistec está bastante tierno para lo que él esperaba, y mientras lo come, con más hambre de la que suponía, pasea la mirada por la habitación espaciosa con cinco mesas individuales y una mesa grande vacía. Sólo dos de ellas están ocupadas: en la primera, los muchachos fuman y canturrean, mientras uno de ellos, que tiene un tremendo aspecto de marica,

cuenta algo que debe ser muy gracioso porque dos de sus compañeros no dejan de darle palmadas en la espalda y de reírse; en la segunda, dos parejas beben vino tinto y toman caldo: son gordos los cuatro y tienen aspecto de matrimonios de la pequeña burguesía charlando tranquilamente de sus cosas. Ellos, por el contrario, permanecen en silencio, y aunque la furcia pelirroja terminó de comer rebaña la salsa con un pedazo grande de pan. Alberto no comprende qué pudo ver José Luis en ella para invitarla a tres botellas de whisky y para llevársela, y para pagarle después lo que le pida, porque a pesar de ser terriblemente vulgar tiene aspecto de creerse una especie de mujer fatal porque cuando al subir en el coche le dio una palmada en el culo no dijo nada pero adoptó una pose que no le iba a aquella cara de pepona pintarrajeada, ahora que a él sí que, ya se podía poner digna que con él no, que precisamente cuando se va al cabaret sin ningún interés determinado, sólo por pasar el rato, como esta noche, es cuando se está en condiciones de sentirse superior aunque no se tenga más que veinte duros en el bolsillo. Y recuerda, tristemente, que no debe llevar mucho más dinero encima, y se palpa la americana desde fuera y nota que sólo le quedan monedas sueltas; y las saca rápidamente y las cuenta sobre la palma de la mano, y oye la voz superior y segura de José Luis advirtiéndole, llamándole la atención, ordenándole, no, no, deja eso, deja, camarero, oiga, camarero; y mientras el camarero dice señor y José Luis dice qué le debo cuenta las monedas y son sesenta y cinco, y es entonces cuando recuerda las copas que pagó antes de entrar en el cabaret y que tenía doscientas pesetas y que las cambió y que le queda esto nada más. José Luis ha sacado del bolsillo un billete azul doblado en cuatro que coloca directamente, como avergonzado de su riqueza, en la mano del camarero, que se apresura a devolverle el cambio. Piensa, mientras los billetes marrones van a parar a la mano de José Luis, que las doscientas pesetas que tenía encima era todo lo que le quedaba para terminar el mes y aún falta una semana... Tendrá que hacer otro vale a caja y lo malo es que el mes que viene hará otro,

y así sucesivamente porque doce mil pesetas tampoco se pueden estirar indefinidamente, ni hacer milagros con ellas, ni casi vivir, sobre todo cuando tiene que darle mil cada mes a su madre, que aunque ella no se las pide le daría vergüenza no darle nada; y eso que piensa que darle mil pesetas y darle nada... Se estruja las manos con fuerza mirando a José Luis que está apurando su whisky sentado delante de él, y piensa que ése sí que no tendrá problemas de ese tipo ni muchísimo menos, y calcula por encima, sin bajar la mirada, la de dinero que se debe haber gastado esta noche, y el que se gastará todavía porque la pelirroja no se acuesta con él por menos de. Casi le coge de sorpresa la voz de José Luis preguntándole si quiere tomar algo más, y es que ha vuelto el camarero para quitarle el plato; responde que no, no, nada más, ya está bien, sin dejar de apretarse las manos, y José Luis pide un whisky abrazando a la pelirroja un poco aparatosamente, un whisky, sí señor, en seguida, y ella sonríe enseñando una muela de oro y bebe un buchito de vino dejando el vaso manchado de carmín. Alberto vuelve a sentir el sueño que le trae picor a los ojos; los entorna y se los frota quitándose las gafas, y por un momento, en la oscuridad, el perfume de la furcia lo relaja, y lo levanta en el aire, perdido en ese olor dulzón, barato, femenino y lujurioso; pero una carcajada de la mesa de al lado le vuelve a hacer presente Casa Felisa, con su aceite chisporroteando en la cocina, con su olor a desinfectante en los rincones, con su luz amarillenta que se insinúa a través de los párpados apretados, con sus mujeres pelirrojas que trabajan en los cabarets y que, esta noche, no se van a acostar con él.

Resulta una pesadez esta excitación y este nerviosismo. No es que me quite el sueño, porque me he dormido ya algunos ratos, pero me deja inquieta y dando vueltas en la cama, y cuando me duermo me da la impresión de que tengo la cabeza muy pesada y de que tengo que hacer algo importante, empiezo a dar vueltas y me vuelvo a despertar, como ahora, notando que me duelen los huesos, y es peor

que si hubiese estado despierta porque termino más cansada. Ya debe estar amaneciendo porque entra bastante claridad por la ventana; los ojos se me hinchan de sueño, y mañana, bueno, hoy, voy a tener una cara horrible, con unas ojeras tontísimas, por culpa de esta excitación que me ha entrado por nada. La cosa es que cada vez que me despierto me da la impresión de que estoy muy contenta por algo maravilloso y que tengo que animarme; y en seguida me acuerdo de aquello. Pero es una tontería que esté contenta por aquello, ni que esté animada por aquello, ni que apenas haya dormido en toda la noche por Antonio, porque ni se me ocurrió darle importancia, ni tiene importancia, ni me interesa en absoluto, ni a lo mejor vuelvo a salir con él en mucho tiempo, bueno, en mucho tiempo no, pero en algunos días, y cuando vuelva a salir, pues como si tal cosa, y no me voy a preocupar lo más mínimo, ni nada de nada. Pero la verdad es que estoy nerviosa por eso, ya sé que es una tontería, y la culpa la tengo yo por ser tan niña chica que me da vergüenza muchas veces de salir aunque me llamen y me pongo con tonterías y cosas, y debía haber salido muchas veces a mi edad que me da rabia cuando cuentan cosas las demás, sobre todo Lali, que se cree que tiene muchísima experiencia y es una idiota, y entonces yo también cuento cosas aunque no son verdad. Pero ahora sí es verdad y cuando lo cuente lo contaré con mucho detalle; pero no, lo contaré como una cosa más, como si no tuviera más importancia que otras de las cosas que he contado, pero sí tiene más importancia, aunque no debería tenerla, y la culpa es mía por idiota y por niña chica que eso es lo que soy, que hasta vergüenza me daría de que supieran que hoy es la primera vez, y me da rabia de no haber salido, aunque más no sea para probar, con aquel godo que me llamaba todas las tardes, todas no, pero me llamó tres veces. Podía haber salido con él para probar, que no creo que haga falta estar enamorada o que te guste un chico para salir con él, que así es mejor porque te puedes poner toda interesante y te entrenas para otras veces y no te da vergüenza ni te quedas cortada. Y me da rabia porque fui a salir hoy que

precisamente era un chico que me gustaba, y se tuvo que dar cuenta de que yo estaba cortada y toda gafada que había veces que parecía tonta, que hasta yo me indignaba de verlo a él tan tranquilo y tan seguro de todo, acostumbrado seguramente a salir con chicas muchas veces, que me daba miedo precisamente de que se me notase que tenía vergüenza, porque no me daba la gana de que se me notase, ni tenía por qué tener vergüenza ni nada. No porque el chico fuera mono y me gustase, porque yo muchas veces en el Club y en los bailes y en las excursiones he estado mucho rato seguido con chicos monos que me gustaban también; pero no era lo mismo porque no estábamos solos del todo, como ayer, y podías dejar de bailar con él o hablar con una amiga o cualquier cosa, pero como ayer había salido con él, pues era para estar toda la tarde. Y me daba rabia cuando él me hablaba de cosas de la Universidad, porque yo entendía de muchas de las cosas de las que me hablaba y podía haber discutido y no estarme que parecía una tonta que cuando nos quedábamos callados no sabía qué decirle. Estas sábanas están todas arrugadas y cada vez hay más claridad en la ventana, debe ser ya...; no quiero encender la luz porque entonces me desvelo más y mañana voy a estar hecha una facha con cara de sueño y con mal humor todo el día, que precisamente salgo pronto del Instituto y puedo ir al Club a bañarme si hace buen tiempo. Y me da rabia estar así de nerviosa por una tontería en la que ni siquiera pienso, pero que se me pone en la cabeza todo el rato como si fuera lo más importante; hasta cuando me duermo, que doy vueltas en la cama y descanso mal y con dolor de cabeza. Pero no es que yo pareciera una boba, aunque estuviera muchas veces sin saber qué decir, porque él al final estuvo estupendo y me dijo todo aquello, que me dio rabia precisamente por no saber contestarle igual que me lo estaba diciendo él a mí, como medio en broma, como si estuviera de vacilón y al mismo tiempo con esa sonrisa medio de ironía y medio seria, como triste. Y por eso me quedé trabada; porque me cogió de sorpresa. Pero si le hubiera parecido una tonta no me hubiera dicho todo aquello, ni se hubiera puesto serio,

medio en broma, pero serio, diciéndome y preguntándome cosas. Porque no estuve tonta, incluso discutí con él de las cosas del Instituto y a él le interesaba lo que yo decía. Y si no le hubiera interesado yo, no me hubiese querido dar un beso, que también me dio rabia quedarme así como me quedé, como una parada, en vez de contestarle alguna cosa muy decidida, como si estuviera acostumbrada a que me quieran besar los hombres, los chicos. Pero es que como era la primera vez, me quedé toda cortada y me dio una impresión muy grande y miedo más que otra cosa y le dije que no, como si estuviera asustada, que eso es lo que me da rabia. Casi podría levantarme ya; pero prefiero ver si puedo dormir un poco, aunque me parece que a esta hora... Además, aquí por lo menos se está calentito, pero es que me voy poniendo cada vez más nerviosa de dar vueltas y vueltas y vueltas. Debí parecerle una pazguata, una niña tonta y toda vergonzosa; y no por no darle el beso, que de todas maneras no se lo hubiese dado, ni que lo sueñe, qué frescura, siendo la primera vez, aunque me guste mucho y sea muy mono. Pero pude reaccionar de manera distinta, muy seca, o muy ofendida, bueno, ofendida, tampoco, pero un poco sí, para que se dé cuenta; y no eso de apartar la cabeza y después decirle que no, y quedarme sin saber cómo tratarlo después de aquello, porque él estuvo un rato como enfadado, que estábamos los dos en el cine mirando la película y yo nerviosa, nerviosa. Menos mal que después empezamos a hablar y volvimos a tratarnos como antes, aunque él estaba un poco como sentimental que fue cuando me volvió a decir todo aquello, y entonces fue cuando empecé a sentir remordimientos de no haberle dado el beso, y estaba casi segura de que se lo hubiese dado si él se hubiese vuelto a poner, y ya me quedé preocupada por eso. Pero es una tontería, porque era la primera vez que salíamos juntos y era una frescura que me quisiera besar y yo tenía que decir que no; después fue cuando me acordé de lo que decía Mari Carmen de hacer ver que te quedas como si estuvieras muy asustada y no pudieras moverte, y enfadarte con él después de que te haya besado. Me da rabia en el fondo porque

ahora a lo mejor Antonio no se atreve a intentar besarme otra vez o se pone tímido y no me llama, pero me dijo que me llamaría, y yo le dije que bueno. En realidad le dije que no sabía si podría salir con él; pero eso se tiene que decir siempre, y no se va a desanimar por eso. Es una tontería preocuparse, porque me llamará otra vez, ya verás, y entonces será distinto. Pero me da rabia que me quede así de nerviosa nada más que por eso, porque es una majadería esto de despertarme a cada momento y dar vueltas en la cama como una idiota; y la culpa es mía por no haber salido antes con un chico yo sola, y me da rabia que esta vez sea la primera, y me daría vergüenza si alguien se enterara. Porque pude salir muchas veces y nunca quería con el godo, por ejemplo, o con el primo de Lali, y hubiera sido como de prueba, en vez de hacerlo ahora, a estas alturas, que ya a finales de año cumpliré diecisiete.

(Dijo holá, qué hay, en castellano, despacio, torciendo la cabeza, sonriendo, mirando a través de las gafas de sol grandes, enormes, de montura blanca. Y él se acercó un poco más, bon yur, sonriendo también. Había llegado hacía un momento, y desde la escalera, con el billete de entrada aún en la mano, escudriñó la piscina en todas direcciones deseando casi, casi, no encontrarla, o encontrarla acompañada, o cualquier otra cosa; dándose cuenta en ese instante de lo absurdo de un viaje tan largo en guagua nada más que para ver si, porque seguramente, porque casi seguro. Aunque estaba vestido se puso en cuclillas sintiendo los pantalones tirantes, tirantes, por la presión de las rodillas. Tú erés a todós sitios, ¿eh?, los labios rojos, brillantes, muy rojos, brillantísimos, no han dejado de sonreír desde que se acercó, desde antes de acercarse, desde que lo vio aparecer, tú erés a la... noche, sonriendo sin olvidarse ni un instante, sonriendo con la boca, con los dientes, con las palabras, erés a la... mañana,

con el cuerpo, con el bikini, con los senos, con el sexo, erés siempre, ¿eh? Me ui, bian sir, ye sui tuyur u ti eté. Desde lo alto de la escalera, bajo el sol tibio, bajo la brisa suave, bajo las nubes inseguras, no pensaba encontrarla tan pronto, o no deseaba encontrarla tan pronto, o tenía miedo de encontrarla tan pronto, y estaba ahora a su lado, en cucullas, y tú, ¿vienes... todó solo aquí?, aún vestido, bajo las nubes, bajo la brisa, bajo el sol, ui, ui, tut sel, sin acordarse en absoluto de los treinta kilómetros en guagua, il y a an yur tre yolí, ¿nes pa?, sin pensar ya que todo aquello fuera pueril, ni ridículo, ni absurdo, ni que no mereciese la pena, oh, sí, un día muchó bueno..., sino-considerando la cosa más natural del mundo la piscina, las bañistas de carne lechosa, los bañistas de nalgas encarnadas, aquella mujer del bikini que sonreía a su lado, ¿no... bañás tú?, sí, sí, ui, tu dabor, mentenán meme.)

Mientras Alberto piensa que en realidad ya no merece la pena acostarse cierra cuidadosamente la puerta de la escalera y enciende la luz del vestíbulo, aunque la claridad que entra por la ventana del patio hace innecesaria la luz de las bombillas. Se mira la cara en el espejo del perchero y se da cuenta de que la corbata no sólo está torcida sino que el nudo oscila a tres o cuatro centímetros del cuello y se sorprende de que sólo cuando va de juerga se despreocupe de su extremado atildamiento en el vestir: esta camisa ya tiene el cuello bastante rozado y es imposible ponérsela otra vez, y recuerda que se la puso limpia esta mañana, pensando que a lo mejor no tiene ninguna camisa planchada que ponerse y que hace tiempo que decidió comprarse otro par porque con tres no hay manera de ir limpio, máxime cuando uno vive en casa de sus padres y no está en condiciones de exigir, ni muchísimo menos. La claridad lechosa del pasillo le huele a pan caliente, a grasa, a leche hervida

y a café, aunque aún no se ha levantado nadie. La cama blanca aparece fresca e incitante y Alberto se quita la americana y se deja caer sobre la colcha contemplando lo arrugada que ha quedado la chaqueta, imaginando el aspecto desastrado que tendrá que pasear durante todo el día, y eso que la americana es oscura y de buena lana, pero de todas maneras; y recuerda que tiene que mirar si le queda alguna camisa planchada o no, pero no le apetece levantarse ahora y, de todas maneras, no por mirarlo en seguida va a encontrarse más camisas; por otra parte siente que los párpados se le cierran y que han sido muchas horas perdidas tontamente con José Luis, que a saber la de miles de pesetas que habrá tenido que pagar a la pelirroja aquélla después de las que se gastó en el cabaret y en todas partes durante toda la noche, considerando que en el fondo todo esto debe pensarlo por envidia, por no tener el dinero que tiene José Luis, ni la libertad que tiene José Luis aunque esté casado y aunque sea gerente de lo que sea, y que, seguramente, a esta hora estará durmiendo ya y seguirá durmiendo durante mucho rato, a lo mejor hasta el mediodía. La claridad que se deja adivinar por las maderas entornadas de la ventana crece por segundos y Alberto piensa en qué momento preciso debió empezar a amanecer y cree recordar que al salir de Casa Felisa aún era de noche, y, sin embargo, cuando iban en el coche ya se veía bastante claridad, y calcula que deben ser..., sintiendo cómo se le cierran los ojos, al tiempo que piensa otra vez que, en realidad, ya no merece la pena acostarse siquiera, y estira los miembros voluptuosamente pensando en que a las nueve en punto tiene que estar en la oficina y nota que los zapatos le duelen, le duelen...; se incorpora para quitárselos y los tira, de cualquier manera, al otro extremo, aprovechando para mirar el despertador: las seis y media ya; piensa que también se tiene que comprar otros zapatos pero las cosas no están demasiado bien ahora, eso que esta noche apenas pagó una ronda, porque José Luis, otra cosa tendrá, pero en las juergas no paga nadie más que él; y hay que ver la de dinero que debió gastar esta noche, y otras noches y muchas noches más. Pero para eso

José Luis y él fueron juntos a la Facultad, y se emborracharon juntos el día en que Carrasco los suspendió en Internacional, y para eso él le prestaba los apuntes de Civil a José Luis, y para eso José Luis terminó la carrera, en seis años, pero la terminó, y él, en cambio, la tuvo que dejar en tercero, en realidad no es que tuviera que dejarla, pero la dejó, y para eso José Luis sabe perfectamente cómo está él, y si no, que no le busque las cosquillas, anda, hombre, vamos a tomarnos la penúltima, y luego la penúltima, y ahora la penúltima, y ya la arrancadilla, que es cuando se tiene la plena seguridad de que la cosa va para largo, pero no importa apenas porque entonces son las doce y media y ya no hay nada que hacer y por otro lado da todo lo mismo. Alberto vuelve a pensar que para la hora que es ya no merece la pena dormirse porque si no a las ocho va a ser mucho peor levantarse, y nota que le duele la cabeza un poco, bastante, más bien mucho, y es que resulta estúpido irse de juerga sin motivo, tontamente, sólo para perder sueño y para cansarse y para estar de mal humor al día siguiente, sin otra compensación que una noche en blanco que es igual a la de ayer, o a la de la semana pasada, o a la de la anterior, o a la de cualquier día de los que se encuentra en el bar con José Luis, o con Manolo, o con Rafa, o termina siendo él mismo quien arrastra a otro amigo, deseando encontrarse de nuevo con la noche, sin querer recordar que es la misma de todos los últimos años, porque las variantes son mínimas y todas las combinaciones posibles están agotadas hace tiempo. Y Alberto abre con esfuerzo los ojos entornados y ve que la luz estalla cada vez con más fuerza en la habitación, y parpadea sintiéndose dormir y decidiendo que no debe dormir porque ya no merece la pena. Nota un escalofrío y no llega a hacerse a la idea de que a su edad, treinta y ocho, treinta y nueve dentro de un mes, es difícil, es muy, muy difícil, que las cosas se nos aparezcan bajo formas insospechadas, bajo formas inéditas, bajo formas vírgenes. Esta vez abre los párpados con más trabajo, casi inconscientemente apaga la luz de la mesita de noche y decide esperar relajado a que sea la hora de levantarse: los ojos se

le cierran, los músculos se le distienden, el grifo de un baño rompe el silencio del patio de vecindad, y Alberto piensa vagamente que a lo mejor tiene razón su madre y que lo cierto es que debió casarse como hicieron, poco a poco, los demás, mientras un escalofrío, ahora agradable, asciende desde las rodillas hasta los párpados.

LA LAGUNA, DISTRITO UNIVERSITARIO

Hay que deformar muchísimo las letras, hay que reducir enormemente las palabras, hay que utilizar toda una serie de signos convencionales, universalmente admitidos los unos, imaginados como los más idóneos los otros, improvisados sobre la marcha los más, supeditados en su inteligibilidad a la mayor o menor cantidad de tiempo que transcurra entre el momento de tomar los apuntes y el momento en que se pasen en limpio, para justificar la presencia en el aula universitaria. Las hojas de block cuadriculado pasan ante las narices de Antonio llenándose con siete u ocho renglones de signos elefantiásicos, y aprovechando el momento en que se cambia de página para dar un rápido vistazo al reloj de pulsera, comprobando que todavía faltan veinte minutos para que termine la clase, al tiempo que el dolor de la muñeca aumenta de forma insoportable y esos veinte minutos están doliendo ya, segundo a segundo, con un dolor físico muy diferente al dolor del aburrimiento que se producía en el colegio, cuando el Padre Bernardo, el año pasado, explicaba con voz gangosa y chillona las características fundamentales de la nefasta Generación del Noventa y Ocho que no fue capaz de encontrar en los valores ancestrales de la tradición española el consuelo suficiente para la bancarrota histórica en que nuestro país se hallaba sumido y que sólo podía haberse superado con un retorno a los principios cristianos que siempre han distinguido a nuestra nación, Luz de Trento y Espada de Lepanto. El adjunto López de la Calleja, sin embargo, habla de la señoría más general, en acto o en potencia, sobre la cosa y de que junto

a la res Mancipi figuran las res nec Mancipi, pero sus palabras no basta escucharlas recostado lánguidamente en el banco y a lo sumo anotando dos o tres frasecitas, a lápiz, en el margen del libro forrado en azul mientras la voz gangosa y chillona se detiene un instante, para dar tiempo a que la anotación se haga con la tranquilidad suficiente, luego carraspea y continúa, y Antonio añora por un momento, mientras pasa otra página de block — ¡todavía quince minutos y entró a las y cuarto! — las clases del Padre Bernardo, las del Padre José Luis o las del Padre Faustino, el Culomono, en las que las muñecas no dolían en absoluto y la mente podía seguir los razonamientos, por lo general no demasiado elevados, o incluso perderse en lucubraciones vagas y difusas acerca del baile del próximo domingo, de la manera de llevar a Carmen Luisa a la fiesta y del peligro de que este domingo también quisiera salir con el alférez de Milicias de las gafas con el que la vieron el sábado pasado. Las voces de la minoría femenina de la clase murmuran, susurran, protestan; y las más decididas, las que consideran inicua esa velocidad, se atreven a increpar directamente al adjunto y rogarle, suplicarle, exigirle, que por favor, no podría, ay don Cecilio, no podemos, si fuera usted un poco más despacio, no dictara tan de prisa, no hay manera, es imposible, coger todo, tomar bien, transcribir, señor Gil, señor Calleja, sus apuntes. El adjunto don Cecilio López de la Calleja, carraspea y da la impresión de que sus palabras llegan a los últimos rincones del aula a una velocidad quizás un poco superior a la que llevaban hasta el momento, como si fuera ésa la indirecta respuesta a las peticiones de las alumnas, que parece como si se creyeran que todavía están en el colegio de monjas y no se dieran cuenta de que los apuntes de clase no se dictan para ser tomados íntegros, sino que son sólo un guión sobre el que se diserta y del que hay que coger tan sólo los elementos que nos ayuden a la comprensión de la materia, auxiliados convenientemente, claro está, por los libros de consulta, como piensa Antonio reanimado un poco por el ejemplo negativo de las niñas, que han contribuido un tanto a que el dolor de la muñeca

le haya pasado desapercibido durante un rato, pues agotarse por tomar las palabras del profesor supondría tanto como no estar integrado, todavía, en las estructuras universitarias por las que tanto se suspira momentos antes de conocerlas y que si bien sólo se dominan certeramente por la experiencia es preciso organizarse, poner los medios, trabajar activamente y no desperdiciar las ventajas que una Universidad —aunque sea de provincias— ofrece, la menor de las cuales no es, todo hay que decirlo, la liberalidad de costumbres, la convivencia heterosexual hasta ahora inusitada, y, como consecuencia de ello, las tremendas posibilidades de ligar que deben presentarse en los pasillos, en el bar, en los jardines, en el bar, en la guagua, en el bar, en las aulas mismas, donde por poca buena suerte que se tenga es posible sentarse al lado de Maribel Peña que está estupenda, o de aquella rubia que es de Las Palmas y Antonio no se ha enterado todavía de cómo se llama; aunque quizás el hecho de ser todavía alumno de primero no sea un elemento demasiado favorable para el erotismo considerado como escarceo intrascendente, como plan pasajero, como aventura fugaz, recordando la timidez de Ana Mari ayer tarde en el cine cuando intentó acercarse a ella, abrazarla suavemente, besarla con elegancia, despreocupadamente, como con costumbre, que se quedaron los dos callados, sin saber qué decir, dudando si llamarla otra vez por teléfono, pensando que la niña es mona, un poco paradita, pero mona, y a lo mejor, en último caso, mereciera la pena ligar con ella, aunque fuera poco a poco, empezando por cogerle las manos. Y las manos se mueven sobre el papel, garrapateando, transcribiendo, deformando, creando signos de grafía indecifrible pero, paradójicamente, utilitaria, y pasando las hojas del block y mirando el reloj —¡casi la hora ya, cómo duelen las muñecas!— y empezando a escribir en la hoja siguiente, tersa y dura todavía, al tiempo que la luz de detrás se enciende, parpadea, oscila y se fija mientras el adjunto López de la Calleja carraspea, se rasca la nariz y comienza las últimas frases para terminar la clase.

Porque las cumbres azuladas, añiles y marrones saben de muchas cosas de nosotros: saben de momentos buenos y de momentos malos, de azares caprichosamente positivos y de negras angustias oprimentes que se suceden, se han sucedido, ¿se seguirán sucediendo?, y no queda más remedio que aceptarlos si queremos entrar en el juego con alguna posibilidad. De la misma manera que entramos en el juego cuando fue preciso, cuando fue imprescindible, cuando fue imprescindiblemente preciso afrontar los tiempos malos que sucedían a otros tiempos que no habían sido demasiado buenos y sólo se tenía veintiocho años y mucho miedo y unos enormes deseos de agarrarse de la forma que fuese a la vida que se había recuperado sin saber muy bien por qué, de la misma forma que nunca se supo demasiado bien por qué se había estado a punto de perderla y de la misma manera que se presentía —como Candelaria presentía a Rafaelito en la barriga, pataleando a ritmos cada vez más febriles— la posibilidad igual, ¿mayor?, de perderla otra vez, ahora que los alemanes y los italianos y dentro de un momento los americanos, nos creaban el miedo, nos continuaban, aumentándolo progresivamente, el miedo que habíamos pasado ya, atenazándonos la garganta como nunca creímos que pudiera ocurrir en la realidad, como había ocurrido el atardecer del diecisiete de julio y las semanas siguientes, día a día, hora a hora, noche a noche, anochecer a anochecer, e incluso a plena luz del mediodía, con imprevisibles camisas azules caminando por las calles conocidas hasta ayer; pero este miedo era distinto, era un miedo que nos acosaba por el flanco de lo desconocido, del futuro desconocido, de la paternidad desconocida, de la miseria desconocida, del hambre que empezaba a conocerse. No, no se puede dar marcha atrás cuando se ha salido del infierno que se creía seguro y la única alegría que se tiene es saber que se ha salido de él y que no todos pueden decir lo mismo: hay que seguir adelante, claro está, adelante con las empresas que no se sabe muy bien para qué van a servir, dando la cara en negocios que no se sabe muy bien a dónde pueden llegar a parar, fletando las primeras lanchas,

recibiendo las primeras mercancías, distribuyendo las primeras entregas, ingresando en cuentas corrientes los primeros dividendos, cambiando la casa terrera de los padres de Candelaria por el piso de tres habitaciones que después se quedaría pequeño al nacer Lali, cambiando los dos trajes grises, a rayitas y a cuadros, por otro más oscuro y por una chaqueta blanca de sport y por un pantalón de franela y por un smoking (fue cuando la boda de Juan) y por seis camisas de seda y por otro traje beige, cambiando la guagua de Correos por un coche de segunda mano, un 5.082, y contemplando las permanentes de Candelaria y sus dos abrigos nuevos, desdoblando La Tarde en el cuarto de estar mientras Rafaelito jugaba a tirarnos de los pantalones y en la radio tocaban boleros y música de ésa que después supimos que se llamaba jazz, y Lali empezaba a dar patadas también desde la barriga de la madre; contemplando ahora, como en una fotografía amarillenta por la luz del recuerdo, inmóvil todo ahora, no en aquellos meses, en aquellos años, con las inquietudes de las mercancías que se retrasan, de los giros, de las lanchas rápidas, del dinero que no reposa en el Banco ni reposa en ninguna parte, que no se veía en otra cosa que en el coche de segunda mano, en los abrigos, en el smoking, en el piso de cuatrocientas pesetas al mes, con las facturas constantemente presentes y el miedo aumentando por momentos, socavando la incipiente seguridad... Pero no se podía hacer otra cosa, porque peor era la oficina insegura de novecientas pesetas al mes y peor era no tener un título universitario que garantizase lo más mínimo y peor era que el miedo no fuera un miedo dudoso a la inseguridad del momento, como ahora, sino un miedo rotundo a la nada total y absoluta que hubiese sobrevenido de no habernos comprometido en el instante preciso, en el único instante en que podíamos comprometernos, cuando no hacía falta tener dinero para hacerlo, sino jugarse la vida que se nos había restituido sin esperarlo con demasiada seguridad, de la misma manera que algunos años antes se nos había restituido el cinturón y el reloj y la documentación y la cartera con dieciocho pesetas que llevábamos encima

en el momento en que llamaron a la puerta después de tantas noches de temerlo, de esperarlo, de dudarlo, de vivirlo sin tener, siquiera, la plena seguridad de que llamarían.

¡Ah, no, hija, no, eso no! Yo alguna vez, de vez en cuando, no te digo, pero por sistema, de ninguna manera. ¡Ah, sí, sí, sí...! Yo para estas cosas no transijo. Mujer, no quiero decir eso, tampoco estamos en el siglo quince: una cosa es una cosa y otra, otra, pero por sistema... Sí, hija, sí, es que es por sistema... Y una noche sí y otra también. Ah, pues ella sabrá, a mí, como comprenderás, ni me va ni me viene, pero me indigna verla así, tan guanaja, como si no pasara nada. Mira, delgada, delgada..., si estas cosas adelgazarán yo sería la primera en animar al mío. A ella lo que le pasa es que no tiene lo que hay que tener. ¡Ah, desde luego, desde luego, yo sí! Yo, para estas cosas... No, eso no, eso tampoco, ya ves... está la gente, y los niños, y todos, que no tienen por qué enterarse de nada, pero hay muchos sistemas: primero, hacerle la vida imposible, porque eso es definitivo, conmigo se habría terminado para siempre. ¡Ah, sí, sí! Yo sí. Ya lo he hecho a veces, no creas. No, hija, no, no te rías que lo digo en serio. Pues sí que a mí..., ya me buscaría yo dónde, ya..., como si no hubiera quién... Eso lo primero. Te apetece a veces sin que te den ellos motivo... No te rías, hija, que es en serio. No, nada, nada, no me dijo nada, ya sabes que ella no habla de eso; antes sí, me contaba cosas, y se tiraba unos hartones de llorar... Y te advierto que le decía lo mismo que te estoy diciendo ahora. Sí, sí, los cuatro: Rosa Mary y Ricardo, ellos, ustedes y nosotros. Mujer, a las nueve..., ocho y media..., ella te llamará de todas maneras: Yo seguramente iré un poco antes: a las siete, siete y media, para ayudarla a prepararlo todo; estas cosas ya sabes que aunque no hagas nada son un jaleo horroroso y como a Aurora la chica se le va al mediodía... ¡Ay, sí, hija! A ti no te digo que vengas también, porque me imagino que andarás de cabeza con el viaje del lunes...

¡Ah, estupendo! Entonces vamos juntas y así nos reunimos todas; no, Rosa Mary, no sé: yo te llamo después de comer, a las tres, tres y media... y nos ponemos de acuerdo, sí, sí... En sábado, hija, si dejas a la chica sola se te duerme. Hoooo-rroroso, ya te contaré. Si tú supieras desde cuándo no voy una mañana al Club..., si pudiera darme un saltito hoy, no te digo, pero qué va, qué va... Bueno, él me dijo que tenía que ver a tu marido en el Club al mediodía para lo del jaleo de ése, ¿cómo se llama? El gerente de la empresa ésa donde estuvo Manolo... No, mujer, la constructora, la del follón... Hija, si lo sabe todo el mundo, que ha habido un jaleo con unas letras o no sé qué. Uno delgadito, pequeño, casado con una gorda muy fea... No, hija, ése es Menéndez... Ay, qué rabia, mira que no acordarme ahora...; si es lo que tú más conoces, que tiene una chica que es novia de un godo que está mucho en el Club, que juega al tenis... Ése. Bueno, pues el padre de ella, ¿no lo sabías? Yo creí que Rafa te habría contado... Sí, es que parece que Manolo cuando estaba empezando, antes de casarnos, trabajó con él, con el del follón, y tu marido tiene interés en enterarse de unos datos para ver si le puede echar una mano. Yo de eso no sé, pero dicen que nada, que muy mal. Lo puesto y ni eso... Sí, hija, sí, tanto. Es que parece que lo de la construcción va muy mal; muchos problemas, y en cuanto te descuidas... Manolo lo dice, que ellos lo notan. Y eso que él tiene su estudio. Independiente. Bueno, con Ricardo de aparejador, pero independiente. Pero así y todo. No creo que pueda...: me gustaría darme un baño, pero después se te hace tardísimo, y más si están ustedes y Rafa, y nos encontramos con alguien, y después llegas a casa a las mil y una, y vas toda la tarde de cabeza, qué va, qué va... Sí, sí, yo te llamo: a las tres, tres y media... No, hija, no, violencia ninguna. Mientras ella no diga nada, yo como si no estuviera enterada. Allá ellos. Ah, sí, sí, yo sí, desde luego... Yo tranquilísima. No, no, al revés, José Luis es simpatiquísimo y cuando bebe, más. Conmigo encantador, desde luego. De lo otro a mí... De acuerdo, de acuerdo... Hasta luego, guapa. Adiós, adiós.

Es terrible encontrarse sentado detrás de la mesa metálica y notar que los ojos se le cierran a uno tontamente y que el sabor a café dulzón no desaparece del todo del paladar y que es preciso despejarse, como sea, de los sobresaltos de las cabezadas que arremeten minuto a minuto. Alberto nota que le va a ser imposible, fatalmente imposible, irremisiblemente imposible, aguantar detrás de esta mesa, delante de estas facturas, al lado de estos ruidos, dentro de esta oficina de todos los días, hasta que sean las dos de la tarde, y mira el reloj nuevamente y comprueba aterrado que son las diez y cuarto otra vez, llevándose la muñeca a la oreja, como otras veces a lo largo de la mañana, una mañana en la que el reloj no avanza casi nada, aunque el tic-tac le indica que está bien, que es la hora que debe ser, que le quedan aún..., le da un escalofrío, aunque esta mañana no se ha quitado la chaqueta, sintiendo que las horas no van a pasar nunca y no se explica por qué en una mañana como ésta no se puede marchar a su casa, es imposible que pueda hacer algo de provecho estando como está: No por la resaca, que no la tiene, pero el cansancio le llena los párpados y la boca y los brazos y recuerda simultáneamente el despertador estridente y la salida del cabaret con la furcia pelirroja que José Luis se empeñó en llevar a sabe Dios dónde, maldiciendo ahora a José Luis y a la furcia y a la hora en que se le ocurrió acercarse al bar de siempre y que se le ocurrió subirse en el coche de José Luis después de las tres partidas a los dados y de los tres whiskys, pensando ahora, mientras se esfuerza por sonreír atinadamente a Ramos que le alarga unos balances, como dando a entender que sí, que se ha enterado perfectamente, que a lo mejor la animación le vino de haber ganado las tres partidas, que dos las perdió José Luis, que ya puede perderlas, y la otra la perdió Manolo que se fue diciendo que tenía prisa, porque Manolo cuando tiene que pagar siempre pone mala cara, y eso que. Ramoncito pasa por su lado con una agilidad que Alberto maldice entre dientes, porque la envidia, mientras empuja la cabeza entre los papeles y agarra un bolígrafo a ciegas; pero es peor porque los párpados se cierran pesa-

damente; y el embotamiento y el cansancio, bueno, pero los ojos cerrados los nota todo el mundo y bastantes follones tiene habitualmente para que encima... Si estuviera todavía en la época en que la oficina la dirigía Fernando, Alberto cogería la americana, ni eso siquiera que la tiene puesta desde que salió de su casa, y hasta el lunes, coño, si te he visto no me acuerdo, no sería la primera vez que lo hizo, con cualquier pretexto, pero bastantes agarradas ha tenido de un tiempo a esta parte, y Alberto maldice entre dientes a Peña, a las agarradas, a la mala suerte, hasta que el teléfono le hace cerrar los ojos de golpe y luego abrirlos asustado y encontrarse frente a frente con la cara recién afeitada —se pasa la mano instintivamente por la mejilla: menos mal que nunca ha tenido demasiada barba, porque otra de las manías del animal de Peña es el aseo extremado y...— de Ramos contemplándolo socarrón y comentando que buena noche debiste pasar ayer; y el teléfono sigue sonando hasta que Alberto lo descuelga, mirando una vez más el reloj de pulsera que tiene otra vez la misma hora: las diez y... Al otro lado, una voz conocida, la voz conocida de, ¿qué coño querrá Manolito a las...?, mira el reloj otra vez, instintivamente, deteniendo el gesto a la mitad, resignado a pasar la mañana como pueda, heroicamente, panza arriba, aguantando encajado en la mesa metálica, buceando entre los papeles de..., sí, sí, sí, gruñe a la voz que insiste al otro lado del hilo.

—¿Estás sordo? —pregunta socarrón Manolito Trujillo desde, ¿desde dónde llamará Manolito a estas horas, a quién se le ocurre que a estas horas se puede...?

—¿Qué coño quieres?

—Oye, que ayer no te localicé en ninguna parte. Si llego a esperar que tú me llames como quedaste...

—¿Llamarte? —y a renglón seguido pregunta tontamente— ¿Dónde estás?

—¿Qué dices? —pregunta Manolito como extrañado.

—Que dónde estás. A estas horas.

—Menuda trompa la de ayer... A estas horas, como tú dices, hace una que estoy en la consulta —y Alberto se

imagina a Manolito Trujillo con una bata blanca abotonada hasta el cuello sentado en una mesa enorme, con una enfermera rubia al lado para—. ¿Qué te pasó ayer...?

—Lo de todas las noches —explica instintivamente sin saber lo que el otro pregunta—. José Luis, que es una bestia humana: como él no madruga porque es un...

—Oye, tú —dice Manolito al otro lado del hilo—. No te pregunto por tu vida de disipación: te pregunto por qué no me llamaste...

—¿Por qué te tenía que llamar?

—Oye, Alberto, por Dios, pon la cabeza debajo del lavabo que tengo gente en la sala de espera: quedaste en que ayer por la noche me telefonearías a casa para concretar lo de esta tarde.

—¿Y qué mierdas pasa esta tarde? —pregunta Alberto malhumorado haciendo volver la cabeza a todo el mundo: el propio Peña, que salía en ese momento de su despacho, lo mira muy serio, y Alberto compone el gesto oprimiéndose los ojos a ambos lados de la nariz, como si el asunto del telefonazo fuese agotador, incomprensible, capaz, incluso, de justificar tamaños exabruptos en horas de oficina.

—Esta tarde es la conferencia en el Círculo —dice molesto Manolito.

—Tú me dirás... —masculla Alberto abrumado, recordando de pronto la llegada del Notable Poeta, la conferencia en el Círculo de Bellas Artes, su cargo de secretario del—. Oye, te aseguro que me ha sido... ¿A qué hora llega?

—Después de comer, hijo; si quedamos...

—Oye, chico... —intenta improvisar Alberto sobre la marcha, recordando de repente que esta tarde, esta misma tarde, coño, dentro de unas horas, precisamente a la hora de la siesta, coño, coño...—, yo esta mañana, ya sabes, los sábados...

—Sí, sí, pero es que... —Alberto cabecea rendido, claro, claro, todo junto, esta tarde, esta misma tarde, precisamente ahora, si es José Luis el que, porque sabe que le tocará llamar al Círculo, o encargar una cena en, a menos que se ocupe Manolito porque...—, sí, sí, es a las siete y media,

pero mejor es vernos antes, después de comer. Yo te llamo, ¿de acuerdo?, de acuerdo, sí.

Y cuelga el teléfono sin apartar los dedos de los ojos, apretándoselos sobre el puente de la nariz, pensando que estas conferencias deberían prohibirlas al día siguiente de encontrarse a José Luis, maldiciendo la siesta que no dormirá —¿tendrá camisas limpias?, porque anoche—, y después la conferencia que ya estaba anunciada y lo sabía hacía días, y siempre, siempre, siempre...

No es lo mismo abrir los ojos delante de un armario de tres cuerpos coronado por un jarrón de porcelana fina que abrirlos delante de una ventana con el marco un poco deteriorado y unas cortinas con flores estampadas que tapan la visión de un patio que se adivina a través de los ruidos que por él suben y bajan; no es lo mismo alargar la mano derecha y tropezar con el interruptor de la luz, adosado a la pared y conectado con la lamparita de la mesilla de noche, que hundirla en un vacío sin ningún elemento material que sirva de punto de referencia y que contribuye a crear un sentimiento de desamparo trágico; no es lo mismo desperezarse entre las sábanas arrugadas y rodar sobre un costado hasta advertir que el lecho se acaba en una alfombra gris y mullida que sirve de unión con la otra cama en la que duerme la esposa, compañera y no sierva, madre de los hijos, sostén y apoyo en la adversidad, sustentadora de la familia como elemento básico del municipio y del sindicato, hembra en ocasiones determinadas, sucedáneo las más, consuelo las otras, que notar, en el giro y en el desplazamiento, que la cama no se termina en el punto en el que se debería terminar, sino que es ancha, muy ancha, desacostumbradamente ancha, y está ocupada por un cuerpo femenino no habitual, a cuyo contacto se recuerda inmediatamente la noche, la juerga, la lujuria, el dolor de cabeza, el dolor de huesos, el mal sabor de boca, las miles de pesetas. La luz que entra por la ventana de las cortinas con las flores estampadas indica que el sol está hoy más alto que de

costumbre, que hay más claridad de la que suele haber cuando José Luis se levanta todas las mañanas a las ocho, porque el hecho de ser gerente de una empresa de cierta categoría no implica necesariamente abulia, sino que, por el contrario, podría decirse que obliga a abrir los ojos a las ocho, desperezarse a las ocho y cinco, ducharse a las ocho y diez, vestirse a las ocho y media, salir del piso —novecientas mil pesetas, en su momento, cuatro habitaciones, estar-comedor, ascensor, puerta de servicio— a las nueve menos cuarto, desayunar un poco antes de las nueve, coger el coche a las nueve, minuto más, minuto menos, y sentarse en la mesa del despacho en seguida que se llega y que el portero lo saluda a uno y que los conserjes lo saludan a uno y que los administrativos lo saludan a uno y que la secretaria lo saluda a uno; mesa de despacho austera y nada historiada, vacía de alharacas y de grecas, de adornos y de maderámenes, de escribanías y de figuras de bronce, de pisapapeles y de tinteros; mesa de metal brillante, desde la que es preciso llamar por teléfono, atender al teléfono, dictar correspondencia, leer correspondencia, recibir visitas, despachar visitas, trabajar cuatro horas, o tres horas, o dos y media, porque es lógico que si se tiene una cita en la calle que puede resultar más importante que la rutina que se tiene entre manos y que puede ser resuelta fácilmente por la secretaria, o por Montesinos, se salga del despacho con la satisfacción del deber cumplido. La luz que entra por la ventana de las cortinas con las flores estampadas, y que indica que el sol está hoy más alto que de costumbre, hace pensar a José Luis en que deben ser, por lo menos, las diez, en que es posible que Aurora se haya despertado ya, aunque no es seguro, porque muchas veces ha tenido que llamarla desde el despacho al cabo de un rato de llegar, y le ha dicho la criada que aún estaba descansando y él ha dicho que bueno, que no la molestara, y la criada ha preguntado que si quería darle algún recado, y él ha contestado que no, que nada, que cuando se levantara que lo llamara a la oficina, y la criada ha dicho que está bien, señorito. Por eso, si aún no se ha despertado, es muy posible que aún no se haya dado cuenta

de la cama sin deshacer y del pijama sin desdoblar; pero si ya se ha despertado estará con esa actitud de reina ofendida que sólo adquieren las mujeres que se han educado en un colegio de monjas de trescientas pesetas mensuales —de las de entonces— cuyo marido no ha ido a dormir sin excusarse previamente; y José Luis piensa, mientras se despereza, golpeando con el codo a la pelirroja que dormita a su lado, si merecerá la pena, a estas alturas, llamarla por teléfono desde la oficina y preguntar, como molesto, que qué fue lo que ocurrió ayer noche que estuvo intentando llamar desde las once hasta la una que no contestaba nadie, que si es que se había vuelto sorda que además de dejarlo intranquilo toda la noche le había hecho coger una rabieta. Y mientras a su lado nota el rebullir de un cuerpo que se está despertando también, ¿qué horas son, cariño?, decide que tal vez sea mejor dejar las cosas como están, echando mano, instintivamente, a la mesilla de noche, buscando el reloj de pulsera como todas las mañanas, como todas las otras mañanas, parpadeando ante el chorro de luz que entra por la ventana de las cortinas con flores estampadas, sin encontrar el reloj, agitándose inquieto.

—No sé dónde dejé el reloj. Pero es tarde.

—¡Si lo tienes puesto!

—¿El qué?

—El reló, cariño. Lo tienes puesto.

Y efectivamente lo tiene puesto; a pesar de que nunca se duerme con el reloj en la muñeca, que se lo quita antes cuidadosamente y le da cuerda y lo coloca en el centro del tablero de la mesita de noche para que no quepa la posibilidad de darle un manotazo durante el sueño. Pero como también es verdad que esta vez no se acostó para dormir levanta el brazo izquierdo aceptando, semidormido, esta situación extraña, como acepta el despertar extraño en el extraño lecho de una casa extraña, desconocida, completamente desconocida, abrazado a una mujer extraña, que se despierta con los ojos hinchados, el maquillaje corrido, la boca pastosa, envuelto en una luz extraña y con un recuerdo, vago y atropellado, de todo, de la noche, del cabaret, de los

cabarets, del whisky, de Alberto, del bistec comido en Casa Felisa, de la absurda pelirroja que ahora yace a su lado y que recuerda, mientras levanta el brazo a la altura de los ojos para mirar la hora, apoyada en su hombro, jodé, qué sueño, mi vida, riendo toscamente a carcajadas con una boca roja, grande y entreabierta, y que se fue convirtiendo en nada desde que salieron del cabaret, desdibujándose a medida que crecía la luz, anulándose burdamente en contacto con la claridad, sin casi parecer una mujer de cabaret, ni hablar como una mujer de cabaret, ni oler como una mujer de cabaret. Y cuando la esfera del reloj llega a la altura de sus ojos se produce el salto violento que levanta las sábanas, las revuelve, las desplaza y termina en un desnudo grotesco.

—¿Qué te pasa, cariño, tienes prisa?

—¡Coño, prisa!

—¿Es muy tarde?

—¡Joder, tarde! ¡Las once y pico!

Cayendo sobre la alfombra, sin importar el desnudo inquieto, porque no es lo mismo pensar que es tarde en abstracto, que saber que es tarde en concreto, en la mañana de un día que ya no es viernes, y en el que la oficina urge con urgente urgencia, no sólo porque por la tarde no se trabaja y no se pueden despachar las cartas que habrá que despachar forzosamente esta mañana; sino porque hay que telefonar a los delegados de, con los que se tiene que hablar en, olvidando, de momento, mientras se sienta en la cama para ponerse los calcetines, arrugados encima de la silla del rincón, toda la noche anterior, empezada por casualidad, la actitud de reina ofendida —colegio de la Asunción, trescientas pesetas al mes de las de entonces— de Aurora, Alberto, seguramente trabajando ya en su mesa de despacho, el pijama sin desdoblar sobre la cama sin deshacer, la borrachera, la juerga, la reunión íntima que habían organizado para esta noche en su casa, y a la que, claro, no queda más remedio que asistir, el dolor de cabeza, la boca pastosa, y la pelirroja, incorporada ahora sobre un codo, con los ojos abotargados de legañas, mirándolo todo sin

entender nada, mientras José Luis se viste y piensa, contemplándola de reojo, si realmente la eligió ayer noche en el cabaret, la subió en su coche, la invitó a cenar, la besó en la boca y se acostó con ella, en esta cama, hace unas horas.

(Siempre que la puerta del apartamento se abre despacito hay la absoluta seguridad de que tras ella destacará la misma figura femenina grácil, delgada, esbelta, de piel morena y pelo ligeramente castaño que lo mirará a los ojos con los labios curvados en una sonrisa, con los senos artísticamente destacados bajo un jersey de algodón, bajo una blusa playera, bajo una bata ceñida de colores refrescantes. Y cuando ella cierra la puerta, sin abandonar la sonrisa, contempla los pantalones ajustados a las piernas, pantalones que ocultan sinuosidades que ya tienen en sí un algo de lujuriosas y cuya contemplación vuelve a excitarlo cada vez, antojándosele extraordinarias, divinas, inalcanzables, sin poder relacionarlas entonces, aunque se lo propone, con las que ha acariciado en diversas ocasiones sobre las sábanas blancas, piernas entre las cuales se ha hundido mansamente, sumisamente, dócilmente, perdiendo la iniciativa cada vez que se estrecha contra aquel cuerpo que no ha conquistado de ninguna manera aunque en alguna ocasión se lo hayan dicho, lo haya aceptado, lo haya pregonado fatuamente, sino que ha sido conquistado por él; y por eso ante el placer que graciamente le concede no puede por menos de tornarse manso, sumiso, dócil, y desear serlo indefinidamente hasta que el estallido final del orgasmo lo arrebate del paraíso artificial que el sexo ha creado en torno suyo y lo deje desnudo encima de una cama de sábanas arrugadas, abrazado a una mujer que jadea todavía; y es entonces cuando

tiene rápidamente que volver a creer con todas sus fuerzas que es él quien la ha conquistado, él quien la ha dominado, él quien mantiene la consciencia hasta el final de cada convulsión, él quien ordena, él quien manda, él quien dirige; porque de lo contrario ese sentimiento de sumisión que minutos antes lo enardecía, ahora le daría vergüenza y no podría soportarlo de ninguna manera. Por eso procura retrasar siempre lo más posible la consciencia de su sumisión a aquellos senos pequeños que ahora le sonríen con labios rojos y dientes blancos, por eso procura aparentar un papel distante que no es otra cosa que la máscara que oculta su dependencia casi absoluta de la mujer que se acerca a él sin palabras, con los brazos bronceados, las piernas incitantes, los ojos negros, entornados, los cabellos castaños, el maquillaje sabiamente distribuido y el perfume que tanto le agrada, tanto lo excita, tanto lo somete, tanto lo anula, tanto lo relaja. Por eso procura mantener su superioridad ante aquella mujer mientras el cerebro puede aún dominar al sexo, mientras la blandura de las piernas que aprietan, el decaimiento de los brazos que ciñen, la flojedad de los dedos que buscan, pudieran delatar el vencimiento de una virilidad buscada y derrumbada grotescamente ante la antropofagia sexual que polariza, avasalla, vampiriza, y se convierte, sin embargo, en insustituible. Y por eso su reciedumbre no decae jamás mientras ella le pone las manos —de uñas largas, rojas y felinas— en los hombros y nota su presión a través del jersey de lana y de la camisa de hilo, mientras su perfume lo invade más y más, mientras los abrazos se reducen a uno sólo y la boca roja y brillante se funde con la suya en una caricia larga, excitante, vertiginosa, girando alrededor del perfume que se posesiona irremisiblemente de él, introduciéndose en su nariz, en su

boca, en su beso, en sus manos, en sus dedos, en sus piernas, en su sexo, en su voluntad.)

Mientras la ducha templada le cae sobre la cabeza, sobre los hombros, sobre los senos, sobre el vientre, piensa una vez más que esto no puede seguir así, que esto se tiene que terminar de una forma o de otra, que hay que buscar una solución definitiva, de una vez para siempre. Contrae las mandíbulas y se acaricia los brazos como si quisiera extenderse el agua por el cuerpo, luego se frota con la esponja, suavemente primero, con más fuerza después, furiosamente por último, con lágrimas en los ojos, sin pensar concretamente en nada, ni en la humillación, ni en la soledad, ni en la impotencia, ni siquiera en su tristeza; frotándose rabiosamente, como queriendo zaherir un cuerpo inútil, inválido, inservible. El timbre del teléfono la deja por un instante en suspenso, con la esponja en el aire, con el agua cayendo sobre su cuerpo. Señorita, se detienen los pasos de la sirvienta al otro lado de la puerta, su mamá, ¿le digo que está en el baño? Que la llamo después, sí, notando la tristeza aumentada en esa ansiedad por tener noticias aunque esté firmemente decidida a no desearlas, a olvidarlo todo, a reconcentrarse en su tristeza, en su odio, en su rencor. Y al ponerse el albornoz se siente tranquila, descansada, físicamente cómoda, tal vez el baño templado: mira el reloj de pared que marca las once y media y se da cuenta de que ya todo es distinto, de que cuando termine de secarse y de vestirse no volverá a llamar a su madre, o si la llama hablarán de cosas triviales, de los niños, de vestidos, de las sirvientas, no de infidelidades, de canalladas, de separaciones, porque eso terminó con la costumbre, con la costumbre que absorbe la dignidad, enterrándola en el televisor, en la lavadora, en la nevera, en la cocina eléctrica, en el piso de novecientas mil pesetas, en el Opel, en la comodidad habitual, necesaria, imperceptible, vampirizante. Piensa todo eso contemplando su propio rostro en el espejo, un rostro que ella sabe bello, que supo bello al cotizarlo, al invertirlo, al hipotecarlo en el momento

en que era preciso decidir pero ella no lo sabía todavía, en los alegres años cincuenta y pico, cuando el colegio, las monjas, los ejercicios espirituales, los libros forrados de azul, los exámenes en el Instituto, eran sustituidos por esa imagen del mundo que gira exclusivamente entre el Club Náutico y el Casino y la terraza del Atlántico y la suntuosa puesta de largo y los bailes de Carnaval y el aperitivo en los bares de moda y los guateques y los alféreces de Milicias y la curiosidad y la vanidad y la emancipación decimonónica, única permitida a la buena sociedad femenina: cheque al portador, ley de la oferta y la demanda, operación mercantil a corto —¿largo?— plazo, inversión de un rostro, de unos senos, de una vagina, contra una tranquilidad, un hogar, una integración perfectamente estable en un engranaje social antropofágico y frío. Y ahora sí llora enfrente mismo del espejo, sin apartar la mirada de él, complaciéndose morbosamente en las facciones deformadas, en la belleza rota por los sollozos, con los brazos crispados sobre el lavabo, con el albornoz abierto dejando al descubierto un cuerpo erguido, unos senos agitados convulsivamente. Lloro sus treinta y pocos años absurdos, su niñez desaprovechada, su juventud perdida, su matrimonio, su viaje de bodas, su amor desbaratado, arrinconado, olvidado, sustituido; llora la aceptación de todo, la comodidad que la obliga, la triste dignidad que la ata a su lujo no a su hogar, a sus joyas no a sus hijos, a sus electrodomésticos no a sus principios, a su puesto en la sociedad no a su marido, a su costumbre no a su. Señorita, esta vez no ha oído el timbre del teléfono ni los pasos acercándose, es el señorito. A través de los cristales esmerilados de la ventana alta entra un rayo de sol que ilumina grandiosamente su imagen de mandíbulas apretadas y mirada, ahora, serena, reflejada en el espejo. Dígale que ahora voy.

LA LAGUNA, DISTRITO UNIVERSITARIO

—Yo lo que digo, coño, es que estas cosas, coño, nunca se sabe cómo se vañ a acabar; y que ir al Puerto para estarse toda la noche, un suponer, esperando en un rincón, coño, a ver si se puede bailar por una puta casualidad...

—¿Por una puta casualidad...? —César adelanta la cabeza en un gesto irónico con los dientes expuestos a la intemperie—. ¿Por una puta casualidad dices...?

—Perdonaunmomento. Digo esperarse toda la noche a ver si se puede bailar por una puta casualidad y...

—¿¡Por una puta casualidad...! —César adelanta más la cabeza y expone más los dientes a la intemperie. Luego acciona la mano derecha agitándola verticalmente de arriba a abajo con los dedos pulgar e índice unidos en afirmación dogmática, irrefutable—. Perdona que te diga...

—¡Esperaunmomentodigocoño! —la mano de Miguel Ángel se posa en la de César impidiéndole, por unos segundos, accionar nuevamente—. Digo que estarse toda la noche esperando para ver si se puede bailar por una casualidad, aunque no sea puta, y aunque después se consiga bailar y a las tres y cuarto consigas una niña toda rubia, toda extranjera, y toda con tetas y cosas, y que cuando estés con ella le digas ja, ja, qué calor hace aquí dentro, ¿verdad?, y ella te mire así como ofendida y te responda yuspikinglis, y tú le digas amsoring, y ella te diga también amsoring, y se vaya a dar el lote con un señor rubio, coño, que habla inglés, coño, y que además está mucho más tremendo que tú y tiene apartamento, coño... ¡Una leche!

—Perdona que te diga —César parece haberse quedado en el mismo punto de antes, sin que el parlamento de Miguel Ángel lo haya inmutado lo más mínimo— que estás en un error. ¿Y sabes por qué estás en un error? Pues porque a la niña ésa toda rubia y toda con esas tetas y esas cosas, le da lo mismo bailar contigo que con el señor rubio, y además le importa un huevo que no sepas inglés porque lo que quiere es darse el lote, porque mientras baila le

importa un pito que hables inglés, o español, o no hables.

—Perocoñocésarnoseascabrán...

—Eso —la voz de Eduardo suena vibrante por encima de la de Miguel Ángel—. Y bailas con ella una pieza.

—¿Una pieza...? —César vuelve a alargar la cabeza irónicamente y a exponer la dentadura a la intemperie.

—O dos piezas. O tres piezas. O cuatro, o cinco, o seis. Pero como la resistencia física tiene un límite y los seres humanos necesitan sentarse, pongamos por caso, después de haber estado bailando durante media hora seguida...

—¿Media hora...? —cabeza adelantada, dientes a la intemperie—. Perdona que te diga que yo una vez en...

—Perocoñocésarnoseaspesado... —la voz de Miguel Ángel ahoga la de César.

—... de dos horas y cuarto seguidas.

—Perfectamente —Eduardo sigue sentado en el taburete haciendo oscilar el vaso en la mano derecha y manteniendo el cigarrillo en la izquierda. Detrás de él, el adjunto de Internacional diserta sobre los problemas universitarios con uno de los líderes marxistas de Filosofía y Letras: el adjunto de Internacional es un hombre de ideas muy avanzadas. El líder de Filosofía asiente constantemente y de vez en cuando dice sí, sí, por supuesto, y qué duda cabe. El adjunto de Internacional es un hombre abierto al diálogo—. Perfectamente entonces. Tú eres capaz de bailar alrededor de tres horas, o más si estás en peligro de muerte o has de comulgar; pero como da la casualidad de que estamos suponiendo que la inglesa rubia de las tetas ésa es un ser humano y no un Fred Astaire con vagina, al cabo de cuarenta minutos te dirá plis y te sonreirá muy cordialmente y se sentará en un rincón a beber cuba libre.

—Y entonces yo me siento al lado de ella...

—Y se ponen a jugar a té, chocolate y café, porque como no se entiendan en esperanto no sé qué puñetas van a hacer en el rincón.

—Pues... —César sonríe cogido y pretende hacer una gracia—. Pues... ¡eso!

—Sí —Miguel Ángel vuelve a llenar todo el bar con su voz—. Se va a quedar tan enamorada de ti, coño, que nada más bailar tres piezas, coño, te va a coger por la mano y te va a decir oh, dear, oh, lof, y te va a llevar a su apartamento y te va a quitar la corbata y te va a desnudar todo, y después te prestará una novela pornográfica para que te excites, coño. ¡Vete p'al carajo, anda!

—Yo lo que digo... —César ya ni siquiera se atreve a adelantar la cabeza.

—Tú lo que dices —aclarar Eduardo displicente— es que las inglesas son una especie de prostitutas pero con niebla y en gratis.

—Yo lo que digo —César se atreve otra vez a adelantar la cabeza al amparo de hipotéticas experiencias personales— es que yo una vez, en el Puerto, ligué con una extranjera, que era inglesa, y me acosté con ella.

—Peronoseascabrón —insiste Miguel Ángel echando la cabeza hacia atrás—. Pero si en el Puerto no ha ligado nadie desde la época de Humboldt.

—Y te acostaste con ella —añade Eduardo mientras a sus espaldas la voz del adjunto de Internacional asegura que él nunca ha jugado a dos cartas y que por eso en las oposiciones del sesenta y— preguntádoselo por señas.

—Me acosté con ella —remacha César sarcástico— en francés.

—¡Coñocésarquécojonudo! —ríe estentóreamente Miguel Ángel haciendo volver la cabeza sorprendido al adjunto de Internacional. Dos niñas que están en una mesa copiando apuntes y fumando L & M también vuelven la cabeza—. ¿Y cómo coño es acostarse en francés?

—Será ella arriba y él debajo —aclarar Eduardo.

—Perfectamente —responde César proponiendo un gesto de contención—: yo no discuto. Si no quieren ir al Puerto esta noche, me voy yo solo.

—Nadie ha dicho tal —pontifica Eduardo.

—¡Miraquérescojonudo! —la exclamación de Miguel Ángel es rotunda y terrible. El adjunto de Internacional vuelve a mirar hacia el grupo. El chico del bar mira también hacia

el grupo. Las dos niñas de antes esta vez no se han enterado o no quieren enterarse—. ¡Miraquérescojonudo, César! —repite—. Si precisamente he sido yo el que te ha llamado y el que te ha dicho que si quieres venir esta noche con Eduardo y conmigo y el que...

—No, no... —sonríe César adelantando la cabeza nuevamente y exponiendo los dientes, un poco, a la intemperie—. Como ustedes decían que si tal y que si cual...

—Yo digo —aclara Eduardo—, insisto y me reafirmo en ello, que en el Puerto no jode nadie y mucho menos un sábado por la noche,

—Claro coñotejode —apoya Miguel Ángel.

—pero acepto la proposición de Miguel Ángel, no por otra cosa que porque los sábados son días aburridísimos y porque de no ir con él, aprovechando que su padre le cede el coche, Carlos terminaría metiéndome en una desagradable conferencia en la que un tipo desagradable se empeñará en explicarnos, supongo que desagradablemente, cosas sobre Góngora como si uno no hubiera leído *Las Soledades* en su momento.

—Entonces —insiste Miguel Ángel, al que las cuestiones gongorinas no le preocupan demasiado—, nos vemos a eso de las nueve...

—Mejor es a las ocho —corrige César—, porque al Puerto hay que llegar pronto para encontrar tías sueltas...

—César —reconviene Eduardo—: Miguel Ángel y yo hemos decidido, definitivamente, que en el Puerto resulta total y absolutamente imposible ligar con una extranjera: si vuelves a proponer falaces teorías te dejamos en tierra. ¿Verdad, Miguel Ángel?

—Verdad —responde éste, divertidísimo.

—Bueno, bueno... —dice César con otro gesto de contención—, pero fíjense si se liga o no se liga, fíjense en José Antonio, con la tía ésa que se está montando desde hace un mes, ¿se la monta o no se la monta? Y es extranjera, ¿eh?; y es casada, ¿eh?

—Coñocésarmiraquérespesado —responde Miguel Ángel—. Lo de José Antonio es distinto...

—Pero para que vean si se liga o no —insiste César—. Y yo iba con él el día que se conocieron, ¿eh...?

—Entonces a las ocho, como dice éste —puntualiza Miguel Ángel señalando a César—. ¿De acuerdo?

—Por mí, perfecto —asiente Eduardo.

—¡Pues claro que se liga! —repite César mientras se bajan de los taburetes y Miguel Ángel llama al camarero para preguntarle, dos cervezas, un vermuth..., qué se debe—. Lo que pasa es que ustedes... Fíjense en José Antonio, si se liga o no... Fíjense en José Antonio, ¿eh?

Porque las cumbres azuladas, añiles y marrones pueden también ser límite y prisión, impedimento odioso que nos encierre en esta propia casa que nos fue dada sin elegirla expresamente y de la cual no es tan fácil separarse, aun sabiendo a cada instante —a cada instante que nos detenemos a recordarlo— que las tenemos ahí, que están, han estado, estarán, siguen estando, están desde siempre delante y encima de nosotros, como estaban por todas partes las telas metálicas y los muros de piedra y las arpilleras encaladas y los portales de gruesa madera y las torretas de los centinelas, aun cuando no los viésemos, aun cuando estuviésemos en el interior de la nave, o en las letrinas, o con los ojos cerrados, sobre la colchoneta, o en el patio, fumando un cigarrillo a la sombra, imaginando, recordando, sopesando, calculando una y otra y otra y otra vez las posibilidades de que esta prisión se prolongase y hasta cuándo, sopesando la culpa, la responsabilidad que se le podía otorgar a una ideología, a una manera de enfocar las cosas, a una forma de encararse con la vida, a una identificación con cosas que nunca estuvieron, ni están, ni estaban, demasiado claras, añorando, entonces, los tiempos de las camisas limpias, las dos únicas camisas blancas, limpias, paseadas con despreocupación, con indiferencia, con ignorancia, todavía, de su verdadero valor, añorando las comidas en la casa paterna, añorando las charlas —tan ingenuas, tan lejanas ahora— en el local social, cuyo máximo atractivo era jugar al ajedrez,

recordando la intranquilidad del diecisiete de julio por la tarde y la mirada hosca del médico monárquico de la casa de enfrente, y los golpes, por fin, en la puerta en plena noche, y la intranquilidad de todos los días anteriores, y la angustia de tantas mañanas veraniegas soleadas, en las que la playa estaba lejana, muy lejana, y no se sabía nada con seguridad, ni siquiera sobre Enrique, que la semana antes decía que era absurdo de todo punto pensar que, imaginando cómo pudo ocurrir esto, qué le pudo ocurrir a Enrique desde hacía unas semanas, preguntándose, sin atreverse a dar la verdadera respuesta, qué había sido de algunos que entraron en Fyffes con nosotros y habían salido, se los habían llevado por la noche; fumando cigarrillos las veces en que fumarlos era posible, deseando la soledad absoluta para rumiar la confusión del mazazo inesperado, rehuendo las charlas sicalípticas de los viejos socialistas, ya premonitoriamente nostálgicos, encontrados, casi, casi, con alegría, la mañana de principios de septiembre que siguió a aquella noche de los golpes en la puerta, de las camisas azules y el coche aparcado en la acera de enfrente, de los ojos del vecino monárquico adivinándose detrás de la persiana iluminada, de los hípidos de la madre; rehuendo las visitas de la familia a través de la tela metálica en las que se temía hablar para no entristecer y se temía escuchar para no entristecerse, visitas colectivas, desconfiadas, lúgubres, rehuendo la debilidad de la ternura, refugiándose en la soledad constantemente, intentando, sin conseguirlo nunca del todo, nunca por completo, nunca de una manera definida, compenetrarse con los motivos que forzosamente se defendían en el patio de Fyffes, las reuniones en el triste local, las partidas de ajedrez, los mítines ingenuos, la mediocridad, el despiste, lo único que permanecía en aquellos momentos angustiosos en los que no es necesaria la oscuridad para sentir una angustia continua que llega a convertirse en natural, que se duerme con nosotros, que come con nosotros, que defeca con nosotros, que entorna los ojos con nosotros, que se despierta todas, todas, todas las mañanas con nosotros y ya no nos abandonará ni siquiera cuando volvamos a

traspasar, dentro de unas semanas, el portón de gruesa madera bajo la mirada desconfiada del centinela.

Cuando José Luis entra en el bar del Club Náutico todavía hay poca gente en la barra: Fernández, Rómulo, El Petirri, un grupo de chicos de diecisiete o dieciocho años alborotando mucho en un extremo. A través de las grandes cristalerías que dan sobre la terraza entra la luz de una mañana de cielo azul despejado, sin nubes, bajo el cual unas cuantas muchachas en bikini se bañan y toman el sol. En una mesa, los de siempre juegan a los dados rodeados de vasos y cajetillas de tabaco, hola, ¿qué hay?, ¿cómo va eso?, ¿una manita?, me he retirado, me he retirado, sonrío, sintiendo dolor de cabeza, recordando el violento despertar de esta mañana, de hace un rato, jodé, qué prisas, decía la pelirroja, sí que eres raro, cariño, recordando la llamada telefónica a Aurora, la infernal mañana, cierra los ojos apoyándose en el mostrador y encendiendo un cigarrillo, al tiempo que de fuera, de la terraza soleada, llegan Martínez y Rafa riéndose mucho.

—Qué cara tienes —saluda Martínez sin dejar de reírse—. Ni siquiera te has afeitado...

—¿Hubo folklore anoche cuando me marché? —pregunta Rafa observándolo.

—No, hombre —elude José Luis bajando la cabeza—. ¿Cómo va a haber folklore? Es que llevo una mañana... ¿Qué toman ustedes?

El camarero atiende detrás de la barra, una cerveza, que esté fría, ¿eh?, bien fría, un whisky, otro whisky, José Luis siente los ojos hinchados y se pasa la mano por la cara, tienes unas ojeras, insiste Martínez sin dejar de sonreír, se afloja el cuello de la camisa, que ha estado sintiendo pringoso durante toda la mañana, pero que no le quedó más remedio que ponérsela otra vez, joder, las once y pico, decía saltando de la cama ante la mirada atónita de la pelirroja, porque tenía el tiempo justo para llegar a la oficina, enterarse de las novedades y salir corriendo a entrevistarse con, por

supuesto, por supuesto, sobre las inversiones de, pero quiéramos especificar al respecto de lo, y José Luis dejándose invadir por las cabezadas con el traje arrugado y la camisa sucia que no tuvo tiempo de cambiarse, ¿no cree usted, sin embargo, que los valores amortizables?, aunque tampoco le apetecía demasiado aparecer por casa, hablar con Aurora, bastante fue la llamada telefónica, mira, la voz seria, a punto de estallar al otro lado del hilo, vamos a dejarlo, no me digas nada. Bebe la cerveza casi de un trago, helada, bajando por la garganta, liberándolo una vez más de la mañana, del despertar, de la noche, de Casa Felisa, ¿qué habrá sido de Alberto?, ¿se encontrará tan mal como él?, sintiendo el contacto helado por dentro del cuerpo, respirando a satisfacción después.

—Limpiando las calderas, ¿eh? —bromea Martínez con su sonrisa torcida de siempre, palmoteándole la espalda.

—Es que se ha metido el calor otra vez —comenta como distraído.

—En este puñetero país —protesta Rafa—, hace un calor insoportable siempre, trescientos sesenta y cinco días al año.

—Estos godos —dice Martínez mirando a Rafa— se creen que son los dueños de las islas. Si nadie los mandó venir, jediondos...

—No sé qué sería de vosotros sin los godos —dice Rafa bebiendo un tragó de whisky y mirando a las muchachas que entran de la terraza luminosa, brillante, con los pantalones ajustados a las curvas incipientes y los cabellos largos, aún húmedos del baño, cayéndoles sobre los hombros.

Rafa suele venir al Club casi todos los mediodías, cuando sale de la oficina, de una de las oficinas, aunque esa hora, una, una menos cuarto, una y diez, una y media, casi siempre lo suele coger en la Consignataria, discutiendo con Suárez, o corrigiendo, de pie, gritándole mucho, al contable, los errores de la mañana, pero don Rafael, no crea, o de la tarde anterior, o de hace un par de días, yo no puedo estar en todo, caramba, yo no puedo estar en todo, ya lo saben

ustedes, y suele bajar las escaleras con Suárez, que siempre cuenta lo mismo, muy despacio, arrastrando las palabras, continuándolas de un día para otro, ininterrumpidamente, bueno, pues nada, iniciando cada día, casi cada día, el idéntico rito de zafarse sonriendo cortés, con los consejeros ya se sabe que, sobre todo con algunos consejeros. Raro es el día que a eso de la una y media no está en el Club, en el vestíbulo, en el bar, en la terraza, en el bar, en los salones, en el bar, rara vez solo, casi siempre con un vaso de whisky en la mano, ¿cómo puedes tomar whisky a esta hora?, le pregunta José Luis cada vez que coinciden a esa hora, charlando con Martínez, evitando al Petirri, el hombre más pesado del mundo según Alberto, ¿por qué lo llamarán el Petirri?, se ha preguntado Rafa desde que llegó a la ciudad, a la isla, desde antes de casarse, jugando a los dados, paseando por la terraza con el vaso en la mano o con las manos metidas en los bolsillos o con Martínez al lado.

—Ustedes no fallan nunca —dice José Luis volviendo la cabeza para mirar a Rafa y a Martínez—. ¿No se aburren de este panorama?

—Lo que me extraña es verte a ti por aquí —dice Martínez—. Tú eres enemigo del yodo, del oxígeno y de todo eso, ¿no?

—Os advierto —interviene Rafa bebiendo un trago— que si no fuera por Martínez, este otro solitario de todos los días, probablemente hubiera caído en las garras del Petirri que me estaba dirigiendo unas miradas...

—Empezar un sábado con el Petirri debe ser mortal —sentencia José Luis.

—Peor sería terminarlo —añade Rafa sonriendo—. Nunca me he enterado por qué lo llaman el Petirri.

—Sí, hombre —dice José Luis sonriendo, pálidamente, por primera vez en todo el rato—. Eso el que lo cuenta con mucha gracia es Alberto. Precisamente la cosa viene de nuestra época, de cuando Alberto y yo estudiábamos Derecho, cuando estábamos empezando, figúrate si hace años. Parece ser, Alberto es el que lo cuenta bien, ya te digo, que vinieron aquí unos profesores franceses que no tenían ni puta de

español y cuando les presentaron al Petirri, que en aquella época estaba empezando de profesor en la Facultad, no entendían cómo se llamaba. Tú sabes que él se llama López de la Calleja: bueno, pues parece ser que se puso tan fino, ustedes ya saben lo pesado que es él, que les quiso traducir hasta el apellido y les dijo que se llamaba López de la Petite Rue, y como él pronunciaba un francés fatal, imagínate... Al día siguiente lo sabía toda la Facultad y se ha quedado así para siempre.

Por las enormes cristaleras que dan a la terraza siguen entrando la luz y el sol del exterior, ahora se abre la puerta y aparecen dos muchachas, casi niñas, minifalda y calcetines una, pantalones ajustados otra, con los cabellos, malamente peinados, goteando agua sobre los hombros, José Luis, parpadeando ante el chorro de luz y el viento que acaba de entrar por la puerta, contempla a las dos niñas, ¿cuántos años tendrán?, pensando al mismo tiempo en Inesita, de ocho años ya, y en lo de Manolo, cuando en la terraza del Atlántico dijo que se estaría haciendo viejo porque cada día le gustaban más las niñas de doce años mientras pasaban grupos de chiquillas núbiles perfilándose en el azul aún brillante de media tarde, oye tú, protestó Manolito Trujillo que casualmente, ¿y por qué?, estaba con ellos, que doce años tiene mi hija, bueno, contestó el bestia de Manolo sin dejar de mirarlas, pues de trece.

—Me llamó Marta —dice Rafa alisándose los cabellos despeinados por la ráfaga de aire.

—¿Ah, sí?

—Dice que la llamó tu mujer esta mañana para confirmar lo de esta noche. Quedó en ir a media tarde a ayudarla a preparar las cosas: ya han avisado a Cristina y a Rosa Mary.

—Ah, sí —miente José Luis—, ya me lo dijo, sí.

—Pon otras copitas, niño, oye, niño —llama Rafa vaciando su vaso de un trago—. Me alegro de que hayas venido, porque me llamó Manolo por teléfono a la Consignataria y quedó en venir aquí.

—Ah, bueno, estupendo —asiente José Luis—. Así nos ponemos de acuerdo para vernos esta tarde. A última hora, ¿eh?, porque yo quiero dormir la siesta y además...

—Ya se te nota, ya —sonríe Martínez alargando la mano hacia su nuevo vaso—. Tienes cara de siesta.

—Es sábado, ¿no? —dice José Luis encogiéndose de hombros—. Tengo derecho.

—Sí, hombre, sí:

El mostrador y las mesas están llenas casi por completo. De cuando en cuando se abre la puerta de la cristalera, la que da a la terraza soleada, y sale algún camarero con una bandeja, o entra un grupo de bañistas, muchachos y muchachas, con los cabellos mojados casi siempre, o sale algún matrimonio mayor, o alguna pareja joven. En las mesas, los de antes, los de todos los días, siguen jugando a los dados rodeados de vasos, de cajetillas de tabaco, encendedores, cajas de cerillas, Julio González se levanta en este momento y se despide con un gesto mirando el reloj, los demás baten los cubiletes con un ruido creciente que remonta, por un instante, las conversaciones haciendo volver la cabeza a algunos, luego vuelve la normalidad de los murmullos alternos; los matrimonios en otra mesa, los chicos de diecisiete o dieciocho años que se han acercado a un grupo de niñas, los camareros, en un extremo del salón, atentos a los pedidos. Martínez, con su eterno traje negro, erguido, con la boca perennemente torcida en esa especie de mueca que le es característica, da la espalda al mostrador y charla con Rafa, sin mirarlo, deteniendo la vista en las mesas, en la gente, en los murmullos de su alrededor; Rafa, que lo encuentra todos los días a esta hora erguido al lado de la barra, con su vaso de whisky ya en la mano, no sabe cuándo trabaja, si es que trabaja, a qué hora va a la oficina; pensándolo un poco, no recuerda haberlo visto en otro sitio que en el bar del Club, en la terraza del Club, con la boca suavemente torcida, vestido de negro, con el vaso de whisky, el mismo, en la mano. José Luis, que se ha quitado las gafas, frotándose los ojos enrojecidos por el cansancio, por el alcohol, por la noche casi en vela, por el brusco despertar, jodé, qué prisas,

qué raro eres hijo, qué raro, parpadea antes de volvérselas a poner y pide otra cerveza, la tercera, con un gesto que el camarero no advierte, oye, muchacho, oye, pscht, sacudiendo la cabeza para no pensar en el mediodía, en la cara de Aurora, vamos a dejarlo, dijo por teléfono, vamos a dejarlo, ¿eh?, pensando en no ir a almorzar si no fuera por la reunión de esta noche que Rafa acaba de recordarle, si no fuera porque le apetece un rato de siesta, un imprescindible rato de siesta, sintiendo en la palma de la mano que ahora rodea el vaso, el frío rotundo de la cerveza helada. Por las enormes cristaleras que dan a la terraza sigue entrando la luz del mediodía, brillante en medio del cielo azul sin nubes, despejado.

(Estaba sentada sola en una mesa de la penumbra, pero en seguida llegó la pareja madura y se sentó a su lado como si hubieran venido juntos; y aunque Jorge había dicho que mira que tienes cosas, que aquí no es como en España, si una mujer está acompañada y quieres bailar con ella, la sacas y al carajo, dudó mirándola y se fue a la barra y pidió un whisky pensando que costaría otras sesenta pesetas y que sólo le quedarían entonces ciento diez porque el Puerto sale siempre carísimo. La luz roja hacía llorar un poquito los ojos y molestaba bastante, mientras bebía el whisky pensando que si cuando he terminado aún está sentada la saco a bailar, qué demonios, ya que he venido, que fue César el que más se empeñó, tú no vienes nunca, y era verdad que sólo había ido a los *night clubs* del Puerto tres o cuatro veces, hoy que hay sitio en el coche, total qué vas a hacer, y había venido con ellos, haciéndose el que está muy de vuelta de todo, el Puerto es un follón, y además queda muy lejos, y total para nada; por pasar un rato, hombre, decía Jorge conduciendo; sí, sí, pasar un rato, sonreía César, venga, no seas idiota, como si yo no conociera

esto, a ver si te crees que todo el monte es orégano. La luz roja le seguía molestando y le había molestado desde el principio, y le molestó mientras se bebió todo el whisky y mientras fue a sacarla a bailar inclinándose levemente, ¿baila?, más con el gesto que con la voz, sí, más con la expresión que con la palabra, porque era de verdad que esos ambientes le molestaban aunque eran muy bonitos y muy elegantes y relajaban o excitaban o hastiaban o remontaban o sumergían o: Desde el primer momento se había dejado enlazar suavemente, acomodando su cuerpo a sus manos, sonriendo como con costumbre con los labios rojos y brillantes y cuando habló, *parlez vous français?*, daba la impresión de que el perfume salía exclusivamente de la boca, voluptuosa y embriagadora, me ui, an petí pe: selemán pur me fer comprandre, recordando los años de colegio, la sotana del profesor, el Padrenuestro en francés, el *Paris Match*; pero ella en seguida, *c'est que je connais l'espagnol mais pas pour pouvoir le parler parce que j'aurais honte alors: c'est la première fois que je suis à l'Espagne*, sonriendo y mirándolo a los ojos mientras los brazos se habían acomodado perfectamente al cuerpo joven pero rotundo, victorioso y deseable; y la catarata de sonidos se estrelló en sus oídos, desparramándose por todo el salón, abriendo mucho los ojos, ¿comán?, y ella lo miraba y repitió despacito, divertida, que yo, no... habló muy... bien el español, pero lo... com... ¡entiéndolo! algo. ¿Cómo algo? Por lo menos mejor que yo el francés, sonriendo desde los ojos en los ojos, desde los brazos que ciñen, desde el sexo que se erige en protagonista; cómo, más despació, no... oigó bien; sonriendo aún, segura de su persona, creyéndose obligado a intentarlo otra vez, ye di que votrespañol e pli meyer que mon fransé, buscando en el vocabulario, en la sintaxis, en los recuerdos, mon fransé e selemán an

fransé delef: delef mové, con la satisfacción que al verla escuchar riendo le proporcionaba en el orgullo y en la virilidad, *mais non*, però... no: yo... comprendó tú bastanté bien, ¿y tú... a mí? En la barra Jorge charlaba con César mirándolo de reojo, y aunque antes estuvieron bailando ahora parecían aburridos, estas cosas ya se sabe, decía Jorge por el camino, no hay nunca nada seguro; por eso digo, hombre, por eso, con un gesto de falsa experiencia, que no merece la pena vivir en función de esto; Jorge apura ahora un vaso con algo negro, hombre, no, vivir en función, en absoluto, sólo de vez en vez, un día como ahora; y la música sonando alrededor y las palabras no eran precisas ni en francés ni en español, bueno, sí, condescendentemente, por eso vengo hoy, por una vez, pero siempre...; no, claro, siempre, no, cuando los cuerpos se encuentran miembro a miembro en un abrazo al que sólo llega el rojo de los labios, el perfume que no sólo sale de la boca, sino de los cabellos que se apoyan, apoyándose, en tren de apoyarse, cada vez más, en los hombros, en la mejilla, con la naturalidad que sólo hoy, aquí, en este lugar, a esta hora, en esta circunstancia, puede producirse.)

Cuando el Notable Poeta, asomando su busto gris marengo por encima del velador tras el que lo han hecho sentar, carraspea, deja parsimoniosamente el folio terminado a su derecha y aparta la servilleta que cubre la jarrita del agua, Alberto se quita las gafas y se frota los ojos, acariciándose los flancos de la nariz y notando cómo, ayudadas por el grato silencio de la sala de actos, las oleadas del sueño vuelven a invadirlo: piensa que si Manolito Trujillo no se hubiese empeñado en que debía acompañarlo a Los Rodeos a recibir al tipo éste, seguramente podría haber dormido dos o tres horas de siesta que le hubieran venido divinamente. Diseminadas por la sala, cuarenta o cincuenta per-

sonas, más o menos las de siempre, atienden con aparente interés, algún que otro crujido, alguna que otra tos, las palabras, ahora reanudadas, del Notable Poeta que glosa, parsimoniosamente, la difícil relación simbólica de la metáfora gongorina, metáfora que me atrevería a definir, y ahora diré por qué, como inicio de una etapa señera en la creación poética del Barroco, en tanto en cuanto constituye la primera aventura independiente de un intelectual por buscar unas normas rígidas para la belleza, levantando, en este punto y aparte, la mirada de los folios que lee, para comprobar, desde el brillo de sus lentes, la impresión que sus palabras han producido en el auditorio. Carlos, sentado hacia la mitad de la sala, en el extremo umbrío de una fila, lo contempla con gesto hosco, pasándose reiteradamente el dedo índice por la nariz, con las mandíbulas apretadas, derrumbado sobre uno de los brazos del sillón, contestando con gruñidos a los comentarios que le dirige, de vez en vez, Tomasito que, embutido en la americana azul de siempre, con los hombros manchados por la caspa de siempre, se le acercó en el vestíbulo del Círculo a los pocos instantes de marcharse Eduardo y ya no se lo pudo quitar de encima en todo el rato, tuvo que subir la escalera con él, resignarse a que se sentara a su lado, a que se dirigiera a él, de vez en cuando, con sus preguntas roncadas y apremiantes terminadas en "eh". En la puerta del fondo, enmascarado por la penumbra, aparece, con su sempiterno cargamento de papeles arrugados (*Figaro Litteraire, Triunfo, Primer Acto, Ínsula*) debajo del sobaco, La Felipa, el atildado poeta esteticista, que consulta el reloj como asombrado de que el Notable Poeta haya empezado tan pronto, y, de puntillas, procurando amortiguar sus breves pasos sobre la moqueta azul, se dirige decidido hacia la primera fila, sentándose al lado del anciano tesorero del Círculo de Bellas Artes, al que saluda con una sonrisa untuosa. Manolito Trujillo, unas butacas más a la derecha, asiente regularmente, con un impresionante aire de seriedad, a la pluralidad de matices que observamos en esa infame turba de nocturnas aves, verso en el que no sólo la aliteración abrupta nos conduce al clima de terror

que pretendía el cordobés, sino que, y esto, para mí, resulta muchísimo más importante, recordando la amabilidad con que el Notable Poeta los saludó, a Alberto y a él, en el mismo aeropuerto, y lo simpático que estuvo mientras recogían el equipaje, y subían al coche y tomaban un whisky en el bar del Hotel Mencey, contemplando ahora a Alberto, situado unas butacas más atrás, al lado de Linares, mientras piensa que al día siguiente, que es domingo, podrían hacer una excursión a algún sitio, saliendo desde por la mañana, un poco antes del mediodía, al Teide, por ejemplo, pero en plan íntimo, para poder charlar con él, porque le da la impresión de que es un tipo muy simpático, mucho más de lo que parece a través de sus libros; y tuerce la cabeza para mirar nuevamente a Alberto que ahora habla en voz baja con Linares, recordando los comentarios despectivos que hizo del Notable Poeta cuando se quedaron esperándolo en la barra del bar del Mencey, considerando que exageró al decir que este tipo es un pedante insoportable que viene a la isla como quien viene a terreno conquistado, porque Alberto es un derrotista, este Alberto, que ahora ha dejado de hablar con Linares y enciende un cigarrillo, sintiendo que los ojos le pican, temiendo que en cuanto se acabe la conferencia, mira el reloj para calcular a bulto cuánto falta, no quedará más remedio que charlar, y vendrá lo de tomarse unos whiskys que ya están preparados en el otro piso, y que el Notable Poeta, que aún no ha tenido ocasión de hablar con nadie, porque llegó con el tiempo contado, salude a todo el mundillo intelectual, a la Felipa, que le dirá, como siempre, que fabuloso, fa-bu-lo-so, con los codos pegados a los costados, accionando solamente los antebrazos en su afeminada expresividad, y le regalará un ejemplar de su único libro, publicado en mil novecientos cincuenta y seis, que va a ser verdad eso de que no lo distribuyó en su momento, sino que guardó la edición íntegra en su casa para repartirlo a todos los personajes que vaya conociendo, como dice con muy mala leche Carlos, el joven poeta universitario, con esa agresividad propia de todos los jóvenes artistas provincianos o no, que ahora se rebulle, ruidosa-

mente, en el asiento, cambiando de postura, mientras Tomasito, hiriendo el aire denso del salón de actos con su perfil afilado, pajaril, le dice algo muy excitado, eh, eh; Carlos le contesta bruscamente en un tono bastante alto, lo suficiente para que el propio conferenciante levante, un poco sorprendido, la cabeza, creyendo por un momento que el exabrupto, siseado por Manolito Trujillo desde su butaca de presidente, se debe a una protesta por su afirmación de que el *Polifemo* supone algo así como una toma de conciencia del poeta con la crisis del lenguaje que; Carlos, mirando aún de reojo con el ceño fruncido a Tomasito, se encoge en el asiento, dudando entre quedarse cuando la conferencia termine o no, porque antes, en el vestíbulo, Manolito Trujillo le habló de una cena no sé dónde como siempre y, quitando a Alberto, a Linares, el catedrático de Instituto, y a don Roque, el viejo republicano perennemente descontento de todo, mecenas de artistas y bebedor y conversador infatigable, no le parece un panorama demasiado agradable, pensando, mientras el Notable Poeta concluye la conferencia, que a lo mejor tenía razón Eduardo marchándose al Puerto con Miguel Ángel, aunque le hubiese gustado que estuviese aquí con él, porque entonces sí que merecía la pena cenar, por lo menos para que el sábado no estuviese perdido del todo; aplaude ahora, sumándose al aplauso general, mientras todos se van levantando poco a poco, y salvo seis o siete, que no pertenecen al mundillo intelectual y salen rápidamente, los demás se abrochan la americana, encienden un nuevo cigarrillo, se palmean la espalda, cruzan alguna palabra suelta mientras se acercan poco a poco a la tribuna, en la que ya Manolito Trujillo tiene al Notable Poeta cogido por el brazo, felicitándolo por la claridad de su exposición que ha resultado, en su opinión, profunda, muy profunda, me gustaría leerla con calma. Carlos sigue dudando sobre si merece la pena ir a cenar hoy también con los de siempre, como otras veces, como con otros conferenciantes, como con todos los conferenciantes, aunque sea para matar el sábado, decidiendo que tal vez termine escribiendo una nota en el periódico

sobre la conferencia de este tipo. Alberto, que llega a la tribuna sonriendo cordialmente ya desde lejos, cuando Manolito Trujillo le está presentando a la Felipa al Notable Poeta, sabe que no le quedará más remedio que ir a cenar y que la cena se prolongará hasta las tantas, y que ojalá pudiera zafarse de todos estos belenes de una vez para siempre. Alrededor del Notable Poeta, Manolito Trujillo, Alberto, Carlos, don Roque, atronando la sala con su estruendoso vozarrón, la Felipa, accionando con los brazos muy de prisa, fabuloso, ya le digo, fa-bu-lo-so, sin despegar los codos del cuerpo, Linares, alargando la mano en su gesto habitual de humilde espera de la presentación a cargo de Manolito Trujillo, Mesa, el periodista, masticando un puro, ¿el mismo?, perennemente deshilachado, comentan la conferencia, la alaban cortésmente, bromean entre sí, cabecean afirmativamente ante los juicios tajantes de Manolito Trujillo, ante los elogios desmedidos de la Felipa, los comentarios acerca del centenario de Góngora, sí, en el 27, con Primo de Rivera, me acuerdo que, del vozarrón de don Roque, o guardan un silencio afable, como Alberto, malhumorado, como Carlos, pensando, vagamente, en los whiskys que se tomarán ahora y en la cena que vendrá después.

Están todos charlando, divididos en grupos, en el estar-comedor del piso de José Luis. Sentadas sobre el tresillo tapizado de azul cercano al ventanal las tres mujeres beben: Marta ginebra, Cristina whisky y Rosa Mary coca-cola, llevo unos días fatal, dijo nada más llegar, con un dolor de cabeza que si bebo cualquier cosa reviento, debo tener una cara, no mujer, estás estupenda, ¿qué estupenda?, estupendísima, tremenda, intervino Rafa que estaba un poco apartado y oyó la conversación, déjense de bromas, llevo unos días. Aurora, que fue hace un momento a la cocina para ponerle soda, o agua, o quitarle hielo, a los vasos de Rafa y de Manolo se ha quedado de pie, debajo del arco que une las dos habitaciones, charlando con ellos y riéndose mucho.

Ricardo y José Luis están también de pie al lado de los anaqueles de la librería que cubre todo el paño de pared del fondo. Desde que Ricardo llegó y José Luis se acercó para saludarlo no se han sentado ni un momento y apenas han hablado con los demás, se han mantenido apartados, curioseando los libros de las estanterías, caramba, mira, para mí que no sabes lo que tienes en los estantes: me dan ganas de quitártelo, dice Ricardo abstraído ante una vieja edición de *Réquiem por un campesino español*, me tengo que acordar de pedírtelo un día de éstos. Los primeros en llegar fueron Rafa, Manolo y José Luis, los tres juntos. Rosa Mary y Ricardo llegaron después, como media hora más tarde, a eso de las nueve, un poco menos, chicos, perdonen, pero a esta mujer no hay quien la arranque, se disculpaba Ricardo con su eterna sonrisa estrechando manos y dando palmadas en las espaldas, ya creíamos que no venían, ay, hija, si vieras cómo estoy, dijo Rosa Mary, llevo unos días fatal, con un dolor de cabeza. Cristina y Marta habían llegado juntas a eso de media tarde, las siete y media, ocho menos cuarto, y se habían quedado con Aurora preparando bocadillos, esto de reunirse es estupendo, pero da una lata, se quejaba Aurora antes de que estuviera todo listo, ay, mi niña, pues por mí todos los días, con tal de variar, lo que tenemos que hacer es reunirnos un sábado en casa de cada una y así el trabajo se divide, observó Cristina. José Luis, Rafa y Manolo habían quedado ya de acuerdo al mediodía en el Club, durante el aperitivo, en encontrarse al atardecer todos para tomarse unos whiskys y después ir juntos a casa de José Luis.

—Es que los sábados —comenta Aurora tomando de un velador una bandejita con croquetas y acercándosela a los hombres— no se puede ir a ninguna parte: todo lleno, todo malo, todo incluso peor servido que otros días...

—Y además —dice Rafa masticando ávidamente— que te encuentras con los mismos pesados de siempre en todos sitios.

—Nosotros —apoya Manolo— tuvimos que salir hace un par de semanas con una amiga de Cristina que estaba

aquí de paso, con el marido, y terminamos comiendo a las once y media de la noche, cerca del Puerto, porque todo estaba lleno: fatal.

—Es preferible reunirnos así, ¿no? —dice Aurora—: tranquilamente, sin problemas. La cosa es estar juntos, porque, chico, pasarse el sábado viendo la televisión no es plan tampoco.

—Ni el viernes —sonríe Manolo—, ni el jueves, ni el lunes, claro... Ver la televisión no es plan nunca, ¿verdad? Por lo menos la española.

El salón del piso de José Luis es bastante espacioso. Caben los cuatro matrimonios holgadamente y todavía pueden moverse entre los muebles sin tropezarse los unos con los otros. Por el amplio ventanal asoma una perspectiva de azoteas y de antenas de televisión, algún balcón entreabierto, alguna ventana iluminada tras la cual se perfilan habitaciones bien decoradas, abajo se intuye lejano el ruido de la calle, del tráfico, algunas voces, los últimos gritos de los chiquillos vendiendo *La Tarde*. Enfrente de la enorme biblioteca de anaqueles correctamente ordenados, al lado de la cual siguen charlando con los vasos de whisky en la mano José Luis y Ricardo, la mesa del comedor, pequeña, pegada a la pared por un extremo para cederle espacio a la habitación, cubierta por un mantel blanco casi oculto por platos, fuentes, bandejas, algún vaso, unas botellas, en plan de picar, ¿eh?, había dicho Aurora cuando llamó a Cristina por teléfono, nada de cenas ni de nada, ah, claro, mujer, si eso de cenar ya nadie lo hace, por eso, por eso; hay más vasos, más botellas, más platitos y más bandejas repartidos por encima de los demás muebles: encima de la mesita baja alrededor de la cual están sentadas Marta, Cristina y Rosa Mary, encima del aparador que hace juego con la mesa del comedor y que está enfrente del ventanal, sobre uno de los anaqueles semivacíos de la estantería de los libros, aquí les dejo estas salchichas que ustedes se ponen a hablar y no se acuerdan ni de comer: de beber no se olvidan, ¿verdad?, mientras Ricardo sonreía, como siempre, cortés, incluso hay unos platos con manises y con almendras y con aceitunas encima

del televisor, ¿no se estropeará la tele si le ponemos esto encima?, mejor, dijo José Luis, ponlos, ponlos a ver si hay suerte. A la derecha de la puerta, dos retratos al pastel de Josele y de Inesita, ¿qué edad tenían los niños aquí?, ay, hija, no sé, yo para las fechas soy fatal, presidiendo la pared, encima del pequeño mueble bar sobre el cual también hay platos, bandejas, fuentes y algún vaso, alguna botella, el cubo del hielo que empieza a derretirse, hace calor, ¿verdad?, dice Cristina, en la habitación llena de murmullos y de humo.

—La cosa está jodida, jodida de verdad.

—Caramba —dice Ricardo sin dejar de sonreír—. Caramba, no sabía.

—Si es que tú de un tiempo a esta parte no te enteras de nada —exclama José Luis—. No sé cuánto tiempo hace que no te veo el pelo.

—Tengo mucho trabajo, ¿sabes?

—No será más que el mío, coño —protesta José Luis.

—No, bueno, pero después la casa, los niños...; es un lío, ¿sabes?, un lío. Prácticamente sólo salgo los sábados. ¿Te acuerdas cuando te decía que los sábados y los domingos eran para los magos y no quería salir y me los pasaba encerrado en casa? Ahora es el único día que vamos a alguna parte, y una noche queremos ver una película, otra tenemos un compromiso, y además Rosa Mary está últimamente un poco fastidiada con la cabeza... La verdad es que pasan meses y no coincidimos nunca.

—No, nosotros los sábados salimos poco. Lo de hoy es una cosa rara, pero merece la pena reunirnos y charlar, ¿no?

—Sí, hombre, claro —sonríe Ricardo con amabilidad—, claro que merece la pena.

Rafa y Manolo llegaron al bar casi al mismo tiempo y cuando entró José Luis estaban a punto de pedir un segundo whisky, joder, puntualidad española, ¿no?, habían quedado citados allí, a eso de las siete y media y así charlamos un poco y nos tomamos un par de whiskys, por mí, decía Manolo, desde este momento hasta el lunes a las nueve me

concedo vacaciones, como si quieren que almorcemos juntos y ya empalmamos, pero ni Rafa ni José Luis podían, ¿no pueden o no quieren?, insistió Manolo, y decidieron verse a media tarde y así llegamos todos juntos a casa, ¿no?, que las mujeres esperando hacía un rato, con todo preparado, las luces encendidas, los vasos en la mano, casi, casi, tan aspecto de cansado cuando se sentó en el taburete y sacó la cajetilla, cogió un cigarrillo, lo encendió, alargó la mano para sujetar el vaso vacío que empezaba a llenar el camarero, si supieran la tarde que me han dado, coño, expeliendo una bocanada de humo perfumado, mientras por encima del ambiente flotaba una música sudamericana muy agradable; Manolo y José Luis iban muy elegantes, traje completo, camisa blanca, corbata seria, Rafa iba con un atuendo deportivo, oye, le dijo, en broma, claro, a José Luis cuando salieron del bar para coger los coches, si quieres me cambio y me pongo un traje elegante, eso, coño, el smoking, salieron los tres juntos y se subieron en el coche de Rafa para ir a tomar otra copa antes, ¿qué hora es?, pronto, coño, pronto aún y si no me tomo una copa más me parece que les doy la noche, pero ¿qué te ha pasado?, mientras Rafa abría la puerta, los follones, joder, los follones que les dije esta mañana, mientras José Luis se sentaba en el amplio asiento de detrás, ¿dinero?, Manolo bajó la ventanilla, peor, coño, peor que dinero: la fábrica, gruñía José Luis cuando Rafa desaparecaba cuidadosamente, si lo llevo a saber no estudio Derecho sino veterinario, arrancando el coche y yendo a tomarse una copa más, dos copas definitivamente, para volver luego a buscar cada uno su coche al punto de origen y llegar todos juntos a casa de José Luis, que se había olvidado un poco del enfado por el camino, donde ya estaban las mujeres esperando hacía un rato, con todo preparado, las luces encendidas, los vasos en la mano, casi, casi, tan animados como ahora a las once de la noche en que ya están todos y no falta nadie más por llegar.

—Si el problema del viaje es por los niños —insiste Marta bebiendo un sorbo de ginebra—: que o nos llevamos

a los niños con nosotros o nos vamos a divertir juntos, porque las dos cosas...

—No, mujer —dice Cristina desde el sillón de enfrente—, a los niños los podemos dejar aquí. Total, por un mes...

—Los podrás dejar tú —insiste Marta—: Yo le digo a mi madre que le dejen los tres críos y me pone una cara... Y además que ustedes, bueno, pero si Rafa y yo aparecemos en Madrid sin los nietos, a los abuelos les da el infarto...

—Con no ir por Madrid —sugiere Rosa Mary.

—Si, claro —dice Marta cogiendo un trozo de jamón—: se enteran los padres de Rafa que vamos a la Península y que no pasamos por Madrid y no te quiero contar...

—De todas maneras —sonríe Rosa Mary— sería estu-
pendo poder ir todos juntos...

—Si podemos pensarlo bien, mujer. Nunca hemos hecho un viaje juntos —dice Cristina dirigiéndose a Marta—, ¿no crees? —mirando a Rosa Mary.

—Por mí —se encoge de hombros Rosa Mary—, figúrate: pero no sé...

—¿Cómo no vas a saber? —insiste Cristina.

—Es que me da la impresión de que tu marido y el mío no pueden coger las vacaciones juntos —explica Rosa Mary.

—Esa es otra —dice Marta encogiéndose de hombros—. ¿Te das cuenta?

—Bueno, mujer, pero...

Aurora se ha marchado otra vez a la cocina a buscar cualquier cosa, o a dejar algo, o a, voy yo mismo, mujer, no te molestes, deja, deja, tonto, vosotros sois invitados, bueno, invitados, si empezas con cumplidos, protesta Rafa. Aurora es la única del grupo que habla godo: dice vosotros en vez de ustedes y muchas veces pronuncia las eses y las ces, aunque otras muchas se equivoca y las confunde, pero como todos se han acostumbrado ya, ni se acuerdan de cuándo empezó a hablar así o si ya hablaba godo desde antes de conocerla; el único que se enfada a veces con ella es Manolo, que ahora se ha quedado callado como si no hubiera advertido

ese "vosotros sois invitados" que ha dicho antes de desaparecer por el pasillo para allá hacia la cocina, y ha dejado el vaso vacío sobre una repisa y se ha acercado con las manos en los bolsillos al tresillo de las mujeres, sentándose descuidadamente en uno de los brazos del sillón de Rosa Mary; otras veces Manolo, en cuanto oye eso de "vosotros", especialmente una frase que dice mucho Aurora en las despedidas, "¿os vais ya?", se enfada de verdad y la llama sofisticada y niña pitonga, ¿dónde aprendiste a hablar así si naciste en el barrio del Toscal?, y a veces la discusión se prolonga durante mucho rato porque interviene Rafa para armar jaleo diciendo que al fin y al cabo lo correcto es decir "vosotros" y no "ustedes" y "os vais ya" y no "se van ya", y que no sabe por qué se mete con la única persona que habla bien del grupo, aparte de mí, claro, y entonces se indigna Marta llamándolo godo asqueroso y siempre termina todo sirviendo un whisky más y riéndose, menos una noche en que por culpa de esas discusiones Marta y Aurora estuvieron a punto de pelearse. Rafa, al quedarse solo, se ha acercado al mueble bar a servirse otro whisky.

—¿Nos pones a nosotros también? —pregunta José Luis acercándose con el vaso en la mano.

—Yes, it is —asiente echando whisky generosamente, cómo se ve que no es tuyo, desgraciado, y Ricardo sonríe, basta, basta, retirando su vaso y dejando que unas gotas salpiquen la moqueta; y dirigiéndose a José Luis—: ¿Se te ha pasado el cabreo?

—Digamos que aplazado. Precisamente se lo estaba contando a Ricardo ahora mismo.

—No sabía que las cosas estuvieran tan mal —comenta Ricardo.

—No están mal —se encoge de hombros José Luis—: lo que pasa es que son así, y los que hemos tenido la mala suerte de nacer gerentes de empresas con amenazas de huelgas, no podemos descansar ni siquiera los sábados por la noche, que es el día que nadie le discute al más humilde de los proletarios.

—No seas demagogo, caray —ríe Ricardo bebiendo un sorbo del vaso.

—Es melodramático —define Rafa.

—Soy gerente, coño.

Y se agrupan los tres en torno al tresillo tapizado en azul en el que siguen comiendo, charlando y bebiendo, Marta, Cristina, Rosa Mary y Manolo. José Luis se acuerda de que es el anfitrión y se empeña en llenar los vasos de las mujeres otra vez, ginebra, whisky, coca-cola, ¿cómo coca-cola?, Rosa Mary sonrío, la cabeza, José Luis, si te doliera como a mí, se empeña en poner música, si le va a molestar a Rosa Mary, dice Cristina, no, no, la música no importa, se empeña en retirar los platos vacíos y llenar la mesita baja, que se ha convertido en el centro, momentáneo, de la reunión, de platos nuevos, fuentes nuevas, bandejas nuevas, se empeña en dar palmadas en las espaldas de los hombres y en las rodillas de las mujeres, eh, tú, que Manolo es celoso; peor para él, y cuando Aurora vuelve de la cocina de dejar lo que se había llevado o de coger lo que había ido a buscar encuentra a José Luis bailando con Cristina, para que se le curen los celos a este idiota, a Rafa bailando con Rosa Mary, si no te duele la cabeza, vamos, y a Ricardo, sonriente, al lado de Manolo, medio de pie, medio sentados, medio recostados sobre los respaldos de un sillón y el sofá del tresillo tapizado de azul. Aurora los mira de reojo cuando pasa por su lado para sentarse junto a Marta que se ha quedado en el sofá bebiendo la tercera ginebra, porque sabe que Ricardo y Manolo evitan, consciente o inconscientemente, quedarse solos durante mucho rato y que a lo mejor sin darse cuenta se encuentran incómodos el uno al lado del otro, no es eso, mujer, protesta José Luis cada vez que su mujer se lo dice, qué tendrá que ver una cosa con otra: si fueron juntos al colegio, y piensa que eso es precisamente razón de más para que Manolo se sienta incómodo siendo jefe de Ricardo y Ricardo sonría un poco tímidamente al saberse subordinado, qué palabras, coño, gruñe José Luis cada vez que la oye, pareces Sautier Casaseca, pues empleado, bueno, ¿no?, de Manolo, empleado, empleado..., vuelve a

gruñir siempre José Luis, son amigos, bueno..., y sabe que le fastidia ser inferior a Manolo y ganar la mitad que él y que Manolo lo sabe y por eso evita las conversaciones íntimas con él, bueno, mujer, no veas películas en todo, sí, sí, películas, acuérdate en las Navidades pasadas cuando, y ahora José Luis baila amartelado con Cristina sacándole la lengua a Manolo y Manolo sonríe encogiéndose de hombros y diciéndole algo a Ricardo que también sonríe, como siempre, Ricardo sonríe siempre, casi siempre, y Aurora, mientras escucha lo que le cuenta Marta sobre los niños recuerda que no sabe si la puerta del cuarto de Inesita está cerrada porque la música, pero sí, hace un momento, al volver de la cocina, la cerró ella misma, mientras alarga una bandejita a Ricardo, primero a Ricardo, y a Manolo, mirando la hora en su reloj de pulsera que marca las doce de una noche de sábado.

Queridos amigos: Sé que es costumbre en ocasiones como ésta, cuando se está terminando de comer y de beber, (*Alberto piensa, con los dedos acariciando el vaso de vino todavía mediado, que ya lo único que faltaba era el discurso.*) cuando aparecen las primeras copas de licor y los primeros cigarros habanos, (*por Dios, no, el discurso no,*) cuando el ambiente se empieza a llenar de humo y de murmullos, (*y arruga los ojos contemplando, entre chiribitas y globitos chispeantes de luz, las copitas panzudas llenas de coñac,*) pronunciar unas palabras justificando la reunión. Y quiero deciros también, (*de cointreau, de benedictine,*) aunque quizá pueda sorprenderos, (*y las poses que todos perfilan detrás de las copas atendiendo con mucha seriedad,*) que pese a ser yo el extraño entre vosotros, (*qué tipos, Virgen Santa, qué tipos todos,*) el que nunca hasta esta noche se había sentado a vuestra mesa y compartido vuestra simpatía, soy yo también (*los gestos del Notable Poeta, que sonríe feliz desde sus gafitas y su traje gris marengo,*) el que me opongo (*se opone, dice, se opone, coño,*) a que ninguno de vosotros hable ahora, al final de esta simpatiquísima comida,

(¿a qué se opone, no te jode el tío?,) y el que exige que se le permita hablar, si no el único, (encima que lo traen y lo llevan y le dejan decir todo lo que se le antoja sobre Góngora) sí el primero, (y le aplauden y lo llevan a cenar) porque considero que ello resulta necesario en las presentes circunstancias. Y digo (y no paga la cuenta, que menudo clavo) que resulta necesario, (va a resultar esto, calculando Alberto que...) porque es un deber de honestidad para mí felicitaros a todos vosotros: no porque seáis un grupo de intelectuales, (Saca despacio los cigarrillos del bolsillo de la americana) un grupo de artistas, un grupo de poetas, (y enciende uno, mientras el Notable Poeta,) de pintores, de escritores, (un poco despeinado y con los ojos brillantes,) de periodistas, de hombres de letras, (abre los brazos en un gesto indefinible, pensando que) que son capaces de reunirse (si no la ha agarrado todavía, la va a agarrar de un momento a otro,) alrededor de una mesa, y antes, (¿qué dice ahora de la mesa y de reunirse y de...? Dios mío,) que eso es mucho más difícil, alrededor de una tribuna, no; felicitaros y digo mal. (si ese discurso ya lo ha oído en otras cenas parecidas,) Felicitarme a mí más bien, (en esta misma cena a la que hemos asistido todos) por haber tenido la satisfacción, y en este momento os aseguro que soy absolutamente sincero, (durante todos los sábados del mundo, precisamente los días) de conoceros a todos... A TODOS..., personalmente. Hasta ayer, (en que se tiene resaca) ¿qué digo hasta ayer?, (y se ha estado hasta las tantas con José Luis, que el muy cabrón...) hasta hace tan sólo unas pocas horas, (Alberto bebe un buche de vino y tuerce el gesto malhumorado,) vosotros no érais para mí más que un billete de avión, (los ojos le escuecen en el ambiente enrarecido,) unas cuartillas que leer, (¡y qué cuartillas!, cincuenta lo menos,) y la soledad, os juro que a mí me aterra enormemente la soledad, (con los párpados cerrándosele a cada momento y...) de una habitación de hotel. Pero ahora, (de las tres mil pesetas no dices nada, gruñe casi en voz alta,) desde hace unos minutos, desde que nos sentamos en esta mesa, ¡mucho antes!, (que es lo que éramos y somos todos nosotros para ti en realidad,)

vosotros (o ustedes, *(y las tres mil del lunes)* como dicen por acá, con ese giro tan peculiar y, paradójicamente, tan entrañable), *(y las tres mil del martes, y colorín colorado;)* vosotros sois un grupo magnífico, *(delante de Alberto, Linares, el catedrático de literatura,)* un grupo que no parece encerrado en una isla, *(parece seriamente interesado en las palabras del Notable Poeta,)* que no parece encontrarse ajeno del territorio español..., peninsular, quiero decir: *(¿qué se habrá creído este tipo?, mira intuitivamente a Carlos, esperando que salte de un momento a otro llamando)* Nunca sospeché vuestra humanidad, *(godo jediondo, y con razón, piensa Alberto, al tipo éste de...)* vuestra simpática humanidad o vuestra humana simpatía, como preferáis; nunca imaginé tampoco, lo confieso con rubor, *(¿pero cómo es posible, pero estará borracho ya, pero...?, Alberto apura el culo del vaso sin dejar de mascullar,)* que aquí hubiese un puñado —¡una legión más bien!— de hombres inquietos *(¿pero este tipo sabe de qué está hablando)* que aleteasen alrededor de las Artes y de la Cultura *(y con quién está hablando?; de repente)* con vuestro desinteresado entusiasmo, *(es lástima lo que Alberto empieza a sentir)* con ese entusiasmo desinteresado *(por ese buen señor que de Góngora, no mucho, pero de las islas,)* que debemos obtener previamente todos los que deseemos dedicarnos *(de esta isla, ¡madre mía!,)* a esta difícil, pero entrañable, profesión de las Letras, ¡de las Artes en general!, que tanto nos ilusiona: *(Mesa, el periodista, en su rincón, mordisquee el puro, y Alberto pasea la mirada)* Vosotros desde la isla, en vuestro aislamiento, en vuestro encierro, en vuestra actividad provinciana, *(de Mesa al Notable; del Notable a Mesa, contrastando, bueno es Mesa para...)* nosotros, en Madrid, realizando la misma labor, más pública, si queréis, *(¡estate quieto, Miguel Hernández...! Pero este tipo...)* pero más ingrata, os lo aseguro, *(y Alberto ya sonríe más ampliamente,)* porque después de haber pisado estas tierras —que con razón las llaman Afortunadas— *(no sabe muy bien si de mirar la conmovida seriedad de Linares, estos godos ya se sabe...)* sabemos que en el Café Gijón no podemos tener

vuestro cielo, *(o de ver el cabreo progresivo de Carlos,)* ni vuestra luz, ni vuestra tranquilidad isleña, que es la que os hace prodigiosos, la que hace prodigioso vuestro arte, *(¿qué se creará este tipo que es Tenerife?, masculla Alberto con los ojos clavados en)* vuestras obras, vuestros cuadros, *(Manolito Trujillo que, enfrente de él,)* vuestros versos, esos versos tan bonitos, *(parece seguir las palabras del orador,)* ese arte tan maravilloso que sólo la isla puede producir: *(no, coño, si ahora va a resultar que yo pinto bodegones)* porque no lo producís vosotros, *(en vez de abstracto, aunque mejor sería no haber pintado nada en la vida, para lo que me ha servido,)* lo produce la isla; y esa belleza, esa tranquilidad, *(ni haberme acostado ayer a las seis y media, ni haber conocido en la vida a José Luis, que el cabrón sabe Dios)* esa maravilla que no tengo palabras para describir, y que yo me he encontrado de repente *(dónde estará en estos momentos trágicos en que nosotros)* es la que debe consolaros de estar encerrados, *(aguantamos impasibles que este tipo nos insulte pensando que nos elogia,)* porque estáis mucho más cerca, si no del Café Gijón, que maldito para lo que importa, de la verdadera belleza, *(porque ahora resulta, y Alberto mira al Notable y a Mesa y a Linares,)* que es lo único que a un artista de verdad —y vosotros lo sois— *(que mis cuadros no los pinté yo, sino el Drago,)* puede importarle. *(y los poemas de Manolito no los escribió él, sino Las Cañadas, así salieron...; y el camarero aparece en la puerta, haciendo mucho ruido, con los últimos cafés y los penúltimos licores, mientras Alberto piensa que este tipo a lo mejor pretende que le aplaudan encima.)*

—Coñoeduardo —dice Miguel Ángel poniéndole una mano en el brazo a éste—, ¿te fijaste en las dos tipas aquéllas rubias que están sentadas en la mesa de la esquina? ¡Están buenísimas, coño!

—Sí, claro —asiente Eduardo jugueteando con el vaso de whisky—; no es por presumir de lince, pero me fijé en ellas nada más entrar. Lo que pasa es que también me fijé

en los... tres..., cuatro..., ¡seis! garañones que las rodean desde hace media hora esperando que una de las dos baje la guardia para lanzarse sobre ellas.

—Si ya se lo dije yo a César este mediodía —se queja Miguel Ángel con un gesto apoyándose en el mostrador al lado de Eduardo y encendiendo un cigarrillo—, que venir al Puerto un sábado por la noche es como una lotería, que todo depende de la puta casualidad...

—Sin embargo, mira a César —sonríe Eduardo señalando la diminuta pista de baile—: desde que llegamos se pegó a la ciudadana ésa y no la ha soltado.

—Coñojodereduardo —exclama Miguel Ángel torciendo un poco la cabeza para contemplar a César—. ¡Quécojonu-
doeres! Yo con la tía ésa de César no bailaba ni contratado, ¿no te jode?

—Bueno —sonríe Eduardo otra vez, encogiéndose de hombros—, ¿no habíamos quedado tú y yo esta mañana que estaba científicamente demostrado que en el Puerto no se liga ni por casualidad?

—Hombre..., a lo sumo por casualidad.

—Pues esta noche ni por casualidad. Me da esa impresión.

César, en el medio de la diminuta pista de la sala de fiestas, rodeado, apretujado, magullado por las parejas que se mueven a su alrededor, abraza en silencio a una mujer de piel rojiza por el sol desusado, que mantiene un gesto neutro, inexpresivo, desde que se acercó a ella, con la mandíbula salida y los dientes a la intemperie, y se levantó de la silla para dejarse enlazar. Ahora la música suave que se venía arrastrando por encima de la pista, abrigando a las parejas blandamente, se funde en una estridencia melódica que rebota en el techo, en las columnas, en el mostrador, en los camareros de camisas lilas bajo la extraña luz de las lámparas, arrastrando a los bailarines de la pista diminuta a deshacer los abrazos, contorsionándose ritualmente, con una asexuada voluptuosidad que ilumina, por vez primera en toda la noche, el rostro inexpresivo de la europea —¿sueca, finlandesa?— que baila con César desde hace

mucho rato. Eduardo, con un codo apoyado en el mostrador, sonríe con los dientes apretados mientras observa a César, contorsionándose de forma inexperta que quiere ser despreocupada, mirando de reojo los movimientos de los demás para tratar de imitarlos sobre la marcha, tropezando con espaldas, brazos, piernas, recién multiplicados en un espacio vital que ha quedado reducido, encogido sobre sí mismo. Las luces cambiantes de la pista transforman vertiginosamente los rostros, los gestos, los movimientos, construyen sobre la marcha nuevas decoraciones, nuevos cromatismos, nuevas arquitecturas, nuevos visitantes de piel blanca y rojiza y nuevos indígenas de tez algo, bastante, muy morena, de camisas llamativas, de colores extraños, moviéndose torpemente entre las mesas, estáticos, vagamente confundidos con la decoración, con el ambiente, con el recuerdo de ellos mismos fosilizado profesionalmente sobre la atmósfera de la sala de fiestas. De una mesa, casi invisible desde la barra, se levanta José Antonio, abrazado todavía a una mujer de cabello oscuro, de aspecto frío, frente a la que se contorsiona con una cierta torpeza pero sin embarazo; Eduardo, siguiéndolos con la mirada, recuerda la narración de César hace unos días, en el bar de la Universidad, acerca de la ligada de José Antonio una noche que fueron —vinieron, sí— juntos al Puerto y ligó con una tía tremenda, buenísima, yo lo vi, ¿eh?, y se la está montando, ¿eh?, y está casada, ¿eh?, sonriendo al recordar, buscándolo ahora, inútilmente, con la mirada, sus exagerados manoteos pretendiendo la convicción del interlocutor, como esta mañana, fijándose ahora, entre los vertiginosos parpadeos de la luz siempre cambiante, en la mesita en la que las dos jóvenes rubias y esbeltas —buenísimas dijo Miguel Ángel, y tenía razón— fuman descuidadamente bebiendo de vez en vez y rechazando con costumbre, como ahora, a los esporádicos galanteadores que doblan la cintura ante su mesa. Miguel Ángel, que había estado un poco apartado contemplando el ambiente, quizá con la tranquilidad que proporciona el aburrimiento, se vuelve ahora hacia Eduardo

envuelto en nubes de humo que los extractores de aire no eliminan totalmente.

—¡Siámanojoder! —exclama Miguel Ángel abriendo la cajetilla de Eduardo para sacar un cigarrillo—. Aquí no hay más que lobos esperando lo que cae...

—¿Incluido tú?

—Ehoyeoyeoye —protesta Miguel Ángel—, que habíamos quedado en que nosotros estábamos convencidos de antemano de que en el Puerto no se ligaba ni por coña, ¿eh? O sea que...

—Ci-i-ierto —remeda Eduardo—, como diría Jo-o-orge Domínguez. Nosotros esta noche estamos por encima del bien y del mal. O sea —añade— que vamos a celebrarlo tomando otro whisky.

—Yo coñac —corrige Miguel Ángel buscando al barman con la mirada.

—No comprendo cómo puedes tomar coñac a todas horas en esta isla y con este clima.

—Porque estoy por encima del bien y del mal. ¿No habíamos quedado en eso, coño?

—Es verdad, es verdad —asiente Eduardo—. Nosotros somos seres afortunados que estamos por encima del bien y del mal; y los pobrecitos que no han llegado a eso todavía, como José Antonio, ¿no?, son los que se acuestan con alguna belga de vez en cuando. Camarero: un coñac (aunque no comprendo cómo...) y un whisky.

Porque las cumbres azuladas, añiles y marrones están ahí desde siempre, desde cualquier momento que pueda abarcar el recuerdo, señalando el final de la ciudad, un final que no ofrece la menor posibilidad de continuarla como no sea horadando rocas, demoliendo peñascos, escalando cimas, el final que antes fijaba el edificio absurdo del Club Náutico, y más tarde lo fijó el esqueleto de la Escuela de Náutica, y luego la torre del silo y siempre, indiferentemente, los restaurantes del lado izquierdo de la carretera a los que se termina llevando a cenar a los clientes inesperados que

resultan campechanos y simpáticos, con camarones y lapas y cangrejos y almejas y sardinas y calamares y pulpos y. El final pétreo que siempre nos encontramos delante al levantar la vista a media tarde desde la Plaza de España, o al enfilar con el coche la calle Méndez Núñez dirigiéndonos a la Casa Sindical para entrevistarnos con, o al bajar por la carretera general cuando el sol se empieza a ocultar en las otras montañas, las que están detrás de nosotros, y el mar brilla hirientemente y la Refinería inunda de humos pestilentes la superficie acotada de la ciudad, manchada de verde de vez en cuando, detenida en el mar, conservando la misma estructura pina de los años de Nelson, las mismas cuestas por las que pudo circular —debió, evidentemente, circular— Viera y Clavijo vestido con su sotana, Humboldt haciendo tiempo para que saliera el coche que lo tenía que llevar a La Orotava y pensando, de antemano, alguna frase brillante para pronunciar en esas ocasiones, Iriarte poco antes de coger el bergantín que lo llevara a Madrid a escribir sobre cigarras, sobre hormigas, sobre cuervos y sobre zorras, Alonso Fernández de Lugo con jubón deslucido sobre la calza polvorienta y la bota arañada por el sol, el mar y el salitre de semanas y semanas de navegación, y el joven Alfonso XIII mirando tristemente desde el rostro enfermizo, tocado, seguramente, con alguna elegante gorra de marinero, ese absurdo puerto de destino para un viaje tan latoso en un barco de guerra probablemente incómodo; y Bertrand Russell mirando a su alrededor con desconfianza, y André Breton desorbitado ante paisajes que convirtió automáticamente en oníricos, y algunos menceyes y quibeyes circulando cautelosos por las sendas —empinadas, ya empinadas, siempre empinadas— malamente adaptadas a las botas rotundas de los soldados castellanos, rumiando confusas alianzas vaginales que les permitieran seguir saludando a los soldados del casco metálico y que los soldados del casco metálico les devolvieran el saludo, y don Nicolás Estévez con las manos en la espalda y los lentes sobre la nariz pensando en alguna enmienda que proponer en Madrid, y varias generaciones de bisabuelos y abuelos, y los fantasmas de nosotros

mismos encajados en el pantalón ancho y la chaqueta ajustada, en el traje de marinerito, en el pantalón bombacho y la gorra grande, caminando también por estas calles pinas cuando aún no se llamaban como se llaman ahora o cuando aún no eran calles todavía ni apenas las hollaban los neumáticos de los automóviles, cuando las hollaban asiduamente los rieles de los tranvías, cuando la Rambla era el terroso Paseo de los Coches y frente al mar se alzaba el vetusto Castillo y los tranvías renqueaban subiendo hasta La Cuesta y hasta La Laguna cargados con lecheras y con estudiantes y con magos de colilla apagada, sombrero de alas caídas, traje azul marino y corbata negra. Ciudad de casas terreras, de casas de dos pisos, de casas adornadas con balcones canarios, de adoquines desiguales pavimentando las cuestas, las continuas cuestas, las inevitables cuestas, las mismas cuestas por las que se circula hoy a bordo de un Taunus y se prolongan más y más, siempre ascendiendo, prolongando la ciudad, esta ciudad, la misma ciudad de siempre, hasta La Cuesta, rebasándola, subiendo hasta La Laguna, subiendo más y más, subiendo todo lo que la montaña da de sí, dejando atrás, abajo, más abajo, más atrás, los perfiles de las cumbres de Anaga que se difuminan, siguen difuminándose, se han difuminado desde siempre, en colores azulados, añiles y marrones.

Ahora Rafa está sentado en el brazo del sillón de Rosa Mary, al lado del tocadiscos, con el brazo derecho pasado por detrás, mientras José Luis y Marta bailan en el centro de la habitación. Aurora y Cristina charlan mientras recogen unos platos vacíos que se habían quedado diseminados por todos los muebles, ¿pero no dijiste que sólo íbamos a picar y que nada de cena?, cuando apareció Aurora en el marco de la puerta levantando espectacularmente sobre su cabeza la bandeja grande con la pata de cerdo nadando en la salsa, sí, hijo, pero una cosa es no cenar y otra pasar hambre, ¿no?, mientras la depositaba encima de la mesa del comedor, hacedme sitio, ¿quereis?, y Cristina, Marta y Rosa Mary

separaban las botellas, los vasos, las bandejitas de los canapés, de la ensaladilla, de las aceitunas, e iban repartiendo trozos en los platos que Marta le acercaba a Aurora, lo que sí hacemos es que nada de sentarse, ¿eh?, cada uno coge su plato y se lo come como puede, claro, claro, asentía Ricardo, eso, eso, sonreía Manolo, nada de protocolos, y José Luis y Ricardo se comieron sus platos apoyándolos en uno de los estantes vacíos de la biblioteca, de pie, ¿quién quiere cerveza?, sin dejar de hablar; Marta, Rosa Mary, Cristina y Manolo, sentados en el tresillo, yo whisky, sí, para no cambiar, decía Manolo, tapizado de azul; Rafa y Aurora en una esquina de la mesa del comedor, pero esto es un banquete, hija, un banquete, mejor que en La Posada, repetía Manolo bebiendo largos tragos de whisky, el mismo whisky que bebía al principio, que bebió, que había bebido, desde media tarde; ahora está algo borracho, bastante borracho, acodado en el ventanal que terminaron por abrir a eso de la una, ¿no molestaremos a los vecinos?, dijo Cristina prudentemente, para despejar el ambiente caldeado por el humo, que se fastidien, Ricardo, con un vaso en la mano pasea desganaadamente a lo largo de los estantes de la librería ladeando el cuello, unas veces a la derecha, otras a la izquierda, ¿por qué no se pondrán de acuerdo los editores, le dijo antes a José Luis, para imprimir las letras del lomo en la misma dirección?, leyendo títulos, envuelto en la música que llena la habitación y que se superpone a los murmullos de Aurora y Cristina, a las risas de Rafa y de Rosa Mary, que siguen sentados juntos, en el mismo sillón.

—¿Quieres otro whisky, Ricardo? —le pregunta Aurora al pasar por su lado, camino de la cocina.

—No, no —sonríe—, todavía me dura.

—Estate quieto, intelectual —gruñe Manolo desde la ventana—: te has pasado la velada...

—¡Uy, la velada! —ríe Marta sin dejar de bailar—. Qué cursi.

—Te has pasado la velada pegado a la biblioteca.

—Únete al bullicio —invita José Luis poniendo los ojos exageradamente en blanco ante un acorde de *Extraños en*

la noche—; no permitas que el cerdo de Rafa seduzca a tu mujer.

—Tú seduces a la mía, ¿no? —responde Rafa sin apartar el brazo de la espalda de Rosa Mary.

—Sí —responde Manolo tartajeando un poco—, pero el pobre Ricardo no tiene la culpa.

Y todos se ríen ruidosamente, un poco más ruidosamente de lo habitual, e incluso Ricardo amplía su sonrisa en una casi carcajada mientras se acerca al otro extremo de la habitación y hasta Aurora, por favor, los vecinos, y Cristina, ¿qué ha pasado, qué ha pasado?, que vuelven de la cocina sonríen también mirando a unos y a otros como para enterarse del chiste, mientras Ricardo ha dejado el vaso, todavía lleno, encima de una mesita, se ha acercado a José Luis, le ha dado un golpecito en el hombro, le ha hecho una reverencia, con su sonrisa habitual, un poco como tímida nuevamente, ha abrazado a Marta, cambio de pareja, querido, y sigue bailando con ella los últimos acordes de *Extraños en la noche*, bajo la mirada burlona de Cristina que se ha sentado en el sofá, enfrente de Rosa Mary, ojo por ojo, ¿eh?, grita Rafa desde el sillón, Ricardo se encoge de hombros, adulterio por adulterio, querido: es lo justo. Aurora está ahora de espaldas a la ventana, al lado de Manolo que se ha acodado en ella y que contempla la calle Méndez Núñez, ceñudo, como enfadado, con la boca torcida, el pelo, escaso y canoso, revuelto, ¿estás piripi ya?, ¿yo piripi?, trabándosele un poco la voz, mientras se ríe Aurora a su lado, no, oye, tú, qué me he atragantado, la risa de Aurora, sí, sí, atragantado, llena toda la habitación, pasando, incluso, por encima de Frank Sinatra, los otros, Ricardo, Cristina, Rafa, levantan la cabeza, oye, sí, de verdad, riéndose Manolo también. Manolo se empeñó, a la hora de comer, cuando la pata de cerdo, pero si esto es un banquete, Aurora, esto es un banquete, en seguir bebiendo whisky, ¿no prefieres cerveza?, como toda la noche y toda la tarde, no, no, whisky, whisky, para no cambiar y se había bebido tres más, esta noche la coges, se reía Aurora poniéndole hielo, no, hija, qué va, comiendo... y bebía un trago largo, porque es que

sin beber esto no pasa, qué banquete, hija, qué banquete, riéndose Aurora ante el enfado de Cristina que decía que parece que en casa no te doy de comer, hijo, bebiendo otro trago de whisky, lo que pasa es que está gordísimo, si lo dejara comer, explicaba Cristina, éste comería lo que fuera; y cuando se terminó la pata de cerdo, ¿alguno quiere más?, porque sobra, ¿eh?, siguió bebiendo whisky, ¿comprendes?, le decía a Ricardo en un momento en que se quedaron solos en un rincón, en el rincón de la ventana del que Manolo ya no se separó, es la única manera de poder seguir bebiendo whisky después de comer: cenar con whisky, ¿comprendes?, ante la sonrisa, habitual, cortés, de Ricardo y la mirada de Aurora, eligiendo discos en el otro extremo de la habitación, que sabía que, a pesar de todo, a pesar de lo que decía José Luis cada vez que hablaban de eso, ni Ricardo ni Manolo se encontraban cómodos cuando tenían que quedarse solos hablando, pero como Manolo estaba muy animado siguieron un buen rato apoyados en la ventana bebiendo, Manolo a grandes sorbos, Ricardo poco a poco, charlando y sonriendo.

—¿Por qué no almorzamos mañana todos juntos?
—pregunta Marta que ya ha dejado de bailar con Ricardo y está sentada al lado de Cristina.

—Acabas de comer —gruñe Manolo desde la ventana— y ya estás pensando otra vez en lo mismo.

—Cállate —le saca la lengua Cristina— que tú eres peor.

—Podíamos salir por ahí —insiste Marta— y comer en cualquier parte. La cosa es estar juntos.

—Sí, pero los niños... —dice Rosa Mary.

—Nos llevamos los niños —se anima Rafa.

—¡Qué jaleo entonces! —gruñe José Luis.

—¡Padre desnaturalizado! —recremina Manolo ahuecando la voz.

—Si tuvieras dos como yo, verías la desnaturila...

—¡Piripi, piripi! —palmotea chillonamente Aurora—. Ya se le traba la lengua: piripi también.

—Nosotros tenemos uno —responde Manolo— porque somos un matrimonio casto.

—Castólico, apostólico y románico —dice Rafa.

—Niños, un respeto —recrimina, medio en broma, bastante en serio, Rosa Mary.

—¿Entonces, vamos? —insiste Marta mirándolos a todos.

—Nosotros no podemos, ¿verdad? —dice Ricardo dirigiéndose a Rosa Mary.

—No, no podemos —confirma.

—¡Ag, qué sosos! —grita Marta.

—Yo, si es con los niños, no, desde luego —dice José Luis—. Además, que mañana quiero dormir hasta las mil y una.

—Después —aclara Manolo sobre una mirada tensa de Aurora a su marido—. Salimos después del mediodía, hombre. Yo me apunto, ¿verdad, Cris?

—Ah, por mí —se encoge de hombros Cristina—, encantada.

El disco de Sinatra se acabó hace un rato y ninguno se ha ocupado de poner otro; ni siquiera han detenido el mecanismo que sigue girando en el silencio inaudible a causa de las conversaciones. José Luis, que se ha levantado para acercarle un cenicero a Cristina, detiene el tocadiscos y se entretiene revolviendo entre las fundas de colorines, ¿ponemos más Sinatra?, barajando unas y otras, ¿no molestarán, advierte Rosa Mary, a esta hora?, que se fastidien, hija, gruñe Manolo que sigue acodado, de espaldas a la ventana, con el ceño fruncido, despeinado, con un mechón de pelo grisáceo cayéndole encima de las cejas, un poquito, bastante quizá, borracho. La idea de reunirse el sábado por la noche todos juntos, los cuatro matrimonios, así, surgió hace días, el martes o el miércoles, por casualidad, claro, y ya quedaron de acuerdo desde entonces, cuando tropezaron un mediodía José Luis y Ricardo en la puerta del Casino, y hacía mucho, muchísimo tiempo, lo menos dos meses, ¿no?, que no se veían y empezaron a charlar y cogieron el coche de José Luis y fueron a tomar una cerveza, yo, chico, después que oscurece lo que quieras, pero al mediodía sólo soporto cerveza, en un sitio tranquilo que no sea el Club, sonreía

Ricardo, ah, no, el Club no, sólo cuando no queda más remedio, y cuando estaban tomando la segunda cerveza, ¿unos calamares?, apoyados en la barra, charlando sin decirse nada, el tiempo que hace que no veo a Rosa Mary, coño, ¿y Aurora?, déjense ver un día, joder, pinchando una rodaja de calamar, bebiendo un buche de cerveza, apareció, coño, joder, ¿y qué haces tú aquí?, Rafa con un cliente valenciano y se tomaron otra cerveza, ¿y Marta?, ¿y Rosa Mary?, ¿y Aurora?, bajo la sonrisa cortés, algo distante, del cliente valenciano, señor Lledó, encantado, que lo contemplaba todo desde su escasa estatura, si es que no veo a nadie hace siglos, sonreía Ricardo suavemente, es verdad, joder, parece mentira que en una isla, y quedaron de acuerdo, sobre la marcha, en verse una noche de éstas, el sábado es el mejor día, ¿no?, avisamos a Manolo, ¿eh?, vienen todos ustedes a casa a tomar una copa, entre palmadas, vale, vale, perfecto, por eso cuando se encontraron Manolo, José Luis y Rafa al mediodía en el Club la cosa ya estaba decidida de antemano, si por mí fuera, gruñía José Luis vaciando una caña de un trago, tengo el cuerpo que no me lo aguanto, y encima toda la mañana soportando a ese idiota de; la reunión ya estaba decidida, Aurora había llamado por teléfono a Cristina, a Marta y a Rosa Mary, incluso, a media mañana, Manolo se había acercado a Ricardo en el estudio y se lo había recordado, sí, hombre, claro, claro que me acuerdo, sí, diciéndole que podían ir después a tomarse el aperitivo, bueno, mira, sonreía Ricardo, tengo un poco de prisa, ¿sabes?, de todas formas, nos veremos esta noche, ¿no?, hombre, claro que nos veremos; y fue en el Club donde quedaron de acuerdo en reunirse todos a media tarde, al anochecer, ¿no?, puntualizó José Luis, a ver si duermo un rato, para tomarse unos whiskys primero y después ir juntos a casa.

—Tome usted su whisky, caballero —anuncia Marta acercándose a Manolo con un vaso en la mano—, pero que conste que no me hago en absoluto responsable.

—Tranquila —gruñe Manolo con una sonrisa—; ésta es la penúltima.

—¿Cuántas penúltimas llevas? —sonríe Rafa levantándose del sillón.

—Las penúltimas no se cuentan —dice Manolo bebiendo un sorbo—: muchas penúltimas y la arrancadilla.

—Que sumadas dan un trompón como un piano —concluye Rafa.

—Estate quieto, abstemio —exclama Manolo dejando el vaso en el alféizar para encender un cigarrillo—. Además, me decía el otro día Manolito Trujillo, que me lo encontré en el Club, que los médicos americanos han descubierto que hace menos daño una trompa mortal todos los sábados que tres o cuatro copas todos los días.

—Pero como tú tomas tres o cuatro copas todos los días —insiste Rafa— y agarras una trompa mortal todos los sábados...

—Déjame tranquilo —dice Manolo haciendo un gesto con la mano que está a punto de tirar el vaso a la calle.

—¡Cuidado! —grita Marta por encima del *Tema de Lara* que ahora flota por la habitación.

—Déjame tranquilo —repite Manolo a Rafa con el vaso en la mano—, que mañana no tengo que meterme en el estudio y lo estoy celebrando.

—¿Cómo van las cosas? —pregunta Rafa cordialmente sacando la cajetilla.

—Por ahora bien, pero en este mundo de locos no sabes nunca por dónde...

—Te está dando llorona, ¿eh? —comenta risueña Marta.

—¿Llorona? —gruñe Manolo con el ceño fruncido—. Fíjate en Castro si no.

—Bueno —interviene Rafa—, pero lo de Castro es distinto, no compares.

—¿Que no compare? —Manolo tartajea un poco, se le escapa alguna sílaba—. Ya quisiera yo tener ahora la mitad de lo que tenía Castro hace tres meses.

—Y ya quisiera Castro tener ahora —añade Rafa— la cuarta parte de lo que tú tienes hoy.

—¿Quién es ese Castro? —interviene Marta.

—El casado con la cuñada de Fernández —aclara Rafa—: el de la constructora.

—¿Y qué le pasa? —insiste Marta.

—Que tiene un follón muy gordo —explica Rafa—: de muchos millones.

—Ah, sí —recuerda Marta—, ya me dijo Cristina esta mañana...

—Si esto de los negocios... —gruñe sordamente Manolo recostándose más en la ventana—. Por eso te digo...

Rosa Mary y Ricardo se están levantando: ella se pone el abrigo, es muy mono, no te lo había visto, dice Aurora ayudándola, ¿dónde te lo compraste?, él se ajusta, sonriendo, el nudo de la corbata; en el tocadiscos sigue sonando el *Tema de Lara* suavemente, como fondo de la despedida, al abrir la puerta del pasillo entra por la ventana un chorro de aire fresco que mete en la habitación los últimos ruidos, rumores, alguna conversación, frenazos, un tubo de escape, de la calle nocturna, nosotros nos iremos también, sí, claro, tú cuando ya no hay whisky, ataca Manolo, oye, oye, que tengo unas botellas de Chivas Regal que. Al encender la luz del vestíbulo da la impresión de que todo ha cambiado de aspecto, como si los rostros tuvieran otra expresión, como si el clima se quebrase, sin que nadie sepa por qué, no, mejor es irse, sí, porque si mañana queremos comer fuera, ay, es verdad, que tenemos que comer, y los grupos se entrecruzan otra vez, besándose, palmoteándose, intercambiando bromas, a ver si lo repetimos pronto, sí, sí, claro, pero nada de sí, sí, y luego nada, dice Marta, seguro, ¿eh?, Manolo y Rafa, un poco rezagados, hablan muy serios, Manolo sobre todo, bajando la voz, manoteando mucho, pero mira, Manolo, si es que, Rosa Mary está besando a Aurora ya en la puerta, es que los niños a las ocho tocan diana, y con mi cabeza, José Luis se sirve otro whisky, no, no, éste y a dormir, de verdad, mientras Ricardo sonríe con la americana ya abrochada, hoy ni la siesta he dormido y estoy... con el humo

revoloteando hacia la ventana, hacia el vestíbulo, hacia la escalera. El *Tema de Lara* sigue sonando al fondo y el reloj grande, era de los padres de José Luis, ¿verdad que es monísimo?, que hay en el vestíbulo, marca las dos menos cuarto.

PRIMER INTERVALO

Escribir una novela en la que no pase nada. Pero nada, nada, nada: absolutamente nada. Una novela al margen de cualquier anécdota, de cualquier descripción (¡como si bastara con eso!, ¿de dónde habrán sacado que novelar es contar una historia?), de cualquier supeditación a una ideología particular del autor repartida a trocitos en los diálogos de los personajes-peones. Restituir de una vez para siempre al novelista su categoría primigenia de demiurgo, pero sin permitirle que abuse lo más mínimo de ella. ¡Si las características psicológicas de los personajes, al margen de cualquier anécdota, son más que suficientes para que el autor no tenga que molestarse en inventar nada! Y por otra parte, ¿a qué lector le puede interesar, a estas alturas, que le cuenten una historia? ¡Venga ya!

El panteísmo llevado al terreno de la literatura, rebasando los límites habituales de la novela. ¿Quién inventaría la delimitación de los géneros literarios, esa barrera en virtud de la cual la poesía (evocación, rememoración, plasmación subjetiva de elementos objetivos o viceversa) no puede en modo alguno formar parte de la novela? Hay que intentar la poesía también. Vale todo con tal de no seguir mordiéndose la cola cada vez que narremos, creyendo que narrar quiere decir contar algo: es preciso de una vez plantearse el libro como un problema, como una ecuación que debemos ir despejando

poco a poco y que no vale improvisarla, porque estamos soportando varios siglos de improvisadores más o menos afortunados que ni han resuelto nada, ni se lo han propuesto en absoluto.

Si se pudiera escribir esa novela valdría la pena detenerse a reconsiderar la literatura como una cosa medianamente seria; se podría pensar que don Miguel (el manquito) no se equivocó del todo, ni que acertó por casualidad tirando barro a la pared y ahí quedó eso sin posibilidades de continuar, ni de evolución, ni de nada; se podría, incluso, pensar que Proust sabía lo que se traía entre manos. Si se pudiera escribir esta novela, a lo mejor merecería la pena reconciliarse con la literatura.

(Escrito por Eduardo en las últimas páginas de *Tiempo de silencio*.)

Mira, mano, a mí no me venga tú ahora con royoh ni con películah, ¿'te pasa a ti? Yo vivo ma tranquilón que toah la cosa y lo único que no quiero son foyoneh, ni problemah: yo mi trabaho por la mañana y por la tarde, un paseíto con la piba cuando sargo: vese ar sine, vese por ahi, vese con arguno der tayer mihmo, ¿no?, con Tomás, er de chapa, o con Nemesio, y cohemo er cochito dér y a lah piba y noh mandamo mudal lo cuatro de tenderete ma chachone quer caraho, o a San André a mandahno uno tanganaso, ¿no? Y lo sábado, ¿oihte?, ar mediodía unah servesita con la hente, ¿no?, ahi por debaho la Rambla, loh berberechito, y dehpué, ¡shíá mano!, mi duchita virguera y a tapiñar, tranquilón, ¿no?, sin prisah par trabajo a la tre, como loh otro día, ni royoh deso, y ¡yaaas...! la gran sobada hasta la sei o la sei y media, ¿no?, tranquiilo..., ¿'te pasa a ti?, la camisita limpia, que te la tiene la vieha preparada, y a vasilal por ahi. ¿De qué? La chiquiya er domingo y va que se mata, ¿no te hode? Er sábado e pa vasilal uno solo, en

plan chachi, ¿no?, lo medio güihquito con lo amigo, er tenderete...: yo a la vieha, lo sábado ya se lo digo, que me dehe la sena en er fogón, por si me da hambre, ¿oíhte?, y que me dehe la cama preparada ya por si vengo rascado... ¡No, mira vel! ¿A ver si no va a tenel uno derecho a rascarse lo sábado dehpué de trabajal toda la semana como un cabrón? No, coño, una cargasera jedionda, no, ni un pedo negro de esoh, sino un coloque verdadero, mano, ponerse uno alegrón que pa eso e er sábado y ehtá uno con loh canelo fresquito. A mí, déjateme de royoh ni de películah, ¿a mí?, ¡leche!, yo no quiero foyone ni amarrado. ¿Quíse tú? ¿Quéso no son foyone, de qué? Cuando meno te dah cuenta te meten en un lío... Yo mi trabahito durante la semana, la piba lo domingo, pa ir a la playa, a lah Teresita, por ahí, mi vasilón lo sábado, ¿no?, buscándose uno loh planito y loh lote, ¡coño!, si se te presenta un plan, y te puehe pegal tu porvito de veh en cuando, no le vah a dar sesenta duro a una puta jedionda, ¿no te hode?, pero de foyone, ya te digo, ¡leche!, que todah esa cosa de sindicatoh y de jaleoh, par coño su madre, que yo lo que quiero e que me dehen tranquilo. A mí, pa que me pase lo der vieho la chiquiya, ¿de qué? Éseh como tú, coño, con ése tendríah cablar, que cuando le digo lo que testoy disiendo a ti, bueno lo de lo plane y loh lote, no, claro, ni lo de lah cargasera y loh porvo, ¡ños, le digo eso y, shiá mano..., er cabreo cagarra er nota! Pero, ¿oíhte?, cuando le digo estah cosa, así ma o meno, ¿no?, me suerta uno royo der caraho parriba; y yo ni caso, mano, ¿de qué? A mí, ¿de qué? ¿Pa que me pase lo que lehtá pasando a ér y lo que te va pasál a ti como sigah metido en ehtah cosa de sindicatoh...? ¿¡De qué!? ¡Leche, coño, leche! Te lo digo porquere amigo, que a mí ehtah cosa mimportan un güevo, ¿oíhte? ¡Ah, yo no sé nada!, a mí eso no minteresa, pa mí toah esa cosa de delegadoh y de royoh y tal, son todoh una partida mamone, ¿oíhte?, y cuando no son mamone, son uno infelise como tú cacaban ma jodidoh quer caraho... ¡No, mira vel! Pregúntale si no ar vieho la piba pa que veah..., aunquehtaría dacuerdo contigo de toah manera, no mehtraña, porque se manda ca royo er

nota, corvídate, mano, y ma jodido quehtá no puedehtar, que yevan una temporada en su casa cahta la piba me tiene cabreado cuando sargo con eya, coño, quer otro día se mechó a yorar y todo, cagarré una calentura... ¡Sí, hooombre! ¿t'e creh tú? ¿Que son vasilone? ¡Leche! Er nota ehtá ma jodido que toah la cosa; a mí déhateme de películah ni de machangadah, que yo no quiero sabel nada del royo ése, ¿tú moihte? Y te lo digo porquere amigo, que si e Ménde o cuarquier otro lo mando a tomar por culo comohtá mandado ca mí ehtah cosa... Yo mi trabaho, mi royito, la piba... No, mira vel, ¿te va vorvel loco?

Tal vez sea demasiado sencillo resumir un ideario estético diciendo que la poesía se explica por sí misma, pero también puede resultar peligroso —tanto o más que lo anterior— aceptar que la poesía nos la expliquen los demás según unas particulares teorías interpretativas, avaladas por un prestigio indiscutible y atrincheradas en una mesita, un velador, un mazo de cuartillas y un vaso de agua. No dudo que por este procedimiento se puede ser brillante; se llega, incluso, a ser muy brillante y, si me apuran mucho, se puede llegar a deslumbrar con esa brillantez expositiva, como realmente ocurrió (o creo que ocurrió, uno nunca ha sido demasiado dado a deslumbramientos dialécticos) en la tarde del sábado durante la conferencia a la que tuvimos ocasión de asistir.

Ocurre, sin embargo, que uno no puede por menos de plantearse ante esto la duda acerca de la utilidad de estas valoraciones críticas subjetivas, así como la desconfianza en estos métodos de valoración de una obra literaria, como es la de don Luis de Góngora y Argote, que a estas alturas debería estar perfectamente estudiada, clasificada, diseccionada, desmenuzada y analizada milímetro por milímetro, sin posibilidades —o sin casi posi-

bilidades— de que se pudieran venir a descubrir matices inéditos en una octava cualquiera (erizo es el zurrón, de la castaña) del Polifemo: asombra —y no es hipérbole esta vez— que una obra poética de esta magnitud pueda ser susceptible, todavía, de interpretaciones personales más o menos afortunadas por brillantes que sean, por deslumbrantes que resulten. Asombra por dos motivos: el primero, de índole erudita; es decir, el abandono crítico que a lo largo de los siglos ha sufrido una literatura necesitada de ser abordada desde todas las vertientes científicas posibles y que ha tenido tiempo, en todos estos años, lustros, decenios, siglos (se dice pronto, s-i-g-l-o-s) de ser fijada definitivamente. El segundo motivo, de índole cientifista, sería la comprobada ineficacia —desde Madame de Staël a Lukács, desde Hauser hasta Sainte-Beuve— de un planteamiento subjetivista de las calidades literarias de cualquier autor. Recordemos la broma de Eugène Ionesco, cuando publicó en un mismo periódico rumano dos comentarios críticos acerca de un importante poeta nacional, diciendo en el segundo —con absoluta seriedad positiva— todo lo contrario que en el primero. La solución no es prescindir de la crítica: la solución es dignificar la crítica.

Por eso no podemos, en modo alguno, hacernos lenguas de la manifiesta brillantez del conferenciante cuando, valientemente, se cuela de rondón en Las Soledades y en el Polifemo y retuerce los versos, desmenuza los endecasílabos, preocupándose, más que de llegar a don Luis, de decir de don Luis algo que nadie haya dicho todavía; y eso, en mi modesta opinión, y con todos los perdones para los que siguen deslumbrados desde la tarde del sábado, resulta de todo punto impropio para nosotros. Impropio porque si realmente se puede todavía decir algo nuevo es señal de que

toda la crítica anterior está muy mal hecha; y en el caso de que la crítica anterior estuviera —¿se me permite el hipotético?— medianamente bien hecha, los esfuerzos del conferenciante resultarían de todo punto ineficaces. Pueden ustedes elegir entre cualquiera de las dos soluciones.

(Artículo de Carlos para publicarlo en la página literaria del periódico *La Tarde*, de Santa Cruz de Tenerife.)

*Llamarme Guanche.
Hijo de los volcanes y las lavas.
Tener el corazón hecho de libertades,
llevar la frente alta.*

*... ..
tener la mar que me separa
de todo aquello que no quiero
y que me ata.*

(CARLOS PINTO GROTE, Siempre ha pasado algo.)

—¿Esperas hace mucho? —pregunta Carlos sentándose en la silla pintada de verde.

—Bueno... —dice Eduardo encogiéndose de hombros y levantando la mano para llamar al camarero—. Hasta mañana no tengo nada que hacer.

—Es que estuve escribiendo unas notas acerca de lo de ayer, para publicar un artículo crítico de la conferencia. Y se me fue el tiempo sin darme cuenta.

—Yo —dice Eduardo sin volver la cabeza— estaba (estoy) desnudando concienzudamente a aquella inglesa núbil de la mesa de la esquina. ¡Pensar que Julio Camba se atrevió a decir que Inglaterra era el país que más mujeres feas producía en el mundo!

—No es muy guapa —dice Carlos críticamente.

—¡No seas eunuco! —grita Eduardo—. De una mujer no se dice que es guapa: se dice que es hermosa, bella, atractiva, encantadora, sensual, que tiene sexy, charme, encanto, o lo que sea... ¡Guapa! —insiste con asco—. Eso es propio de una conversación de menopáusicas que toman el té.

—Vete p'al carajo, anda.

—Tout à l'heure, mon petit. Nous sommes déjà là. Tout deux.

—De todas maneras —sonríe Carlos mirando a su alrededor— es alentador que dos hombres se insulten por una mujer.

—Y es desalentador pensar que la tarde del domingo está empezando, ¿no? Por favor —cambia de tono al ver acercarse al camarero—. ¿Tú?

—Un coñac —dice Carlos.

—Dos coñacs —asiente Eduardo.

—¿No habíamos venido a tomar café? —pregunta Carlos mientras el camarero se aleja bajo los árboles de la plaza.

—Es un eufemismo.

—¿El qué? ¿El café? —sonríe Carlos.

—No, por favor, chistes de los años cuarenta-y-hambre no: *La Codorniz* está llena de ellos. ¡Coño! —gruñe Eduardo olvidándose del humor por un momento—. ¿Te has fijado qué manera de cruzar las piernas? ¡Qué barbaridad! Es que aprenden desde pequeñitas, joder, las enseñan: tienen una agilidad fabulosa, bestial; les basta un movimiento así —Eduardo es un remedo mariconil contemplando arrobado a la inglesa— y colocan la falda donde quieren: al milímetro.

—Las españolas también cruzan las piernas —apunta Carlos.

—Pero es otra cosa, coño —corta Eduardo sonriendo cortés a la mirada casual de la inglesa—. Aparte de que existe toda una teoría de los valores que las españolas desprecian olímpicamente y que las sajonas siguen a piernas juntillas.

—Pedestre —juzga Carlos.

—Verás —sigue Eduardo, mandando a Carlos a hacer puñetas con el dedo corazón extendido—. Esto de cruzar las piernas, como lo de mover las caderas o enseñar las tetas, es algo tan rígido como el lenguaje del abanico: que una niña, un suponer, enseña las piernas hasta aquí y te mira así, quiere decir que tiene ganas de ligar contigo.

—O contigo.

—Tanto monta —concede Eduardo.

—Ojalá.

—Que enseña las piernas, otro suponer, hasta aquí y mira de tal manera, quiere decir que puedes llevártela a bailar, darte un lote ligero, besarla y acariciarle una teta (derecha o izquierda, va en casos). Que enseña las piernas hasta aquí: te puedes acostar con ella e inclusive fornicar ampliamente.

—Eso entra de lleno en el campo de la semiótica —pondera Carlos llevándose a los labios la copa de coñac recién traída.

—Sí, sí, en serio: se trata de una clave de una seriedad absoluta y aceptada universalmente: evito hablarte de su aprobación definitiva por la Unesco en mil novecientos sesenta y seis con sólo dos votos en contra de las comisiones jordana y escocesa; el primero debido a la inferioridad de condiciones en que quedaban colocadas sus miembros dada la longitud de sus faldas, y el segundo por la inmoralidad que supondría la utilización de ese código por los homosexuales. Sin embargo, se ha divulgado ampliamente traducido a veinticuatro idiomas (incluido el alfabeto Braille) y se conoce en casi todos los países civilizados.

—¿En España también? —pregunta Carlos seriamente (?) interesado.

—He dicho países civilizados —puntualiza Eduardo sonriendo nuevamente a aquella remota descendiente de Nelson que fuma voluptuosamente—. Sin embargo, la traducción española se publicó hace muy poco en la editorial Sexo y Barral con una cubierta fotográfica de Oriol Maspons, claro.

—Claro.

—Por eso té digo —sigue Eduardo, señalando a Carlos con el índice—. El respeto por ese Código universalmente admitido es la única diferencia entre el sexy inglés y el hispano. Verás —y se vuelve otra vez a la inglesa—. Habida cuenta del cruce de piernas ése, uno saca el Código, lo consulta, y sabe que puede acostarse con la hija de la Gran sin problemas de ningún género. Sin embargo, la española, heredera directa de todas nuestras grandes dicotomías sexuales: Isabel la Católica/Teresa de Jesús o Doña María de Molina/La Chata, por poner sólo dos ejemplos,

—Que son los únicos que te vienen a la memoria —acota Carlos sobre la marcha.

—son capaces —nuevo dedo corazón extendido— de cruzar las piernas en posturas ni tan siquiera previstas por el Código. Sin embargo, a la hora de la verdad se vuelven

estrechas, estrechas... y no te acuestas con ellas ni echando instancias. ¡Muera la hipocresía! En verdad, en verdad, te digo que este quiero y no puedo sexual nos está haciendo mucho más daño de cara al Mercado Común que la devaluación de la peseta.

—Todo esto te lo acabas de inventar ahora, naturalmente.

—Naturalmente, dear —cabecea Eduardo afirmativamente.

—¿Por qué no lo escribes?

—¡Mierda! —gruñe Eduardo apurando su copa de coñac—. Ya salió el escritor que llevas dentro.

—En serio, joder: he leído cuentos tuyos que no eran tan buenos como esto que me acabas de contar.

—Por eso dejé de escribirlos. Un día llegué a la conclusión de que hablaba mejor que escribía y consideré que había que decidirse por una de las dos cosas. Y te advierto —la inglesa se aleja a grandes zancadas por el semáforo para allá— que aquí hay tema para un cuento muy bonito. De Arreola, por ejemplo.

—O de Cortázar.

—Sí, pero más bien de Arreola: es una fabulación para uso de reprimidos sexuales que le va muy bien al diminuto genio mexicano. O a ti, por ejemplo —cambia el tono evocador por otro agresivo—. ¿Por qué no lo escribes tú? Tú amas la literatura.

—Tanto como tú —concluye Carlos sonriendo y dando vueltas a la copa de coñac sobre su base de cristal—. En serio: ¿no has vuelto a escribir?

—Cartas.

—No me lo explico —sonríe Carlos suavemente.

—¡Ah! —exclama Eduardo echándose hacia atrás y aspirando una bocanada del aire soleado de la tarde—. Hay tantas cosas que no podremos explicarnos nunca... ¿Y renunciamos por eso a ser felices, a perseguir desesperadamente los fantasmas iridiscentes que la Vida (con mayúscula) se empeña en ponernos delante? El hombre es el único animal que se cree dos veces el mismo sueño. Freud. Y si no fuese porque son las cuatro de la tarde y aún estamos

tomando la primera copa y hace un tiempo delicioso que sólo invita a respirar a pleno pulmón,

—y a entornar los párpados en la terraza de un bar,

—y a contemplar a las niñas de dieciséis años que van a buscar a su novio que es sargento de Milicias,

—y a meterse las manos en los bolsillos...

—También, también... Si no fuese por todo eso te demostraría que tú, creador y estudioso constante del fenómeno literario, te estás mordiendo la cola inútilmente porque estás encerrado en un grotesco callejón sin salida que (claro está) no conduce a ninguna parte; y para escapar del cual sólo cabe hacer una cosa —Eduardo se señala el pecho con el dedo pulgar de la mano izquierda—: dejar de caminar y sentarse en un rincón. Lo demás, *mon cheri*, es tirar barro a la pared.

—¡Qué bonito, qué bonito es esto! —dice pausadamente el Notable Poeta mientras el Alfa Romeo de Manolito Trujillo desciende por la sinuosa carretera de Las Cañadas, cortada casi a pico sobre mares de nubes y flanqueada por raquílicas retamas—. ¿Sabéis qué me recuerda este paisaje? Me recuerda a Jaén.

Alberto, recostado sobre una de las portezuelas de detrás, emite un gruñido extraño. Siente escalofríos, modorra y malhumor, y el Notable Poeta hace un rato que le parece insoportable. Maldice cada vez más la hora en que Manolito lo llevó a su casa la noche anterior, después de la cena, y las copas de más que debía tener Manolito para proponer esta excursión, y no comprende cómo Manolito puede estar tan alegre y tan despejado después de lo de anoche.

—¿A Jaén? —pregunta Alberto con los ojos entornados—. ¿Tú has visto alguna vez retamas en Jaén, coño?

—Bueno, hombre —interviene Manolito Trujillo saliendo al quite del Notable Poeta—. Pepe tiene razón en parte —Manolito y Alberto tutean al Notable Poeta desde que se tomaron juntos la primera copa en el bar del Mencey; y lo llaman Pepe desde la hora del almuerzo—: estos paisajes

del Teide se parecen a muchos paisajes a la vez; nuestra isla, en realidad, se parece a toda España un poco, ¿no crees?

—Muy bonito todo, muy bonito —asiente el Notable Poeta con los ojos entornados—; me recuerda mucho a Jaén, ya os digo; ¿vosotros conocéis Jaén? Yo estuve allí en el sesenta y cuatro a dar unos recitales y unas conferencias que gustaron muchísimo, ¿sabéis?

Alberto sigue acurrucado en la parte de atrás del coche: calcula mentalmente que la noche anterior apenas pudo dormir unas cinco horas y con el sueño atrasado que tenía eso y nada... No ve el momento de llegar a Santa Cruz y de meterse en la cama hasta el lunes, hasta el martes si fuera posible, ¡y con lo pesado que le está resultando el tipo éste! Gruñe al pensar que se le ocurra que tomen una copa en cualquier parte, o que a Manolito Trujillo se le meta en la cabeza enseñarle cualquier otra cosa, porque como todavía son las cuatro y..., como se le ocurra enseñarle el Pico del Inglés o el Puerto de la Cruz, o...

—Mi mujer tenía muchas ganas también de venir aquí conmigo: estaba entusiasmada, entusiasmada, ya os digo: es que esto es formidable, formidable... Que conste que yo vine por ser Tenerife, ¿eh?, que si llega a ser otro sitio no voy, no sabeis el trabajo que tengo yo en Madrid por esta fecha, pero me hablaron tan bien de esto... Vicente —el Notable Poeta llama Vicente a don Vicente Aleixandre— me habló tan bien, tan bien, de esta isla, de los amigos que tenía por aquí, de lo bonito que era todo, de la gente... Muy bonito este paisaje —repite el Notable Poeta paseando la mirada distraído sobre el precipicio absolutamente cubierto de nubes—, muy bonito, tiene una tristeza, y una gracia al mismo tiempo...

Alberto mira de reojo a Manolito Trujillo para ver si se ríe, y le da la increíble impresión de que se está tomando en serio las palabras del Notable Poeta porque cabecea solemne de vez en cuando como dándole la razón. Piensa en los tres cuartos de hora que aún le quedan hasta dejar al tipo ése en el Mencey y rememora la noche anterior, y la

mediana conferencia sobre Góngora, y la cena, y el paseo de esta mañana, y el almuerzo de hace un rato con la cordial discusión entre Manolito y el Notable en la que prefirió no intervenir. El coche continúa el descenso sorteando las curvas con los faros antiniebla encendidos y bastante despacio, mientras Alberto añora la cama ancha, blanca, mullida, con el silencio dominical alrededor, que por otra parte, con el cansancio que lleva encima, ya pueden estar tocando una zarzuela en el patio que lo que es a él...

—Qué pena que me tenga que marchar en seguida, tan pronto... Si lo hubiera sabido, si hubiera sabido que vosotros érais tan agradables..., hubiera podido prolongarlo más..., dar alguna conferencia en algún pueblo, ¿interesa en los pueblos la poesía? Yo es el público que prefiero, el de los pueblos, ¿sabéis?, que les hablas y los conmueves, los enardeces, entienden los versos mejor que los universitarios, los hacen suyos, vibran con la poesía, ¿sabéis? Qué pena que me tenga que marchar tan pronto..., a ver si me acuerdo de comprar unas cosas antes de irme... ¿Están muy caros los magnetofones en Santa Cruz? ¿Hay muchas dificultades para sacarlos?

Manolito Trujillo dice que no, que los magnetofones no están caros, que con un poco de cuidado se puede sacar uno sin pagar nada, que él procurará, que todo es cuestión de. El coche, con Alberto dentro mirando la nuca del Notable Poeta con los ojos enrojecidos por el sueño y por el cansancio y por el malhumor y por la resaca de dos noches seguidas y quién sabe si ésta, sigue descendiendo de los tres kilómetros de altura en que se encuentra, colgado sobre un mar de nubes, flanqueado por retamas, descendiendo bajo el gris plomizo del cielo de Las Cañadas y las gotas de humedad que se esparcen sobre el parabrisas, cruzándose de cuando en cuando, muy de cuando en cuando, con otro coche que circula despacio y que lleva los faros antiniebla encendidos y que sorprende un poco en medio de la soledad en que se encuentran.

—Qué bonito es todo esto, qué bonito —dice pausadamente el Notable Poeta con la vista perdida en el horizonte ilocalizable entre las nubes—. Me recuerda mucho a Jaén, ¿sabéis? Y a Oviedo también me lo recuerda un poco... ¿Habéis estado vosotros en Oviedo?

LA LAGUNA, DISTRITO UNIVERSITARIO

"Los palacios de severa fachada y piedra oscura ennoblecen las calles. Sobre los dinteles campean escudos de nobleza. En los días de lluvia las gárgolas esparcen la canción del agua a lo largo de las calles desiertas. Suenan las campanas entre la niebla. El aire huele a montaña." "En simple paseo por sus calles, el visitante se da cuenta en seguida de que está en una ciudad señorial." "Ciudad Episcopal, La Laguna ofrece a cada paso un templo cargado de historia." "En torno a los templos, por las rectas calles flanqueadas por blancos muros o fachadas oscurecidas por una noble pátina, se halla como detenido el tiempo."

Si así describen a la ciudad plumas de autores idóneos para ello, elegidos por departamentos de divulgación turística, por imprentas provincianas dedicadas a manualizar el conocimiento de la isla y de sus encantos, por sociedades culturales de solvencia reconocida, cuya misión es el fomento de las bellezas insulares y su estudio riguroso y detallado, sería duda ominosa, más que noble dialéctica esclarecedora, contradecirlos por medio de la burla irreverente como mentís burdo a unas páginas escritas con la garantía del estudio, de la investigación, de la consulta, de la consulta, de la consulta, del trabajo reposado sobre mesas con grecas en los bordes y escribanías de cuero colocadas simétricamente; trabajo simultaneado, quizá, con la ingurgitación de tacitas de café negro humeante o, incluso, de vasos de whisky. Y por eso las noticias de la ciudad de La Laguna deberán ser siempre las escritas en los libros cuyos títulos se recomiendan en las bibliografías sobre temas isleños; y esas

descripciones, y no otras, deberán ser las que definan contundentemente a esta ciudad de edificio universitario gris de apariencia necropólica, aislado del resto del mundo civilizado por un espacio de varios cientos de metros a la redonda, con guarnición de cipreses que dan apariencia de mausoleo a la Facultad de Filosofía y Letras, con un colegio mayor feo y desteñido por las continuas lluvias; Universidad gris que no parece haber tenido nunca otro color, que parece haber sido construida con cemento gris, con ladrillos grises, con andamios grises, con poleas grises, con vigas grises, con albañiles grises, con capataces grises, con listeros grises, con conductores de camiones grises, con desocupados que miran el trabajo de los demás grises; Universidad construida al gusto de un siglo que aún no se ha inventado pero que siempre es muy anterior a éste en que vivimos y que en su dureza, en su reciedumbre, en su maciza estructura a toda prueba parece desafiar el paso de los tiempos, de los elementos, de los accidentes; y parece exigir (en virtud de su solidez) la pérdida de cualquier esperanza que pudiera alimentarse sobre su posible desmoronamiento, orientado al afán estético de construir sobre sus ruinas una Universidad que no sea gris, que no tenga aspecto de mausoleo, que no huela a ácido clorhídrico por todas las galerías, que no rezume humedad por las paredes, en la que no se inunde el último piso invariablemente a las primeras lluvias otoñales, obligando a desalojar el aula que este piso alberga, la cual está decorada con un crucifijo un tanto extraño que, quizá por ello, tapan con un mapa los bedeles en cuanto pueden. Y deberán ser descripciones debidamente autorizadas las que hablen de esta ciudad de apenas setenta mil habitantes (incluyendo las zonas limítrofes y barrios extremos, claro) los cuales pasean diariamente por calles mal empedradas, flanqueadas por edificaciones de dos pisos, el último, no demasiado alto, provisto de maderámenes de gran belleza, sobradamente conocidos por sus abundantes reproducciones en tarjetas postales, diapositivas, reportajes gráficos y algún que otro documental realizado por turistas nacionales o extranjeros; habitantes que contemplan diariamente la pro-

cesión, indiscriminada en apariencia, de parejas de estudiantes universitarios, parejas de estudiantes de bachillerato, cate-
dráticos de diversas facultades, profesores adjuntos de las
mismas, canónigos de la catedral, presbíteros sin cargo
supletorio; entrecruzándose en las callejas de adoquines
desiguales los estudiantes (contestatarios o no) de barbas
pobladas o incipientes, con los sacerdotes que deambulan
por la calle de la Carrera, la calle de Herradores, la calle del
Agua, la plaza del Cristo, la plaza de la Catedral o de la
Concepción, vestidos con abrigos cuando el tiempo lo aconseja y muy rara vez provistos de paraguas, pese a lo que dijese —si lo dijo— don Miguel en sus tiempos; paseando con bastante recato, y rara, muy rara vez, interrumpidos por niños que se inclinan para besarles las manos, cosa que parece molestar un tanto a los clérigos calvos o canosos, pero deja indiferentes, o al menos resignados, a los jóvenes, que saben que después del Concilio, las cosas no van a ser lo mismo, y que vivir a la sombra de un obispado no da derecho a otra cosa que a cantar los Oficios por las tardes cuando se llevan botones colorados en la sotana, y ni a eso siquiera cuando se llevan negros.

—¿Otro coñac? —pregunta Carlos volviendo la cabeza hacia Eduardo.

—¡Naturalmente! Sabes que nunca rechazo el alcohol por principio.

—Ya sé que nunca rechazas el alcohol, pequeño. Preguntaba solamente por si quisieses cambiar de bebida.

—Todavía no —dice Eduardo mientras el camarero se acerca nuevamente a la mesa—. Las cuatro y media de la tarde es buena hora para seguir bebiendo coñac... Ya habrá tiempo para meterse con el whisky.

—¿"Con" o "En el"? —sonríe Carlos.

—Lo mismo da. Esa diferencia les corresponde a ustedes los lingüistas, ¿no? Ahí tienes tema para tu memoria de licenciatura: *El uso de la preposición en el campo semántico del alcohol*. Ampliándola la puedes convertir en una tesis

doctoral que, con un poco de suerte, te la puede dirigir Alarcos Llorach.

—¿Tampoco mi oficio te lo tomas en serio? —pregunta Carlos, divertido.

—Por supuesto que me lo tomo en serio —protesta Eduardo mientras las ramas del laurel bajo el cual se encuentra colocada la mesa se agitan blandamente y el sol deslumbra sobre la fachada lateral de Capitanía y pasan grupos de niñas comiendo cotufas—. Lo único, que me da un poco de miedo que compliquen a la literatura en todas estas cuestiones, ¿comprendes?

—¿Por qué? —Carlos se agita animado de una cierta inquietud profesional—. La literatura se hace a base de palabras, ¿no?, ¿qué más natural que pretendamos estudiar esa materia prima desde un punto de vista...?

—No me enredes, Carlos, por tu madre... —corta Eduardo con un gesto—. Yo soy un pobre leguleyo que ni siquiera tiene todavía la patente de corso para hablar en una Audiencia; lo único que te digo es que no sé bien qué es peor: si supeditar la crítica literaria a las apreciaciones particulares de cada ciudadano, o empeñarse en darle un rigor científico inapelable que impida decir nada más sobre el tema.

—Mira, Eduardo —insiste Carlos agitándose en la silla—, tú entiendes algo de literatura

—Favor que me haces —incisea Eduardo.

—y tienes que comprender que la crítica estructuralista resulta positiva: ¿Te imaginas leer a dos columnas las críticas de *Madre Coraje y sus hijos* respectivamente por Lukács y Maurois?

—¿Y te imaginas una crítica sobre Breton firmada por Coseriu, a partir de la cual no se pueda decir ni una sola palabra más sobre el divino André? ¡Es kafkiano, joder!

—¿Breton o Coseriu? —sonríe Carlos.

—¡Tu padre! —gruñe Eduardo bebiendo un sorbo de coñac.

—Pues sí, no te creas que andas muy descaminado —asiente Carlos compungido—. Si yo te contara...

—Ríete, ríete, pero repito lo de antes: no sé qué es peor en realidad; si renunciar de antemano a todo dogmatismo

(ablución pilatiana) o volver a escribir, por enésima vez, las reglas inmutables de la belleza (Du Bellay redivivo). Y a ti, joven romanista, te veo inmerso en el estructuralismo naciente.

—¡Es la ciencia del futuro! —afirma Carlos abriendo los brazos grandilocuente—. Pottier está enterrando el cadáver maloliente de Madame Staël: el estructuralismo convierte al crítico en científico al cual nada le pueda escapar.

—Y al lector que lo parta un rayo —murmura Eduardo siguiendo con la mirada a una pareja que cruza la calle: en realidad la sigue a ella, pero como van juntos...—. Ustedes los profesionales son cojonudos: dictan las reglas y los demás a aguantarnos. Me parece que les hace un poco de falta ojear la *Obra abierta* de Umberto Eco para pensar en los demás como diría la televisión.

—Y la ojeo —protesta Carlos.

—¿Con o sin h?

—Y considero que es un camino interesante —dice Carlos sin hacer caso de Eduardo— ése de tener en cuenta al lector, al gozador, en la valoración definitiva de la obra...

—Pues sigue, sigue ojeándola —ordena Eduardo con voz bronca—; a ver si lo asimilas bien, que buena falta te hace: a ver si con el tiempo llegas a convertirte en El Eco de Canarias.

—Vete a la mierda —ríe Carlos dando por terminada la discusión—. Contigo todo tiene que acabarse de la misma manera.

—Hace una tarde demasiado agradable —se encoge de hombros Eduardo satisfecho— para estropearla hablando de estas cosas. ¿No tuviste bastante ayer tarde con el pleno intelectual de la conferencia, ágape incluido?

—Tú no te quedaste, ¿verdad?

—No, no me quedé. Manolito Trujillo se empeñó en hablarme del libro que está preparando y de que va a publicar no sé qué, no sé dónde, y ni por los dos whiskys que te dan en esas orgías soporto a un poeta con halitosis. Me fui al Puerto de la Cruz a aburrirme sanamente.

—¿Qué tal estaba? —pregunta Carlos sin demasiado interés.

—Como siempre: mal. Yo no sé cuándo debió ser esa época dorada en que el Puerto era paraíso de garañones y que bastaba acodarse en la barra del Cintra para que las suecas te vinieran a buscar...

—A lo mejor no fue nunca —dice Carlos encogiéndose de hombros.

—No me extrañaría nada —asiente Eduardo—. Tal vez todo sea una leyenda inventada por Luis Diego Cuscoy.

—Sin más fundamento que la de Dácil o la de Tinguaro, ¿no?

—¡Mira! —dice Eduardo alargando el brazo derecho de pronto.

—¿Qué?

—Precisamente por allí va el único hombre de la isla que se ha acostado con una extranjera en el Puerto.

—¿Quién? —dice Carlos alargando el cuello—: ¿José Antonio?

—El mismo —afirma Eduardo mirando todavía a la esquina por la que desapareció—. Estoy seguro de que en lo que va de año ha sido el único.

—¿Estadísticamente demostrado? —pregunta sonriente Carlos.

—Gallup y yo.

—Le harán un homenaje.

—Y lo nombrarán hijo adoptivo de la isla.

—Nació en la isla —corrige Carlos.

—No importa —protesta Eduardo—. ¿Por un mero accidente geográfico le vas a quitar al chico ese honor? A ti lo que te pasa es que estás envidioso...

(Y sabe que no hay que amarrarse, que el amor sólo debe entenderse en función del sexo, que esta tarde de domingo, como la de ayer, como la del martes pasado, como las otras noches pernoctadas en el edén, en el paraíso reconquistado, hollado,

encontrado sin proponérselo, no posee, no puede de ninguna-manera-bajo-ningún-concepto-en-absolutamente poseer la menor importancia, sobrepasar los límites de las estrictas relaciones animales, relaciones que se habrán de romper en el momento preciso, porque ésa y no otra es la condición primera, la condición sine qua non que rige las relaciones heterosexuales cuando las europeizamos, cuando las colocamos en el plano del placer y no en el de la obligación, cuando conseguimos de ellas lo que hemos perseguido, que es eso y no otra cosa: llegar a este estado de laxitud como estadio final, como reposo merecido, como hastío físico en el que el cuerpo desnudo reposa a nuestro lado finalmente, definitivamente, irremisiblemente; cumplida su misión en su totalidad, la misión para la que se le ha buscado, la misión que se le ha exigido, la misión que se le ha solicitado, la misión para la cual se le ha utilizado: misión de epidermis en contacto, de labios expertos, de sexos desatados por fin, tras tanto tiempo deseándolo, misión que no debe confundirse de ninguna manera, que debe saber cuándo, hasta cuándo, en qué momento, poseyendo el suficiente dominio como para ponerla a prueba, en cualquier momento, cuando sea necesario, ahora mismo si es preciso, ¡no, ahora no!, ¿por qué ahora no? Y es el arma de dos filos, y es el vampirismo de la amazona, el eterno desequilibrio, comprobar de pronto, tendido sobre las sábanas húmedas y arrugadas, que no hay diferencia entre esto y las relaciones más ingenuas, que no hay diferencia entre este campo recién hollado del placer animal y el campo sofocante del sentimiento: campos que tienen un solo punto de intersección —llámalo fidelidad, llámalo amor, llámalo continuidad— pero que asombra comprobar cuántas interrelaciones se desprenden de él; incluso el dolor, tan físico, tan profundo, tan desgarrante,

tan angustioso, tan quitando la respiración, oprimiendo el pecho, molestando en los huesos con sólo pensar, imaginar, temer, tenerla completa seguridad de que forzosa-mente tiene que ocurrir la separación de un momento a otro, que lo sabíamos —los dos, claro que los dos (¡y eso duele más aún!), pero ella más serena, más lúcida, más elegantemente— desde el primer momento, desde la primera erección en la pista de baile, desde el primer contacto con la mejilla perfumada, desde la primera mirada bajo la luz roja de la sala de fiestas, desde el primer soplo de brisa entrando por la ventanilla del Austin de Jorge, desde la definitiva aceptación de la posible noche de aventura en el Puerto, en la cual iba incluido todo, todo, todo..., desde ese primer momento a partir del cual ya no cabía excusa, ni justificación, ni encogerse de hombros, ni alegar ignorancia ingenuamente, porque estaba incluido lo demás, estaba incluida esta tarde opaca de domingo, estos espasmos inefables que se vienen a buscar desde tan lejos, esta laxitud de los cuerpos, este silencio del final, de la tranquilidad, del reposo, del descanso..., sin ser capaz de preparar la convicción de la ruptura, de planteársela con la suficiente lucidez, de valorar cada cosa —¡incluso el sexo, por qué no, el sexo también, el sexo está, debió estar desde el primer momento, asimilado a los mismos raseros, a los mismos baremos de valoración!— con justeza y hacer abstracción del momento presente, en el que nos fundimos en el perfume rojo de esta boca que ya se nos ha hecho tan familiar, separándolo de la realidad física que empuja, exige, obliga a plantear la temporalidad del amor eventual: des-pegó, dureza, frialdad, escapar al dominio, la guerra de los sexos, Bernard Shaw lo dijo, deberías saberlo, y tal vez entonces... Pero, ¿de qué vale la teoría? Es saberse prisionero de la trampa, cogido en el

cepo que se ha cuidado amorosamente, que hemos construido con nuestras propias manos y cuyos resortes conocíamos a la perfección, que los habíamos engrasado, que sabíamos hacia qué lado se iban a disparar, la potencia que eran capaces de desarrollar, la fijeza con que iban a atrapar, y nos creíamos cazadores —¡y seguimos siéndolo!, ¿no es la realidad física lo que cuenta?, ¿no es un cuerpo de mujer lo que reposa a mi derecha sobre la cama revuelta?, ¿no es mi mano la que acaricia su espalda, su brazo, la que roza, como un poco desganadamente, su seno?, ¿no es mi pene-polla-cipote-vergajo-tolete-balano el que se ha metido hasta el fondo, el que ha hollado, atravesado, horadado, el sancta sanctorum, madriguera, cuerno de la abundancia, una, dos, tres, repetidas veces, no hoy, sino el otro día y el otro y el otro y aquél primero en el que no había la menor duda sobre las posiciones respectivas de cada uno?, ¿no es un estremecimiento de placer total, pleno, conseguido rotundamente, lo que se me comunica a través de esta hembra que he utilizado para eso y que ha servido a mis fines?, ¿no es una presa mía al fin y al cabo y digan lo que digan y véanlo como lo vean y pase lo que pase? —y realmente lo somos, claro está, porque la presa— si esto es una presa (pero sí, ¿por qué no?) —cayó bajo el resorte previsto, en la posición prevista, conforme a las previsiones previstas que pudimos prever, cumpliendo la misión prevista, cumpliéndola todavía ahora..., pero..., pero..., pero... Siempre queda un dolor que no estaba previsto, una desazón que no estaba prevista, una angustia que no estaba prevista, y un temor a ser dominados, sin saber muy bien en qué dimensión, pero aterrorizándonos ante esta tarde de domingo en un alegre apartamento del Puerto de la Cruz.)

El camarero trae las copas que acaba de pedir Manolo, ¿nos tomamos la arrancadilla, Rafa?, bueno, sí, sirviendo el coñac, Carlos III, el cointreau, limpiando después, antes de retirarse, las migas del mantel, recogiendo las tazas de café ya vacías, algún plato manchado con la ceniza de los puros que Rafa y Manolo fuman recostados en las sillas, en mangas de camisa, con las chaquetas colgadas del respaldo, un poco abotargados por la comida y por el calor.

—¿Ustedes no quieren nada? —pregunta Manolo antes de que el camarero se marche—. ¿Tú, Marta?

—No, yo nada —dice Marta.

—Y ustedes tengan cuidado —dice Cristina mirándolos a los dos— que después tienen que conducir...

—¡No seas idiota, hija! —gruñe Rafa sonriendo—. ¿Tú no sabes que Manolo como mejor conduce es borracho?

—Sí, bueno, bueno, déjate de líos. Que se mate él solo, allá él, pero al niño y a mí que nos deje tranquilos, que no tenemos culpa de nada.

En la terraza que da sobre el inmenso valle de Güímar, Manolito, Irene, Ana Mary y Rafaelito se persiguen unos a otros sin demasiada convicción, matando el tiempo de la sobremesa dominical, contentos de poder salir del comedor y corretear por la amplia balconada sin que se metan con ellos, sin que se preocupen de ellos, sin tener que preocuparse tampoco ellos por nada a sus ocho, nueve, seis y cuatro años, el único follón, había dicho Marta en casa de José Luis la noche anterior, cuando siguieron charlando, la arrancadilla, la arrancadilla, insistió Manolo, es que tenemos que estar todo el rato ocupándonos de los chicos, mientras José Luis llenaba los vasos de todos y en la calle se oía el motor de un coche, tal vez el de Ricardo, al ponerse en marcha en el silencio de la madrugada; mujer, decía Cristina, tampoco es tanto lío, sí, claro, mira qué rica, como tú nada más tienes uno, y Aurora, esperad un momento, salía de la sala para ir a buscar más hielo; ah, exclamaba Manolo un poquito embalado, que somos muy castos, ¿verdad, my love? y José Luis, con una mano metida en el bolsillo del pantalón y los ojos muy encarnados, el sueño, joder, si vieras a qué hora,

paseaba por entre los sillones, el sofá, el mueble bar, la mesa del comedor, recostándose de vez en cuando en la ventana abierta, como Manolo antes, sonriendo satisfecho. Ahora son los únicos que quedan en el enorme comedor de mesas perfectamente alineadas, y las carcajadas de Manolo, los comentarios de Rafa, las protestas de Marta y de Cristina y los chillidos, los enfados, las discusiones, de los cuatro niños resuenan por todo el salón escandalosamente, contrastando con la tranquilidad del cielo azul, desvaído, que asoma por los enormes ventanales que dan a la terraza en la que siguen correteando los niños, contrastando con el verdor irregular del sorprendente valle, con la calma del azul, más brillante que el del cielo, menos desvaído, del mar lejano, reverberando bajo los rayos calientes del sol amodorrante de la cinco ¿y...? de la tarde dominical.

—Qué pena tener que levantarse ahora —dice Manolo bostezando ruidosamente y estirando las piernas por debajo de la mesa—, con lo bien que se está aquí con este solito, con este calorcito, con esta tranquilidad postalimenticia...

—Nadie te obliga a marcharte —le dice Rafa.

—Bueno, la verdad es que lo que me da pena dejar no es Güímar, sino este comedor, esta mesa..., pero el tío aquí nos está mirando con una cara ya... —responde Manolo enarcando las cejas y castañeteando los dedos para llamar la atención del camarero que los contempla de reojo apoyado en la jamba de la puerta del fondo, indicándole, con un gesto de escribir, que les traiga la cuenta.

—Oye, ¿por qué no vamos a casa y tomamos unas copas? —propone Rafa mirando el reloj de pulsera.

—Por mí... —dice Manolo en un nuevo bostezo.

—¿Os parece? —insiste Rafa mirando a las mujeres—. Vamos, si la jefa no tiene inconveniente, porque como es ella la que...

—Sí —protesta Marta sonriendo—, será por lo que tú te preocupas de mi opinión para traer gente a casa. Aún me acuerdo —dice dirigiéndose ahora a Cristina—, a los dos o tres meses de casados, el susto que me llevé cuando se

presentó éste a las once y media de la noche con tres o cuatro amigos extrañísimos casi todos borrachos...

—Todos absolutamente borrachos —corrige Rafa sobre la marcha—: entre ellos Manolo.

—Bueno, sí, todos borrachos; pero tipos extrañísimos, ¿sabes?, tipos que yo no había visto en mi vida, como ése tan raro que siempre está en el Club vestido de luto, y Alberto, el pintor ése amigo de ustedes. Tú imagínate, yo a mis veinticuatro años, llena de ingenuidad y tal, la cara de horrorizada que debí poner para que el tipo ése de luto se pasara la noche, ¡porque se fueron a las dos y media!, diciéndome: Esto es una invasión, señora, una invasión, no hay derecho, y, ¡tras!, se mandaba un vaso de whisky... O sea que figúrate lo acostumbrada que debo estar ya a las reuniones improvisadas en casa a horas intempestivas...

El sol que entra por los ventanales que dan a la terraza cae de lleno ahora sobre la mesa dibujando rombos de luz amarillenta en el mantel blanco. Cristina, que escucha a Marta sonriendo, con los ojos bajos, abre el bolso, saca las gafas de sol y se las pone; Rafa se recuesta más hacia atrás en la silla, desperezándose voluptuosamente, y Manolo apura la copa de coñac de un trago, es verdad, sí, dice, ahora que Marta lo cuenta; ya no me acordaba, eso fue un día que nos encontramos todos en el Atlántico, ¿no?, Rafa se encoge de hombros en un gesto dubitativo, sí, hombre, sí, fue en el Atlántico en la época en que íbamos por allí, que Alberto se empeñó en invitarnos a todos por no sé qué; los niños, en la terraza, se han cansado de jugar, y sólo Rafaelito corretea de un extremo a otro; las niñas y Manolito contemplan los verdes, los ocre y los azules del panorama guiñando los ojos frente a la luminosidad de media tarde; el camarero de antes, el que estaba hacía un rato apoyado en la jamba de la puerta del fondo, se acerca a la mesa, señor, y Manolo se adelanta, casi sin darle importancia, al gesto, deja, deja, de Rafa, que no insiste y vuelve a recostarse, oye, de verdad, a Marta, si no lo llegas a contar se me había olvidado por completo: figúrate si hará tiempo, metiéndose

la mano, sin mirar, en el bolsillo del pantalón, que en esa época yo estaba soltero todavía, sacando un puñado de billetes, verdes, marrones, uno azul, levantando, con la otra mano, el pico de la nota, echándole un vistazo de pasada, ¿tú crees que allí se come bien?, preguntó Cristina en la puerta de la casa de Rafa, al pie de los coches, cuando decidían, improvisadamente, como les gustaba hacerlo casi todo, el plan para el domingo, sí, hombre, sí, había dicho Manolo la noche anterior en casa de José Luis cuando se despedían, los pasamos a buscar a las doce y ya decidimos sobre la marcha: podemos tomar un aperitivo por ahí, agitando el vaso de whisky, la arrancadilla, eh, y después a casa, que le había servido José Luis a poco de marcharse Ricardo y Rosa Mary, se han ido muy pronto éstos, ¿no?, comentó Cristina, es que parece que Rosa Mary estaba fastidiada, dijo Aurora, ah, bueno. Cuando Marta sale a la terraza para recoger a los niños, venga, venga, que nos vamos, hale, Rafaelito se ha cansado de corretear de un extremo a otro y se ha sentado en un rincón lloriqueando y espurreando saliva, mientras sus hermanas y Manolito hablan bajito, no vale, así no juego, fresco, y se ríen agarrados al barandal que se descuelga sobre el valle; Rafa y Manolo se ponen las americanas y el camarero, muchas gracias, señor, alarga el plato con unas monedas a Manolo que apenas las contempla de reojo y hace un gesto displicente con la mano izquierda, a medio meter en la manga de la chaqueta, que oscila grotescamente, en cualquier sitio, hombre, en cualquier sitio, había dicho Rafa bamboleando las llaves del coche mientras Cristina y Marta discutían con Manolo sobre dónde podían ir a comer, los domingos ya se sabe, repetía Manolo, y los niños, ¡Manolito...!, correteaban sobre la acera, escondiéndose detrás de los coches, en cualquier sitio, insistía Rafa, ya lo decidiremos sobre la marcha, dirigiéndose al suyo, aparcado en la acera de enfrente, pero por lo menos, levantaba la voz Manolo con la puerta del Triumph abierta, saber si vamos al Sur o al Norte, ¿no?, y Marta cogía de la mano a Ana Mary y a Rafaelito para

cruzar la calle, dirigiéndose al coche que Rafa abría en ese momento.

—Vamos a casa entonces, ¿no? —insiste Rafa en la puerta del parador, retrasando el paso para esperar a que lleguen las mujeres, que vienen, despacio, arreglando la ropa, hay que ver cómo se han puesto, de los niños.

—Por mí —responde Manolo, encogiéndose de hombros—, ya te dije...

—Eh, vosotras —repite, levantando más la voz, hacia Marta y Cristina—, que si terminamos en our home...

—Ah, bueno, estupendo —dice Marta.

—¿Pero tú no tenías que marcharte mañana a Las Palmas? —recuerda Manolo de pronto.

—Bueno, sí... —dice Marta quitándole importancia—; pero para que nos tomemos una copa... ¿Eh, Cristina?

—No, yo sí... —decide ésta—: el problema es Manolito, porque esto se prolonga después,

—No, mujer —la interrumpe Manolo—, si es un momento, ¿verdad, tú?

—que yo me conozco a mi gente, y el pobre crío se va a caer de sueño.

—Pues se queda a dormir en casa —jeso, eso!, salta Manolito tirándole de la chaqueta a Rafa en señal de asentimiento—, con los nuestros.

—Sí, claro —protesta Cristina—; y mañana el colegio, ¿qué?

—Bueno, hombre —dice Rafa encogiéndose de hombros y abriendo los brazos—, eso se resuelve sobre la marcha: aún son las seis de la tarde...

—Éste lo resuelve todo sobre la marcha —comenta Marta risueña colgándose del brazo de su marido—. Él con tal de no tener que decidir...

—Bastante decido durante toda la semana —gruñe Rafa abriendo la puerta del coche. Y volviéndose hacia Cristina y Manolo—: A casa entonces, ¿no?

—Sí, hombre, sí —dice Manolo—, por nosotros, ya te digo...

Los niños van entrando en la parte de atrás del Mercedes de Rafa, mamá, mamá, yo voy en el coche de Irene, sí, claro, dice Cristina cerrando la portezuela, éste con tal de perder de vista a los padres, y Manolito corre alocado hacia el coche de Rafa, mientras el motor del Triumph se pone en marcha y los verdes, los ocre y los azules de la carretera van quedándose atrás, desandando el mismo paisaje que habían recorrido en sentido inverso hace un rato, con el Mercedes de Rafa centrado inalterablemente en el espejo retrovisor, repitiendo los movimientos que Manolo indica, con cabezadas somnolientas, sobre el volante apenas acariciado con la mano derecha, mientras la izquierda bascula apoyada en la ventanilla, sosteniendo la colilla humeante del puro encendido después de la comida. Antes, en el viaje de la mañana, el coche de Rafa iba delante, mostrando todo el camino la T, la F, los cinco números, destacándose sobre la carrocería brillante, ahora seguidme vosotros, dijo enarbolando las llaves por encima de la cabeza, cuando salían del ventorro en el que se detuvieron para beber unos vasos de vino, comer unas rodajas de chorizo, unos trocitos de queso blanco, ¿jamón no tienen?, cocido; no, cocido no, mientras los niños orinaban y Rafa y Manolo comentaban, entre carcajadas, algo que venía publicado en la tercera página de *El Día*; y fue Rafa el que precedió a Manolo por toda la carretera, por todas las curvas, por todas las curvas de toda la carretera, mientras Cristina se ponía las gafas de sol, este sol de frente no lo soporto, y Manolo silbaba el *Romance Anónimo*, con el codo izquierdo, yo sin la ventanilla abierta no puedo conducir, apoyado en la ventanilla, ay, hijo, silbas fatal: tú de música, aprovechando una recta para sujetar el volante, levemente, con la mano izquierda y pellizcar a Cristina en el muslo, ay, bruto, no seas bestia, siempre igual, entre las carcajadas de Manolo y sus no me agredas que nos estrellamos. Ahora el Mercedes, con la T, la F, y los cinco números invertidos sobre la superficie tremolante del retrovisor, repite, una a una, todas las curvas, todas las innumerables curvas, que inicia Manolo desde su volante, con los ojos entornados, y la modorra de media

tarde, con el aire de la ventanilla caliente y adormecedor, a ver si ahora te duermes, tú, envolviéndolo todo.

—Si vamos a estarnos mucho —dice Cristina encendiendo un cigarrillo— mejor es llevar a Manolito primero a casa y acostarlo.

—No digas estupideces. Si va a ser sólo un momento: ¿no ves la cara de sueño que tiene Rafa? En cuanto se tome dos whiskys se queda tronco...

—Sí, bueno, eso lo dices ahora que son las seis, pero yo no sé cómo se las arreglan ustedes que, por muy cansados que estén, a las doce de la noche no ven nunca la hora de terminar...

—Venga, venga, contestataria de mierda —interrumpe Manolo con la mirada perdida vagamente en el Mercedes de Rafa, mimético desde el retrovisor—, que eres una contestataria: siempre gruñendo, rundinando, como decía Solá en la Escuela cada vez que yo dejaba la resistencia de materiales para septiembre: rondinaire, que estás fet un rondinaire, collons... Y después nos íbamos al Molino a beber gaseosa y a llamar marica a Frank Johnson...

—Oye —dice de pronto Cristina después de unas curvas en silencio—: ¿por qué no llamamos a Aurora y le decimos que se vengan un rato con nosotros?

—Por prudencia, my darling, por prudencia.

—¿Por qué por prudencia? —Cristina vuelve la cabeza interrogando con la mirada a su marido.

—Como diría Marsillach en el *Tartufo*, por diversos motivos: A, porque soportar el binomio Aurora-José Luis, José Luis-Aurora, más de una vez por semana resulta peligrosísimo para la estabilidad de nuestras mutuas relaciones; B, porque José Luis estará durmiendo a pierna suelta, moco tendido y mandíbula batiente, y si lo llamas por teléfono te contestará una grosería; C, porque si es Aurora la que se pone al teléfono estoy casi seguro de que le dolerá, horriblemen-te, la cabeza; y D, porque me huele que hay como un e-nor-me mar de fondo entre los dos desde la trompa de capitán general que debió agarrar el bueno de José Luis

el viernes por la noche como sustitutivo irrespetuoso del ayuno y la abstinencia...

—¿Y tú qué sabes? —Cristina sigue con la cabeza ladeada, interrogando a su marido con la mirada.

—Sé —dice Manolo con su perenne mechón de pelos grisáceos agitándose bajo el viento, aún cálido, que entra por la ventanilla— que cuando tú todavía llevabas calcetines, y vestías púdicos uniformes de colegiala de La Asunción, yo había visto ya a José Luis borracho docenas de veces, y que los ojitos enrojecidos de ayer noche, los es que estoy cansadísimo, las sonrisitas de conejo de Aurora y la atmósfera de la reunión me daban un olor inconfundible a trompa prolongada y broncazo conyugal consiguiente.

Cristina echa la cabeza hacia atrás, bueno, no sé, a lo mejor, pero chico, exhalando una bocanada de humo y apoyando el codo en la ventanilla de la derecha con la voz acongojada de Aurora presente todavía en la conversación telefónica de ayer por la mañana. Piensa en que vendrán llegando a casa de Rafa a eso de las siete y que entre unas cosas y otras no tendrá que preocuparse por la cena, porque empezarán a picar y Marta sacará cualquier cosa, venga, chicos, unos pinchitos, ¿quieren?, y ya no se acostarán hasta las tantas, el problema es Manolito, que si no se acuesta a su hora, que se joda, coño, que se joda, grita Manolo cada vez que le habla de eso, no querrás que yo me fastidie un rato de charla con unos amigos por el crío, ¿no?; por una noche que no cene no le va a pasar nada: yo a su edad viví la etapa del racionamiento, y sonrío, mirando distraídamente a los árboles que se deslizan por su lado en dirección contraria, pensando en lo que debió ser el racionamiento de Manolo, dando una última chupada al cigarrillo antes de tirarlo por la ventanilla, rebotando las chispas sobre el asfalto, perdiéndose, seguramente, bajo las ruedas del Mercedes de Rafa que sigue, inalterable, enmarcado en el medio del retrovisor, repitiendo obedientemente los innumerables giros de volante que va haciendo Manolo sobre la carretera que empieza a desprenderse del último sol del atardecer, camino de Santa Cruz.

—Co-o-ño, ¿qué hacen ustedes aquí? —pregunta Jorge Domínguez volviendo la cabeza hacia la amplia puerta del bar.

—Pues mira —responde Eduardo sentándose a su lado—, esperar a que nos invites a una copa.

—Vete p'al ca-a-arajo, coño.

—Bueno —añade Carlos—, pues a dos: una para éste y otra para mí. ¡Camarero!

—Coño, no te-e-engo un chavo.

—¿No tienes un chavo, cabrón —recremina Eduardo—, y te estás etilizando a base de bien? ¡Invita, coño, que en la amistad encontrarás una cantidad enorme de satisfacciones! ¿Verdad, Carlos?

—¡Ufff!

—Camarero, dos coñacs —encarga Eduardo de pasada—, que invita este señor.

—Joder, Eduardo, me va-a-as a dejar limpio para salir después con la chi-i-iquilla...

—¡Ah, encima eso! Pretendes escatimar el dinero a los amigos y lo despilfarras después con mujeres que lo único que te pueden dar a cambio es amor y tal. ¡Serás desnaturalizado!

—Y a lo mejor —añade Carlos— no se da cuenta de que le estamos haciendo un favor con esta invitación un poco improvisada: Estamos procurando que se le acabe el dinero antes de que se encuentre con su novia, ¿no es así?

—Aproximadamente —aprueba Eduardo.

—Con lo cual no podrá invitarla a nada, ella se enfadará, tendrán un disgusto muy gordo, y tal vez, tal vez, ¿quién sabe?, con un poco de suerte terminarán para siempre...

—Sería magnífico —encomia Eduardo.

—... y volverá a convertirse en un hombre libre, en el hombre libre que era cuando nació, cuando correteaba por las verdes campiñas de Adeje.

—Adeje no es verde, Carlos —rectifica Eduardo muy serio saboreando su coñac.

—¿No es verde? —pregunta Carlos.

—No, no es verde —insiste Eduardo—. Adeje es una muestra flagrante del páramo sureño, contraste hiriente de la facundia del Norte, dicotomía isleña capaz de aunar la exuberancia deslumbrante de nuestros bosques de pinos con la impresionante soledad de los desiertos sureños, roquedales, despeñaderos, tristes playas de arena, holladas por la planta de excursionistas domingueros y por los neumáticos de los cochecitos para inválidos made in Suecia. ¡Ah! —se exalta Eduardo bajo la mirada socarrona de Carlos y la escéptica del camarero. Jo-o-orge Domínguez no sabe si debe mirar o no—. La soledad del Sur. Ya lo dijo Padorno: Isla, la sed, el sur la ganó toda...

—Padorno es de Las Palmas —rectifica Carlos.

—Y Rainer María Rilke de Bohemia —dice Eduardo volviendo la cabeza un poco molesto—. Cuando un poeta dice eso del Sur se tiene que referir ¡for-zo-sa-men-te! al sur de Tenerife.

—¿Aunque sea de Cuenca?

—En Cuenca no hay poetas, ignorante: en Cuenca hay casas colgantes, pintores, ciudades encantadas, pintores, apartamentos para pasar los fines de semana, pintores, Museos de Arte Contemporáneo, pintores, la Junta Directiva del grupo El Paso, pintores, críticos de arte, pintores, escultores, pintores, esmalistas, pintores. Y José María Moreno Galván.

—¿Tú ha-a-as estado en Cue-e-enca? —pregunta Jorge Domínguez volviendo a la realidad por un momento.

—No, pero poseo una gran capacidad para la síntesis de los tópicos. Llámame José Luis Martín Vigil.

—¿Por qué? —pregunta Jorge Domínguez empezando a liarse en los razonamientos (?) de Eduardo.

—Por su recia formación cristiana —se apresura a aclarar Carlos. Se nota que Carlos empieza a divertirse con la conversación. No lo nota el camarero, claro. Ni lo nota Jo-o-orge Domínguez. Ni lo nota la pareja que está jugando a los bolos en el otro extremo del local. Pero se nota—. Eduardo estudió en un colegio de curas en el que le enseñaron, entre otras cosas, la importancia de la espiritualidad

para salir adelante en la vida material, la necesidad de los cursillos de cristiandad para salvarse, los ejemplos apabullantes de la inmensa booola de acero inoxidable, de la diminuta hormiguita, del pajarito que cada año toma con el pico una gota de agua, y muy posiblemente el ejemplo del joven pío y el joven perverso.

—Me lo enseñaron, sí —asiente seriamente Eduardo.

—También le enseñaron a asistir al Rosario de la Aurora a las siete de la mañana... —continúa Carlos.

—So pena (Ramón) de suspender la Filosofía aquella semana —puntualiza Eduardo.

—Con lo cual Eduardo —Carlos ya está embalado y va a ser muy difícil conseguir que se detenga— asistía a todos...

—Suspendía todas las semanas la Filosofía —interrumpe Eduardo apurando la copa de coñac.

—¿Y qué co-o-oño —pregunta Jorge Domínguez un poco confuso— tiene que ver eso con...?

—Tener que ver, tener que ver —explica Eduardo muy serio—, nada en absoluto, claro. ¿O es que tú te has quedado todavía en la prehistoria del pensamiento, en las catacumbas racionalistas que quieren explicarlo todo? ¡Rompe de una vez con la dialéctica y serás un hombre libre, coño! Estamos en la era de la cultura lúdica, Jorge.

—¡Eso! —insiste Carlos que se lo está pasando muy bien—. ¡Sé lúdico y serás feliz! Decídete a ser el primer hombre lúdico de Adeje.

—Váyanse p'al ca-a-arajo —gruñe Jorge Domínguez un poco molesto—. Ustedes tienen una carga-a-asera del demonio... ¿Desde qué hora están be-e-ebiendo?

—Desde hace muy poco, casi nada —se lamenta Carlos entornando los párpados—. ¿Verdad, Eduardo?

—Verdad. Pero estamos dispuestos a beber contigo hasta que sea preciso. ¿Verdad, Carlos?

—Verdad —asiente Carlos—. Invítanos, pues, a otra copa y no se hable más del asunto.

—¡Le-e-eche! —protesta Jorge Domínguez abriendo mucho los ojos—. ¿Ustedes quieren arruinarme o qué?

—En ese caso —el gesto de Carlos tiene mucho de Guzmán el Bueno antes de arrojar el puñal, de Maldonado ante las cabezas de Padilla y de Bravo, de Cristóbal Colón al comprobar que el tesoro de Isabel no da ni para un catalejo— me veo obligado a invitarlos a la penúltima, pero en un bar de más prestigio.

—De más categoría —corroborra Eduardo dirigiéndose a la puerta.

—De más solera... —concluye Carlos.

—Pero pa-a-agán ustedes, ¿no? —puntualiza Jorge Domínguez precavido recogiendo el cambio de las cien pesetas.

—¡Niiiña...! ¿Tú eres tonta...?

—Yo no le haría ni caso, que venga él y se fastidie, o que se vaya; yo, mi niña...

—Ay, no, mujer, es que...

—Oye, ¿me das un cigarro...?

—Espera a ver, que no sé si tengo... ¿Quieres rubio?

—Ay, los domingos son todos fatales, fatales..., más aburridos...

—Yo, mi niña, los domingos...

—Yo por mí no saldría de casa, de verdad.

—Sí, sí..., tú sales los domingos por quien yo me sé.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Niiiña! ¡Vete por ahí!

—Oye, que ésta dice...

—Niña, si yo...

—¿Tienes fuego, oye...?

—Oye, Isa, que dice ésta que no está detrás de quien tú y yo sabemos, ¿oíste?, ¡nos lo va a decir a nosotras! ¡Ja, ja...!

—Niiiña, si yo...

Alrededor de la mesa redonda de la cafetería elegante el grupito de muchachas de dieciséis y diecisiete años, con las melenas rubias, morenas y castañas cayendo sobre los hombros, iluminadas por el último, el más brillante, sol de media tarde que entra por la amplia ventana de las cortinas

de gasa, se recuestan sobre los asientos, fuman charlando entre risas, chillidos, sonrisas y gritos, beben de los vasos de coca-cola, de las tazas de café, de los té, de los refrescos, con las piernas cruzadas, vestidas con pantalones de corte llamativo, con maxifaldas de colores estridentes, levantándose, atravesando todo el local para ir al servicio, deteniéndose, a veces, en el mostrador con alguien, con alguno, con alguna. Ana Mari, vestida con un pantalón azul muy ancho, con una blusa amarilla ajustada al busto, fuma en silencio, escuchando lo que cuenta Mari Carmen desde el otro extremo de la mesa y mira, distraídamente, a la gente que entra y que sale, constantemente, sin apenas interrupción, saludando a algunos grupos, atendiendo, por un momento, las palabras amables de un muchacho rubio de melena cuidadosamente peinada y sombra pretenciosa de barba en el mentón cubierto de granos. Piensa en que Antonio no la llamó después de comer, dudando si la habrá llamado después de que salió de su casa, aunque no lo cree porque hoy se quedó un poco más, por si acaso, esperando no porque le importe demasiado, sino por curiosidad, como el viernes, cuando se despidieron, quedaron, quedó el, en que la llamaría otro día, pero sin seguridad, sin precisar cuándo, sacudiendo la melenita castaña al decidir que el domingo, al fin y al cabo, es un día aburrido y que es preferible estar sola, bueno, con las niñas, con las amigas, y que seguramente la llamará, no es que le importe mucho pero de todas maneras, la semana que viene, un día laborable, como tienen las tardes libres, los dos, es mucho mejor, expulsando una bocanada de humo y apagando la colilla en el cenicero. Detrás de las cristaleras que dan a la calle corretean en grupos, persiguiéndose, peleándose, los niños que salen del cine de las cuatro y media, metiéndose por en medio de los coches, provocando frenazos, tropezando con la gente que circula por las aceras, bajo la luz, ya un poco declinante, del atardecer. Ahora se han sentado a la mesa dos muchachos que acababan de entrar hace un momento y que se habían quedado en la barra charlando con Isa; Ana Mari, con la mirada como distraída, sonriendo mecánicamente, los contempla desde

su asiento recordando vagamente de qué los conoce, sobre todo al más bajo, el de las gafas y la corbata de las flores que le suena de algún sitio; en la mesa del otro extremo José Julio y Merche hablan muy bajito, cogidos de la mano, estrenando noviazgo, desde la excursión a Las Mercedes en la que después fueron a bailar a la casa de veraneo de los padres de Lali, hace unas semanas, un mes, solamente. Ana Mari parpadea, sintiendo que le pican los ojos por el humo, y por el ambiente cargado, adelantando la cabeza para atender lo que le dice ahora el compañero del chico de las gafas, sin poder enterarse muy bien, porque Mari Carmen los interrumpe a todos con un grito para saludar, llamando mucho la atención, a Jorge que entra en este momento; y busca una caja de cigarros por encima de la mesa, pensando si merecerá la pena quedarse aquí, en la cafetería, mucho rato, o decirle a Mari Carmen dentro de un momento que por qué no van a dar una vuelta a otro sitio, aunque los domingos todos están igual y no se puede hacer nada en ningún lado y terminas aburriéndote de todas maneras. Merche y José Julio, en la mesa del fondo, están ahora hablando muy bajito, con las manos cogidas, y José Julio le hace una caricia a Merche, con expresión de felicidad los dos; y Ana Mari sonríe mientras acepta el cigarrillo que termina por ofrecerle el compañero del de las gafas, el que llegó hace un momento, inclinándose sobre la mesa para darle fuego y preguntarle una tontería como si quisiera ligar, pensando en que no merece la pena salir de casa los domingos, pero que son mucho más tristes metida allí sola, viendo la tele, o leyendo un libro, o estudiando, encogiéndose de hombros al pensar que es mejor que Antonio no la haya llamado, porque así la llamará otro día y es mejor para salir y para estar solos y para todo; mientras el chico que vino con el de las gafas se inclina otra vez sobre la mesa contándole algo, queriendo caer simpático, y la gente, alrededor de la mesa, no deja de moverse, de saludarse, de palmearse, de entrar, de salir.

—Oye, ¿quién me da un cigarro?

—Ay, fresca, ¿por qué no compras?

- Chica, se me acaban de terminar; ¿me das, Josele?
- ¿Quieres negro?
- A mí, mi niña, ya me puede venir con excusas, que yo no le hacía caso...
- Chica, es que es monísimo...
- ¡Ay, mira, mira...! Mira quién está entrando. Niñas, niñas... Fíjense allí...
- ¡Bah, a mí!
- Ay, mujer, no me digas que no...
- A ésta sacándola de quien tú y yo sabemos...
- Niiiña... ¿Tú te crees que yo...?
- Sí, sí..., que nos vas a engañar...
- ¿Quién tiene negro?

Porque las cumbres azuladas, añiles y marrones que nos encontramos delante nada más levantar la cabeza son a la vez sombras oprimentes, a las cuales resulta imposible escapar, y guardianes celosos que están al cuidado de todo lo que hacemos en el terreno de su jurisdicción. Y tal vez, a la hora de la verdad, sean las únicas que posean verdadero derecho a exigir explicaciones, a pasar cuentas, a reclamar responsabilidades, a interrogar, a indagar, a obligarnos a dar marcha atrás, ¡ojalá se pudiera!, a volver la cabeza o a recordar o a reconocer o a admitir o a responder; ellas y sólo ellas, porque nadie más puede pretender a estas alturas que se justifique algo en función de nada. Justificar el coche de segunda mano, el 5.082 del principio, y el Peugeot 403 del año cincuenta y seis y el Mercedes del año sesenta y uno, en función de la euforia zarzuelera del Himno de Riego, de la añoranza de las partidas a ajedrez, de las reuniones en el local destartado de mil novecientos treinta y dos y de mil novecientos treinta y tres y de mil novecientos treinta y cuatro y de mil novecientos treinta y cinco; justificar la estabilidad ascendente de la familia, los dos trajes al año, las joyas de Candelaria, los juguetes de Reyes de los niños, los viajes a la Península, la casa de campo..., en función de los meses oscuros masticados día a día en el patio de

Fyffes, en la colchoneta de Fyffes, en el comedor de Fyffes, en los muros de Fyffes, en la nave de Fyffes, en las letrinas de Fyffes, en el terror habitual de Fyffes saboreado segundo a segundo, minuto a minuto, bajo el sol de septiembre y las noches ventosas de octubre y los atardeceres plomizos de noviembre; justificar las lanchas rápidas, las cuentas corrientes, las mercancías compradas y vendidas, los consejos de administración, las acciones adquiridas con riesgo, los telefonazos, las letras, los giros, las comidas de negocios, las entrevistas con directores generales, los dividendos, en función de la honestidad que se acható sin estridencias, envuelta en el miedo y en la decepción y en la angustia y en la rabia y en el odio que se saboreaba en cada buche de saliva, odio biológico, odio animal, odio en el que ya no tenían nada en absoluto que ver las tertulias del café o los paseos por la plaza de la Constitución comentando noticias de La Prensa o la concepción del mundo que se tenía, que se podía tener, que se pudo haber tenido, que se tuvo; odio en el que no tenía nada, ¡en absoluto!, que ver el planteamiento de las cosas, su enfoque: todo eso se difuminó pasmosamente, pasmadamente, pasmando, atontando, anonadando. Justificar la dedicación a la familia, la desesperada dedicación, la dedicada desesperación, obligadamente apresurada, apresuradamente forzada por el terrible porvenir plomizo que aparecía por delante vislumbrándose un poco más allá de los Pirineos, que obligaba a no perder un minuto si se deseaba realmente conservar alguna esperanza de seguir adelante, si es que había un adelante todavía. Justificar eso éticamente es una trampa, es un truco, es un error de perspectiva y nada más, es una máquina del tiempo, un espejo deformante que se complace en alternar caprichosamente sus diversos planos: puede haber dudas ahora, en este despacho gris con carpetas y blocks y papeles y teléfonos y ficheros y años y las cumbres azuladas, añiles y marrones asomando por la ventana iluminada de media tarde y la angustia del inminente fracaso económico atenuando la garganta inexorablemente; ahora sí existe posibilidad de dudas, de retractaciones, de planteamientos ideo-

lógicos al respecto de cualquier cosa que se nos venga encima; pero fiarnos de este plano no vale, es dejarnos coger en la trampa, es predecir un eclipse que ya sucedió, porque ninguno de los motivos que preocupan ahora existían en aquellos momentos: hablar de ética hubiera resultado una broma demasiado cruel; se podía hablar de supervivencia, de odio, de angustia, de odio, de necesidad, de odio, de amor y de deseo y de cariño y de ternura y de familia. Y de odio. Pero la ética, la honestidad, el honor, las palabras con mayúscula, eran patrimonio exclusivo de los que no tuvieron miedo durante muchos meses en una ciudad desconocida de improviso, de los que no tuvieron todo el miedo del mundo durante tres meses en Fyffes, de los que no tuvieron más, mucho más miedo, a lo largo de una guerra silenciosa en la que no asustaban, precisamente, los cañones ni las trincheras ni los bombardeos, de los que no siguieron teniendo el mismo miedo después, y no lo aumentaron con el miedo animal a no poder sobrevivir y a no poder defender la supervivencia de otros, patrimonio exclusivo de los que podían discutir pausadamente en los veladores de los cafés y podían hablar de la postguerra y de la recuperación y de la conveniencia del racionamiento y de las potencias del Eje y de la División Azul, porque no tenían que dudar durante noches de vueltas sudorosas en la cama, con el estómago quejándose un poco, entre las novecientas pesetas del hambre familiar o la aventura a través de la cual no se vislumbraba todavía el hipotético 5.082 o el lejanísimo 403 o el Mercedes o el piso o los viajes o los juguetes o las permanentes o los trajes o el smoking, sino los avals y la familia y la inseguridad y los riesgos y el miedo que tardó mucho, mucho, muchísimo, en desaparecer.

—Me estaba mirando, sí; pero hacía ver que no: quería guardar todas las apariencias. Quería obligarme a que me convirtiera en un conquistador. Y eso no me sirve.

—Tu timidez te hace incapaz —dice Carlos.

—¡No seas idiota! Los grandes conquistadores han sido grandes tímidos. Acuérdate de que Don Juan para ligarse a una cretina inexperta necesita escribir cartas en verso como un estudiante de bachillerato y prepararse el terreno por una vieja... ¿Qué tiene ahora que ver la timidez? —Eduardo separa la vista de la puerta por la que acaban de salir las dos niñas de las minifaldas y la coloca sobre el vaso recién servido en el que aún burbujea blanquecina la espuma de la soda—. Es mi manera de ser. Mi constitución anímica. La necesidad imperiosa de ser amado. Ahora en serio, ¿eh? Yo acabo siempre por sucumbir a la mujer que me busca aunque no me atraiga demasiado, y me cuesta terriblemente hacerme querer por una mujer que no se ha acercado a mí. No sé si me explico pero es una cosa así...

—Eso es vanidad —afirma Carlos conciso.

—No, no, en absoluto... —protesta Eduardo dejando de rodear el vaso con las manos para abrirlas en un gesto—, no es eso, no; es mimosería.

—Vanidad, Eduardo —repite Carlos.

—Mimosería.

—Comodidad —Jo-o-orge Domínguez manotea despeinado, torpe, grotesco, malafeitadamente, desde su traje negro con rayitas blancas cubierto de caspa y arrugado.

—Bueno, sí, comodidad —consiente Eduardo—, comodidad también. Comodidad en el sentido ése de preferir lo que nos viene dado; pero lo que yo digo es algo más, es algo de tipo ontológico, ¿comprendes? —el camarero, frente por frente, arruga un trapo y lo comprime dentro del vaso mecánicamente—. Es mimosería, es necesitar que te busquen y te deseen; ¿no sabes que el hombre es el animal más mimoso después del gato? Es cuestión de hiperestesia: ser hiperestésico o no ser hiperestésico, he ahí la cuestión: a mayor hiperestesia, mayor mimosería; a mayor mimosería, mayor insatisfacción; a mayor insatisfacción, mayor infelicidad. ¡Oh, cielos, qué triste! —concluye la voz de falsete de Eduardo-Lewis doblado para estrenos españoles.

—Es vanidad, Eduardo, es vanidad —insiste Carlos levantando el vaso de whisky mientras Jo-o-orge Domínguez sonríe todavía y el camarero sigue secando.

—La vanidad es lo de menos, coño, Carlos, por Dios, la vanidad es lo de menos —repite Eduardo agarrotando los dedos en torno al vaso, sin tocarlo—. Lo que yo digo es algo doloroso, y la vanidad no produce dolor: lo que yo digo es un sentimiento... un sentimiento de... de..., ¡coño, ya te lo he dicho!, un sentimiento de... de necesidad. Preferir el cariño que nos busca al cariño que buscamos, pero siempre a un nivel intelectual, ¿eh?: sexo y cerebro; espíritu, cerebro y sexo, mejor dicho: todo amalgamado, dolorosamente —el señor del rincón cercano a la ventana justifica bebiendo un trago la mirada sorprendida, impertinente, respetuosa, que dirige a Eduardo, a su perorata, a su gesto, a su actuación: da la impresión de que va a aplaudirlo en una pausa—. Es cuestión de conceptos, creo yo: El mimoso es un hombre triste, solitario, resentido, tarado, inestable, insociable. Y a nivel sentimental es peor: ¿No saben que la mujer es un ser que carece de sensualidad?

—Bu-u-ueno —se encoge de hombros irónicamente, malafetadamente, to-o-oscamente.

—¡¡Carece de sensualidad a nivel epidérmico!! —el grito hiriente, desafinado, conmueve al camarero, al señor del rincón de la ventana, espectador mudo de la disertación, a la pareja de la mesita—. Hablo de una sensualidad de detalles constantes, de la sensualidad que necesita el hombre, de una sensualidad a nivel de hurí inteligente, a nivel de gheisa guapa, a nivel de mimosería... Mira, a todos nos ha buscado alguna vez una mujer, y casi nunca le hemos dicho que no, ¿verdad?

—Ho-o-ombre...

—Sin embargo, cuando esa búsqueda se detiene en lo erótico no es suficiente: para mí no es suficiente. Prefiero a la mujer que me busca a mí todo entero, o aproximado..., a la que sabe que yo soy yo y aprecia tanto mi inteligencia como mi sexo.

—Esa mujer no existe —dice Carlos.

—O que aprecia mi espíritu a través de mi polla. Eso sí existe. Y es muy femenino. Muy de mujer enamorada. Y el mimoso (y aquí es donde voy yo) es incapaz de hacer violencia para obtener el amor...

—A pesar de que lo ma-a-anda la Bi-i-iblia...

—Pero tampoco es capaz de resistirse a una mujer enamorada de verdad: sólo a través de eso se sobrevive, diga lo que diga Unamuno: a través del sexo y de la inteligencia. Ahí está lo doloroso, lo trágico. Preferir ser conquistado por lo mediocre que conquistar lo extraordinario. ¡Oh, mi Dios, que yo soy triste! En francés en el original. Traducción de Losada.

—Nunca se sabe dónde vas a parar —dice Carlos—. Eres un hombre complejo, coño.

—No, my love, soy un complejo de hombre. Hábil juego de palabras, afortunadamente intraducible.

—¿Por qué no escribes todo eso? —Carlos habla jugando con el vaso sobre el mostrador: el agua que rodea la piedra de hielo del fondo se va volviendo cada vez más blanca, menos amarilla, menos ambarina—. Todo eso es interesante, ¿no crees? Puede ser literatura.

—¡Es literatura! —el señor del rincón pide otra copa con un gesto. Da la impresión de que no quiere hacer ruido, de que se dispone a atender religiosamente la perorata—. ¡Es literatura ya! Por eso no necesita escribirse. Además, yo no escribo.

—Antes escribías —dice Carlos.

—Y mucho antes mamaba: renovarse o morir. Sólo en la renovación está la libertad. Por eso prefiero dejar la literatura en libertad.

—Eso es imposible —el Carlos, el escritor, el intelectual, el artista, el esteta, surge de improviso del taburete forrado de rojo. El arte necesita creación, autor, voluntad.

—¡Mentira! —el camarero del trapo, la pareja de la mesa, el señor de la copa nueva no, atienden asombrados al grito desagradable de Eduardo. Podría decirse que el señor de la copa nueva lo esperaba—. Esta conversación es una novela.

—Lo que pasa es que habría que escribirla —admite Carlos llamando al camarero con un gesto.

—Lo que pasa es que no se puede escribir. Porque esta conversación sólo interesa aquí, ahora, en estas circunstancias: ahora es una novela, y para serlo en el papel —Carlos le entrega un billete al camarero y señala con el dedo los tres vasos— tendría que estar todo: el bar, el camarero, el domingo por la tarde, la pareja de aquella mesa, la tartamudez de Jo-o-orge, el señor aquél..., todo. Voici le roman! Sólo metiéndonos aquí, en nuestras pieles actuales, sirve esta charla. Lo demás es literatura. Pero con minúscula.

Alberto sabía que esto iba a suceder, lo sabía desde que el coche de Manolito Trujillo empezó a rodar por la carretera de Las Cañadas para abajo, y desde que el Notable Poeta se fue animando con la conversación y con el paisaje y con la amistad y con los dos coñacs que se había tomado después de almorzar, y desde que se dieron cuenta de que era prontísimo, media tarde todavía, sí, y era domingo y no había nada que hacer, qué bonito, qué bonito, cómo recuerda esto, y casi no le sorprendió en absoluto que en El Portillo el coche girase hacia la izquierda, ahora verás un paisaje completamente distinto, ¿sabes?, el norte de la isla, explicaba Manolito encajando baches, ¿ah, sí?, qué magnífico, chico, qué magnífico, y verás el Puerto de la Cruz que es una parte completamente diferente, ¿sabes?, y el coche seguía traqueteando por la carretera criminal que se anudaba en curvas y curvas y curvas y baches y baches y baches y rayas verticales de peligros indefinidos y qué bonito, qué bonito, esto tiene una calma, una gracia, ¿verdad?, y todos esos pinos que bajan por enfrente, ¡qué bonito, qué bonito! Alberto sabía que esto iba a suceder y ahora estaban sentados

los tres en una elegante terraza al aire libre, rodeados de nórdicos de piel lechosa enrojecida por el sol del invierno, dejándose envolver por las primeras sombras de la tarde, por las sombras que por un momento, ¿cuánto tiempo hacía que no sentía eso?, hacen añorar a Alberto el caballete y la habitación destartada en la que se encierra a veces, pocas, y este domingo está completamente seguro de que no se va a encerrar a ninguna hora.

—Esto es el turismo de invierno, ¿sabes? —explica Manolito Trujillo—, el de más categoría, el de más dinero...

—Es muy bonito esto, ¿verdad? —sonríe plácidamente el Notable Poeta mirando de reojo el paso de una walkiria impresionante que acompaña (¿secretaria, amante, amantería?) a un ancianito rechoncho de pelo blanco y piel enrojecida—. Y parece mentira la variedad tan tremenda de paisajes, cómo hemos pasado en un momento del Teide a la orilla del mar...

Alberto sabe lo que Manolito Trujillo va a contestar antes de que lo diga, que la isla son muchas islas en una misma, que eso que aún no ha conocido el Sur, el Sur es un páramo, sí, un desierto de una belleza impresionante, ahora es difícil ir, pero cuando terminen la autopista, allí están todas las playas, es impresionante, impresionante; y Alberto se da cuenta de que cada vez se pone más de malhumor y sabe que cuando se pone de malhumor se le nota muchísimo, y se rebulle en la silla para cambiar de pensamientos y de posición y de cansancio, y saca un paquete de cigarrillos, enciende uno, bebe un buche de, ¿de...?, ya ni recordaba que estaba bebiendo cuba libre, y se impone seriamente la obligación de hablar, pero, ¿de qué, Dios mío?, de qué se puede hablar con un tipo como éste que lo encuentra todo bonito y precioso y magnífico y ahora escucha encantado, con la sonrisa en los labios, la explicación de Manolito Trujillo acerca del porvenir turístico de las islas, Lanzarote, sí, es divino, algo fuera de serie, tendrías que ir, Pepe, nunca te

perdonarás no haberla visto, un paisaje lunar, un verdadero paisaje lunar, y el Notable Poeta asiente, probablemente pensando en otra cosa, en la conferencia de mañana, en el magnetofón que quiere comprar, en el valle de Ucanca que acaba de abandonar.

—¿Qué preparas ahora, Pepe? —pregunta Alberto, y en seguida le da vergüenza porque se da cuenta de que esa pregunta que se había obligado a hacer desde hace un rato es tan ridícula como los comentarios de Manolito Trujillo—. ¿Vas a editar algún libro?

—Depende —contesta el Notable Poeta sonriendo y volviendo la cabeza hacia Alberto, que se da cuenta de que ha hecho bien en preguntarle eso, porque lo estaba deseando desde hace un rato—. Tengo dos libros esperando hace tiempo, ¿sabes?, y es algo nuevo, distinto a todo lo mío, mañana oiréis algunos poemas suyos..., a mí me parece interesante, ¿sabes?, muy interesante..., pero está en Censura todavía y no sé si...

—De la Censura vamos a no hablar —interrumpe Manolito Trujillo levantando la mano derecha—. Cuando edité mi último libro en Barcelona...

—¿Tú has editado hace poco en Barcelona? —pregunta el Notable Poeta con una entonación en la que se ve claramente que lo que le sorprende no es que Manolito Trujillo haya editado hace poco, sino que haya editado en Barcelona.

—Hace un par de años. Era un libro bastante especial: *Respuesta a los silencios*, por el título ya te harás idea —el Notable Poeta hace un gesto de complicidad como dando a entender que efectivamente se hace idea—. No quieras saber el jaleo tan impresionante que se armó por un poema: tuve el libro parado seis meses y, finalmente, tuvo que editarse sin ese poema, un poema precioso que ya te leeré.

—La Censura en poesía es difícil y muy peligrosa —sentencia el Notable Poeta con la mirada perdida en el horizonte nuboso—. Porque la poesía necesita una autonomía de expresión que no se le puede negar de ninguna manera:

es más o menos lo que dije ayer en la conferencia cuando hablaba de Góngora. La poesía no puede prescindir jamás de una sola palabra, de una sola letra, cambia la idea si cambiamos la manera de decirla, la poesía se debe toda entera a la palabra y debe respetarla para producirse. La novela, el teatro, es otra cosa..., se puede sustituir, cambiar, arreglar, no importa, ¿verdad?; pero la poesía no puede prescindir de ninguna de sus letras, está realmente toda entera en cada una de ellas, ¿no es cierto?

Manolito Trujillo ha asentido rotundamente —ojos entornados, labio inferior adelantado, cuello ladeado— casi desde el comienzo de las palabras del Notable Poeta, como dando a entender que él está completamente de acuerdo con eso que dice, que él lo sabía ya desde hace tiempo porque para eso es poeta también y ha editado libros en Barcelona y ha tenido uno en Censura durante seis meses. Sobre el silencio respetuoso que se ha producido flota una somnolencia de sobremesa que contrasta con la alegría vespertina del Paseo de Colón, rebosante de trajes de colores, de pantalones de ambos sexos, de camisas deportivas, de jerseys anudados al cuello, de carcajadas en cinco o seis idiomas, de prólogo para el anochecer cosmopolita que parece, a Alberto por lo menos le da esa impresión desde sus ojos hinchados por el sueño y el cansancio, que posee categoría de rito y que es preciso preparar cuidadosamente porque se trata de la justificación de un modo de vida, de la justificación de la ciudad, y, en definitiva, de la justificación de todos nosotros que más o menos —el que calla, otorga— la aceptamos de una manera o de otra. Y que dure, ¿no?

(Bajó con ellos en el coche porque al dirigirse a la salida se detuvo un instante apretándole el brazo a Jorge para advertirle que iba a acompañarla y que lo esperasen, pero no seas idiota, giraban los ojillos de César, si está hecho, vete con ella que nosotros nos vamos; y le puso primero el abrigo

que era muy ligero, Tenerife primavera perpetua vacaciones paradisíacas, no digas tonterías, entornando los párpados, los espero en el coche, oye por nosotros. Y fueron paseando por la avenida que pasa junto al mar, tomándola por el brazo leve, desde el primer momento, suave, con educación, delicadamente, y ella se dejaba guiar obediente hasta el portal del apartamento, nos despedimos allí y nada más; has hecho el idiota, has hecho el idiota, se agitaba en el asiento del coche, ¿verdad Jorge que ha hecho el idiota?; hombre, no sé, depende... Claro que no he hecho el idiota, habían ido despacio e incluso un par de veces se detuvieron en el barandal que da sobre las rocas, donde rompen las olas, si es verdad lo que has dicho tenías que haberte quedado con ella toda la noche, y aunque al cruzar la calzada le había rodeado el hombro con un brazo, siempre con delicadeza, retirándolo antes de que pudiese malinterpretarse, caminando casi siempre en silencio, con el cuerpo cercano al suyo, con los ojos varias veces en los suyos, il-y-a de frua o nuits ici, tras una pausa de pasos lentos y de miradas, y si no te invitó a subir al apartamento fue porque tú no quisiste que te invitara; no digas cosas, hombre, a ver si te crees que; sí, a las noches hay frío este... casi siempre; lo que le dije es que a lo mejor mañana pasaba por la piscina si tenía tiempo, pero no creo porque... Al llegar al portal se había detenido en el quicio, y el perfume lo llenaba, yo vivó ahora todá sola aquí, parece ser que está casada pero el marido está en Bélgica. Pues con ir mañana a la piscina lo tienes hecho, ¿verdad Jorge? Habían dejado de bailar, habían salido del *night club*, habían paseado por el borde del mar, donde rompen las olas en las rocas, y habían llegado a la puerta de los apartamentos; la pareja madura se había despedido desde lejos mientras bailaban, y entonces la estrechó un poco más

como para bailar con más intimidad; si se te daba estupendamente, hombre, nosotros en cambio; estas cosas, había dicho Jorge encogiéndose de hombros, unas veces salen bien y otras... Bailaron durante casi una hora y cuando ella pidió que se sentaran la pareja madura ya se había marchado y lo hicieron en su mesa, permaneciendo en el silencio que había creado el baile, y había creado el sexo, y había creado la comunicación, y aunque preguntó ¿quel e ton prenom?, todo el rato estuvieron en un silencio envuelto por buches de su vaso aún lleno, casi del todo, afortunadamente, porque el follón si ligas, había dicho al principio César, como con experiencia, es que si la invitas a una copa te cuesta un huevo, Andréé, contestó chupando el cigarrillo, confundiendo el aroma del tabaco con su perfume, confundiendo el brillo rojo de sus labios con la luz ambiente que hacía llorar los ojos. Es que ir mañana para allí otra vez, pensando que si fuera verdad lo que decía Jorge que había hecho el idiota por no dejarse caer para que lo invitara a subir al apartamento, queda lejisimos, vete al carajo, coño, lejisimos... Dios le da narices a quien no tiene pañuelos; aunque hubiese resultado violentísimo proponérselo sin que ella lo invitara, buenó..., con la mano extendida, adiós, ni tampoco se atrevió a hacer otra cosa que darle la mano, bon nuit, sobre todo haciendo apenas cinco minutos que le había hablado de su marido, o revuar; y al estrechársela y retenerla unos instantes, si la tenía ligada, hombre, si la tenía ligada, sin que ella hiciese ademán de sentirse incómoda sino al contrario, yatán que nu nu verrón otre fua, notó el roce de la alianza de matrimonio contra su dedo, petetr demén, y permanecían mirándose a los ojos sin que ella dejase de sonreír, envueltos, sin soltarle la mano, en su perfume, en su sonrisa, en sus labios, ¿ti será a la piscén demén a matén?, en el

paseo bajo el viento de la costa, en las olas que rompían contra las rocas, pero sí, *presque...* casi seguró, sí, en el baile, en el silencio, en la intimidad, sí es que serías idiota si no fueras mañana, hombre, en la excitación, en la euforia, en la voluptuosidad, no sé, coño, no sé, venir mañana..., en la noche, en los cuerpos que se buscan y se encuentran momentáneamente sobre la pista de baile de un *night club*, tienes que venir, hombre, tienes que venir, soltándole la mano lentamente.)

—Me aburro —dice Carlos.

—¿Y el burro meó?

—¿Eh? —Carlos vuelve la cabeza torpemente, mirando a Eduardo a través de los centímetros cúbicos de alcohol alojados en su sangre. Parpadea y sigue hablando—. Los domingos por la tarde son monstruosos: me aterran, me dan miedo. ¿Tú no te has fijado que el aire y la luz del atardecer son más tristes los domingos que los días laborales?

—Peut être, mon petit: ils sont des mystères de la Nature.

—No, coño, en serio, los domingos son días tristes: días destinados a que los niños vayan al cine y coman pipas y se pongan corbata y... y a que los soldados se magreen con las criadas —Carlos habla con vehemencia abriendo mucho los ojos brillantes por el alcohol—. ¿Hay algo más triste que un soldado magreándose con una criada?

—Sí: dos soldados magreándose con una sola criada.

—Estás imposible, coño, Eduardo, joder.

—Me ocurre mucho después del décimo whisky y llevo..., ¿cuántos llevamos?

—Unos..., unos... dos... tres... Cinco o así, ¿no? —Carlos se mete la mano en el bolsillo y hace sonar calderilla de duros y pesetas—. ¿Tú tienes dinero?

—Más bien poco, ¿para qué te voy a engañar? Si pagaras tú estas copas sería maravilloso.

—Y si yo pago estas copas —Carlos vuelve a hacer sonar la calderilla (¡felices tiempos aquéllos en que la calderilla eran monedas de diez céntimos!)—, ¿quién pagará las siguientes?

—Dios proveerá —sentencia la voz de Eduardo sin volver la cabeza, atento sólo a partir palillos en pedazos pequeños. El bar, alfombrado, con balcones a la calle, con cortinajes rojos, con cuadros en las paredes, está desierto, lujosamente desierto, señorialmente desierto, dominicalmente desierto.

—¿Y si Dios no provee? —pregunta Carlos despacio después de la pausa larga.

—¡Hombre de poca fe! —exclama Eduardo—. ¿No ves a los pajarillos del bosque que no dan golpe y van mejor vestidos que Salomón? ¿No los ves? Tengamos fe en la Divina Providencia, lo dice la Biblia —por un momento da la impresión de que Eduardo va a remontarse desde su propio decaimiento, desde sus ojos entornados, desde su dedo índice acariciando el borde del vaso—. Y en el caso de que Dios no provea, también allí estará Su Mano: seremos una especie de San Pablo derribados del caballo de la borrachera por la luz cegadora del bolsillo vacío: quizás oigamos una voz que diga: "Charlie, Charlie, why...?", ¿cómo se dice "me persigues" en inglés?

—No sé.

—Pues como sea. Y desde el suelo comprenderemos que es la voz de Juan el Largo que nos recrimina por nuestros excesos, y nos haremos alcohólicos anónimos y tomaremos café y fumaremos tabaco negro...

—¿Cuánto tiempo hacía que no salíamos juntos un domingo por la tarde? —pregunta Carlos ignorando los párrafos anteriores—. Mucho, ¿no?

—Bastante, sí —Eduardo apura su vaso.

—Llevo unos meses en los que los domingos no salgo a la calle: escribo, corrijo papeles, paso notas, leo...: esto es nuevo, hoy. Pero el aburrimiento es el mismo.

—Yo los domingos por la tarde los soporto como un hombre. Todo consiste en encontrar una excusa para beber el primer whisky: lo demás viene solo.

—Es que terminas por beber y beber y beber —Carlos manotea encorvado sobre el mostrador de madera lustrosa—. Es una forma de superar el hastío, de evadirte de realidades, de...

—Es una forma de beber: si no te gustara el whisky ni Jean Paul Sartre te haría probar una gota.

—Pero las circunstancias, coño, la tristeza..., es una justificación.

—Justificarse es masturbarse. Lo dijo Claude Vernier.

—Es muy discutible. Ingenioso pero discutible —dice Carlos poniéndose serio.

—Muy honrado, porque la frase se me acaba de ocurrir ahora. Siempre que digo una tontería en público se la atribuyo a Claude Vernier, una especie de Jusep Torres Campalans para mi uso particular. Claude Vernier sirve para los tipos como tú que idolatran la literatura: tú eres de esos que jamás aceptarían una frase, pero se descubren siempre ante una cita. Se merecen que les tomen el pelo con la literatura, que sea la misma literatura la que los traicione: ¡Muera la literatura! ¡Mierda para la literatura!

—Vete al carajo, anda, estás borracho —gruñe Carlos clavando los ojos en el vaso.

—Las verdades siempre las dicen los borrachos: acuérdate de Allan Poe, de Verlaine, de Jarry, de Noé. Por eso molestan los borrachos.

—Porque se emborrachan, claro —dice Carlos sonriendo.

—No, mon petit. Pas du tout: expresión francesa que, como decía una amiga mía que había estudiado idiomas en la Academia Berlitz, debía traducirse por "no del todo" —Eduardo levanta los ojos y mira fijamente a Carlos—. ¿Los traductores de Losada habrán estudiado idiomas en la Academia Berlitz?

—Eres un pedante —masculla Carlos encendiendo un cigarrillo con mano torpe—. Y cada día más. Antes por lo menos escribías. Y bastante bien, ya lo sé —corta con un gesto—: luego dejaste de escribir, ahora te dedicas a tomarle el pelo a la literatura, a reducirla por la vía del absurdo. Te advierto que eso es muy cómodo, que está al alcance de todos dedicarse a pinchaglobos...

—Nononono... —Eduardo sacude la cabeza confuso—. Es falso, falss-so —las eses se le empiezan a deslizar empujadas por el alcohol—. Burlarse de las cosas no es fácil...

—Es facilísimo.

—¡No es fácil, coño! Hay que tener un profundo conocimiento de algo para burlarse de eso. Prueba a burlarte de la música concreta, prueba a hacer frases ingeniosas acerca de la histología: Yo me burlo de lo que entiendo porque lo entiendo.

—Pero es más honesto trabajar como hacen otros, como hacemos otros... Dar la cara, firmar los papeles y publicarlos —Carlos escacha el cigarrillo sobre el cenicero con rabia—. Tú te encoges de hombros, te apartas de todo y lo abandonas todo... Llegará un momento en que dejarás de leer y te dedicarás a ver la televisión.

—¡Ah, no! —Eduardo da un puñetazo sobre el mostrador y hace tintinear los vasos—. ¡Ah, no! —repite con voz insegura—. Es que... es que resulta que el único pedante eres tú, maricón de mierda. ¿No te jode? ¿Qué coño me aparto de todo? ¿Qué huevos lo abandono todo? Estudio lo que me interesa, trabajo a partir de ello, leo mucho, leo muchísimo, procuro asimilar a fondo todo lo que leo... ¿Es que tengo obligación de traducir esos estudios en seis folios a dos espacios? Yo prefiero, a lo sumo, hacer una raya con lápiz en el margen del libro —Eduardo tiene los ojos brillantes, la camisa desabrochada, las venas del cuello hinchadas—. ¡La maldita pedantería! ¿Es que ustedes creen realmente que es más importante llenar treinta folios con "ausencias infinitas de distancias" o "soledades vacías de

tristeza" y publicarlo después? ¿No te jode? —repite agotado.

—La creación literaria tiene un valor: es la única que te justifica.

—De acuerdo —asiente Eduardo—. Pero a mí, no. Entre crear y explicar lo que otros han creado, prefiero crear, por supuesto: no por otra cosa, sino porque es una labor independiente. Pero de eso a sentirme obligado a crear... Prefiero trabajar desde fuera, observándolo todo, mirándolo todo, enterándome de todo...

—Señor... —se acerca el camarero ante un gesto tímido de Carlos. Y ante otro gesto parecido—: Son cincuenta pesetas.

José Luis se rebulle en la cama, húmeda de sudor, sin decidirse a encender la lámpara de la mesita de noche, calculando mentalmente qué hora, más o menos, debe ser, mientras observa la rendija entreabierta de la ventana que da sobre el patio, oscura ya, con una oscuridad propia, por lo menos, de las; estirándose voluptuosamente, tensando los brazos fuera del embozo, comenzando a distinguir las formas, el armario, el tocador de Aurora, la ropa de dentro de casa arrugada sobre la silla, iluminado todo por las últimas claridades tamizadas del atardecer. Mientras enciende la luz echa mano, casi a tientas, a la cajetilla de cigarros, frotándose los ojos con la otra, recuerda, con la sensación de cerebro embotado de la siesta inhabitual, la noche de ayer, la mañana, mediodía más bien, de hoy, la tumultuosa noche de juerga con Alberto y la pelirroja de las cuatro mil quinientas todo incluido, bostezando, dudando entre encender el primer cigarrillo de la tarde, del atardecer, o permanecer un rato, un ratito, unos minutos más, en cama, arropado, en la penumbra, en la semioscuridad que entra por la ventana entornada, por si el sueño se decide a volver, porque de todas maneras la tarde del domingo está perdida ya, arrugando los párpados para concretar la hora en la esfera del reloj despertador, las... siete menos... ¡y! siete y... diez, ¡coño,

no!, desmerezándose reciamente, sacando un cigarrillo, las siete y diez, piensa, es muy tarde, encendiéndolo, sentándose en la cama y bajando el embozo sobre el torso desnudo, bostezando mientras coloca los pies descalzos sobre la alfombra gris, calcula, como en un intento de justificar este largo sueño, que en total, desde el viernes hasta hoy no debe haber dormido más de, porque, entre unas cosas y otras, Manolo y Rafa no se marcharon ayer hasta, venga, venga, la arrancadilla, la arrancadilla, insistía Rafa haciendo oscilar el vaso, y Manolo, con el mechón de pelo grisáceo agitándose bajo el vienteillo fresco de la madrugada volvía a recostarse sobre el alféizar de la ventana abierta, a ver si me dejas viuda, dear, gemía tiernamente Cristina desde el sofá, y todos, hasta Aurora, sentada al lado de ella, coreaban las carcajadas; ¿y los vecinos, oye?, preguntó de pronto Marta, ¿no les molesta la ventana abierta?, mientras Aurora se levantaba del sofá, sonriendo cordial para ayudarle a él a servir, que se los folle un burro a los vecinos, gruñó Manolo bostezando, ay, hijo, qué educadito; bueno, pues que se los fornicque, y José Luis pasea por la habitación encendiendo la luz general, rebuscando entre el bulto de las ropas arrugadas encima de la silla, con el pantalón del pijama ya en la mano, y el vientre, desnudo, bamboleándose en pliegues sucesivos sobre el calzoncillo caído, recordando, ayer noche, cuando todos se marcharon, el silencio de los vasos vacíos, amontonados en el fregadero, y en el poyo de la cocina, cuando Manolo, Rafa, Cristina, Marta, ¿entonces ustedes no vienen mañana a comer?, terminaron, por fin, de despedirse en el vestíbulo, y la puerta, no, no, yo mañana a dormir como está mandado, se cerró, cuando la luz de la escalera se apagó definitivamente y la ventana en la que había estado apoyado Manolo se cerró también, ¿por qué no la dejas abierta para que se airee esto?, mientras Aurora la afianzaba ruidosamente como respuesta a su proposición de dejarla abierta, cerrándose la ventana sobre los ruidos de las portezuelas de los coches de Rafa y de Manolo y sobre las risas de los cuatro, cortadas por el chissst airado de López, como todas las noches que se reunían hasta

tarde, terminando de ponerse de acuerdo, ya en la acera, para la excursión del día siguiente; venga, hombre, anímense y vamos todos juntos. Y José Luis piensa ahora, abotonándose la camisa, sacudiendo los pantalones de hilo antes de ponérselos, que tal vez hubiera sido mejor ir a comer con ellos por ahí, para tratar de evitar este extraño domingo de tensiones. Ahora se detiene en medio de la habitación, intentando captar algún ruido, imaginando qué habrá hecho Aurora en toda la tarde, después de que él, a eso de las tres o tres y media, sin decir palabra, arrastrando los pies, se encerró en la habitación para dormir, ¿voy contigo, papi?, deja a tu padre, Inesita, hundiéndose en una modorra extraña en la que se superponían Alberto, Rafa, Manolo, los ojos agresivos de Aurora, sentada frente a él desde el almuerzo del sábado, Josele, terminate el arroz y no hagas más porquerías, y en el del domingo, Josele, deja en paz a tu hermana, pero mamá, si es que ella, o en los mismos ojos de Aurora en otros almuerzos, en otros momentos, en otros tiempos, con Josele e Inesita también o con Josele solo todavía, o las noches, cuando aún eran precisas las explicaciones y no se reducían, como ahora, al acuerdo tácito de darlo todo por sabido, sin que ninguno de los dos esté totalmente seguro de qué es lo que sabe, o lo que cree saber, o lo que se imagina el otro, desdoblado el pijama sin levantar la mirada, cuando todos los vasos estuvieron en la cocina, cuando se cerró la puerta del vestíbulo y se apagó la luz de la escalera y dejaron de oírse las voces de Manolo y de Rafa en la acera, poniéndose de acuerdo para el día siguiente; desdoblado el pijama cuando todos los vasos están ya en la cocina, José Luis mismo llevó algunos, en silencio, sin levantar la mirada al cruzarse con Aurora en el pasillo, justificándose con bostezos ruidosos, como de mucho cansancio, mientras desdoblaba el pijama y se lo ponía en un acuerdo tácito logrado ya, según el cual no son precisas las explicaciones porque se supone que todo está explicado directa o indirectamente a lo largo de las veces, de todas, tantas veces, dándose la espalda en los lechos, como con costumbre, sin pretender justificar nada en absoluto. Por la ventana,

ahora abierta del todo, que da al patio, una voz femenina llama a un niño insistentemente, otra discute enfadada, ¿ah, sí?, pues no señor, no señor, de eso nada, no señor, ¿te creías que?, y un aparato de televisión transmite aplausos, carcajadas, voces alegres que anuncian que a continuación; José Luis cierra la puerta y apaga la luz, llamando a Josele, a Inesita, imaginando, en la oscuridad, en el silencio, en el orden impalpable de las cosas, que el piso debe estar vacío, que Aurora debe haber llevado a los niños a alguna parte o que se fueron ellos solos al cine de las cuatro, sintiéndose como un poco más cómodo, a pesar de que sigue pensando que de todas maneras ya pasó, ¿definitivamente?, la etapa de las tormentosas explicaciones, mucho más violentas que este silencio hosco y tenso y habitual de un par de días, explicaciones en las que todavía era preciso no defraudar, a veces en contra de uno mismo, del cansancio de uno mismo, del malhumor de uno mismo, la buena voluntad de Aurora, rara vez en la mesa, casi siempre a la noche, en la alcoba, a veces en el salón, frente a frente, excitada, violenta, llorosa, estallando por fin, desdoblado el pijama sin levantar la mirada, explicaciones absurdas que se aceptan por comodidad, comodidad que ahora, vamos a dejarlo, ¿eh?, mejor es dejarlo, ya ha llegado por sí sola, sin tener que recurrir a la ceremonia, al rito de los primeros tiempos, cuando todavía mira, hija, es que es absurdo; no, José Luis, no, lo que es un egoísmo por tu parte, lo que tienes que comprender, de lo que no quieren ustedes darse cuenta; mira, Aurora, cuando todavía resultaba violento desdoblar el pijama con la mirada ausente, sintiéndose obligado, por comodidad, todavía al comprende Aurora, ustedes también quieren que las cosas, que podía precipitar, precipitaba siempre, el llanto, los suspiros de impaciencia, casi siempre los sollozos, la caricia mecánica, algunas, bastantes, el abrazo, la ternura, la resurrección del deseo en una grotesca reconciliación de erótica ternura que se palpaba fantasmal a la mañana siguiente. José Luis piensa, mientras enciende las luces del cuarto de baño, que Aurora debe haber salido con los niños: a lo mejor a casa de sus padres, o en el coche, se palpa

mecánicamente los bolsillos buscando las llaves que sabe que no pueden estar ahí, en todo caso en la chaqueta; se lava los dientes, se refresca la cara, se peina descuidadamente, sin ganas de quedarse en el piso aburrido y solitario, imaginando dónde puede estar Alberto, porque sabe que levantándose de la cama a esta hora va a resultarle muy difícil dormirse hasta las tantas, mientras por la ventana del cuarto de baño, que también está abierta sobre el patio, siguen aplaudiendo a través de la televisión. José Luis piensa, aburrido, en Alberto, calculando dónde pueden estar Manolo y Cristina, o Rafa y Marta, abrochándose los puños de la camisa, dudando si quitársela y ponerse una limpia para salir a la calle, ¿a dónde?, recordando, sin apenas entusiasmo, que mañana, lunes, tiene que entrevistarse con.

—El problema es que lo piensas todo, ¿sabes? —dice Carlos parpadeando—. Lo piensas todo, ¿eh?, y llega un mom-m-ento en q-que dudas, ¿no?, y no sabes si haces una cos-ss-a que merece la pena o no...

—Dudo, luego existo —sentencia Eduardo—. Bienaventurados aquéllos a los que la duda mantiene vivos, porque de ellos es la angustia de la existencia. De *Las nuevas bienaventuranzas unamunianas*, Salamanca, 1930 —la voz le ha salido gris e inexpresiva, la voz se le ha perdido en la luz amarilla que pende del techo lleno de manchas de humedad.

—No sabes si... si merece la pena o no... —sigue diciendo Carlos evidenciando el alcohol en el silabeo—, si merece la pena escribir... aunque escribas bien, ¿comprendes? Por eso me enfadé contigo antes, porque yo no digo las cosas así por las buenas, sino que las pienso mucho y dudo mucho, ¿comprendes?, y por es-s-so me molestó lo que me dijiste —los vasos en los que reposa el whisky son feos, tristes, sucios y grises: en realidad son vasos para una cura de desintoxicación alcohólica—. Porque, fíjate, las cosas se hacen para algo, pero ¿para qué se escribe? ¿Eh? ¿Para qué la literatura? ¿Eh? Si el hombre es un animal social ¿qué

función cumple el escritor?: el médico cura a la gente, el ingeniero conti-ribu-uye (¡coño!) al progreso, ¿no? ¿Pero qué hace el escritor?

—Escribir, mientras no se demuestre lo contrario.

—Bueno, sí, bueno, sí —cabecea Carlos mecánicamente—. Pero, ¿en qué medida es útil? ¿En qué medida merece la pena dedicarse a... a ese... a... esa labor...? ¿Eh? Ése es el problema, creo yo. Si escribo, ¿cumpló mi misión?

—Eres un coñazo, joder —Eduardo se revuelve molesto en el taburete del bar de barrio en el que han entrado por casualidad—. ¿Tú te crees que un empleado de Hacienda se preocupa de su misión o de ser útil cuando se levanta todas las mañanas y copia recibos y bebe café con leche? La culpa la tienen los *engagés*, los Sartre, los Brecht, los... todos. ¿Tú te crees que Gómez Manrique sufría por no sentirse útil a la sociedad? Gómez Manrique sufría solamente cuando no encontraba rima para *preñada*: en cuanto se acordaba de *nada* terminaba la escena y se quedaba como Dios.

—No, no, no, no... —cabecea Carlos suavemente, tristemente, suatrisvetemente—. Yo hablo en serio, coño, joder. El problema existe en serio, coño, es en serio.

—¡Naturalmente que es en serio! —Eduardo gira rápido la cabeza hacia Carlos y una viejecita que pasaba en aquel momento por su lado camino del retrete musita un "ay, Dios" conmovedor—. Lo que pasa es que eres un miserable tecnócrata que no te mereces escribir versos ni pollas... —los ojos de Eduardo se clavan desafiante en los de Carlos—. El ingeniero hace puentes, el médico cura gripes... ¿qué hace el escritor? ¡Escribir, cabrón, escribir! Crear belleza, dar testimonio de la realidad, ser testigo de su circunstancia, ser cronista, relator, notario, historiador, suprahistoriador, porque la verdadera historia la hace el artista... ¿Te parece poco? Lo que pasa de verdad, jediondo, es que eres tú el que no te tomas en serio la literatura —corta con un gesto la boca abriéndose de Carlos—, que no crees de verdad en la literatura, porque la misión del artista es ésa, y ha sido

siempre ésa y será siempre ésa, y si dudas es, e-vi-den-temen-te, porque no crees en la fuerza de tu trabajo.

—Coño, Eduardo, joder, tú todo... —tartajea Carlos con el ceño fruncido—, las cosas son más complejas, ¿no?, las cosas...

—Lo que me jode, literato de mierda —sigue Eduardo sin hacerle caso—, lo que me jode, poetastro de los cojones, es que resulta que soy yo, ¡yo!, el escéptico, el dilettante, el bonvivant, el único de los dos que cree en la literatura... ¡Joder! —la voz de Eduardo cambia cuando levanta el vaso de whisky—. ¡Qué bien hablo cuando me cabreo!

—Y te cabreas siempre.

—¿Debo tomarlo como un elogio? —Eduardo bebe para llenar la pausa y el estómago—. Celebro que no seas rencoroso: que reconozcas que no tenías razón.

—¡Ts, ts, ts...! —protesta Carlos—. Yo n-no he reconocido nada, yo sigo con mis dudas, yo...

—Es lamentable, coño —dice Eduardo—. Porque iba a imponerte como penitencia que pagaras tú estas copas: en este caso me veo obligado a pagarlas yo, y de verdad que no me resulta grato. Garçon, please! —eleva la voz bilingüe—. Combien? ¿A ti te queda dinero, Carlos?

—Más bien poco, ya te digo...

—¿Como cuánto? Hay que definirse, que diría Tierno Galván.

—Pues... —Carlos saca un puñado de calderilla del bolsillo de la americana—. Sesenta o setenta...

—¿Duros? —pregunta Eduardo alargando un billete marrón al camarero bizco que le cobra.

—Siempre has sido un humorista de la escuela de Azcona. Simples pesetas devaluadas.

—Lamentable, lamentable —murmura Eduardo descendiendo del taburete, alisándose el pelo, estirándose el jersey.

—¿Y tú? ¿Con qué cuentas?

—Con el cambio de cien pesetas. La cuestión es triste, porque sólo son las ocho y cuarto. Oú puvons aller nous maintenant?

—Sais pas.

—Et moi aussi —Eduardo recoge un puñado (puñadito) de monedas y las extiende en la palma de la mano—. Sesenta tuyas...

—Sesenta y ocho —rectifica Carlos.

—Y cincuenta, sesenta más, hacen...

—Muy poquito, casi nada.

—Bueno, bueno, todo es relativo, que dijo Einstein. Desde luego, no nos da para cenar en un restaurante, pero para proporcionarnos un desahogo de dos copas más llega holgadamente, ¿no crees?

—Creo —asiente Carlos—. ¿Y después?

—Dios proveerá, hijo, Dios proveerá: no olvides que hoy es Su día: ¿Dónde dirigimos nuestros pasos?

—Podemos acercarnos a las tabernas prostibularias —propone Carlos—. Descender a los antros del vicio, rozarnos con el pueblo salido.

—No me parece mal —Eduardo sigue alisándose el pelo—. No tanto por tu enfoque sociológico como por el crematístico, que a estas alturas nos exige un respiro.

LA LAGUNA, DISTRITO UNIVERSITARIO

El humo de los cigarrillos se mete por todos los rincones de la pequeña habitación, dificultando la visibilidad, formando nubes densas, casi sólidas, introduciéndose en los vasos, haciendo llorar los ojos, aun a los que están acostumbrados, muy acostumbrados, a fumar. Rebuscando entre los papeles multicopiados de encima de la mesa Paco José, con los ojos entornados para evitar el humo del cigarrillo que mantiene en los labios, sigue explicando que la línea a seguir debe ser, ante todo, la de mantener viva la autoconciencia del universitario y que todo lo que se organice, todos los programas de actividades que se propongan para ser ejecutados, añade mirando a los compañeros que cabecan en silencio, deben ir encaminados a ese fin primero, sin el cual resultaría imposible obtener, en absoluto, una base sólida para acceder a un activismo político de cualquier orden. Antonio, sentado

en una de las dos camas del pequeño cuarto de la pensión, medita, bebiendo un sorbo de coñac, eso que acaba de decir Paco José acerca de mantener viva la autoconciencia universitaria, como dando por sentado que esa autoconciencia exista de antemano; él recuerda la total decepción que se llevó hace unos meses cuando vio el desinterés absoluto de sus compañeros de primer curso por casi todo lo que no fuera tomar apuntes y estudiar y ligar en el bar; y que por eso, cuando Núñez le habló una mañana de estas reuniones culturales se decidió a venir porque creía que era la obligación de todo universitario, porque no se puede seguir en un aula de La Laguna con la misma mentalidad del colegio de curas que se tenía el año pasado, pero que la mayoría de sus compañeros siguen teniendo. Por la pequeña ventana entreabierta entra, de vez en cuando, un chorro del aire frío del atardecer, mientras las columnas del humo acumulado en el ambiente se pierden, poco a poco, por el patio, hacia arriba. Núñez, que ha interrumpido con su voz grave y pausada a Paco José cuando éste empezó a hablar del recital de canciones programado para la semana que viene, insiste ahora en el hecho de que tiene que quedar perfectamente claro que el recital no puede reducirse a un montón de cancioncitas y ya está, sino que debe verse evidentemente que cada una de esas canciones lleva implícita una protesta contra un problema determinado; y Paco José dice que sí, que bueno, y los demás del grupo, Antonio también, cabecean afirmativamente o se encogen de hombros despectivos como dando a entender que eso por supuesto, que de eso no hay ni que hablar, que eso se daba por descontado desde el primer momento. Antonio, echándose hacia atrás y apoyando un codo sobre la almohada, contempla a todos los que se han reunido esta tarde de domingo en la habitación de Bethencourt, recordando que hacía ya varias semanas, desde que habló con Núñez por primera vez, que deseaba asistir, pero que le había sido imposible, unas veces porque las reuniones no se celebraron, por una cosa o por otra, y otras porque le surgieron compromisos, como la excursión aquella que hizo José Luis con las niñas del grupo, las del Institu-

to, que fueron a Las Mercedes y terminaron bailando y la cosa estuvo bastante bien, ligando con Ana Mari, la niña de la melenita castaña, un poco tímida pero muy monilla, muy simpática, con la que salió la otra tarde. Los estudiantes están sentados en las dos sillas de la habitación, sobre las camas; Paco José permanece de pie con las manos apoyadas en la mesa, cubierta de papeles, de libros, con algún que otro vaso y la botella de coñac mediada; sobre el armario, las maletas de Bethencourt y de Jiménez que se marchó a La Carrera porque a él estas cosas no le interesan, en los rincones, sobre el suelo de madera, ropa sucia, arrugada, papeles rotos, algún bote vacío de conservas, Núñez insiste en que, a pesar de todo, la única forma de que el recital no se quede en una cosita mona y a tomar por culo es preocuparse, sobre todo, de que haya una seriedad en la intencionalidad de cada una de las canciones y Bethencourt asiente diciendo que sí, sí, que ya, ya, sin dejar hablar a Paco José que tartamudea un poco, alargando la mano y levantando la voz, intentando explicar que todo eso le parece muy bien, que él está de acuerdo con todo eso y con mucho más, que si por él fuera, pero que lo que hay que buscar, coño, es que ustedes no me dejan hablar, lo que hay que buscar es, precisamente, la manera de que esa intencionalidad quede clara; y Antonio pregunta, aunque nadie lo oye, que cuáles son las canciones, y Luis dice que se han reunido esta tarde precisamente para eso, con la voz de Núñez dominando el rumor de las discusiones para proponer que todos los medios son válidos con tal de que esa intencionalidad quede clara, y Paco José insiste en que cuáles, por ejemplo, cuáles, vamos a ver; y Núñez que, reposadamente, no ha dejado de hablar, propone, por ejemplo, leer, entre canción y canción, fragmentos de manifiestos, o noticias de periódicos, o textos teóricos seleccionados; y Paco José responde que bueno pero, mezclándose las voces nuevamente en la discusión, mientras Bethencourt cabecea dubitativo y comenta con Luis, por lo bajo, que entonces va a resultar que como el permiso del rectorado sólo abarca las canciones si se leen esos textos va a haber follón, porque una cosa es autorizar

canciones de Bob Dylan y de Atahualpa Yupanqui y otra el *Manifiesto del Partido Comunista* o una selección de trozos de *La Sagrada Familia*. Antonio no entiende muy bien por qué Bethencourt, el mayor del grupo, terminando Historia, en cuarto o en quinto, de ojos hundidos detrás de las gruesas gafas, ha dicho eso de *La Sagrada Familia*, sin saber si ha sido una broma, si lo ha dicho en cachondeo, porque no cree que pueda haber un texto de ideología marxista que se titule así, o por lo menos no debe ser muy importante porque él no lo ha oído nombrar nunca, acordándose con una sonrisa de las pláticas habituales de los curas en el colegio, los sermones de las misas de los domingos, la prevención ante todo lo concerniente a las relaciones sexuales, a los ligues, a las niñas, a los planes, las tonterías que tiene uno que superar por sí solo, pensando en la timidez de Ana Mari la otra tarde y en que todas esas cosas son absurdas, bebiendo otro buche de coñac y atendiendo la discusión de Núñez, de Paco José y de Bethencourt sobre la mejor manera de organizar el recital de canciones de la próxima semana.

—Lo que me da miedo de venir a estos sitios —dice Carlos empujando la puerta de vaivén del tugurio— son los vasos, y la porquería, y el miedo de que te peguen algo...

—¿No sabes que el alcohol lo purifica todo? —Eduardo se ha acodado en el mostrador, al lado de una buscona gorda y con gafas—. El alcohol mata la sífilis.

—Y da ánimos suficientes para coger otra.

—Todo es evolutivo, claro: Panta rei que diría Heráclito —Eduardo mira fijamente al camarero con gafas que se ha acercado. Está bastante borracho. Eduardo, no el camarero—. ¿Usted sabe quién es Heráclito?

—¿Diga?

—Nada, nada —concilia Carlos—. Preguntaba por un amigo nuestro. Pónganos dos whiskys, por favor...

—¡Un amigo nuestro! —exclama Eduardo un poco desahoradamente—. Tú lo has dicho: Y más que amigo podría decirse que maestro. Todo pasa, todo se transforma, nada permanece. A mí Heráclito en realidad me da miedo, ¿sabes? Es una..., una es-specie —se traba la lengua— de memento caducitas, el recuerdo perenne de la impos-s-sibilidad de conservar nada en absoluto.

—¿Leería Matt Monro a Heráclito? —comenta Carlos casi en un susurro.

—Eso es la caducidad: el panta rei de Heráclito. La imposibi-impobli-imposi-bilidad, ¡coño!, de fijar, ¡ésa es la palabra!, nada en absoluto. Todo pasa, todo se transforma. ¿Sabes que Heráclito es el precursor de Darwin?

—¿Tú crees? —dice Carlos sin mucha convicción encendiendo un cigarrillo.

—Completamente: lo único, que tuvo que detener sus investigaciones en embrión porque en Grecia no había monos. Pero iba por buen camino, créeme —la buscona gorda los ha estado contemplando a los dos desde que entraron, calculando mentalmente la posibilidad del negocio—. De todas formas, le hubiese faltado su Teilhard de Chardin. ¿Qué hubiese sido de Darwin sin Teilhard de Chardin?

—No lo sé, te lo aseguro.

—Nada. Muy poquito. Lo mismo que Marx sin Lenin, lo mismo que Nietzsche sin Hitler, lo mismo que Saussure sin Bally, lo mismo que Chejov sin Stanislavsky, lo mismo que Madame Curie sin Truman, lo mismo que Bertolt Brecht sin Ricardo Salvat. ¿Te has fijado en la importancia de la exége-s-is? ¿Te has dado cuenta de que es más importante el exegeta que el autor? —la buscona los mira descaradamente; puede decirse que no les quita el ojo de encima—. A partir de mañana me hago exegeta.

—Bueno —concede Carlos indiferente mirando con ojos turbios (de alcohol, no de pecado) el culo monstruoso de una puta que arrastra a un señor bajito—. Pero te advierto que en España ya tenemos muchos.

—¿Me dai fuego? —pregunta insinuante la coima de las gafas cortando las prometedoras lucubraciones de Eduardo.

—Claro, claro, cómo no —se apresura, amable, Carlos sacando el mechero—. Nosotros somos caballeros ante todo: a una mujer hay que darle lo que sea.

—Evidente, sí. Lo que sea, menos dinero —la coima los contempla socarrona, esperando un hueco en la conversación para ofrecer su mercancía de baratillo—. Por cierto, señora, ¿cuánto nos cobraría usted por un ménage à trois? Quiero decir un asunto de tres...: éste, usted y yo.

—¿Cómo dise, niño?

—Verá usted, buena mujer —la buscona empieza a ponerse a la defensiva—. Lo que mi amigo propone es una cama redonda en la que pudiéramos refocilarnos ampliamente todos juntos. Mi amigo se ha educado en prostíbulos orientales, y entre sus innumerables perversiones sexuales

—Que no son para descritas —aclara Eduardo.

—cuenta con un terror mortal a los números pares: es por eso que necesita testigos de su cópula.

—¡Ay, qué simpáticos! —exclama la buscona sonriendo en abstracto—. Ustedes soi mu vasilonista, me parese...

—No, por Dios —protesta Eduardo—. Simplemente iniciamos una transacción comercial.

—¿Puedo pedir un coñá, verdá?

—Por supuesto que puede, señora —dice Eduardo dejándole sitio a su lado.

—Puede pedirlo y puede pagarlo —aclara Carlos—. Porque nosotros somos españoles recién devaluados.

—Bueno, coño, ¿me invitái o no?

—Nosotros la invitaríamos, ¿sabe? —Eduardo es la corrección personificada. La corrección borracha, pero corrección al fin y al cabo—. Pero preferiríamos saber antes cuánto... ¿eh? Porque a lo mejor no tenemos suficiente y es una tontería que por un coñac pierda usted un negocio.

—Mira, me dai tresienta... —dice la buscona bajando la voz, como avergonzada del exiguo precio.

—El precio es bueno —comenta Carlos mirando a Eduardo.

—No es malo, no —asiente Eduardo.

—Bueno —concluye Carlos—: era sólo por enterarnos, gracias. Ya volveremos otro día.

Porque las cumbres azuladas, añiles y marrones se difuminan envueltas en la calina brillante de las tardes veraniegas, prolongándose más allá, bastante más allá, mucho, muchísimo más allá del límite real en el que acaban; adquiriendo una apariencia engañosa, fantasmagórica, dejándose envolver en la mirada de cada cual, como invitando a las más diversas interpretaciones, a las más diversas localizaciones temporoespaciales, como si fuera posible, de verdad, trasladarse de un momento a otro, dejarnos envolver en nuestro propio recuerdo como los picachos de Anaga se envuelven en la calina de la tarde de agosto y dejarnos transportar, hinchar, amasar, variar de perspectiva, de dimensiones, pasear otra vez por la plaza de la Constitución con el pantalón ancho y la chaqueta ajustada, dirigiendo miradas desafiantes a las sillas de la derecha y de la izquierda, manoteando enfático con un ejemplar de La Tarde debajo del brazo, saludando cortés a muchos, a bastantes, a casi todos, a todos, sin excepción de ningún género, los viandantes, domingueros, atildados, elegantes, prudentes, rancios y acartonados, importantes, trascendentes desde sus bigotes de guías erguidas, desde sus americanas impecables, desde sus bastones, sus sombrillas, sus botines, sus sombreros, su dignidad; volver a entrar por el portalón gris del vetusto Instituto con el pantalón bombacho y la gorra grande y la geografía y la gramática y la historia, sentándonos en las aulas del viejo caserón, escuchando a los viejos profesores, empujando a los viejos bedeles, peleando con los viejos compañeros del viejo colegio de los viejos curas recién llegados, de confuso acento francés, que incluso ignoraban a veces el castellano, con las sotanas negras y los cuellos blancos y la geografía y el francés y el traje de marinerito

blanco y azul paseado al lado de papá y de mamá, almidonado, increíble, fantasmal como todo puede, debe ser, es fantasmal y arqueológico, encajado en su dimensión como un daguerrotipo, como una baraja polvorienta que encontrásemos desparramada y ya no tuviese demasiada importancia porque procede de otro mundo y pertenece a otro mundo y está definitivamente en otro mundo porque ése es su lugar y a él pertenece y no tiene nada en absoluto que ver con éste en el que nos encontramos ahora aunque el hombre del pantalón ancho y la chaqueta ajustada interviniese en el niño de ojos muy abiertos del traje de marinerito y en el especulador de los años difíciles, y porque de todas maneras se trata solamente de escenas aisladas que podemos utilizar a placer, a voluntad, porque al fin y al cabo están inmóviles, grabadas definitivamente en cualquier dimensión del tiempo y del espacio y se reducen a imágenes ilustrativas que carecen a estas alturas (a estas alturas en las que necesitamos asirnos a algún elemento dinámico capaz de transformar, de cambiar, de intervenir) de la menor fuerza como no sea la sensible, la lírica, la voluptuosa, voluptuosidad del recuerdo, lirismo de la evocación, sensiblería de la añoranza. Es la baraja, las estampas, el álbum de fotografías, la pinacoteca amarillenta, la colección de cartas polvorientas, los recibos de las sociedades desaparecidas que de una manera o de otra forman parte de nosotros, pero se limitan a ilustrar estéticamente; el olor a polvo y a tinta y a sudor al salir a las cinco de la tarde del colegio de los curas, la Primera Comunión en la iglesia del Pilar, el examen de Estado en el caserón gris de la antigua Universidad, los paseos por la plaza de la Constitución, el roce del almidón del traje de marinerito, el noviazgo con Candelaria durante tantos, tantos, meses, el sol del mediodía cayendo de pleno en una excursión al monte de Las Mercedes, la cara de papá la noche del diecisiete de julio cuando vino pálido de la calle, flashes, diapositivas, cuadros plásticos que se suceden, que sucedemos, que hacemos sucederse indiferentemente, porque no es el momento de evocar la ternura de lo estático, de lo inmutable, de lo irreversible, de tantas y tantas células

muertas que se han ido renovando a lo largo de tantos años, y que hoy, ya, no tienen nada en absoluto que ver con nosotros ni con nuestros ¿irremediables? problemas. ¿O sí?

—Hay mucha gente aquí.—balbucea Carlos.

—Es que es domingo —aclarar Eduardo apoyando un codo en la barra—. Lo que pasa es que tú eres un tímido y te descompones en olor de muchedumbre.

—Nonono —insiste Carlos a su lado—, es que estos ambientes burgueses me ponen niervos-so con tantas niñas bien, con tanto humo, con tanto ligón...

—Era necesario.

—¿Cómo?

—Digo —aclarar Eduardo— que en el fondo era necesario venir aquí, ¿comprendes? Es una confirmación práctica del mito de la caverna de Platón: aquí nos sentimos rodeados por sombras y adcu-quirimos consencia de su irrealidad. ¡Nada de esto puede ser real! Es una katharsis formidable y además baratísima, consumición incluida.

—¡Coño, joder! Mira quién viene.

—¿Quién? —pregunta Eduardo levemente interesado.

—Aquéllas. Dos amigas —Carlos señala con la mandíbula—. Dos amigas burguesas.

—¿Dónde, dónde? Preséntamelas en seguida, joder. Con lo buenas que suelen estar las burguesas. Será que como comen de todo...

—Pero nosotros estamos cargados —duda Carlos.

—Se trata de un fenómeno eventual. Puramente transitorio. No imprime carácter.

—Hola, Carlos... —i(nte)rrumpe la voz femen-cristalina con la entonación que duda entre seguir el camino a lo largo de la barra o quedarse un momento (muchos momentos) detenida.

—Hola... —dice más bajo la otra voz rubia.

—Caramba, ustedes por aquí —se sorprende Carlos tambaleándose peligrosamente—. Lo bueno de este bar es que

te encuentras con todo el mundo, ¿verdad? Sobre todo los domingos...

—Y fiestas de guardar —añade Eduardo que no le ha quitado el ojo de encima a la niña rubia que lo mira de reojo: es una preciosidad, una belleza, una rubieza sensacional.

—¿Ustedes no se conocen? —sonrisas, negativas, presentaciones, encantados...—. Nosotros acabábamos de llegar.

—Y estábamos a punto de pedir unos cuantos whiskys. ¿Ustedes también quieren whisky?

—No, no...

—Whisky no...

—¿Pues qué toman? —insiste Eduardo.

—Bueno... —concede la morena—. Un Martini...

—Yo un Manhattan —sonríe angelical, madonnamente, la rubia.

—¿Transfer? —pregunta Carlos inconscientemente dando Dos Pasos en el vacío. ¡Casualidad, casualidad, cuánta cultura se ha escrito en tu nombre!

—¿Cómo? —levanta la cabeza la rubia mirando a Eduardo.

—Nada, cosas de éste. Que si lo quieres transferido: pasado de la barra a una mesa, para mayor comodidad, ¿comprendes? —responde Eduardo I El Improvisador.

—Ay, sí —decide la morena—; podíamos sentarnos en una mesa: estaríamos más cómodos, como somos cuatro...

—En efecto —asiente Eduardo—: ése es el motivo por el que los quintetos se pasan la vida de pie.

—¿Qué dices? —pregunta la rubia acercándose a Eduardo con los ojos impresionantemente entornados.

—No, nada... tonterías. Cuando estoy al lado de una mujer hermosa me sobreviene la tartamudez progresiva, ¿sabes? Ése es el motivo por el que siempre me he tenido que declarar por señas y siempre me han dicho que no.

—Vamos a una mesa, ¿no? —pregunta firma la morena.

—Están todas ocupadas —balbucea Carlos prudentemente.

—No, mira —dice la rubia corriendo a pequeños saltitos—, aquéllos se marchan.

—Aysísí —dice la morena acercándose.

—Esto va a costar un huevo, coño —susurra Carlos a Eduardo rezagados.

—Bueno, tenemos cuatro.

—Lo que no tenemos es dinero.

—¿Pas d'argent?

—Pas du tout. Tu ne souviens pas? —están ya al lado de la mesa que las niñas han ocupado.

—Mais oui —asiente Eduardo—. C'est vrai.

—Et alors?

—Dios proveerá, hijo, Dios proveerá —responde Eduardo sentándose al lado de la rubia que lo mira sonriente—. Lo que no debes perder es la fe.

—Y la culpa la tienes tú —acusa Carlos.

—En absoluto: en todo caso la tendría Dos Passos. ¿No crees? —añade Eduardo volviéndose hacia la rubia.

—¿Sí? —musita ella con sus dos ojos azules reflejados en los ojos turbulentos de Eduardo.

—Sí —confirma Eduardo sonriendo con la comisura derecha de la boca y sintiendo en su pierna derecha el contacto (involuntario) del muslo izquierdo de la rubia; convenciéndose a sí mismo de que es un individuo irresistible.

—Es que los domingos no tienes dónde ir —dice la morena dirigiéndose al vacilante Carlos—. Los cines son horribles, todos llenos y con un calor...

—Sí, el cine no... —asiente Carlos no muy dueño de sus palabras.

—¿Eh? —pregunta la morena.

—No, no, que el cine no..., que no se puede ir en domingo. Yo en domingo nunca voy al cine.

—Ah, y yo tampoco... Nosotras nos estuvimos en casa toda la tarde y salimos hace un rato.

—¿Y por qué no nos avisaron? —pregunta Eduardo mirando de reojo a su rubia—. Hubiésemos ido nosotros también, ¿verdad, Carlos?

—Ah, sí, claro...

—¿Y qué han hecho ustedes esta tarde? —pregunta la rubia quitando con la mirada la ese de ustedes.

—Deambular —contesta Eduardo—. Éramos nuevos Ulises buscando Ítacas inexistentes con Penélopes metafomormos-metar ¡morfoseadas! en Clitemnestras, con Telémacos sustituidos por Orestes, con la fidelidad convertida en decepción. A media tarde descubrimos aterrados que nuestro padre se llamaba Esquilo en vez de Homero. Y nos tomamos otro whisky para consolarnos.

—No te entiendo nada —confiesa la rubia, añadiendo con la mirada que no le importa.

—Ni falta que nos hace —dice Eduardo renaciendo de las cenizas de su sexo enardecido—. El hombre y la mujer sólo se pueden entender de una manera.

—... horroroso también, horroroso —dice la voz de la morena en la pausa—. Yo al Club no voy nunca tampoco. Una vez...

—¿De qué manera? —pregunta la rubia bajando la voz.

—Por telegrama —responde Eduardo—. Pero sale carísimo.

—¡Qué tonto eres! —elogia ella haciendo girar entre sus manos (dedos finos, uñas cuidadas) el vaso de Manhattan.

—Helenista —concreta Eduardo reparando, a través de las manos de la rubia, que un nuevo whisky lo aguarda.

—¿Quién es Elenita? —pregunta tiernamente, ingenuamente, rubiamente, sorbiendo el brebaje (guinda entre guindas que diría Góngora) gesto a gesto.

—Una amiga mía —declara Eduardo sin pestañear—. Carlos está enamorado de ella, pero ella lo desprecia. Nos la encontramos esta tarde y por eso me acordaba. El pobre Carlos sufre mucho: en realidad si ha bebido ha sido por la tristeza que le ha producido el encuentro. Tú sabes que Carlos no bebe jamás.

—¿Ah, no?

—No. Sólo bebe cuando se enamora —dice Eduardo contemplando a Carlos que parpadea frente a él, ignorante de sus peculiaridades etílico-eróticas.

—¿Y tú también bebes cuando te enamoras? —insinúa.

—Bueno... —duda Eduardo—. Por lo menos no pierdo la sed.

—¡Qué bobo! —vuelve a elogiar la rubia mientras Eduardo alza el vaso entre sus dedos—. No se puede hablar en serio contigo. Siempre estás igual.

—No, no, los lunes estoy serio.

—¿Y los domingos?

—Los domingos son días de broma, mujer. Dios inventó la primera broma de la Humanidad el domingo: ponerse a descansar después de haber creado al hombre es una cosa que sólo se le puede ocurrir a un humorista fabuloso.

—Eso no está bien —frunce el ceño la rubia.

—¿Crear al hombre?: Por supuesto que no. En realidad ésa fue la primera broma de Dios. Pero ésa yo la encuentro de muy mal gusto.

—Hacer broma con esas cosas no está bien —dice la rubia del ceño fruncido, del colegio de monjas, del uniforme azul marino, de las trenzas, de la Reválida de cuarto suspendida.

—Bueno, mujer... —Eduardo intenta desfruncir el ceño amenazador—, tampoco hay que tomárselo así. Yo creo que no merece la pena enfadarse...

—No, si yo no me enfado —dice la rubia.

—Me alegro mucho —vocaliza la voz metálica de Eduardo vuelto a la vida a través de la ilusión, vuelto a la ilusión a través del sexo, vuelto al sexo a través del alcohol.

—¿Por qué? —interruega ella prometiendo una conversación llena de banalidades, de miradas, de medias palabras, de posibilidades, de tópicos, de sonrisas perfumadas con Max Factor. Quien da lo que tiene no está obligado a más.

—Fíjate, fíjate quién viene —interrumpe la morena pal-moteando la mano de su amiga, interrumpiendo el idilio de medias palabras—. ¿No estaba en Madrid?

—No, no —aclara la rubia mirando hacia la puerta—. En Londres, o en Suiza, no sé. ¿Cuándo volvió?

—Ah, no sé. ¡Eh, eeeh! —grita la morena agitando la mano.

—¿La conozco yo? —pregunta Carlos.

—Claro que la conoces —explica la rubia mientras la morena llama—. La hermana de Chito, la que fue novia de Tinín...

—¿Quién es Tinín?

—¡Ay, hijo...!

—Dichosos los ojos —exclama la morena arrastrando todas las oes—. Hija, cómo vienes, qué elegante... —risas, jadeos, exclamaciones, risas, besos, risas, saludos, risas—. ¿Cuándo llegaste? —explicaciones, risas.

—Memento argenti —dice Carlos al lado de Eduardo aprovechando que se han puesto de pie.

—Combien? —pregunta Eduardo mirando de reojo los tickets jeroglíficos pletóricos de cifras.

—Mucho. Kaputt. Nos rebasa de todas, todas. Son unas cien pesetas.

—¿Y habemos?

—Cuarenta y dos —contabiliza Carlos con la trompa disminuida notablemente. La economía como cura de des-intoxicación alcohólica, terapéutica insular—. Como ésta se apunte, la cagamos.

—Lleva novio —tranquiliza Eduardo.

—Aquí Eduardo, Carlos —presenta la rubia—. Maripili, su novio.

—Encantado —balbucea Carlos—. ¿Es Tinín?

—¿Qué? —pregunta el novio.

—¡Calla, idiota! —reprende la morena.

—Siéntense, siéntense —anima la rubia soslayando el bache.

—Yo no sabía... —se justifica Carlos por lo bajo—. Ésta me dijo...

—¡Idiota! —repite la morena.
—¿Toman algo? —ofrece Eduardo nervioso recibiendo un pisotón cruel.

—Bueno, sí, camarero...

—¿Y qué te cuentas, qué te cuentas...?

—Ya te contaré, si vieras... Tremendo...

—Precisamente ayer en el Casino...

—Sí, con hielo, ¿con hielo tú?

—¿Qué? Ah, sí...

—Il faut chercher l'argent —dice Eduardo a Carlos.

—¿Eh? —la borrachera vuelve a posesionarse de Carlos, le asoma a los ojos irremisiblemente.

—Que necesitamos urgentemente estiércol del diablo. En cantidad.

—Búscalo tú —gruñe Carlos—, generoso papiniano.

—Lo hecho, hecho está.

—Y lo bebido también —regruñe Carlos.

—Escucha, idiota, se trata de un préstamo —dice Eduardo bajando la voz, disimulando en el tono de la conversación—. La decadente capitalista de ma droite es un boccatto de Pla y Deniel perfectamente recuperable y utilizable, ¿me explico? Como dijo Ícaro antes de darse el partigazo, por mí que no quede: la burguesía —añade mirando de reojo a la distraída rubia— no le da importancia al dinero de los demás, pero se siente ofendida ante la pobreza.

—Colaboras con el capital —balbucea Carlos en un tono que quiere ser despectivo.

—Cuando está el sexo por el medio colaboro con don Juan March. Dame un cuerpo de apoyo y moveré el mío.

—Monísima, monísima, estaba monísima —chilla la rubia dejando un poco de lado a Eduardo ante los recién llegados—. No es que sea guapa, pero tiene una cosa...

—Sí, mujer, guapa sí es.

—¡Ay, no, por Dios! No digas que...

—Pues cuando está con él en el coche...

—Cuando está en el coche, sí, pero es que...

—El séptimo arte a nivel de divulgación —farfulla Carlos—. ¿Insistes a pesar de todo?

—Yes, it is —asiente Eduardo—. La única solución es tirarse al agua y nadar hasta encontrar un buque cisterna que nos suministre.

—¿Aquí? —esceptiquea Carlos.

—Aquí, sí. En esta cafetería está toda la ciudad. ¿Vas tú o voy yo?

—Vete tú.

—De acuerdo —se dispone Eduardo—. Espérame.

—Oye —balbucea Carlos el Tímido mirando a su alrededor—. Pas possible pour moi rester tout seul à cette table: C'est trop affreux.

—¿Qué? —pregunta la morena acordándose de ellos al oírlos.

—Nada —sonríe Eduardo—. Me recitaba un poema en francés: de Claude Vernier.

—Ah, sí —asiente Maripili la europea, recordando.

—Carlos —explica Eduardo mirando a su amigo— no recordaba el final que dice así: "Si de verdad no quieres / permanecer hundido en esta ola / marcha y vuelve después / que yo te espero. / Y, por favor, haz pronto / lo que tienes que hacer."

—Qué bonito —sonríe la rubia.

—Con reminiscencias bíblicas, sí —dice Eduardo.

—Bueno —asiente Carlos—. Disculpen un momento —y levantándose con paso desmañado se hunde en la masa compacta que llena el local mientras Eduardo le cuenta algo a la rubia sonriendo muy mundanamente.

LA LAGUNA, DISTRITO UNIVERSITARIO

El ambiente no ha cambiado demasiado de un día para otro. Por lo menos el ambiente de los mostradores de los bares, de los veladores de los bares, de los reservados de los bares, de los mingitorios —masculinos y femeninos— de los bares. Seguramente en algún cine (en alguno de los

pocos y viejos cines que están desparramados por la ciudad) se podrá encontrar a la misma gente que bebe y que fuma en La Carrera, probablemente en la habitación húmeda de cualquier casa de huéspedes o de algún colegio mayor estén acodados ante libros, cuartillas y cuadernos de apuntes, o rodeando una mesa llena de humo, de vasos y de barajas, varios de los que faltan en los grupos del Brasilia, puede ser que en el Puerto de la Cruz, en Santa Cruz de Tenerife, en cualquier prostíbulo barato para uso casi exclusivo de estudiantes subdesarrollados y militares sin graduación, pueda completarse el censo de los que los días laborables —hoy también— pululan, se sientan, se levantan, entran y salen del Alaska, de Artillería, del Dos y Una. De resto, ya digo, el ambiente no ha cambiado demasiado de un día para otro. Son los mismos jerseys alpinos de la Politécnica, los mismos pantalones de franela a grandes cuadros llamativos de las prácticas de Biología asomando por debajo de la bata ¿blanca?, las mismas chaquetas de pana de las aulas de Derecho, de las aulas de Filosofía, de las aulas de Ciencias, las mismas corbatas, las mismas escasas corbatas, de las clases —las obligadas corbatas de las clases— de Derecho Penal, las mismas gafas del bar de la Universidad, las mismas parejas estables de los pasillos de las Facultades, las mismas parejas eventuales de las filas discretas de los cines, de los bares con rincones estratégicos, de los anocheceres oscuros en las esquinas del Camino Largo, los mismos jerseys anudados al cuello de las mañanas y los mediodías, y embutidos en los torsos de los anocheceres en la desierta Avenida de la Trinidad, de las noches en Casa Maquila, de los amaneceres donde buenamente pille. Y las mismas conversaciones de mesa a mesa, de puerta a barra, de puerta a acera, de acerca a acera, de acera a mesa, de mesa a puerta, sobre las mismas nada de los días laborables que se prolongan inexorablemente en estos festivos recibidos con extrañeza, con resignación, con indiferencia, con encojimiento de hombros, con un cigarrillo —L & M femenino, Corona, por ejemplo, masculino— en los labios, con un vaso en la mano, con un recuerdo del sábado y una premo-

nición del lunes, conversaciones —las mismas, sí, las mismas— sobre asignaturas o sobre exámenes, sobre profesores o sobre materias, sobre Facultades o sobre seminarios, sobre cartas de otras islas, giros, libros, matrículas, familias, vacaciones, reservas en la Aucona y en Iberia, días libres que merecen, o no, la pena trasladarlos de isla, puentes oficiales, oficiosos o autónomos, cuadernos de apuntes exigidos a gritos, recordados en una pausa, en un acercamiento a la mesa, a la barra, a la puerta, saludos, ligues más o menos afortunados, saludos, discusiones violentas, saludos, pedidos del cliente al camarero, del camarero al barman, del barman a la cocina, saludos, ternura de dos manos entrelazadas en medio del bullicio, saludos, saludos, saludos. En efecto, el ambiente no ha cambiado demasiado de un día para otro.

(Desde aquí, desde la distancia de los treinta kilómetros, ya se sabe seguro que no, que no existe la menor posibilidad de dominar la situación; que se haga como se haga, se plantee como se plantee, se decida como se decida, la desazón será la misma, la inestabilidad será la misma, el desequilibrio será el mismo, y quedaremos irremisiblemente en la posición del perdedor, con la bota de metal sobre el cuello magullado. Y entonces se acepta, se admite, se toma lo poco —¿parecía poco hace dos semanas, cuando se soñaba con serrillos centroeuropeos atendidos por eunucos diplomados en la Escuela de Turismo?— que queda aún, prefiriendo esperar a que el rompimiento fatal, el rompimiento definitivo, se produzca sin la menor actividad por nuestra parte. Al contrario: incluso es preferible caminar de puntillas, atravesar el apartamento cautelosamente, abrazar —las veces que aún nos sea posible— el cuerpo femenino de gestos lánguidos y labios perfumados y brillantes con una dedicación feroz, total, absoluta, explotando

su erotismo hasta el máximo —es lo único que somos capaces de permitirnos aún—, evitar las palabras que puedan aludir al tema, evitar los gestos que puedan recordarlo, evitar los pensamientos que puedan traicionarnos —¡no, no para no atormentarnos con el anuncio de lo irremediable, sino para procurar que éste no se aproxime definitivamente, ya!—, entregar sumisos las únicas armas que nos quedaban, al menos teóricamente, y permanecer indefensos, completamente entregados, aislados en el otro platillo de la balanza, amarrados a él rabiosamente, obligadamente, indefectiblemente, con todos los músculos en tensión, dispuestos a sentir a través de la superficie metálica del platillo, a través de nuestra carne, nuestros nervios, nuestros huesos, que reposan sobre él, el momento del salto ágil —¡hale, hooop!—, despreocupado, hacia afuera, en el otro platillo, y hundirnos entonces pesadamente en lo profundo cuando ella quiera, cuando ella tenga a bien utilizar los plenos poderes que acabamos de entregarle —¿entonces todavía fue un acto voluntario por nuestra parte, todavía podemos considerarlo como una renuncia, como un...? ¡y qué más da el machismo a estas alturas!—, cuando ella decida tomar la decisión que en rigor nos correspondía a nosotros tomar, la decisión de terminar con esto de la misma manera que empezó, lúdicamente, aleatoriamente, deportivamente, despreocupadamente. Entonces nos encontraremos separados del ventanal con cortinas de gasa blanca transparente, separados de los cuadritos de motivos canarios, separados de los sillones funcionales, separados de la cama en la que entramos —¿creímos entrar?— dominantes y serenos, despóticos, separados de las cosas que descubrimos maravillados y que empezaron a darnos la verdadera dimensión de nuestro lugar, separados del reducto en el que, por intrusos, nos creímos contundentes, cuando,

ahora, un poco tarde, sí, pero ahora, descubrimos que precisamente por superfluos resultamos prescindibles. ¡Si todo es tan sencillo...! Si bastaría con aceptar definitivamente el carácter de provisionalidad que todas estas cosas poseen... Pero no, eso ya está aceptado, ya estaba aceptado desde el primer momento: son las otras cosas las que no eran previsibles, el encontrarte indefenso ante la vuelta a la normalidad, el encontrar que aquello te empieza a resultar necesario, que te domina de una manera o de otra y te impide continuar el juego frívolo que con tanto énfasis habías comenzado. Ahora no queda más remedio que aceptar tu limitación y no molestarse en pretender ser el primero, en pretender evitar que el gesto de ella se adelante al tuyo, que la repulsa de ella te gane la mano, que el hastío se manifieste a través de la vagina y no a través del pene: has perdido la fuerza, te sientes incapaz de dar el paso que rompa lo que tiene que romperse de todas maneras —¡aun sabiéndolo, porque lo sabes!— y prefieres cederle el puesto en una última galantería que te cuesta cara: por lo menos la humillación, la renuncia a tu soñado dominio, el abandono del podium...; pero, sobre todo, el dolor inexplicable de la experiencia adquirida que —naturalmente— no es amor, pero es consciencia de la posesión a la que no te puedes escapar de ninguna manera, a la que te has entregado creyendo llevar triunfos suficientes y de la que nadie —nadie, claro, ya lo sé, seguramente ella tampoco— tiene la culpa, ni puede responsabilizarse, ni puede indemnizarte de ninguna manera. Porque el dolor, cuando se acepta, basta por sí mismo y puede avergonzar, angustiar, atenuar, pero no puede explicarse aunque creamos poseer todos los datos que bastarían, racionalmente, claro, para construir una pista que nos lo aclare.)

—¿Y si comiésemos algo? —pregunta Eduardo con un mechón de pelo etilizado cayéndole sobre la frente.

—Yo no tengo hambre —afirma Carlos.

—Peor para ti —dice Eduardo tamborileando con la uña sobre el cristal del vaso—. Admito que la bebida tenga su importancia, pero *primum vivere*: los víveres lo primero, traducido literalmente...

—Por la editorial Losada —termina Carlos derrotado sobre su vaso de whisky enésimo uno.

—Bueno... —admitteduda Eduardo lentamente—. Sí... —para dar tiempo a las ideas a abrirse paso—. Yo iba a decir... —a través de la maraña del alcohol—, más bien, por un bachiller de colegio religioso. ¿Qué te parece un perro caliente?

—Muy mal —farfulla Carlos—. Estoy en contra del cerrerismo canino.

—Tal vez un plato combinado, un pincho moruno, un...

—¡Calla, coño! —gruñe Carlos frunciendo el ceño—. Me rebosa el whisky por las orejas y tú empeñado en hablar de...

—Eso te pasa porque no meas. Si hicieras como yo, que meo cada hora, no te sobraría whisky en el estómago: las venas habrían asimilado el alcohol suficiente como para que los leucocitos no se aburrieran, y tú estarías como yo...

—: Borracho —define Carlos.

—Borracho, pero hambriento. Camarero... —dice levantando la voz y la mano en el cúmulo de rumores de la barra de la cafetería céntrica—. ¿Podríamos comer lo suficiente como para no perecer de inanición y acumular fuerzas para proseguir nuestro periplo dominguil?

—¿...? —pregunta el camarero.

—Que si hay comida sana y abundante.

—La cocina está cerrada —advierde.

—Pues ábrarla, coño —dice Eduardo dando un puñetazo sobre el mostrador.

—¿Tenemos dinero? —farfulla Carlos a su lado sin levantar la cabeza.

—Mucho, dear —explica Eduardo olvidando definitivamente al camarero—. ¿No recuerdas que tú mismo trajiste el retrato azul de un señor con boina, rescatado de manos de sabe Dios qué amigo burgués en aquella cafetería burguesa en la que ligábamos con larvas de hembras burguesas?

—Ligabas tú, cabrón —insultamistosamente Carlos.

—Bueno, sí, ligaba yo, pero tú eras notario, testigo y argonauta de la conquista de aquel bello cuello de cisne de oro.

—¿Qué coño tiene que ver eso?

—Es una cita, ignorante: una cita mitológica. Bello cisne, vellocino: ¡Leda y Medea de la mano! ¡Viva la mitología!

—¿Entonces...? —insiste el camarero que por lo visto desconoce a Séneca por completo.

—Lo dejo a su elección —dice Eduardo con un gesto displicente—. Algo ligero, ¿eh? Que vaya bien con la mitología.

—¿Con...?

—Nada, nada —explica Carlos—. Cualquier cosa, cualquier cosa.

—La mitología, la mitología... —insiste Eduardo ante la imposibilidad alcohólica de Carlos—. Es lo de Leda, ¿comprendes? Hace un rato yo tomé la forma de burgués vulgar (o vurgar bulgués) para poder acercarme a la rubia entrevista un anochecer casual. La pregunta es la siguiente: ¿podré acostarme...?

—¡Es imposible, God, es imposible! —exclama Carlos meneando la cabeza violentamente—. ¿Ni siquiera borrachos como cubas podemos prescindir de nuestra jedionda pedantería? ¡Nos masturbamos el cerebro y caen sopas de whisky con tropezones de cultura!

—Sic —confirma Eduardo.

—¿Qué?

—Digo que sic. Que tu parrafada es una confirmación palpable —explica Eduardo—. Somos pedantes y vivimos

en ello. Pero es honesto, coño. Eso es síntoma de integridad: somos pedantes de verdad, ni borrachos dejamos de serlo. ¿No es magnífico?

—Yes, it is.

—Tomemos otro whisky para celebrarlo.

—Noi abbiamo denaro? —interroga Carlo Pontificando en su acento siciliano.

—Mais oui, je repète. Fuiste tú quien lo consiguió —dice Eduardo guiñando un ojo ante el brillo insoportable de las bombillas de la cafetería céntrica que empieza a vaciarse—. Por alguno de tus bolsillos debe andar un papel azul con el autógrafo del cajero del Banco de España.

—¡Ah, sí! —exclama Carlos sin demasiada convicción rebuscando torpemente en la americana.

—Tú fuiste a buscar suministro, coño,

—¿El ministro de quién?

—Lo recuerdo vagamente entre rumores confusos de viajes a París —sigue Eduardo sin hacer caso del chiste—. Al cabo de un rato volviste pertrechado.

—Joder! —gruñe Carlos extrayendo un billete arrugado—. Ya recuerdo, ya recuerdo... Pero..., ¿no pagamos las copas aquéllas?

—Bueno, verás... —Eduardo se arrellana en el taburete a la vista del plato que el camarero acaba de colocarle delante—. Dos whiskys más, por favor... Creo que nos empeñamos en pagarlo todo nosotros, y el cretino del bigote...

—¿Qué cretino?

—El del bigote, el novio de la amiga de la rubia...

—Ah, sí —asiente Carlos no muy seguro.

—¿Tan gorda era tu trompa que no recuerdas?

—Sí, sí —dice Carlos—, que pagó él, ¿no?

—Eso. Dijo eso de "deja, deja, que yo tengo suelto".

—Ya, ya... Lo que me preocupa es que no sé a quién diablos le pedí las quinientas pesetas.

—Problema gordo —asiente Eduardo con la boca llena—. Yo tampoco recuerdo muy bien lo que pasó después. ¿Dónde coño fueron a parar las dos chiquillas?

—Se fueron —duda Carlos—, ¿no?

—Algo de eso... No sé. ¡Qué horror! ¡Cómo hace olvidar el alcohol! Sólo recuerdo que la rubia estaba tremenda, pero no recuerdo su rostro en absoluto. Es trágico, ¿verdad? Porque estoy convencido de que mañana encontraré por cualquier rincón de mi impedimenta un papel con su número de teléfono, y como la curiosidad es un defecto masculino, digan lo que digan, la llamaré, y ¿cómo podré reconocerla cuando quedemos citados?

—Que se ponga un clavel rojo en el pelo.

—¡Idiota! —dice Eduardo fulminándolo con una mirada y haciendo volver la cabeza a otro borracho que entra en el bar en aquel momento—. El problema es trágico, coño. No recordar en absoluto a una mujer que te ha atraído por su belleza... Si la veo por la calle no la reconozco. Sería preciso volver a hablar con ella, que nos volviésemos a mirar a los ojos y que volviese a sonreír ante una frase determinada mía. Pero eso sería volver a vivir el pasado...

—No, por favor, no sigas —grita Carlos bizqueando ante su vaso—. Ahora vas a decirme que lo insoportable es la caducidad, el no poder retener las cosas, el que fluyan: Y citarás a Heráclito y a qué sé yo quién... —un señor con gafas y canas en las sienes los contempla fijamente con los labios fruncidos—. Te repites, mano: eso ya lo has dicho muchas veces.

—Y lo diré mil, cretino —se excita Eduardo soltando el tenedor—. Cada vez que lo diga será distinto porque corresponderá a una circunstancia diferente...

—Entonces, reduce tu conversación a una sola palabra. Pásate la vida diciendo "calamar".

—Y será nueva cada vez que la diga.

—Metafísica —despectiva Carlos bebiendo un trago.

—Naturalmente, ignorante —se enardece Eduardo mirando a su alrededor como buscando apoyo. El señor de las canas parece interesado en la cuestión—. Todo es metafísica. O por lo menos podemos trasladarlo todo al terreno de la metafísica.

—¿El sexo también? —desafía Carlos.

—¡El sexo más! —responde Eduardo—. El sexo ha sido metafisiqueado por obra y gracia de Sigmund Freud, de André Breton, de Henry Miller, del Ananga Ranga... Nada escapa a la metafísica, mon petit...

—Baaah... —protesta Carlos—. Todo lo enredas, todo lo mezclas, todo lo confundes... Eres un león, un lioso, un enredador...

—Demuéstrame que lo que he dicho es mentira...

—Nono —niega Carlos—. Yo estoy borracho...

—¡Y yo también! —alardea Eduardo—. Pero razono.

—Ustedes perdonen —el señor de las canas en las sienes toca el antebrazo de Carlos—. Si me permiten un momento... Hace rato que los escucho, y me interesa lo que dicen. ¿Me permiten, por favor?

—Sí, sí —consiente Eduardo ante la duda etilizada de Carlos—. Diga usted, diga...

Al sentarse en el inestable taburete del mostrador Alberto se da cuenta de que hace mucho tiempo que no le da la ventolera de venir solo a un cabaret; mira el reloj de pulsera y bosteza voluptuosamente, regodeándose en los músculos entumecidos de dos noches sin sueño, en el cansancio que ha traspasado definitivamente el umbral máximo y ha llegado ya al momento en que no le molesta en absoluto, en que es algo que pertenece a su propio cuerpo, a su propia naturaleza, buenas noches, Alberto, pasa una voz femenina a su espalda y recuerda vagamente tantas noches sentado en este mismo taburete, o en el de la derecha, o en el del rincón, apoyado en la pared, encendiendo un cigarrillo lentamente mientras, como ahora, Remigio, ¿cuánto tiempo llevará Remigio detrás de esta barra nocturna?, llena el vaso de coñac, en vaso, en vaso, por favor, Remigio, mientras la pista de baile crepita con el *Limón limonero* de esta noche, o con el *Non ho l'età* de hace años, o con tangos, boleros y canciones melódicas de siempre; las noches que se recuerdan siempre en circunstancias como ésta, las noches en que se termina viniendo solo, no porque el cabaret sea el lugar de diversión

y de orgía como puede imaginarse el idiota de José Luis, sino porque es lo único que queda, en el tiempo y en el espacio, como esta noche de hoy en la que el tiempo ha quedado momificado en un formol anquilosante que iguala la mañana del sueño atrasado, de los ojos entumecidos y el sol deslumbrante, y el almuerzo del mediodía en Las Cañadas, y la bajada a La Orotava, y el atardecer en el Puerto de la Cruz, y la noche, con cena incluida en la Caseta de Madera, Alberto lo supo desde que cogieron el coche en el Puerto de la Cruz, lo notó en la cara del Notable Poeta, en el entusiasmo de Manolito Trujillo por discutir sobre el panorama poético español de los últimos treinta años, lo que supuso *Hijos de la ira*, sí, la superación del garcilasismo, Dios mío, Dios mío, Alberto piensa, gimiendo con un ruido sordo, en la conversación, en la interminable conversación, en toda la conversación de esta tarde, del atardecer, de la noche, en su mutismo que ahora teme descortés, en el contrastante entusiasmo de los otros dos, en su preocupación, Santo Cielo, en su desmedida preocupación, en su infinito entusiasmo, en su necesidad de intercambiar palabras, las mismas, sí, pero palabras, sobre todas esas cosas que ningún ser civilizado puede tomarse en serio a estas alturas, y Alberto sonríe escanciando el primer sorbo de coñac, recordando vagamente que cuando miró el reloj era poco más de la una y que mañana tendrá que volver a empezar, y que al levantarse de la cama notará el sueño de tantos y tantos días y tantas y tantas noches; pero sintiéndose, ahora, por primera vez en toda la jornada, fresco, despejado, cómodo, capaz de sonreír, de responder al saludo de Mari Pili que viene del lavabo con su traje de lentejuelas, y de hacerle un sitio a su lado y de hablar con ella de las únicas cosas que se pueden hablar aquí, los domingos nunca hay nadie, ¿sabes?, está esto más vacío..., Remigio, ponme un whisky, y pasarse la mano por la frente y por el pelo, calculando si lleva dinero encima, porque la otra noche, ¿le pongo un whisky, don Alberto?, pues claro, pues claro, sí, mientras Remigio destapa la botella de White Label llena de té, notando el brazo de Mari Pili que rodea su cuello —o su

cintura— y encontrándose cómodo a pesar de eso, o a lo mejor por eso, ¿poca gente, verdad?, recordando el dinero que sacó de casa esta mañana, del que aún debe llevar encima, porque en todo el día apenas gastó, esto del dinero, ya se sabe... saboreando otro buche de coñac cauterizante, quemando en la lengua, en los labios un poquito despellejados por el sol inusual, en el paladar reseco, mientras Mari Pili sonríe apoyada amistosamente en él, como tantas otras noches, pensando, mientras una vaharada trae hasta el mostrador los olores fatales del retrete, en tantas y tantas otras noches, con el mismo coñac entre las manos, con el mismo cigarrillo entre los dedos, con la misma furcia amiga recostada cordialmente en la solapa, o apoyado en el taburete del rincón, con la espalda en la pared, esperando a que llegue el momento del espectáculo, o parpadeando solitario, por si se acerca alguna amiga, o a las cuatro o cuatro y pico, recién llegado, esperando a que dé la hora y la amante eventual tire los últimos vasos de la botella y le dé un beso al viajante gordo que ha pasado con ella desde la una o las dos a razón de mil pesetas los tres cuartos de hora y aguardarla abajo, invitando al portero a un cigarrillo mientras sale, ¿vamos?, vamos cariño, y una caricia al pelo, rubio, castaño, moreno, un taxi, unas señas y la vaga satisfacción del ¿deber? cumplido o algo así; pero no la seriedad a estas alturas, por Dios, repite Alberto mordiendo las palabras y contemplando el rostro maquillado de Mari Pili, ¿me tomo otro whisky?, sí, mujer, ¿por qué no?, Remigio, psch, aceptando, no sabe bien desde cuándo, pero aceptándolo definitivamente, que no hay motivo, que no hay ningún motivo para la seriedad, y menos para llevar todo al terreno de la seriedad, una comida en Las Cañadas, unas copas en el Puerto, un paseo por la carretera, una conversación con un poeta godo, una, ¿por qué no nos sentamos?, y reconocer otra vez, con una sonrisa más de comodidad que de otra cosa, a Mari Pili, la de algunas noches perdidas como ésta, en la cabeza que sigue apoyada burlescamente en su solapa, ya estamos sentados, ¿no?, en una mesa, tonto, digo en una mesa, ¿no?, mirando el reloj más por inercia que por otra

cosa, reconociendo que ha dado la una y media y pensando que total da lo mismo, bueno, nos sentamos un rato, pero me voy en seguida, ¿eh?, bajando del taburete, metiendo la mano dudosa en el bolsillo, en los bolsillos, hasta que acabe el espectáculo, hombre, que empieza ahora, sacando unos billetes al tacto y pidiéndole a Remigio que le llene el vaso otra vez, preguntándole con la mirada, mientras Mari Pili, juguetona, sin que Alberto haya podido explicarse nunca muy bien por qué, tira de su mano libre hacia una mesa vacía, trescientas cincuenta, don Alberto, dejando cuatro billetes encima de la barra, haciendo un gesto de displicencia con la mano, aceptando el abrazo de Mari Pili en la cintura, encontrándose cómodo en la silla dura, en el mantel pegajoso, en la penumbra hiriente de luces rojas de la pista de baile, cabeceando ante la incomprensible seriedad de la gente, de los compañeros, de los amigos, de los conocidos, esa seriedad que Alberto ha ido dejando atrás en los últimos años, y de la cual sólo conserva, sólo cree conservar, su apariencia más externa, su ropaje, algo que no nos obligue a vivir en función de la intelectualidad y del arte y de la cultura, algo que no nos permita tomarnos en serio la problemática de la Censura con respecto a la ontología poética y a los libros editados en Barcelona o no, con poemas tendenciosos o no, en ediciones mutiladas o no. Y Alberto siente el olor de Mari Pili a su lado, y el brazo de Mari Pili sobre el suyo, y piensa, mientras un camarero atiende un pedido, ¡Pacooo!, de otra mesa, que su pintura, que sus exposiciones, que sus catálogos, que; recordando, por ejemplo, otra noche, otra de tantas noches, aquí mismo, en esta misma mesa, o en aquélla de enfrente, o en la del rincón, ¿o tal vez fue exactamente en esta misma?, en que estuvo aquí, en este mismo local, con Manolito Trujillo, con José Luis, con Rafa, con Mesa, el periodista, al salir de la inauguración de su primera exposición individual en el Ateneo, hace de eso..., ¿cuántos años?, y Alberto reconoce que bastantes, y acepta, con más alegría que resignación, que desde entonces a esta parte han sido muy pocas sus exposiciones y, sin embargo, muchas, muchísimas, sus visitas a esta sala, vol-

viéndose a Mari Pili y sonriéndole con satisfacción, mientras ella sonríe tontamente y Alberto entorna los ojos, aprieta amistosamente la mano femenina que reposa bajo la suya, bebe un sorbo, largo, quemante, sabroso, de coñac y piensa en la conferencia de ayer, en el paseo de esta tarde, en la seriedad de Manolito Trujillo, en la cena ineludible, en el recital de mañana sobre Mi Poesía, al que está casi seguro que terminará por asistir.

Porque las cumbres azuladas, añiles y marrones no pueden protegernos desde su aparente inexpugnabilidad, desde su majestad hierática, desde su señera arisquez. No pueden evitar que el miedo vuelva a rodearnos ahora, a envolvernos, a dominarnos, a posesionarse de nosotros, como se posesionó en el atardecer del diecisiete de julio y en las semanas de aquel verano nuevo y en los meses de la cárcel, y en los años que vinieron después, y en el recelo del año treinta y nueve, y en la inseguridad del año cuarenta y del año cuarenta y uno y del año cuarenta y dos, y en el riesgo del año cuarenta y tres y del cuarenta y cuatro y del cuarenta y cinco, y en la pujanza del cuarenta y seis, del cuarenta y siete, del cuarenta y ocho...: es otra vez el miedo que nunca ha dejado de estar a nuestro lado, que en realidad nos ha acompañado desde la cuna aunque entonces no supiéramos que era miedo y creyéramos que era tristeza o soledad, pero que estaba en el caballo de cartón, en el libro de geografía, en el traje almidonado de marinerito, en el caserón del Instituto, en el colegio de los curas del babero blanco, en los pantalones bombachos, en los paseos dominicales por la plaza de la Constitución; miedo que ahora vuelve a ser fácilmente identificable, que vuelve a responder a motivos concretos, que vuelve a tener nombres y apellidos cuando ya creíamos que no podía llegar nunca a estas alturas en que todo parecía definitivamente estabilizado en una plácida madurez, en una madura estabilidad, en una estable placidez inexpugnable por fin. Miedo a perder de una vez por todas (con la gravedad de lo irre recuperable, con la tragedia opri-

mente del tiempo que se nos negaría en redondo para empezar otra vez) todo lo que se ha ido sedimentando a nuestro alrededor, alrededor del colegio de los niños, de los cómodos viajes de negocios, de las aburridas fiestas de sociedad, del televisor, de los electrodomésticos, de la casa de campo, de los abrigos de Candelaria, de la carrera terminándose de Rafaelito, de la presentación en sociedad de Lali, después de la larga desazón de tantos y tantos ejemplares de La Tarde leídos en la sala de estar bajo la luz amarillenta del recuerdo, Rafaelito tirando de los pantalones y la voz impersonal del locutor comunicando las noticias de Radio Nacional. Ahora no es posible perder todo esto: nos hemos trasladado a otra dimensión diferente que no tiene el menor punto de contacto con aquélla que nos pudo empujar a este estado; entonces tal vez sí, entonces hubiera sido posible, hubiera sido admisible, hubiera sido casi, casi, lógico perderlo todo de improviso, de la noche a la mañana, en una mercancía que se hunde, en un lote en malas condiciones, en una lancha rápida intervenida, en un préstamo que se revuelve contra nosotros: ahora no, porque todo eso quedó atrás y ya no hay angustia, ni hay inseguridad, ni hay nada de provisional en ninguna de las empresas en las que nos movemos, legales, asesoradas técnicamente, aseguradas, respaldadas, controladas, apuntaladas, con muebles metálicos, ficheros elegantes, dictáfonos estéticos, teléfonos interiores, consejos de administración, cenas de fin de año, reparto de beneficios, emisión de acciones, ampliaciones de capital suscritas en el acto, banquetes con delegados de Industria, fotografías en El Día y en La Tarde al lado de varios directores generales y de sus secretarios y de sus adláteres y de sus cohortes y de. Y de repente todo puede desmoronarse sumiéndonos en la posibilidad de tener que empezar otra vez a partir de cero: la catástrofe surgida de repente: no entonces, cuando era lógica, esperada, temida, masticada día a día, noche a noche, sino ahora, a lo mejor ahora, incomprensiblemente ahora, ¿por qué ahora?, ahora, ahora, ahora, precisamente ahora cuando los muebles, los ficheros, los dictáfonos, los teléfonos, cuando los beneficios, las ac-

ciones, los consejos, cuando los delegados, los directores, los secretarios, las cenas, una nueva provisionalidad a la que debemos acogernos sosteniendo otra vez el teléfono con la mano sudorosa, poniendo telegramas urgentes, buscando créditos que asustan, esperando en cualquier momento el posible, muy posible, ¿por qué?, final de la situación tensa, tensa, tensa, en la que nos hemos encontrado metidos de pronto cuando parecía que, por fin, definitivamente, todo se había estabilizado de una vez para siempre. Y era mentira.

—¿Me invitas a una copa, Eduardo...? —ruega, con una voz que quiere ser mimosa, la puta del mostrador.

—Pues no sé —dice Eduardo encogiéndose de hombros—. ¿A ti qué te parece?

—¿Eh? —Carlos levanta los ojos a medias.

—Que si la invitamos o no. A esta señorita...

—Por mí... Pero que conste que me he declarado siempre en contra del consumo de alcohol. Por principios.

—En ese caso no hay nada que añadir —sentencia Eduardo.

—¿Me invitas o no? —repite la puta del mostrador para la cual la dialéctica no existe.

—Mi amigo se niega —dice Eduardo como declinando toda responsabilidad.

—¿Y a ti qué te importa lo que diga tu amigo? —protesta la puta.

—A mí, nada en absoluto: veintitrés años de denodados esfuerzos me han enseñado a tener independencia de criterio, pero en este caso no me queda más remedio que tener en cuenta su opinión, porque es él quien va a pagar.

—Oye, oye, no... —dice Carlos dejando de contemplar al tipo gordo del sombrero que, en el otro extremo de la barra, intenta contarle un chiste alcohólico a la ancianita del pelo teñido de rubio que lo soporta estoicamente—. El dinero es tan tuyo como mío... Lo devolvemos a medias, ¿eh?

—La borrachera te hace perder elegancia —comenta Eduardo—: No creí que descendieras al terreno de los viles problemas económicos. Pareces un Tamames cualquiera.

—Bueno, pero pagamos a medias, ¿eh? —insiste Carlos—. A mí no me lés que te conozco...

—¿Quién habla de pagar ahora? —Eduardo hace un gesto con la mano—. ¿No dices tú mismo que no te acuerdas de a quién le pediste el dinero?

—Coño, es verdad —gruñe Carlos pensativo—. ¿A quién fue, joder...?

—Por de pronto —Eduardo se pasa la mano derecha por el pelo revuelto—, hasta que no sepamos a quién se lo tenemos que devolver no tenemos que empezar a preocuparnos...: Mañana, Dios dirá.

—Hablando de mañana —dice Carlos encendiendo un cigarrillo—: ¿Qué hora debe ser?

—Las dos y cinco. Dentro de un rato nos echarán de aquí. Me da una tristeza verme en la calle solo, desamparado y sin un vaso de whisky que llevarme a la boca... Como no vayamos a tomarnos la penúltima a Casa Felisa.

—Y una leche —protesta Carlos arrojando la cerilla al suelo—. A Casa Felisa te irás tú si quieres; yo, después de esto, me voy a casa... Llevamos desde las... Por cierto —recuerda de pronto—. ¿Qué fue del tipo aquél que nos encontramos y que te dio un baño sobre Heráclito, porque res-s-sultraba que él sí lo había leído?

—Se negó a acompañarnos a estos antros de perdición. Y es una pena, porque parecía un tipo divertido...

—¡Joder, coño! —gruñe Carlos entornando los ojos—. ¿Cómo te acuerdas de todo? Yo a estas horas...

—A estas alturas... —corrige sonriente Eduardo.

—Bueno, como quieras...; pero ya no me acuerdo ni de...

—Porque no comes —insiste Eduardo—. Porque no comes ni meas. Comiendo y meando la borrachera avanza mucho más despacio. ¿Tú meas cuando te emborrachas? —pregunta muy serio a la paciente camarera del mostrador.

—¿Me la pongo? —pregunta la puta que estaba distraída—. ¿Un whisky...?

—¡Qué obsesión! —exclama Eduardo—. Ustedes no piensan en otra cosa: a los sesenta años tendrán el hígado hecho migas... ¿No te das cuenta de que lo hacemos por tu bien?

—Entonces, ¿no me invitas? —pregunta un poco molesta.

—No, no; es mi última palabra —dice Eduardo.

—¿Y tú? —pregunta a Carlos.

—¿Eh? —Carlos vuelve otra vez a la realidad—. No, yo...

—Pues adiós —dice ofendida mientras Eduardo comenta calmoso:

—Si lo hacemos por tu bien, mujer, el día de mañana nos lo agradecerás.

—Vete al carajo —comenta desde lejos.

—No agradecen nada —dice Eduardo moviendo la cabeza—. Uno intenta ayudarlas y no hay manera...

—Y mañana lunes —sentencia Carlos con los ojos hinchados por el sueño, por el cansancio y por el alcohol.

—Ocurre mucho después de los domingos —asiente Eduardo—. Todo es cuestión de resignarse, pequeño.

—¡Qué manera más estúpida de terminar un domingo! —se queja Carlos con los ojos perdidos en la superficie del enésimo vaso de whisky—. Ha sido todo tan lamentable...

—No, por favor —corta Eduardo con un gesto—, literatura a las dos de la mañana, no.

—No es literatura, coño, Eduardo, joder, no empieces ahora..., es que...

—Es que, es que... —Eduardo se va excitando a medida que habla: la puta peticionaria lo contempla, resentida aún, desde el fondo del local, apoyada en una reluciente cafetera que sabe Dios desde cuándo no se usa—. ¡Sólo te falta hablar del tiempo perdido, de la inutilidad de todo esto, de que nada merece la pena...!

—Pasar el domingo recorriendo los mostradores no creo que sea una cosa demasiado positiva ni defensi... defendible, ¿no?

—Nadie defiende nada, por Dios —acciona Eduardo—, pero es ridículo que a estas alturas... ¿Te hubiese parecido más digno pasar la tarde del domingo metido en un cine? ¿O paseando con una niña rubia y cogiéndole una mano en el velador de una cafetería elegante? Si ninguna de estas cosas tiene importancia, ¿por qué te ensañas con ésta precisamente? Es una más, ¿no?: la que hemos aceptado; la que más nos va, la que... ¡en fin!, no sé... la que tenemos, en la que estamos...

—Fatalismo —define Carlos.

—¡Fatamierda! —salta Eduardo molesto, volviéndose de golpe—. Si sigues creyendo en cosas más nobles aún estás a tiempo para empezar dentro de siete días: si crees en la dignidad de la praxis o acción conjunta como forma de salvar a la sociedad de las garras del monstruo capitalista que la atenaza, podrías haberte pasado la tarde encerrado con otros congéneres recitando el salmo XXIV de Hegel o la palinodia XVII de Marcuse; si crees en el espíritu como forma de salvación en un plazo más o menos previsible, hay misas desde el sábado a media tarde hasta el domingo al anochecer, amén de trisagios, novenas, sermones y sucedáneos; si lo que crees (como imagino) es que hace falta dejar algo que nos justifique, una forma de misticismo como otra cualquiera, yo no te saqué de tu casa, de tus papeles, de tus engendros o de tus sonetos con estrambote... Pero adoptar posturas escépticas después de..., ¡no, por Dios! No merece la pena —concluye un poco confusamente Eduardo sobre una pausa de varios segundos que llena el local pintado de rojo, rota sólo por los balbuceos del tipo del sombrero.

—Lo que más siento —dice Carlos sonriente, masticando las palabras— es que mañana es lunes.

—Y el dinero que nos debe haber costado la tarde —concluye Eduardo contundente.

SEGUNDO INTERVALO

*Me duelen estos días uno a uno
con tan fiero dolor, con tanta saña,
que sus ecos retumban por España
con un dolor inverso al de Unamuno.*

*Dolorido dolor, inoportuno,
pero ya familiar, que ya no extraña,
está dentro de mí, tan en mi entraña
que no está ausente de él hueco ninguno.*

*Mal asunto doler hasta los días;
que el dolor de los hombres y las cosas
es un dolor de fácil solución.*

*¿Pero cómo arreglar las penas mías?
Son tantas como días: tan copiosas
que duran lo que dure el corazón.*

(Soneto de Manolito Trujillo, leído por su autor al Notable Poeta durante la sobremesa de un almuerzo.)

Yo ni intento liarle, ni quiero enredarte, ni vengo a convencerte de nada, caray, hijo, Manolo, por Dios, no empieces ahora a darle vueltas a todo con esa deformación profesional que teneis vosotros; lo único que pretendo es explicarte algunas cosas para evitar complicaciones. A mí, como comprenderás, ni me va ni me viene, ¿no?, ¿o vas a

terminar por sacarme ficha de rojillo y archivarla? Porque, vaya, si yo también te resulto sospechoso... A mí esto, ya te digo, ni me va ni me viene, pero, ¡hombre!, cuando uno sabe positivamente que las cosas son de una manera determinada y que basta ponerlo todo en orden para... Mira, Manolo, da la casualidad que a ese tipo, a ése, sí, a Sergio, lo conozco, no ya por referencias de terceros, sino personalmente. Personalmente, sí, y muy personalmente. Yo no sé, ya te digo, cómo trabajais vosotros los de la Social, ¡ni lo sé ni me importa!, pero cuando Pepe me dijo lo de ese pobre hombre no me cabía en la cabeza de ninguna manera, palabra. Ni me lo quise creer, ya te digo. Sí, hombre, bueno, sí, lo que quieras, claro, claro, sí, no soy tonto, caray, hijo, ya me imagino que vosotros seguireis un sistema científico y que no haceis las cosas a tontas y a locas, ¡estaría bueno!, pero me parecía un deber de conciencia informarte de que ese pobre infeliz tiene tanto que ver con esos asuntos turbios como tengo yo; ¡o como tienes tú!, vaya, para que no me involucres a mí también, porque vosotros sois... No, si ya te digo, sólo faltaba que toda esta conversación sirviera para que me sacaras ficha de rojillo a estas alturas. Mira, verás, ahora en serio, yo no dudo que las cosas hayan llegado un poco lejos, que vosotros hayais tenido que intervenir, que informaros de la gente y todo eso... Ya te digo que no sé —tampoco me lo vas a decir, o sea que..., ¡no, no, si me parece bien, si es tu oficio!—, digo que no sé las fuentes de información que vosotros habeis tenido, pero me atrevo a asegurarte, así, entre nosotros, con un par de whiskys delante, extraoficialmente, ¿eh?, me atrevo a asegurarte, si mi palabra te sirve de algo, no, no, crudamente, déjame hablar, por si mi palabra te sirve de algo, que a pesar de todos los informes que vosotros hayais reunido me conozco a Sergio mucho mejor que todos vosotros juntos y que no tiene nada que ver con todas las cosas que he oído, ¡chst, chst, Manolo, chismes no!, las cosas que he oído y que me consta que son ciertas; ¿por qué te crees que te he llamado, si no, y por qué te crees que tenía tanto interés en hablar contigo? A mí, personalmente, ni me va ni me

viene, pero son muchas cosas las que me obligan a...; por una parte, ya te digo, un deber de conciencia, y después, que Pepe estaba apuradísimo. Caray, hijo, Pepe...: Ramírez; que se retiró de coronel hace unos años... No, no, ¿eh?, nada de sentimentalismos, no; Pepe de eso nada, apuradísimo con muchos motivos, con dobles motivos, ¡triples, si quieres!, porque por una parte están los disturbios laborales que nadie sabe a dónde pueden llegar; ¡mejor, mejor, Dios te oiga, pero de todas maneras no son nada agradables para nadie!; por otra parte, lo de este hombre, que está metido, o que lo están metiendo, en un lío tremendo; y además, por último, está lo del hijo de Pepe que lleva unos días fatales, el que es gerente de la empresa, sí, que imagínate cómo estará el padre para llamarme, ya te digo, me dejó impresionado, no me lo creía, lo encontraba absurdo. Bueno..., bueno..., sí..., sí..., de acuerdo, sí..., ¡caray, hijo!, Manolo, por Dios, si de eso no digo nada, si yo no te lo discuto, tú tienes tu oficio y yo el mío: santas pascuas; por eso hablo contigo, hombre, por eso precisamente. Atiende un momento: ¿Tú sabes cuántos años lleva Sergio en la empresa? En septiembre los cumple, exactamente: veinticinco redondos, a la semana siguiente de nacer mi chico el pequeño, por eso lo recuerdo. Pues bien, ¿tú sabes quién fue directamente responsable de que Sergio entrase en esa empresa?: ¡pues yo, precisamente yo! Por eso te decía, por eso te digo, que a Sergio me lo conozco palmo a palmo, mejor que tú y mejor que todos vosotros juntos; pero no conocérmelo de lejos, no, conocérmelo, digo, de convivir con él, íntimamente... Y es tan absurdo que ahora, por este jaleo, lo vayan a hundir... Es un hombre, y me consta, ¿eh?, me consta, incapaz de la menor deshonestidad. Fíjate bien lo que te digo: ¡la menor! Y de eso no hay quien me baje del burro. Y es más, Manolo, fíjate lo que te digo, que quizá no te lo debiera decir, ¿eh?, fíjate bien lo que te digo: estoy convencido de que todo lo que le ha pasado y todo lo que le pasa a Sergio, le pasa, precisamente, por eso, por ser tan buena persona y por ser incapaz de hacer daño a nadie y por ser incapaz de cometer la menor deshonestidad. Mira,

yo, ahora, sinceramente, hace muchos, bastantes años que no lo veo, pero una persona, Manolo, convéncete, no cambia así como así; y menos una persona como Sergio. Estuve tratándolo a diario durante más de año y medio: y no por casualidad, ya te digo, sino íntimamente y donde se conoce bien a la gente, donde se la conoce a fondo: ¿tú sabías que él estuvo en mi misma compañía en el frente andaluz?, ¿eh?, ¿que estuvimos casi veinte meses vistiendo el caqui juntos?, ¿que estuvo en el Ebro después? ¿A que eso, a lo mejor, se les había pasado por alto a ustedes? No, voluntario no, por la quinta: justo estaba sirviendo su quinta cuando estalló el Movimiento. Fue por eso, precisamente por eso, por lo que pude conocerlo muy bien. Y era un muchacho magnífico, formidable, muy noble, ¿sabes?, por eso fue, te digo, que yo mismo, de una manera un poco casual, lo metí en Cotisa, en el... cuarenta y cinco. ¡Y ni siquiera me lo pidió él! Ni pedírmelo, ¿eh? No era capaz ni siquiera de eso, ya te digo que su defecto era ser demasiado bueno, demasiado tonto, como te decía antes. Precisamente después de la guerra lo perdí de vista durante mucho tiempo. Tú sabes que yo estuve en la Academia haciendo los cursos, y volví en el... cuarenta y uno, exactamente, destinado a Almeida, para más datos. Bueno, pues hasta el cuarenta y cinco no supe de él. Y supe por referencias, ¿eh?, porque él ni pedirme nada, ni venir a verme en todo ese tiempo, nada de nada, que recuerdo que yo, incluso, estuve un poco molesto cuando lo vi un par de veces por la calle, en el cuarenta y cinco ya, sí; porque le había cogido aprecio y me molestó un poco eso de que no hubiera venido a verme. Se le veía un poco mal trajeado en aquella época, recuerdo, y le pregunté, qué tal, cómo va eso, qué es de tu vida, y él nada, pues ya ve..., aquí..., muy correcto, muy prudente, pero ni palabra. Que después me enteré por un furriel que tuvimos en la compañía, ya murió el pobre, que estaba entonces de camarero en el Atlántico, y fue quien me lo dijo: hombre, Sergio, sí, anda un poco apurado, como ahora las cosas..., no hay trabajo..., y tal..., el hombre desde que volvió... ¿Cómo desde que volvió?, le dije, y fue entonces

—¡entonces, eh!, y fíjate que te digo que me lo había encontrado un par de veces por la calle—, pues fue entonces que me enteré de que cuando terminó la guerra fue uno de los primeros que se había ido voluntario a la División Azul y que no había vuelto hasta hacía unos meses; hasta el cuarenta y cinco, precisamente. No, no, nada de sentimentalismos, te digo todo esto para que veas que no es cuento ni es hablar por hablar, que a Sergio me lo conozco yo muy, pero que muy bien y sé cómo era y lo que hacía y de lo que era capaz y de lo que era incapaz. Te lo cuento, y no es broma, Manolo, para ayudarte, en serio, porque vosotros lo estudiáis todo científicamente, fríamente, y a veces estas cosas —que son auténticas, ¿eh?, tal como te las cuento— son más necesarias para juzgar a una persona que otros muchos datos y que otras muchas pistas de las que vosotros utilizáis. Te lo cuento porque estoy seguro de que tú no sabías nada de esto, y porque estoy seguro, ¿no es verdad?, que te interesa y te puede servir de mucho para aclarar las cosas.

*Y aquí estoy otra vez.
Con mi silencio auestas.
Con el mismo silencio de otras veces
apoyado en los huesos de hace poco.
Causa y efecto íntimamente unidos,
desprendiéndose el uno del otro
o viceversa, pero
complementados, si
se puede decir de esta manera
con permiso de Kant.
Con el silencio auestas otra vez.
Con el silencio auestas y que dure.
No corras la aventura
—peligrosa y absurda por demás—
de romperlo
con ruidos peligrosos*

o aun inofensivos,
 aparentemente:
 El ruido del gatillo pretencioso
 de aquel pobre hablador
 que calló tontamente
 para siempre,
 el ruido de los cuervos de Allan Poe,
 ¿cuervos?, ¿Cuervo?, ¿eran varios?,
 tal vez los viera dobles
 aletear borrachos,
 borracho
 aletear,
 el ruido de los huesos amputados
 que despertó a Rimbaud
 cuando ya no servía para nada
 (despertarlo, se entiende,
 no Rimbaud),
 o,
 lo que aún es peor,
 el ruido de las balas charoladas
 del único poeta
 que se llamó García
 (él también perdió el sol).
 Con el silencio auestas mucho tiempo:
 el ruido, ya lo he dicho,
 resulta peligroso casi siempre.
 Sería necesario
 convencer a la gente
 que por cada tañido
 de rojo baccarat
 hay millares de alcuzas
 hiriendo las aceras
 (es bonito, verdad?,
 eso de hiriendo,
 resulta, casi, casi, literario).
 No, no, nada de ruido,
 afianzar el silencio,
 el mismo, sí, el silencio de otras veces,

*sobre los huesos nuevos cada día
que nunca se acostumbran
del todo.
Así les va.*

(Poema escrito por Carlos.)

3, 4, 5, 6...

*Esta isla lejana, en la que ahora vivo, es la isla
de las maldiciones.*

(AGUSTÍN ESPINOSA, *Crimen.*)

Los dados caen sobre el mostrador y Rafa los vuelve a meter todos en el cubilete con un gesto de contrariedad, mientras Alberto a su lado saborea el cigarrillo a largas chupadas, entornando los ojos detrás de las gafas empañadas por el humo. Manolo y José Luis se dan grandes palmadas en la espalda, acodados en el mostrador al otro lado de Rafa. Cuatro doses, dice Alberto, te jodiste, y los mete todos otra vez rápidamente, batiéndolos con muchísimo ruido, golpeando la base del cubilete contra el mostrador, con los párpados siempre entornados. Mira que eres, rezonga Rafa bebiendo un largo trago de whisky e intentando sonreír despectivamente pero sin conseguirlo del todo, para una vez que te pones metálico; ¿una vez?, y los dados rebotan sobre la madera pulimentada del mostrador, cayéndose uno al suelo, ¡no vale!, y Alberto los recoge de nuevo mientras repite ¿una vez?, batiéndolos con energía y descubriendo cuatro cincos y un as, ¡no te jode!, estallando en una carcajada hiriente, ¡si cuando digo que esta noche, palmoteando ruidosamente la espalda del propio Rafa que vuelve a beber otro trago de whisky, tienes la suerte de culo!, y Manolo y José Luis se vuelven a los gritos, y el propio barman, Paco, se detiene correcto, sonriendo pero correcto, y Rafa da la impresión de que se siente incómodo, cabreado o así, ¡si contigo no se puede, coño!, y Alberto aplasta el cigarrillo en el cenicero con los párpados todavía entornados cogiendo el vaso de whisky casi lleno, lo siento, pequeño, mientras le dirige una mirada a Rafa que sigue intentando sonreír pero no le sale, pagas otra y te jodiste; si quieres la revancha...

—¿La revancha contigo? —salta Rafa con el ceño fruncido y la mano agarrotada en el vaso—: Esta noche te deben estar poniendo una de cuernos...

—Ahí me las den todas —dice Alberto encogiéndose de hombros—. ¿Jugamos otra o me voy?

—¡Se acabaron los dados! —ordena José Luis metiéndose el cubilete en el bolsillo de improviso—. Éstos si no menean algo en la mano no pueden estar tranquilos, joder...

—¡Ya salió el irascible...! —responde Rafa mirándolo de reojo con una sonrisa en el borde de los labios.

—Si es verdad, hombre, si es verdad... —protesta José Luis—, ustedes sin jugar...

Y Alberto sonríe, con los párpados aún entornados, y da varias palmaditas en la espalda de cada uno sin hacer caso a los no, hombre, la penúltima, joder, de Manolo o a las invitaciones de José Luis; que se vaya, que se vaya, gruñe Rafa puesto de espaldas, que si se queda nuestros hijos no van al colegio el mes que viene...

—Todo eso saldrían ganando, hombre —consuela Manolo.

—Joder, qué tipo —rezonga Rafa medio en serio, medio en broma—. Ya podías haberte ido esta tarde también a la conferencia del poeta ése de las gafitas con el que cenaste el sábado...

—Que vaya su padre —dice Alberto con una mano puesta en la espalda de Manolo y otra en la de José Luis—: con lo del sábado tuve bastante; ¡y nada más de pensar que mañana se despide y no me queda más remedio que asistir...!

—Oye, en serio —cuenta Manolo—, me encontré a don Roque esta mañana y me contó que en la cena...

Muy cerca del grupo una victrola atruena el ambiente con una canción en la que se habla con insistencia, sobre un fondo musical de baile pueblerino, de las excelencias de cantar para vivir, sin que apenas se puedan oír las palabras de Manolo ahogadas por carcajadas y golpes en las espaldas de los amigos. Oye, que sí, joder, que me lo dijo, y Alberto, sonriente, da más palmadas de despedida en las espaldas, si parece ser que el tipo dijo en la cena que, alejándose con

la sonrisa en los labios mientras el camarero se detiene delante de José Luis, de Rafa y de Manolo y un señor con sombrero, que va con su esposa, pasa hacia el fondo del local, hacia la escalera que conduce al restaurante, y saluda ceremoniosamente a José Luis, haciendo un breve aparte con él; ¿señores...?, sí, sí, pon otra, Paco, asiente Rafa, y Manolo se abotona la americana del traje Príncipe de Gales, no, oye tú, Rafa, que ya es muy tarde, que tú siempre, y Rafa, encogiéndose de hombros despectivo, mientras el camarero se acerca con los vasos, tú en cuanto se te pasa media hora parece que Cristina te pegue; no, coño, que mañana... La luz tremola en el local abarrotado de gente y en la victrola siguen afirmando las excelencias del amor para vivir cantando continuamente, mientras el matrimonio de antes sube la escalera hacia el restaurante después de despedirse, ceremoniosamente, de José Luis.

—Oye, si vieras qué apuro —cuenta José Luis acercándole su vaso al camarero sin hacer caso a Manolo—. Resulta que Pérez López me para ahora para decirme...

—¿Quién dices...? —pregunta Manolo olvidándose momentáneamente de su oposición a la copa que el camarero sigue sirviendo.

—Ése que acabo de saludar, el del sombrero —dice José Luis—: Pérez López, joder...

—El casado con una hija de Ramírez —aclara Rafa sin apenas volver la cabeza.

—Ah, sí.

—Ése —concluye José Luis—: Pues fíjate que me saluda para preguntarme por unos reglamentos que..., hielo, sí —interrumpe José Luis dirigiéndole una mirada a Paco.

—Oye, Paco —exclama Manolo dándose cuenta—, a mí whisky no, que...

—No seas pesado, coño —ordena Rafa sin apenas mirarlo.

—Pues me meto la mano en el bolsillo —sigue José Luis— para apuntar un número de teléfono, coño, y en lugar de sacar un papel saco el cubilete y los dados: que los

había cogido antes en broma cuando Alberto... Oye, tú, si vieras la cara de la señora con los ojos así...

—Bueno —insiste terco Manolo—: este whisky y a casa, que estos días...

Paco, que ha terminado de servir los whiskys, pasa un paño por encima de la madera del mostrador secando las gotas de soda y de alcohol que quedan todavía encima de él, pues sí, unas almendritas o algo así, y sin perder su elegancia les da la espalda muy digno mientras la victrola sigue sonando en el local cada vez más vacío, Rafa, Manolo y José Luis beben un sorbo del nuevo vaso de whisky y la gente pasea por la acera tras las amplias cristalerías que dan a la calle y, un poco más lejos, al mar.

LA LAGUNA, DISTRITO UNIVERSITARIO

—¿Te pa-a-agas una copa? —pregunta Jorge Domínguez entrando en el bar con la cabeza hacia delante, el nudo de la corbata desbordando el arrugado cuello de la camisa y los cuadernos cuadriculados oscilando en el bolsillo de la americana. Jorge Domínguez suele entrar en el bar al acabarse la clase de diez y sale cuando empieza la clase de once. También suele entrar cuando acaba la clase de once y sale para asistir a la de doce. Entre el final de la clase de nueve y el comienzo de la de diez Jorge Domínguez no entra jamás en el bar, entre otras cosas porque en los cinco cursos que lleva en la Facultad son muy pocas las personas que lo han visto en clase de nueve.

—¡Y una leche! —responde Carlos llegando hasta la barra y apoyándose con un codo en el mostrador. Mostrador sucio de café con leche, de ceniza de tabaco rubio, de ceniza de tabaco negro, de azúcar amalgamado con charcos de seltz, de mantequilla, de grasa, de migas de pan, de sudor de las manos de universitarios, de sudor de las manos de universitarias, de sudor de las manos de bedeles, de sudor de las manos de catedráticos, de adjuntos, de ayudantes, de encargados de curso, de profesores. La barra del bar de la

Universidad de La Laguna es una barra decididamente democrática.

—¿Te pa-a-agas una co-o-opa, eh? —insiste Jorge—. ¿Te la pagas? ¿Eh?

—Y una leche —insiste Carlos.

—Vete p'al carajo, co-o-oño —gruñe Jorge—. Págate una copa que no tengo una pe-e-erra.

—Es tu problema —dice Carlos muy serio—. Cada uno con su problema: El de los vietnamitas son los americanos, el de los americanos son los rusos, el de los rusos son los chinos, el de los chinos es Mao.

—Vete p'al ca-a-arajo —repite Jorge Domínguez que por lo visto no está muy fuerte en política internacional. Jorge Domínguez nunca ha considerado que estudiar quinto curso de Filología Románica obligue a otra cosa que saberse las particularidades del leonés, la métrica de Leopardi y el consonantismo francés. Jorge Domínguez tiene una visión muy personal de los problemas universitarios. Jorge Domínguez estuvo diez años en un Seminario y cuando salió y vio que sabía mucho latín le dio pena desperdiciarlo. Jorge Domínguez, en el fondo, es un hombre práctico; sus padres (que tienen plantaciones de tomates en Adeje y viven en una casa de dos plantas con escalera de piedra y poyos en las ventanas) cuando hablan de él en la mesa familiar dicen que es una pena que le haya dado por estudiar Filosofía y Letras.

El bar de la Universidad de La Laguna es un bar democrático. Quizá se deba al hecho de que en él coinciden las cuatro Facultades (Letras, Derecho, Ciencias y Medicina) y todos los saberes, todos los conocimientos, todas las materias, todas las culturas, se dan cita diariamente entre bocadillos de mortadela, tragos de coñac, sorbos de cortados, discusiones de política, batas blancas manchadas de sulfúrico, lecturas interesadas de maltrechos diarios, lecturas apasionadas de cuadernos manuscritos, chistes pornográficos al alcance de mentalidades masculinas, miradas a las piernas de las niñas de primero, chistes pornográficos al alcance de mentalidades femeninas, insultos dirigidos a los amigos,

miradas a las nalgas de las niñas de segundo, peticiones de apuntes atrasados, discusiones feroces acerca de resultados de problemas, miradas a los senos de las niñas de tercero, unánimes comentarios despectivos acerca de la competencia de los catedráticos.

—¿Tú crees que habrá e-e-entrado ya? —Jorge tartamudea un poco al hablar y los tres compañeros de su curso (los cursos de Filosofía y Letras se desenvuelven habitualmente en régimen matriarcal) celebran siempre que coinciden con él delante de unas copas de coñac, o de unos vasos de whisky, o de unas botellas de cerveza, o de unas cañas de vino, que no haya cantado Misa definitivamente pues dadas sus peculiaridades fisiológicas sus Sacrificios lo hubiesen sido mucho más para los fieles que para él y habría terminado por perder clientela, cosa que (suele añadir Carlos que es el que tiene más mala leche) en un cura, a la larga, resulta nefasto. Y Jorge, que en el fondo conserva su sí es no es de creencias a pesar de haber colgado la sotana (o precisamente por eso) piensa que sus compañeros son un poquillo más irreverentes de lo necesario y apura el culo de su copa y pide otra ronda para cambiar de conversación porque lo que de verdad le molesta (aunque no lo confiese) es que le tomen el pelo por ser un poquitín tartamudo.

—Imposible. Son las y cuarto —Carlos mastica vorazmente un bocadillo de queso—. Aún faltan quince minutos —Carlos sabe que la clase de once suele empezar siempre a las once y media. Jo-o-orge Domínguez lo sabe también. Y lo saben todos sus compañeros. Y lo han sabido todos los alumnos que han pasado por el curso. Y lo sabrán todos los que pasen hasta que don Rogelio Perdomo se muera, o lo jubilen, o lo echen, si es que esa posibilidad fuese factible, o cuando menos hipotética, o incluso problemática. Don Rogelio Perdomo obtuvo la cátedra de Historia de la Lengua Española el veintiocho de mayo de mil novecientos cincuenta y dos después de unas brillantes oposiciones en las que le tocó desarrollar, entre otros temas, el problema terminológico de los tiempos verbales en el español. Desde el curso siguiente don Rogelio Perdomo asiste diariamente

a la Universidad con una maleta negra muy grande, aparca su primero Volkswagen, luego Fiat, después Citroën, mira el reloj, cabecea afirmativamente al comprobar que son las once y media y entra en la clase cerrando la puerta a piedra y lodo sin que ni ruegos ni explicaciones detalladas lo hayan conmovido jamás lo suficiente como para permitir a ningún alumno entrar en la clase después de haberse cerrado la puerta.

—Ci-i-ierto —asiente Jorge Domínguez mirando las caderas de una muchacha pelirroja que acaba de entrar—: todos los días entra a las once y media: y si tú vas a entrar, no te deja.

—Y hace bien —Carlos mira de pasada las piernas de la niña pelirroja que se ha detenido en el medio del bar—. Encima que te da media hora larga de descanso te quejas. ¿Tú sabes la de cosas que se pueden hacer en media hora...?

—¡Bu-u-ueno! —exclama Jorge Domínguez ponderativo sin saber exactamente lo que le ha preguntado Carlos: la niña pelirroja está, realmente, muy rica.

—En media hora puedes fumarte un cigarrillo, puedes comerte un bocadillo, puedes mear, puedes mirar piernas de niñas pelirrojas —vuelve la cabeza despectiva: oyó lo que Carlos dijo—, puedes recapacitar sobre los problemas universitarios, puedes, incluso, con suerte, tocarle el culo a una alumna de primero (las de quinto lo tienen caído), puedes, en fin, beberte un coñac, o una cerveza, o un vino, o un piper mint, que, como debes saber, es un afrodisíaco, o sea que te excita mucho, o sea que te la pone tiesa a poco que te descuides, es decir, que te la pone así.

—¿Te pa-a-agas la copa o no? —Jorge Domínguez está acostumbrado a escuchar a Carlos y después volver sobre lo que realmente le interesa.

—Es muy tarde —Carlos traga el último pedazo de queso—. Va a entrar Rogelio y nos quedaríamos fuera. Resultaría imperdonable no escucharle lo de la yod cuarta: a mí me apasiona.

—Vete p'al carajo, coño —Jo-o-orge Domínguez, evidentemente, no es un hombre capacitado para la dialéctica. Carlos, de todas maneras, sabe que a Jorge Domínguez lo que de verdad le gusta es que paguen los demás, a pesar de que su padre nunca le discute cuarenta duros, ni siquiera sesenta, y puede, puede, que ni ochenta, si lo apuran mucho. Para Carlos, Jo-o-orge Domínguez es más agarrado que el pasamanos de un ministerio y por eso sale del bar con las manos en los bolsillos y silbando *El Puente sobre el Río Kwai*. Jorge Domínguez sale detrás, pero no silba nada.

Alrededor de la niña pelirroja ya están tres universitarios que le ríen las frases, le ofrecen fuego o procuran llamarle la atención. La niña pelirroja, en medio del bar, en medio del ruido, en medio del quehacer académico, en medio de los alumnos, de los profesores, de los bedeles, de las clases, de las asignaturas, de las discusiones, de los insultos, de los gritos, de los tacos, piensa que la Universidad de La Laguna es una institución muy interesante, es una institución muy simpática, una institución por la que merece la pena venir de Lanzarote y estudiarse, aunque sea, el lativo de Jakobson. La niña pelirroja se siente satisfecha. La niña pelirroja es feliz. Aparte de eso, la niña pelirroja está buenísima.

¿Dónde fue Alberto?, pregunta Rafa sin levantar la mirada del vaso de whisky que Paco le acaba de poner delante, mientras José Luis atiende escrupulosamente la cantidad de soda, ¡ya!, que le añaden al suyo, salpicando las últimas gotas encima de la barra que se ha quedado vacía desde que Manolo apuró su último vaso, mañana tengo que madrugar, de verdad, Rafa, joder, y salió con la cabeza hacia delante como embistiendo, éste también da cada plante, rezongó Rafa, al tiempo que encendía un cigarrillo. Al fondo del local, en una mesa cercana a la escalera que sube al restaurante, una pareja toma café sonriendo en silencio, y el chico del bar barre mirándola de reojo, como si le molestara para su menester.

—Coño, Alberto —gruñe José Luis mirando a Rafa de reojo—, pues no hace rato ni nada que se marchó.

—¿Y por qué se ha ido hoy todo el mundo tan pronto y nos han dejado solos? —pregunta Rafa extrañado.

—A lo mejor porque son las doce y cuarto —responde José Luis encogiéndose de hombros—: los problemas laborales, los problemas matrimoniales, los problemas familiares... No todo el mundo está de rodríguez, como tú.

Y José Luis se ríe saboreando un buchito de whisky, mientras Rafa comenta que hay que celebrar eso de que se hayan encontrado un rodríguez eventual y un rodríguez perenne, y que no valen excusas de ninguna clase, por lo menos hasta no terminar los dos whiskys, bebiendo otro buche y pasándose la lengua por los labios, no, coño, oye, tú, protesta José Luis encendiendo un cigarrillo, que yo mañana tengo que, que te conozco y; Paco, desde detrás de la barra, recogiendo la coctelera, el paño, las especies, la angostura, los mira de reojo como tantas otras noches los ha mirado, y puede que tantas otras noches los vuelva a mirar, tú tómate otro whisky, ordena Rafa decidido, y no te preocupes de lo que tengas que hacer dentro de diez horas, que no hace al caso en absoluto; bueno, sí, bueno, sí, asiente José Luis, que te conozco y, que tú siempre te agarras a lo primero que te encuentras, que no sé cómo puedes, joder, ustedes los godos parece que no terminan nunca... La pareja que tomaba café en la mesa del fondo, al lado de la escalera, ha pasado muy despacio, sonriendo parsimoniosamente, buenas noches, adiós, buenas, por detrás de Rafa y José Luis y ahora están en la calle, al otro lado de las enormes cristalerías que muestran el mar como en un escaparate, abriendo las puertas del coche, un Fiat 125 que está aparcado justo, justo, enfrente de la cafetería.

—Godo, sí —se engalla Rafa—, pero te enseñó la isla cuando quieras.

—No, yo no quiero. Y menos a esta hora.

—Vaya, hombre —sonríe Rafa—, ahora te ha dado por la seriedad... Como si no te conociéramos..., que menu-

do mar de fondo teníais Aurora y tú el sábado por la noche...

—Lo que pasa —protesta José Luis levantando un poco la voz— es que yo no tengo que esperar, como tú, a que mi mujer se vaya dos días a Las Palmas para cargarme una noche si me apetece...

Las luces del local parpadean, como casualmente, ya nos echan, joder, acusa Rafa desentendiéndose de las palabras de José Luis que ahora pregunta qué hora es dando vueltas al vaso en la mano, y levanta la mirada interrogativa hacia Paco que sonríe profesionalmente, diga, don José Luis, desde su chaquetilla impecable, mientras el chico termina de poner las sillas encima de las mesas ahora que, por fin, la pareja que tomaba café al fondo ha salido, ha subido al Fiat 125 y se ha marchado. José Luis, sonriente, haciendo bambolear el fondo de whisky que le queda en el vaso, charla con Paco, el barman, no, no señor, es que a esta hora, el dueño, mientras Rafa, con la cabeza agachada enciende un cigarrillo, o sea que nos dejan sin un whisky que llevarnos al paladar, ¿verdad, Paco? y José Luis sacude la cerilla, la ley seca, ya se sabe, mientras Paco sonríe profesionalmente sin enterarse muy bien del diálogo, ¿qué coño ley seca?, gruñe Rafa, esta noche inundamos lo que queramos, y se baja del taburete casi de un salto, con la corbata un poco torcida, ¡vamos allá!, el cigarrillo en la mano y la sonrisa en los labios, no te embales, coño, tranquiliza José Luis sacando un puñado del bolsillo en el que se amalgaman algunos billetes verdes, bastantes marrones, dos o tres tarjetas de visita, algunos décimos de Lotería de color verdoso, Paco, psch, alargándoselo al barman que sigue sonriendo con deformación profesional, mientras Rafa, vamos, coño, one moment, please, se ha dirigido a la puerta y espera a José Luis allí fumando lentamente y mirando las luces del muelle que oscilan al otro lado de la calle, buenas noches, señores, un poco más lejos.

(Se sentaron a la mesa en silencio, envueltos en la brisa yodada que saltaba por encima de la barandilla de hierro, embalsamados en los residuos de la sal que les quedaba adherida a los cuerpos fundidos en el sol que los había dominado un rato antes en la piscina, cuando estaban cómodos, tendidos sobre las losetas abrasadoras refrescadas por los charcos que se iban evaporando rápidamente, ¿tú no crees que él hará... demasiadó sol aquí fuerá?, porque él había elegido aquel restaurante al aire libre después de pasear un rato, porque le pareció cómodo y agradable, sin reparar en que tal vez fuera demasiado caro, debes ir, coño, debes ir y lleva dinero por si acaso, eso nunca se sabe, sí hombre, me la voy a follar, no seas tonto, se burlaba el día anterior. Ahora sonreían frente a frente, después del paseo por San Telmo sorteando tenderetes al aire libre, es bonitó estás objetós de piel, vendedores de *souvenirs*, pintores callejeros con apuntes naturalistas en colores muy chillones de los lugares colindantes, ui, petetr, me il ne son pa de choses de lile, dejándose llevar un poco por la voluptuosidad del baño, por la brisa que de cuando en cuando cruzaba la estrecha avenida, agitaba los cabellos, como ahora, amenazando llevarse el pañuelo anudado al cuello, sonriendo ambos, rompiendo un poco la abstracción, pero volviendo a ella en seguida como antes, en la piscina, empapados, tendidos sobre las toallas con las cabezas juntas, oliendo su perfume, enmascarado ahora por el aroma del bronceador y por el agua del mar, relajándose en esta voluptuosidad del aire libre, tan diferente de la de la pista de baile, de la del paseo nocturno bordeando la playa de rocas, de la de la puerta de los apartamentos, voluptuosidad agradable, en la que no hacen falta palabras, en la que todo es muy sencillo, muchísimo más sencillo de lo que se podía suponer, de lo que se podía imaginar, de lo que se podía

temer durante el viaje en la guagua, durante las dudas y las conversaciones con César y con Jorge, de la misma manera que es cómodo, sin saberse muy bien por qué, este silencio delante de los platos vacíos, nuevos, vírgenes, sobre el mantel blanco, esperando en la ignorancia de lo que va a pasar, sonriendo, notando bajo la mesa el contacto de su rodilla, un contacto casual, ingenuo, involuntario, que se convierte de pronto en una premonición, en el seno acariciado fugazmente al colocarle la toalla, en los muslos encontrados en la viscosidad huidiza del agua verde de la piscina, en los hombros abarcados ayer noche durante el paseo, esta mañana al sentarse a la mesa, infinitamente más significativo que el contacto buscado de los sexos en el baile, *me non, il-y-a asé vant, le soleil nes pa mové avec de vant*, y otra vez el silencio expectante, lleno de todos los momentos pasados y de todos los momentos que están a punto de venir inminentemente, pero que no se puede saber en absoluto, desde este presente que no existe como tal, en qué consistirán, que se reducen a la proyección sobre el brillo hiriente de la tarde soleada de todas las piezas del rompecabezas que giran en torno a esta mesa de mantel blanco, de cubiertos relucientes, de flores diminutas en un búcaro, el perfume rojo de los labios femeninos, el contacto de su piel bajo el agua, sobre las losetas calientes de la piscina, en la calle atestada de vendedores, al borde de la mesa, la proximidad de sus cabezas sintiendo el naranja difuso del sol encima de los párpados entornados, el viaje en guagua sin saber muy bien por qué, el paseo junto a la barandilla metálica de la avenida, la sonrisa que en este momento preside la mesa, el mediodía, el almuerzo, la vida toda, el color del barniz del portal de los apartamentos.)

Por las ventanillas del coche de Rafa entra un fresco muy agradable que llega a resultar reconfortante después del calor pegajoso del bar de Paco que debe haber cerrado ya a estas horas. José Luis decidió dejar su coche en la puerta de la cafetería, no vamos a ir en dos coches, coño, José Luis, joder, insistió Rafa al detenerse en la acera que miraba al mar mientras encendían dos cigarrillos, se alisaban el pelo, se abrochaban la americana, se secaban el sudor; es que tú, Rafa, la brisa del mar les quitaba de encima el embotamiento de algunas de las rondas de whisky, siempre la lías, caramba, decía débilmente José Luis dirigiéndose ya hacia el Mercedes de Rafa, ¿yo liarla, liarla yo?, sí, coño, joder, que la lías y después te entretienes, José Luis abría ya la puerta del coche, y la cosa se prolonga, que te conozco, ¡que no, hombre, que no!, y después me quedo colgado, y tengo que esperarte..., ¡venga, hombre, coño, venga! En la Vuelta de los Pájaros, ¿por qué llamarán Vuelta de los Pájaros a esto, José Luis?, ¡vete tú a saber!, cuando el coche pasa de segunda a tercera y el ruido del motor se suaviza, da la impresión de haber salido por completo del ámbito de la ciudad, de que las dimensiones son otras y el tiempo se mueve con otro ritmo diferente, hace una noche agradable, ¿verdad?, sí, agradable sí. En el interior del Mercedes sólo se agitan la aguja del cuentakilómetros y las puntas de los cigarrillos de Rafa y de José Luis brillando en la semioscuridad.

—¿Por qué se fue Alberto tan pronto esta noche?
—pregunta José Luis.

—Cualquiera sabe —dice Rafa encogiéndose de hombros—. Alberto está raro últimamente.

—¿Tú crees?

—Sí. ¿Tú no?

—Bueno, ha estado raro siempre, ¿no? —José Luis arroja la colilla que se convierte en una constelación de brasas diminutas rebotando por la carretera—. Ha vivido un poco aparte: con su pintura, sus preocupaciones, sus problemas, sus cosas... Últimamente ni siquiera la pintura.

—Pero antes era distinto.

—¿Qué coño antes? —protesta José Luis volviendo la cabeza hacia Rafa—. Si tú lo conociste hace cuatro días como aquél que dice.

A medida que la carretera asciende en una escalada casi vertical, por estos caminos de cabra, dice siempre Rafa, hay que meter la segunda en cuanto te descuidas, a medida que la carretera asciende trepando por la noche, la ciudad, Santa Cruz, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz la Nuit, ¿y qué ha sido de Paco Pimentel?, ¿de quién?, de Pimentel, ah, no sé, ya hace tiempo que no escribes, a medida que la carretera asciende, la ciudad va apareciendo como algo más alejado de la noche, de la escalada, de este camino vecinal, camino de cabras dice Rafa siempre, que hasta hace poco fue la carretera principal; cuatro días no, José Luis, que ya serán doce años, ¿doce años?, ¿y qué?, nosotros hicimos la Primera Comunión juntos, que por cierto Alberto dijo unos versos cursilísimos que yo me aprendí después de memoria para joderlo; estaría fatal Alberto con esa cara diciendo versos, porque tendría ya la misma cara. Hombre, no sé, iba sin gafas, era otra cosa..., pues yo no me lo puedo imaginar de otra manera; abajo, a la derecha del coche, a la derecha de José Luis que viaja en el asiento de la muerte, brillan todavía las luces que sitúan la ciudad que ha pasado, ya, a formar parte de otra dimensión mientras el coche sigue rodando en el silencio de la carretera plagada de baches.

—Pero yo creo que ha cambiado —insiste Rafa—: que antes era otra cosa.

—Que se hace viejo, no sé.

—Nosotros somos más viejos. Los dos.

—La soltería, la mala vida...

—¡Pero si se fue a acostar! —protesta Rafa—. Mala vida sería seguir de juerga con nosotros hasta vete tú a saber qué hora.

Cuando Rafa arrancó el Mercedes, con un salto como de impaciencia, de la acera de la Avenida de Anaga, cerca del bar de Paco que cerraba ya, José Luis todavía miraba con una cierta nostalgia el coche suyo que se alejaba en su

inmovilidad, oye, tú, nada de vete a saber qué hora, que mañana tengo que, venga, venga, para un día que uno está de rodríguez; entonces el coche de José Luis permanecía lejano e inaccesible, prácticamente en otra dimensión completamente distinta de ésta de la carretera nocturna llena de baches desde la cual la ciudad, con el coche dentro aparcado en una de sus calles cerca del mar, se ve ya, para bien o para mal, como una cosa completamente diferente, estarás de rodríguez tú, José Luis se rebulle en el asiento nervioso, que mi mujer está en casa y bastantes, venga, venga: si tú estás de rodríguez todo el año, cabrón, el coche asciende por la carretera para arriba, no sé qué suerte tienes..., sí, suerte, déjate estar..., da la impresión de que el Mercedes de Rafa asciende sin rumbo fijo, alejándose tan sólo, metiéndose en la noche como en una extraña escala de Jacob que llevase a otros mundos ignorados situados a mucha distancia de las lucecitas todavía encendidas de la ciudad real que lo aguarda, lo aguardará, seguro, en un momento o en otro, abajo, cerca del mar.

—No, de verdad —insiste José Luis ya más tranquilizado encendiendo un cigarrillo—, que mañana tengo trabajo inaplazable.

—Inaplazable, inaplazable... —Rafa parece satisfecho pisando a fondo el acelerador en contra de la gravedad—, ¿es que hay algo realmente inaplazable?

—En principio nada, claro —José Luis sonríe—, pero en definitiva es cuestión de matices.

—Nos hemos convertido en personas importantes, ¿verdad?

—Algo de eso —asiente José Luis poniendo los ojos en blanco—. ¿Quién nos lo iba a decir?

Bueno, es lo normal, José Luis se rasca una ceja sin parecer muy convencido mientras el coche asciende, lo normal, lo normal, no, normal, tampoco: depende de la suerte, asciende por trozos de carretera que sólo se iluminan por las luces largas, cortas ahora en el cruce, del Mercedes, bueno, déjate estar de cosas, no son cosas, Rafa, nos ha ido demasiado bien, ¿no?, piensa un poco, asciende solitario

cruzándose, muy de vez en vez, con algún taxi, algún camión, ¡cambio de luces: las cortas, las de cruce!, que baja, joder, si ya lo pienso y lo he pensado, los títulos universitarios fueron una panacea en un país como el nuestro en unos años como los nuestros: un economista en el cincuenta y siete, joder, asciende metiéndose en el túnel negro de la noche y dejando atrás el túnel negro de la noche, yo soy abogado, nada más, bueno, ¿y qué?, pues un abogado, asciende, asciende, asciende, a otros no les ha ido tan bien, mira a Castro, asciende, asciende, asciende, es de otra generación, ése es distinto, ¿distinto?, sí, distinto: ni tiene carrera, ni tiene nada que ver con nosotros: fue de los de la postguerra, de los que lo dejó todo en el aire, es otra cosa, pero lo nuestro es lógico, asciende sin preocuparse demasiado de hacia dónde, asciende, bueno, sí, pero no sé, mira a Alberto, joder, Alberto es diferente, asciende, por hacer tiempo, como diría Rafa si le preguntaran a dónde va, asciende, asciende, ¿por qué diferente?, no sé, ya digo que está raro, que siempre fue raro, su pintura, sus cosas, se complicó demasiado la vida, se la sigue complicando, no sé, asciende, asciende, asciende.

—¿Pero tú dónde vas, coño? —pregunta José Luis mirando de repente por la ventanilla.

—No lo sé. Por hacer tiempo.

—¿Qué hora es?

—Pronto, hombre, pronto —y acelera.

Enfrente del caballete, rodeado por lienzos emborronados, por apuntes inservibles, por trapos sucios, por alguna silla deteriorada, Alberto enciende un cigarrillo con la mirada perdida blandamente en el polvo de días y semanas destacándose sobre el haz luminoso que entra por la ventana alta; ese polvo luminoso que siempre lo ha intrigado, que llegó a constituir el tema de su primera exposición, la del cincuenta y cinco, su homenaje secreto a *Las Hilanderas*, a la materialización de la luz en algo sólido, contundente, denso, que puede agarrarse con las manos, apretarse, ex-

primirse, hasta que suelte la esencia de esa claridad cochina que constituye la base de lo que Mesa llamó "existencialismo plástico" en un artículo del periódico sobre la exposición de Alberto, en aquellos años cincuenta en que se veían existencialistas por todas partes. A la derecha, detrás de la puerta, apoyados en la pared, están los primeros lienzos de la serie que se pensó numerosísima en un principio y que tenía que haber inaugurado la temporada de exposiciones del Ateneo en el año..., ¿fue el antepasado o el otro?, duda Alberto, mientras se acerca a ellos con la mano derecha metida en el bolsillo, dándoles la vuelta uno por uno, colocándolos el uno al lado del otro, tres, cuatro, cinco... nada más, quitándose las gafas, frunciendo los ojos, a distancia ahora, con más perspectiva, ahondando en los matices, en las figuras femeninas que se desdobl原因 a partir de sí mismas, ahondando en el cuadro del centro, el último de los pintados —mil novecientos sesenta y siete reza la firma— donde esa figura femenina, esa única figura femenina, aparece casi desvaída por completo, a punto de hacerse invisible en una mezcla de etereidad que la difumina y una cruel insistencia en oprimirla con ocre matizados concienzudamente, cruelmente, y piensa Alberto que tal vez el sexto cuadro de la serie no llegó a pintarlo nunca porque no hubiese sido posible distinguir en él esa figura femenina que le daba el tema: habría quedado aplastada, oculta totalmente por los colores duros, por las luces sólidas que se superpondrían rabiosamente. Pero sabe también que no se llegó a pintar porque se pasaba las tardes jugando a los dados con Rafa y con José Luis y con Manolo, y la mayoría de las noches dando vueltas con ellos por ahí o sentado en un taburete del cabaret charlando con Remigio, y apenas pisaba el estudio más que en ratos libres, como ahora; y se quita las gafas frotándose los ojos con el dorso de los dedos, asimilando la oscuridad caliente del ático de madera, mientras sacude la cabeza, como quitándole importancia a la cosa, como si no mereciese la pena darle vueltas a todo eso a estas alturas, cuando la exposición no se hizo y no se hará, fuera por lo que fuera, sin que tuviera nada que ver lo de los

dados o lo del cabaret o lo de las madrugadas en Casa Felisa, que él empezó a salir con Ricardo mucho antes de su primera exposición, y la hizo de todas maneras; y ha seguido saliendo con todos ellos después de la serie interrumpida de las figuras femeninas (*El Serrallo del Onanista*, como lo llama Rafa), y ha seguido pintando, aunque otras cosas: el cuadro que le regaló a José Luis, los que les vendió a Manolito Trujillo y a don Roque; y esos cinco lienzos apoyados en la pared no pueden tener nada en absoluto que ver, se reafirma Alberto casi mascullando las palabras, volviéndose de espaldas a ellos y deteniéndose a contemplar, casi instintivamente, el enorme retrato de Margarita colgado en la pared, del que no le hace falta mirar la firma para recordar en qué momento preciso, en qué instante preciso, fue realizado, en el otoño de mil novecientos cincuenta y seis, después del viaje a Francia, cuando las cartas apasionadas cruzadas con Barcelona y todo lo demás. Enciende otro cigarrillo sin dejar de contemplar el retrato, el modelo de las múltiples figuras femeninas que se repiten en los cinco lienzos de la pared de enfrente, rememorando a través de las largas chupadas las numerosas tardes de la espátula en la mano, el trapo desgarrado con el que limpiaba los pinceles y que procedía de una camisa que se partió de arriba a abajo al sacarla de la maleta y quedarse enganchada en el asa, la botella de Licor 43 con el agarrás, y la luz sólida cayendo constantemente sobre el caballete, evidenciando el polvo del lienzo, de la habitación, del atardecer, sirviéndole de único modelo para la obra que realizaba pletórico de aquel explosivo optimismo vital que se trajo de Europa, con el que se encerró semanas y semanas en la buhardilla, leyendo, tomando notas, pintando, y adoptando la decisión valiente de olvidarse de las seis asignaturas que lo separaban del título universitario, porque eso, al fin y al cabo, delante del caballete, del recuerdo de Francia y de Barcelona, del haz luminoso que lo machacaba día a día contundentemente, de la botella de Licor 43, incluso, no podía tomarse en serio de ninguna manera. Ahora Alberto se acerca al lienzo para comprobar si una sombra lo es realmente y no un

agujero, corroborando con los labios apretados sobre el cigarrillo que efectivamente no se podía tomar en serio de ninguna manera la carrera, como no se podía tomar en serio tampoco la oficina provisional de seis mil —ahora doce mil— pesetas al mes, que a estas alturas, ya no queda más remedio, se debe aceptar sin remordimientos, sin arrugar la frente porque ya no vale. Alberto levanta la cabeza hacia la ventana con el cristal roto, por donde el haz luminoso, ese haz luminoso que solidifica la luz, ha dejado de entrar, recordando instantes precisos, las docenas de instantes precisos en que en este mismo lugar notaba que la columna de sol polvoriento había dejado de entrar, instantes que lo sorprendieron con el pincel en la mano, preocupado por los problemas técnicos que esa luz escatológica y escatológica planteaba sobre el lienzo, sobre los lienzos que se sucedían, que se fueron sucediendo a la vuelta de las clases de Derecho Civil, antes de lavarse, afeitarse, cambiarse de ropa y discutir hasta el amanecer (en el Águila, en la Peña, en Casa Felisa) sobre la esencia de la luz, sobre su problemática, sobre sus posibilidades infinitas, ilimitadas al menos, mientras la serie *Dentro de la luz* (subtitulada mentalmente *Pequeño homenaje a Las Hilanderas*) avanzaba con nuevas muestras, Alberto sonríe, de existencialismo plástico, de las que hoy no conserva ninguna y en cierto modo se alegra. Mira el reloj y la ventana alternativamente pensando que ya no es hora de ponerse a pintar, que, en caso de que merezca la pena, se deberá intentar en otro momento, no a las siete y pico, casi sin luz, así, como de improviso, como pintando por pintar. Y abre la puerta del estudio pensando en tantos y tantos cretinos que descubrieron el bodegón, o la marina, o el *collage*, cuando ya estaban agotados total y absolutamente; pensando que hay que encontrar en todo algo fundamental, definitivo, o dejar de intentarlo porque sí, por tirar barro a la pared, colores al lienzo, como él creyó encontrar la luz en un momento determinado, o esas radiografías femeninas, sonríe pensando en Rafa otra vez, que no pudieron conducir a ninguna parte, ¡por lo que sea!, y que ya pertenecen a otro mundo inamovible; y vuelve

atrás desde la puerta, al advertir los cinco lienzos que continuán alineados contra la pared, recogiénolos mientras por la ventana alta se empiezan a tamizar las sombras. Alberto piensa que es una buena hora para salir un rato, charlar con alguien, tomar una copa.

El Mercedes va dando tumbos por el camino pedregoso y oscuro, mientras Rafa canturrea una cancioncilla y José Luis tamborilea sobre la capota sacando el brazo derecho por la ventanilla, estamos mudos, ¿no?, bueno, total, da lo mismo, y es preciso echarse bastante a la derecha para dejar pasar a un *jeep* que viene en dirección contraria.

—Mira que venir al cabaret en un jeep...

—A lo mejor no viene del cabaret —gruñe José Luis.

—Por esta carretera no se viene de otro sitio, hijo.

—Más allá del puente habrá otros sitios, ¿no? —insiste José Luis sin dejar de tamborilear en la capota.

Los últimos minutos de viaje han sido silenciosos. Prácticamente desde que salieron del extraño bar de camareras Rafa se ha quedado un poco molesto, coño, joder, había dicho, la cosa es tomar una copa en cualquier sitio para empezar la noche, porque José Luis había protestado que si esto es sucísimo, que si estas ancianitas son unas guarras, esto es para niños de preu con muy buena voluntad, caramba, y aun así, y siguieron con cara larga todo el rato, ya te digo que la cosa es tomar una copa en cualquier sitio, ¿no?, sí, en cualquier sitio, sí, pero aquí...; en cualquier sitio, y si éste está cerca, pues aquí, y desde que se subieron al coche los dos se quedaron con el ceño fruncido y Rafa arrancó bruscamente con el ceño fruncido, tampoco hay que liquidar la batería en una noche, la batería es mía y la noche también, tu noche, puntualizó José Luis, y estuvieron en silencio durante casi todo el viaje de vuelta, salvo las cancioncillas de Rafa y el tamborileo de José Luis; es que tú me enredas y me enredas y si por lo menos me llevaras a, déjate de historias, había contestado Rafa un poco molesto en el mostrador del bar de camareras, si viniste conmigo es

porque te apetecía, me apetecía ir a un sitio agradable, pero aquí... y la conversación se fue enfriando delante de los vasos de whisky y de la camarera, de mediana edad, todo hay que decirlo, que les había servido.

—¿Aparcamos, no? —pregunta Rafa dejando la cancioncilla ininteligible.

—Hombre, por mí.

—Mira, José Luis, estás esta noche...

—¿Estoy yo o estás tú?

El coche, siempre dando tumbos entre las piedras irregulares del terreno, busca lugar donde arrimarse, en la explanada de la izquierda del camino de segundo, tercer más bien, orden. De las salas de fiestas cercanas, ¿por qué se tiene tan poca originalidad de poner todos los cabarets juntos en este maldito país?, preguntaba al principio Rafa, recién llegado de Madrid, aún soltero, cuando todavía no conocía a José Luis, salen músicas diferentes y chillonas que se mezclan en la explanada por la que rebota el coche de Rafa, para no tener que estar cogiendo taxis, hombre, le explicaba Alberto a Rafa, sale mucho más barato, hiriendo con las luces de carretera que no había desconectado, embebido tercamente en su cancioncilla, *La Bámbola*, una copa se toma en cualquier sitio, ¿no?, y tras un pesado silencio, en cualquier sitio menos delante del putón éste que parece la mujer de la limpieza de mi oficina, gruñía José Luis sin levantar la cabeza, tercamente, ustedes los godos tienen un buen gusto femenino para estas cosas, la camarera, con una blusa llamativa, lo único llamativo de su desgarbada figura, ponía discos en un pequeño *pick-up*, mira, José Luis, y Rafa sonreía como casi siempre que estas discusiones se prolongaban a lo largo de la noche, o de la tarde, estás como cuando no quieres: para que te jodas, coño, y separaba mucho las sílabas al hablar, como buscando un efecto humorístico, los godos no tenemos gusto, pero las canarias, que están buenísimas, se casan con los godos, mientras el disco que sonaba, que empezó a sonar en ese momento, era una canción de Peret, ésa de la lágrima y la arena y vuelta a la lágrima, sin que José Luis levantara la

cabeza sin hacer caso de las bromas de Rafa pero con una media sonrisa en los labios, te casarás con una canaria, pero tienes que buscarte una querida, y aprovechando la pausa, mientras el disco decía quién la pudiera pudiera encontrar, una querida que es goda, porque era goda, ¿no?, y Rafa retiró la sonrisa y dijo, mira, coño, vete al carajo y ya no hablaron más mientras el disco terminaba y la camarera puso otro y después otro y después, cuando se levantaba renqueante para poner otro, que definitivamente no puso, se marcharon.

—Aquí no habrá putones jediondos, ¿no? —dijo Rafa muy serio con el motor encendido todavía.

—Cuando nos bajemos lo veremos, ¿no?

—Si sigues así —dijo Rafa después de una pausa— nos vamos a dar la noche.

—¿Yo? Sigues tú en todo caso.

—Bueno, venga, que tú también...

—¿Yo? Tú que todavía le das importancia a productos de consumo, por llamarlos de alguna manera.

—Si no es eso, coño, pero tú no te das cuenta...

—Bueno —corta José Luis—, mejor sería dejarlo ya que estamos aquí.

Cierran la puerta del coche, se abrochan las americanas, Rafa enciende un cigarrillo, y atraviesan despacio la explanada. Siguen en silencio, como durante el viaje, a la vuelta del bar de camareras, ¿cómo se llamaba ese cuchitril?, preguntó ásperamente José Luis al cabo de un rato de arrancar, ¿eh?, hizo Rafa que lo había oído perfectamente, no, nada, y el coche siguió rodando en silencio hasta que Rafa comenzó a tararear la cancioncilla y José Luis, al poco, sacó el brazo por la ventanilla y siguió el ritmo acompañándolo sobre el metal de la capota.

¿Cristina? Eduardo. ¿Conoces a tantos? ¡Muy bonito, hombre, muy bonito, encima que trato de vencer mi terrible timidez...! ¿Que no...?: Lo que pasa es que la disimulo, pero encima que trato de vencer mi terrible timidez, ya te digo,

para llamarte por teléfono y eso, resulta que ni siquiera te acuerdas del santo de mi nombre...: estoy a punto de colgar, pero, ¡en fin! ¡Confiesa que te habías olvidado por completo de que te tenía que llamar un día de éstos para recordar el encuentro casual de un domingo casual! No, no, el martes, no: quedamos en que un día de éstos, ¿eh?: un día de éstos, en abstracto. ¡Hombre, es que si no, se perdía el interés! ¿Tú sabes lo aburridísimo que es eso de decir Te llamo el martes y, ¡tas! (mejor dicho, ¡ring!), el martes, como un clavo? ¡Qué horror! ¿O va a resultar que tú eres una de esas mujeres que se toman en serio los horarios, la puntualidad y todas esas cosas? ¿Sí? ¡Qué horror, no me lo creo! ¿Pero puntual, de verdad, de verdad, así en serio? ¿O sea que si yo ahora te digo que nos vemos esta tarde a las siete donde siempre...? ¿Cómo que dónde es donde siempre? ¿Cuántas veces nos hemos visto tú y yo? ¡Ah! ¿Y dónde nos vimos esa única vez que nos vimos? ¿Entonces...? ¡Pues ahí es donde siempre, hija, ahí es donde siempre...! ¡Parece mentira! ¿Ah, sí...? Sí, sí... De acuerdo, de acuerdo, sí..., pues hasta luego, entonces... ¿Cómo que no sabes si...? Mañana, claro... Ya me parecía a mí... Pues eso, que no eres tan puntual como dices... Hombre, naturalmente... ¡A ver! Si en vez de vernos hoy como digo yo, nos vemos mañana como dices tú, resulta que te presentas con veinticuatro horas de retraso... ¡Ja, ja, ja...! No se llama frescura, se llama sofisma, pero para el caso es lo mismo. Sí. Te permito, incluso, que lo llares frescura. Old raid. ¿A las siete, entonces? Las ocho es muy tarde, mujer, no merece la pena. Hombre, porque no me va a dar tiempo de cogerte la mano y todo eso... Razón de más, mujer: si eres formalita necesitaremos más tiempo, ¿no? ¡Ja, ja, ja...! Exactamente: eso es otro sofisma, pero también lo puedes llamar frescura. A lo mejor aciertas. Sí. De acuerdo, de acuerdo, sí. A las siete y media, entonces. Pero en puntual, ¿no? A ver si es verdad. Hasta luego, darling.

Porque las cumbres azuladas, añiles y marrones cambian de dimensiones por completo cuando se las contempla desde una perspectiva diferente; cuando se las contempla desde arriba y no desde enfrente, cuando sus aristas se nos aparecen planas suspendidas en el aire, acariciando el grueso cinturón gris que todavía no hace un momento que nos han mandado abrocharnos. Y realmente todo adquiere otro matiz desde la altura, volando hacia el continente que siempre, siempre, siempre, es Madrid; cada vez con menos aparatosidad, dándole menos importancia, con menos intervalos de tiempo, con menos premiosidad en los trayectos, con menos baches en las rutas aéreas, con menos incomodidades, con menos días para desperdiciar, con menos ropa en la maleta, con menos encargos particulares que cumplir, con menos interés en el viaje, con menos horas libres para divertirnos, con menos energías también para hacerlo, con más preocupaciones, con muchas más preocupaciones que impiden pensar en la intranquilidad de la suspensión en el vacío, que ya no dura cinco horas y pico, como en mil novecientos cincuenta, ni cuatro como en mil novecientos cincuenta y siete, ni hace nunca escala en ninguna parte, como en aquel viaje cuando fue necesario detenerse en Sevilla, o cuando la reunión urgente con Ramírez que hubo escala en Casablanca, sino que apenas da tiempo de adquirir conciencia de esa perspectiva a la que nos referíamos, esa visión de la isla como cosa diferente, como terruño contemplado con desapasionamiento desde fuera, sintiéndonos, por primera vez, espectadores de ella, de nosotros. La primera vez (tanto tiempo sin haber salido jamás de la isla, tanto tiempo sin haber comparado, sin haber tenido oportunidad de) era la angustia, el miedo otra vez, el miedo de siempre, los distintos miedos, el miedo que venía a sumarse a tantos miedos que aún no se habían (aún no hemos) superado totalmente, y a todos los nuevos miedos que se habían conocido en los últimos años; un miedo intelectual y físico, espiritual y biológico: miedo al avión planeando sobre lo azul, sobre los distintos azules, y miedo a la capital desconocida, y miedo a la urgencia de los asuntos a tratar

y a que la mercancía no estuviese ya en manos de Ramírez precisamente cuando, y miedo a separarnos (por primera vez en cuatro años, Dios mío, en cuatro años de leer La Tarde y de Rafaelito tirando de los pantalones) de la estabilidad conseguida contra viento y marea, mordiendo el miedo, los otros, los anteriores miedos, minuto a minuto, viendo pasar el dinero, los cheques, las letras, por encima de la mesa del despacho y sabiendo que puede faltar en un momento determinado porque no permanecerá estabilizado en la historiada caja fuerte del rincón, sino que hace falta para avalar o para adelantar o para comprar o para ingresar en; ¿cuántas veces nos abrochamos el cinturón mordisqueando el puro sin que la tarde anterior sospecháramos siquiera que?, teniendo que abandonar, ¡fueron tantas veces, en realidad!, cenas de compromiso, bailes de sociedad, fiestas de cumpleaños, mordisqueando siempre el puro, con la satisfacción de lo imprevisto, familiarizándonos cada vez con una cosa nueva, repasando perezosamente en el recuerdo los viajes anteriores, descubriendo, con la depuración que proporcionan las horas de vuelo, los nuevos alicientes, la familiaridad con la barra del bar del hotel en la que se aprende a pedir el mismo whisky que en la isla, con ese tono de la costumbre, la cafetería céntrica que tenemos en los labios desde las primeras conversaciones, a veces ya en Barajas, los espectáculos, el Pasapoga, el Micheleta, la Parrilla del Alcázar, los teatros, ese recordar, cogiendo el chicle del despegue, que hace un par de semanas vimos, hojeando el ABC, que Conchita Montes había estrenado algo con un título que nos hizo gracia y que pensamos que, ese citarse, desde aquí aún, con Ramírez o con Méndez a la una en el Buffet Italiano o a las siete en California o a las nueve en el Bar del Palace, ese aspecto familiar descubierto de un mes a otro en camareros y sirvientes, ese descubrimiento, ese último descubrimiento, ese definitivo descubrimiento del Madrid cómodo, cordial, de taxis y restaurantes, de salas de fiestas y hoteles, de camareros amables y camareras elegantes, de un Madrid familiar, nada hostil, prolongación continental de nuestros negocios, nuestro mundo y nuestra

familia, prolongación pasajera de nuestra isla, estable y gigantesca, verdadero continente al que se tiene, definitivamente, claro, que volver.

Cuando Rafa y José Luis cruzan el vestíbulo de la sala de fiestas apenas es la una y cuarto de la mañana. El portero los saluda, sobre todo a José Luis, con un guiño, y ante un gesto vago de Rafa, sonríe, da un paso atrás, se inclina ligeramente, como rechazando las explicaciones, como diciendo que no faltaría más, que por supuesto que a ellos no les va a exigir las entradas, que no hay más que hablar, que don José Luis es un buen cliente, que se le aprecia mucho, y a don Rafael también, pues hasta ahí podíamos llegar, que las entradas son para los magos, o para los estudiantes de preuniversitario, o para los pescadores japoneses, o para los viajeros catalanes, o para, buenas noches, Ramón, buenas noches, señores. En la sala todavía no hay nadie y Rafa y José Luis la contemplan desde los dos o tres escalones de arriba durante unos minutos, Rafa enciende un cigarrillo pausadamente mientras José Luis entra en la puerta de la izquierda, la de la chistera, y las diez o doce mujeres que esperan sentadas en las mesas, diseminadas por el local destartalado y espacioso en el que todavía hay demasiada luz y poco humo, lo hacen centro de sus miradas; Rafa guarda el encendedor, parpadea, se mete una mano en el bolsillo del pantalón, aspira una bocanada de humo, y cuando la expele pasa un camarero por delante de los escalones y lo saluda correcto, sin detenerse a preguntarle si desea una mesa o, buenas noches, y Rafa lo saluda y le sonríe, buenas noches, sin estar muy seguro de si realmente lo conoce de las últimas veces o sólo lo recuerda vagamente o simplemente lo saluda por rutina, no como a José Luis que seguro que a ése todos los camareros... A esta hora es aún demasiado pronto para venir al cabaret, y más un día laborable que no sea víspera de festivo; ya en la puerta se notaban pocos coches pero al fin y al cabo a esta hora hay pocos sitios a donde ir, y aunque el del aparcamiento se

encogió de hombros con complicidad como culpable cuando José Luis le dio una palmada y dos duros y le dijo poca gente, ¿eh?, da lo mismo de todas maneras. Y se acodan en la barra que está casi vacía, tan sólo dos borrachos que apenas alborotan en el rincón de la enredadera, la horrible enredadera de las flores de plástico al lado de la cual José Luis cuenta siempre que hace años casi le parten la cabeza a Alberto una noche en que, whisky, sí, y el camarero lo sirve ágilmente con la cabeza muy erguida, mientras algunas de las mujeres de las mesas se alían con la mirada preparándose ante la presencia del cliente.

—Ya te dije que no habría nadie —sentencia Rafa.

—No hacía falta que me lo dijeras: éste es el pueblo menos propenso a las expansiones nocturnales que conozco.

—Con estos ambientes no es extraño.

—Con este pueblo —corrige José Luis encendiendo también un cigarrillo— no es extraño el ambiente.

—Bueno... —se encoge de hombros Rafa bebiendo un trago.

—Si quieres nos vamos al de al lado. O al otro: Porque más no hay, pero te advierto...

—No, no, deja, ¿para qué? —dice Rafa—. Si acaso nos damos una vuelta después. Vamos a esperar a que pasen el espectáculo. Porque hay espectáculo, ¿no?

—Más culo que especta.

—¿Qué? —pregunta Rafa acodándose en la barra con el vaso en la mano.

—Que más culo que...

—Muérete, coño —dice Rafa a manera de juicio crítico paseando la mirada por las mesas ocupadas por mujeres elegantemente vestidas.

—Si quitas los sábados, siempre es igual. La semana pasada estuve aquí con Alberto y apenas había diferencia.

—¿Con Alberto? Así esta tarde se rajó nada más verte...

—Fue una noche tonta, tonta, tonta... Salimos de Casa Felisa a las cinco y pico de la mañana y después..., ¡un

follón del carajo, vamos! —concluye José Luis arreglándose la corbata inmaculada como satisfecho de que no le queden reminiscencias de aquello en un nudo mal hecho o en un cuello arrugado o en alguna mancha inoportuna. Aunque la corbata sea otra.

—Así estaba Aurora el sábado por la noche.

—No, oye —protesta rápidamente José Luis, como disgustado de la alusión—, Aurora te advierto que...

—Venga, venga... —sonríe Rafa—, si nos disteis la noche a todos, joder. Tú también vives en unos follones... O mejor dicho, en un follón continuo...

Cuando Rafa vuelve la cabeza hacia el otro lado, con los párpados estudiadamente entornados por una aparente suficiencia ante las cosas de José Luis, se encuentra con las avanzadillas de los ejércitos amazónicos que se lanzan al ataque invadiendo el mismísimo terreno de la barra: la que está más cerca de él, Holaaa buenas noches, resulta francamente desagradable de entrada, gruesa, sebosa, fea, mal vestida, Rafa piensa por qué demonios no impondrán en las salas de fiestas unos elementales baremos estéticos antes de contratar el personal, y frunce el ceño al tiempo que gira la cabeza hacia la otra, por si acaso se pudiera aprovechar, o para evitar que José Luis, al que ya conoce de otras noches y otros embarques, pretenda encajarle el feto de Holaaabuenasnoches, encandilado con la posible monada que la acompaña y que le gusta o le ha hecho tilín o le apetece por vaya usted a saber qué motivos porque José Luis cuando; pero no, la otra es el complemento, el antipolo de la esfera, piensa Rafa vocalizando con los dientes apretados, una cosa lamentable, de pena, de cagarse, qué horror, huesuda, cercana a la menopausia, qué horror, qué horror, Rafa no se explica cómo, a no ser que a estas mujeres las contrate el Ejército de Salvación, o la Casa Diocesana de Ejercicios, o el Obispado, o; y José Luis sonríe muy hombre de mundo mientras Rafa se mantiene hosco sin molestarse en mirar a los ojos a ninguna de las dos, no por vergüenza, sino porque le indigna, pensando que de copas ni hablar, ni una sola, a éstas ni un sorbo, no porque se vayan a sentar

con ellas, ¡ni a sentarse ni a ponerse en cuclillas!, pero es que hace falta cinismo para presentarse así, por las buenas, con esas fachas y esas pintas, Virgen Santa, como para entrar en el Mercado Común Europeo, vamos; qué va, qué va, dice ahora José Luis arrastrando mucho las sílabas, dulce, suave, acariciador, no, por Dios, copas no, de ninguna manera, ¿qué más quisiéramos nosotros?, y el feto segundo, el huesudo, sonriente todavía, ¡si debe tener halitosis...!, se reconcentra más y más Rafa, si hay que tenerlos así para atreverse, a esa edad, y José Luis amable, que hay que ver qué ganas, casi, casi, versallesco, y el feto primero tocándole el brazo a Rafa, no hombre, piensa, otra noche, con ganas de humor negro todavía, en plan cruel, porque se lo merecen, se las mete en la fuente de la plaza de la Paz, pero esta noche; y el feto primero que si qué solos estáis, coño, más vale estar solos, ilusa, qué va, prosigue José Luis sacándole el máximo partido a la situación, qué va, señoras, qué va, ¿por quién me toma, señora?, y el feto segundo que no la llame señora y José Luis que él respeta las canas aunque estén teñidas, qué va, qué va, ¿cómo les voy a dar alcohol a ustedes, por Dios? Si hubiera poleo, o tila, o malvavisco, pero alcohol, señoras, por Dios, y Rafa ya no puede más y se desprende de un giro brusco de la mano del feto primero que sigue rozándole, inconscientemente quizá, la americana y les da la espalda a ellas y a la pista de baile y se apoya en el mostrador metiendo la cabeza entre los hombros y rodea el vaso de whisky con las manos y decide no preocuparse de nada más por lo menos en mucho rato.

LA LAGUNA, DISTRITO UNIVERSITARIO

Sobre la tribuna del Paraninfo de la Universidad un joven delgado, de barba rala y mirada hosca, asegura acompañándose malamente por una guitarra que él no sabe si existe Dios, que tal vez sí y que tal vez no, pero que, en el caso de que exista, debe almorzar en la mesa del patrón; a su alrededor unos cuantos muchachos y muchachas vestidos

con un estudiado descuido preparan las próximas intervenciones, comprueban la fidelidad de los altavoces o se consultan, en voz baja, los textos redactados en unos papeles. Carlos, sentado entre Jo-o-orge Domínguez y Miguel Ángel, fuma en silencio contemplando el ir y venir de los universitarios que llenan las butacas, los siseos a los que no guardan el debido silencio, las risotadas de los que no se toman demasiado en serio los problemas laborales argentinos, las discusiones más o menos violentas, mientras el muchacho de la barba rala y la mirada hosca asegura en estos momentos que su abuelo murió en la mina sin doctor ni confesión.

—Qué co-o-oño... —exclama Jorge Domínguez que no puede evitar la tentación de hacer un chiste—. Si el abuelo de ese tipo, que era de Adeje, se murió en una ca-a-asa de pu-u-utas, palabra...

—Coñojorgequémallo —risotea Miguel Ángel con la boca muy abierta.

—¿Te cre-e-es que son co-o-oñas? —pregunta Jorge Domínguez inclinándose por encima de Carlos para hablarle—. Pregúntale a cualquiera, coño, que era de mi pu-u-ueblo. Cierto.

—Lo que es evidente —interrumpe Carlos encendiendo otro cigarrillo— es que el abuelo de este tipo no era minero precisamente. Y que el nieto no es cantante, está a la vista.

—Al oído —ríe Miguel Ángel.

—It is evident —aprueba Carlos.

—Coñocarlostútambién... —ríe Miguel Ángel—, no hay quién te entienda, coño. Bien que te gustaba antes esta misma canción. No hace tanto tiempo, ¿no?

—Me gustaba —protesta Carlos volviendo la cabeza ofendido— cuando la conocíamos nosotros solos, y la escuchábamos en un silencio respetuoso entre cinco o seis después de una cena con mucho vino. Y sobre todo, coño —añade señalando hacia el escenario—, me gustaba la canción cuando la cantaba Eduardo que canta como quiere. Y además, Miguel Ángel, ¡por Dios! —estalla haciendo un gesto despectivo

con los brazos—, si está demostrado que hoy en día tener un pariente que pertenezca al proletariado no tiene la menor importancia: hasta Víctor Manuel tiene un abuelo que fue picador en una mina, e incluso Serrat tiene una pobre tía soltera que ha trabajado toda su vida de secretaria de un abogado gandul... Lo que me jode no es escuchar a Atahualpa (caso de que "eso" sea Atahualpa), sino que Atahualpa llegue con ese retraso, cuando ya el elogio del familiar explotado lo haya hecho hasta la Nova Cançó Bilingüe.

El muchacho de la barba rala y la mirada hosca ha terminado de cantar entre calurosos aplausos y algún que otro irrespetuoso siseo. En el micrófono, ahora, Paco José, con un jersey oscuro de cuello subido, lee un artículo determinado del Proyecto de Ley de Educación que apenas resulta inteligible entre los murmullos, las conversaciones, los rumores y el continuo ir y venir de los universitarios en el patio de butacas. De las alturas llega alguna que otra broma apenas comprensible y alguna risotada burlona que hacen que Jo-o-orge Domínguez levante la cabeza con curiosidad. Paco José interrumpe por unos instantes su lectura, mientras se intensifica el desorden entre los espectadores, ¡reaccionario!, increpa una muchacha con gafitas, y unos cuantos de los organizadores, Bethencourt, Luis, se hacen señas entre sí y se dirigen al piso superior con paso decidido, ¡déjense de rollos que eso no son canciones!, irrumpe otra voz en medio del creciente maremágnum que ha obligado a Paco José a cruzarse de brazos con un gesto de desánimo, ¡maricones!, mientras los espectadores se rebullen en los asientos, ¡fascistas!, ¡y tú hijoputa! (la dialéctica, siempre la dialéctica en versión carpetovetónica, suspira Carlos), algunos se incorporan intentando localizar las voces, comentando entre sí, ¡si no te gusta te marchas!, levantándose en el asiento, tropezando en el pasillo, discutiendo con grandes gesticulaciones, mientras Paco José, en el escenario, al lado del micrófono, sigue con un gesto de desánimo, extendiendo los brazos hacia el público con una expresión de impotencia en el rostro.

—Co-o-oño, tú —dice Jorge Domínguez rebulléndose en la butaca y mirando a todos lados—. Yo me ma-a-archo que aquí van a darse una de ho-o-ostias que...

—Sícoño —aprueba Miguel Ángel mientras, dos filas más adelante, dos muchachos se enzarzan agarrados por el cuello—, a mí también me parece que el recital está a punto de terminarse.

—Eso es lo que no entiendo —comenta Carlos tristemente levantándose con desgana de la butaca—: que escuchen en silencio al tipo aquél que cantaba fatal una canción que ya está vieja, y que cuando Paco José, con toda su buena voluntad, pretenda leer un artículo de la Ley de Educación se arme el pitote y nos quedemos en ayunas. Yo la canción de Atahualpa ya me la sabía, pero la Ley de Educación, no.

—A no ser —responde Miguel Ángel ya en el pasillo central— que los tipos ésos que han protestado hayan escuchado la Ley de Educación hace mucho tiempo, leída por Eduardo y después de una cena.

—Vete al carajo, anda —termina por sonreír Carlos saliendo del Paraninfo.

(Es la provisionalidad, el riesgo, la cuerda floja, la ruleta rusa de tambor inmenso que gira segundo a segundo con una sola bala dentro de cualquiera de sus alveolos, y al que se le da una vuelta —violenta, dura, angustiada— después de cada opresión sobre el gatillo, después de cada click salvador, después de cada jadeo de felicidad provisional; porque no existe la menor duda de que la bala sigue dentro, de que está indefectiblemente ubicada en el tambor, de que en un momento determinado, en el gatillazo siguiente, o en el de mañana, o en el de la semana que viene, hará explosión dentro de nosotros, determinando de una vez para siempre, cumpliendo lo que se sabe desde la aceptación de la provisionalidad, lo que

se ha aceptado desde la resignación al riesgo doloroso —no lúdico, no violento, no desafiante, sino chato, gratuito, castrado, lamentable—, desde la anulación de todos los valores que aún eran posibles, aceptando —como se hubiese aceptado todo en ese momento angustiado— la cuerda floja como única base estable, la ruleta rusa como única meta racional de esta aventura estúpida que nadie podría nunca explicar en letras de molde porque no se sabría por dónde explicarla, y todo saldría mezclado y se agitarían en una misma página los recuerdos con las añoranzas, los deseos con las satisfacciones, los hechos con las reflexiones, el dolor con el placer, los tiempos reales con los ficticios, estructurando un caos que sería la única realidad estable de la que se podría disponer cuando todo hubiese pasado —¿porque pasará todo realmente?—, cuando la bala señera hubiese reventado dentro del cráneo como sabemos que va a ocurrir, que tiene que ocurrir, que ocurrirá de un momento a otro sin que nadie-nadie-nadie pueda remediarlo, porque en nuestro pacto implícito lo hemos dispuesto así, o mejor dicho, nos hemos visto obligados a aceptar que sea así, porque el poder —¿que nunca has tenido, idiota, que nunca has rozado siquiera en el fragor de todas esas escaramuzas amorosas en las que TE HAN (ojo linotipistas) metido!— está en las manos que TODAVÍA se pueden retener apretadamente en la penumbra del apartamento, las manos que TODAVÍA se pueden acariciar en los momentos de languidez agónica, las manos que TODAVÍA se deslizan por nuestra espalda, nuestros hombros, nuestra cintura, en los momentos definitivos que tememos finales. Si se pudiese reflexionar sobre esto, cabría plantearse la cuestión de en qué momento preciso empezó este caos a adueñarse de nosotros y a ponerse al servicio de ella, porque no fue cuando sonreía esperanzada

desde las losetas hirvientes de la piscina, ni cuando se entregaba en el abrazo del baile la noche del conocimiento casual, ni cuando apoyaba la cabeza sobre tu hombro con el sudor prendido a los cabellos la primera tarde en que subieron juntos al apartamento de las cortinas de gasa blanca y paredes con cuadros de motivos canarios, ni mientras preludiaban el coito entre caricias recién inventadas y jadeos de botones, ni en la mirada de la primera despedida, ni..., ni siquiera se puede fijar el momento preciso de ese pacto humillante con uno mismo, de la renuncia al dominio de la situación, de la renuncia a la propia dignidad sexual, de la renuncia a la dignidad viril, de la renuncia a la dignidad humana que no sólo acepta la bota en el cogote, sino que se agarra desesperadamente al tobillo con las dos manos porque sabe que cuando la bota quiera —¡la bota querrá!— ni ese pisotón le quedará de ella, y necesitamos el pisotón porque sin darte cuenta, ¡coño!, y eso ya es lo más terrible, has vendido tu supremacía por un plato de lentejas, ¡garañón sentimental!)

Se han apagado algunas de las luces que iluminaban el recinto, y las mesas se van escondiendo en los rincones que aparecen de repente donde hace un momento no podía uno imaginarse que existieran rincones, sorprendidas por la voz pegajosa que envuelve a todo el mundo Dís-tin-guido-pú-bli-có, la empresadestelocal seee complasenpresentar aaa todosustedes aaa laaa simpáticaestilista de la cansión ligera Ma-Ri-Na queinterpretaparaustedes eeel bo-ni-to-bo-le-ro quellevaportítuló Per-fi-día. Suenan breves y profundos algunos aplausos y un camarero bordea rápido la pista de baile (eventual escenario) matizada por talcos de colores diversos que buscan y abandonan caprichosamente a la mujer del traje escotado con lentejuelas que avanza con el micrófono en la mano mientras la orquesta, con el pianista

mirándola de reojo para darle la entrada en el momento en que le sea preciso, repite los primeros compases más veces de la cuenta. *Naaadieeeee*, afirma la voz impersonal de Marina a través de todos los altavoces, mientras José Luis comenta que es lamentable que los espectáculos de las salas de fiestas de una ciudad como Santa Cruz de Tene, *comprende lo que suuufro yo*, rife puedan seguir toda, chist, por favor, caya mi sielo, susurra haciendo más ruido aún la muchacha del traje verde que se les acercó hace un rato y que ahora está sentada con ellos en una mesa acariciando con una mano profesional y alicaída el antebrazo derecho de Rafa, *tanto*. No creas, cabecea Rafa con los ojos entornados, para los que no somos melómanos en absoluto existe una serie de músicas que son capaces de enervarnos, de sacarnos de quicio al oírlas impensadamente. Pero cantadas así, bromea José Luis rebulléndose sobre la silla, no importa, no importa, debe ser un problema generacional, ¿verdad?, yo he dicho muchas veces que los que tenemos ahora nuestra edad pertenecemos por fuerza a la generación del bolero y no hay más cojones, *que ya no puedo sollozar*, y la sala se despierta otra vez del letargo con la estridencia de los altavoces que va desde la barra hasta las mesas, *solo temblando de ansiedad estoy*, pues yo no me considero en absoluto, protesta José Luis, no lo dudo, puede que tú vibres con la Novena, pero yo no; yo me he quedado en los boleros, en los tangos, en los fox lentos: existen dos o tres docenas de canciones ligeras, cada una de las cuales encontramos ligadas a algo determinado de nuestra vida, pero los boleros, *todos me dejan y se van*, José Luis contempla a Rafa desde detrás de las gafas de montura negra, con el cuello de la camisa de tergal desabrochado y el humo del cigarrillo envolviéndole el rostro: Marina, la mujer del traje muy escotado adornado con lentejuelas, *Mujeer*, hace oscilar las caderas en el centro de la pista repartiendo democráticamente sus sonrisas profesionales, deteniéndolas con un poco, sólo un poco, más de intensidad en la mesa pequeña, casi invisible, del reservado de la esquina en la que, impávido, con los brazos cruzados sobre el pecho, la

contempla fijamente un señor grueso, casi calvo, con bigote fino, cuidado, elegante, *si puedes tú con Dios hablar*, el bolero son los años cuarenta y pico para mi, ¿eh?, y José Luis sigue contemplando a Rafa con el humo enmascarándole el rostro, ascendiendo por el ambiente enrarecido, mezclándose con los rayos de luz de los reflectores, *pregúntale si yo alguna vez*, que insisten guiñando y guiñando sobre la cantante de cuerpo rítmico que todos observan, displicentemente como Rafa y José Luis, o no observan como los borrachos de la barra, u observan ingenuamente como los tres muchachitos que están sentados en una mesa con una mujer gorda y una botella de whisky, u observan con un respeto que puede parecer entrañablemente ridículo, como las compañeras que están prestas a aplaudir desde sus mesas, desde su barra, desde sus puestos de combate, prestas a corear si a mano viene, *te he dejado de adorar*, los vasos de whisky sobre la mesa de mantel rojo brillante aparecen como desnudos, como desprovistos de algo, aislados... Los boleros son aún, José Luis, insiste Rafa bajo la mirada censora de la muchacha de verde que tiene unos ojos muy bonitos y una voz muy ronca, mis últimos años de colegio, y mis primeros bailes en casas de niñas bien de Madrid, y mis primeros, *Y el mar, espejo de mi corazón*, el pianista, con gruesas gafas de miope, mira insistentemente a Marina, la mujer del escote y de las lentejuelas y de las caderas, sin aparente voluptuosidad, con un rostro aún joven de marcadas ojeras, de cenas a las cinco de la mañana fumando los últimos cigarrillos y de cama fría a las cinco y media o a las seis, *las veces que me ha visto llorar*, para levantarse a las tres de la tarde cuando los niños ya están en el colegio y volver a empezar, *la perfidia de tu amor. Te he buscado por donde quiera que voy*, los boleros me recuerdan aún, José Luis, fíjate qué cosas, *y no te puedo hallar*, y José Luis sigue mirando, guiñando los ojos insistentemente como si el humo le molestara a través de las gafas, o la oscuridad ambiente, o las cambiantes luces de los reflectores, *para qué quiero tus besos*, o el alcohol de lo que va de noche y de lo que va de tarde, me recuerdan,

fíjate, cosas tan diversas como las salidas del colegio a la hora del atardecer que en Madrid ya es de noche, ¿sabes?, no como aquí, y Rafa manotea sobre la mesa, llamando un poco la atención porque decidieron sentarse, *si tus labios no me quieren*, en una mesa muy poco recatada, demasiado al borde de la pista, demasiado a tiro de los reflectores que juegan con el cuerpo semoviente de Marina, la de las lentejuelas, el escote y las caderas, y al mismo tiempo un baile en casa de una niña rubia con la melena larga que se llamaba Maripili y la sala de casa con toda mi familia, por la noche, y mi padre oyendo Radio Nacional con la cara muy seria, sigue Rafa manoteando como excitado, rozando el brazo de la muchacha del traje verde, los ojos bonitos, la voz ronca, el gesto de reproche, *ya besar*. Y tú, y rozando también, estando a punto de tirar, uno de los vasos de encima de la mesa. No, coño, bromea José Luis despacio, déjalas que lo tiren ellas que viven de eso, pero tú, encima, *quién sabe por dónde andarás*, y la muchacha del traje verde está a punto de protestar profesionalmente, pero Rafa, que no parece haber oído nada, sigue, oye, sí, es mi única cultura, a veces lees cosas, novelas sobre todo, no sé, y ves que hay quien domina el jazz como cosa suya, ¿te acuerdas de un cuento muy bonito del escritor ése, alto, sudamericano, sobre un trompetista...?, y te nombran, ¿verdad?, a todos los intérpretes del jazz con la misma seriedad que si fueran Brahms o Mozart o Debussy o Haydn, y a mí, *quién sabe qué aventuras tendrás*, los camareros siguen pasando y repasando sin hacer ningún ruido, bordeando la pista, sorteando las mesas, entrando y saliendo de los reservados, a mí esto de los boleros me define toda una época, oye, de verdad, José Luis sigue en la penumbra con los ojos muy fijos y muy brillantes sin moverse en absoluto mientras Rafa sigue hablando y manoteando sobre la mesa, cosas diversas, recuerdos, como fogonazos, momentos distintos, opuestos, ¿sabes?, contradictorios... Cuando oigo Solamente una vez es mi padre escuchando Radio Nacional, *que lejos estás*, Toda una vida es los atardeceres a la salida del colegio, uno de los borrachos, al pasar por el lado de la

mesa ha estado a punto de tirar con el codo la botella, y la muchacha de verde (la de los ojos bonitos y la voz ronca) que iba a protestar, no ha dicho nada cuando se ha dado cuenta de que ni Rafa ni José Luis se han percatado, Ansiedad son los bailes de los domingos en las casas de las niñas, Perfidia es..., *de míii?* y las seis, siete, ocho... nueve con la enana raquítica del rincón, mujeres de la sala, aplauden como agresivamente, como justificando el oficio, la profesión, la noche provinciana, la continuidad, y algunos, varios, de los clientes, los muchachos de la botella ya mediada y la mujer ya madura, el señor gordo y calvo de las gafas y el bigote elegante, aplauden también aunque con menos entusiasmo. José Luis, que ha terminado el cigarrillo, se ha quedado con una mano apoyada en la mejilla como abstraído y Rafa bebe un sorbo del whisky lejano que tiene sobre la mesa, Ydespuésdestactuación pré-sen-ta-mo-sa-us-te-de-comoúltimonúmerodestespectáculo que ofresemos a nuestra distinguida clientela, eeel Ba-lé-de-Ma-No-Lo-Var-Gas ee en una Fantasía Española. Para, paraparapapa, paraparapapa, paraparapá. ¡Tururururú tu-tu-tu! ¡Chin!

El puño se estrella violentamente en la mandíbula del hombre de la barba rala, y los dedos, ligeramente húmedos por el sudor, se rozan en la oscuridad mientras la sangre brota, aparatosamente, del labio partido salpicando la camisa mugrienta y desgarrada y el pañuelo anudado al cuello, acariciándose muy suavemente, en el silencio de la semipenumbra, ante el cuerpo que se desmorona estrepitosamente sobre la endeble barandilla de la escalera. Ana Mari contempla la pantalla fijamente sin atreverse a volver la cabeza, sintiendo los dedos de Antonio cada vez más próximos a los suyos, notando, cada vez más, cómo el contacto involuntario, deseado, casual, se convierte en caricia expresa, cómo los dedos de Antonio, húmedos, sudorosos, pasean sobre los suyos, repasándolos, conociéndolos, moldeándolos, Antonio, con la mano de Ana Mari entre la suya, se rebulle nervioso en la butaca, contemplando de reojo el rostro de

la muchacha, su perfil de mirada fija en la pantalla, temiendo una reacción violenta, temiendo que se lo tome a mal si pasa el brazo por detrás de su espalda, como la última vez que salieron juntos, intentando descifrar, a través de los dedos que retiene, cada vez con más fuerza, entre los suyos, el asentimiento a la caricia, la ternura de la epidermis; recordando su rostro, sonriente, con la melenilla castaña cayéndole sobre los hombros, cuando se encontraron, hace un rato, en la esquina de la Rambla en la que quedaron citados este mediodía por teléfono. En la pantalla, ahora, los jinetes cabalgan entre increíbles nubes de polvo, por una interminable planicie guarnecida de pedruscos, de cactus, de hierbajos raquíticos, bajo el sol implacable del mediodía. Ana Mari vuelve el rostro hacia Antonio y se encuentra de golpe con su mirada fija en ella, sonriendo tímidamente, los dos, sin poderlo evitar, dejando que su otra mano, la que mantenía aferrada al brazo de la butaca, sola, casi sola, se apoye sobre la de él, olvidando por un momento la música que, a su alrededor, mezclada con los cascos de los caballos y con los disparos estruendosos, los envuelve, sin apartar la mirada el uno del otro, mientras Antonio, suavemente, como en un rito, piensa él, pasa su brazo tras el respaldo de la butaca acariciando el hombro de Ana Mari, sin necesidad de preguntas, de palabras, de explicaciones, atraída, naturalmente atraída, hacia el cuerpo masculino que descubre palpitante, un poco tembloroso, cuando apoya, leve, muy levemente todavía, la melenilla castaña sobre su hombro, volviendo a encontrarse de frente con la mesa redonda ante la que el forastero malcarado se ha detenido de improviso, en el silencio del *saloon*, interrumpiendo, con su agresiva presencia, la partida de póker de cartas nuevecitas y relucientes, de fichas multicolores, de billetes arrugados. Ana Mari siente los dedos de Antonio resbalando a lo largo de su hombro, de su brazo, agradablemente, cariñosamente, oprimiéndola, flojito, muy flojito, hacia él; y, mientras se deja llevar, con los párpados entornados, recuerda la otra tarde, el primer día que salieron, y cuando estuvieron bailando y charlando y ligando toda la tarde,

cuando se conocieron, en la excursión aquélla. Antonio siente el olor del perfume o del jabón o de los cigarrillos o del cuerpo de Ana Mari metiéndose en el suyo, sintiendo la mejilla de ella, tersa, sobre la suya, levemente barbada, con los cabellos castaños cosquilleándole en la nariz, apretándole con fuerza la mano que no ha soltado, viéndola, en la penumbra de la sala medio vacía, con su faldita corta, cruzar el paso cebra de la esquina de la Rambla, pasear a su lado, bromeando con él, discutir encaramada en el taburete de la cafetería de los problemas de la Universidad, de la concienciación de los universitarios, de la alienación, de la enseñanza, con la melenilla castaña bailando, siempre, sobre los hombros. El forastero malcarado no se ha movido de donde estaba cuando el tahúr, el de la levita gris y el chaleco de fantasía, ha barrido de un golpe las fichas, los vasos, las cartas, las botellas, los dólares arrugados, desafiándolo con la mirada, con los brazos arqueados sobre los costados, esperando el primer movimiento de su adversario, y las manos se cierran con más fuerza la una sobre la otra, mientras el brazo de Antonio acerca más aún el cuerpo palpitante de Ana Mari, y los rostros, rozándose ya, se miran a los ojos, unos instantes antes de que los labios entreabiertos se busquen torpemente perdiendo la noticia del *saloon*, de la pelea que se avecina, de la sala del cine, del atardecer, imaginando cada uno, en la oscuridad del beso, el rostro invisible del otro.

El camarero abre la botella, vierte una pequeña porción de líquido ambarino en cada uno de los tres vasos, levanta el cubo metálico del hielo, introduce las pinzas en él, reparte los cubitos, sirve la soda, no, no, soda no, agua natural para mí, por favor, sí, señor, agua natural, en seguida, y se retira digno y rígido contrastando con los borrachos que discuten en la barra, destacando en el ambiente nocturno de abandono de posibles elegancias, identificándose tan sólo con el señor gordo y calvo de las gafas y el bigote cuidado, que continúa señorial, despegado del ambiente general de la sala, con el

tronco rígido, los brazos cruzados sobre la mesa, el vaso de whisky delante y Marina, la muchacha del escote y de las lentejuelas, que ahora lleva unos pantalones azules muy anchos y un chalequillo de raso, permanece a su lado intentando animar su depravada seriedad, ¿quién coño será ese tío?, había preguntado José Luis cuando se sentaron a la mesa antes de que empezara el espectáculo, ¿qué tío?; ése, coño, el del bigote, ése serio que está solo, me suena a ejecutivo; en esta isla todo el mundo que está solo y serio en un cabaret un día de trabajo es ejecutivo, sentencia Rafa, o cambullonero, corrige José Luis; bueno, pero eso era antes, es un cliente muy bueno, informó la muchacha del traje verde que se había sentado con ellos hacía unos instantes, un cliente muy bueno y muy serio, y ahora, pasando por delante de la mesa del señor gordo y calvo que es muy bueno y muy serio, regresa el camarero con una jarra de cerámica que anuncia algún whisky, el agua, señor, dejándola encima de la mesa y desapareciendo otra vez con la misma elegancia distante de antes.

—Me molesta la deformación profesional de estos sitios —rezonga José Luis bebiendo un trago de su vaso.

—Claro, coño, si es lo que yo digo, vosotros los canarios todavía estáis en la etapa de la venta de la carretera y el camarero sin chaquetà y con colilla colgando que tutea a los clientes: trato familiar, ¿no?

—Mira, he estado en el Pasapoga más veces que tú, jediondo.

—¿Y existe —afirma rotundamente Rafa— un sitio más provinciano que el Pasapoga?

—¿Y existe —responde José Luis sin casi pensárselo— una ciudad más provinciana que Madrid?

Chin, chin, interviene la muchacha del traje verde y de los ojos bonitos, con la misma voz con la que ha hablado durante todo el rato que lleva sentada a la mesa, y Rafa sonríe levantando su whisky y mojándose los labios protocolariamente mientras José Luis cabecea, como asintiendo al brindis profesional, y lleva el compás de la música, el *Casatschok*, con los nudillos encima del mantel, ¿bailamos?,

pregunta cortésmente la muchacha del traje verde volviendo la cabeza hacia Rafa, no, hija, ¿tú te crees que uno a estas alturas está aquí para bailar?, ¿y tú?, insiste volviéndose hacia José Luis sin preocuparse demasiado de la negativa, ¿es posible que a ustedes les guste realmente bailar?, ¿cómo?, vuelve a interrogar la muchacha de los ojos bonitos, dice que si no odiáis eso de tener que patear la pista durante cuatro horas consecutivas, digo, añade José Luis, que me parece una crueldad sacarte a la pista cuando vas a cobrar lo mismo por el descorche sentada o de pie, ay, chico, dice encogiéndose de hombros la muchacha de la voz ronca, a mí me da lo mismo, y la orquesta desgrana las últimas notas del *Casatschok* empalmándolas con los primeros compases del *Tema de Lara* mixturándolo en una cadena musical sin fin que se inicia todas las noches en las primeras luces eléctricas y finaliza con la madrugada, si no bailái, ¿vosotro a qué vení aquí?, eso, insiste José Luis, mirando de frente a Rafa a través de sus gafas en las que se reflejan de vez en vez las luces verbeneras de la penumbra, ¿nosotros a qué venimos al cabaret?, pues a lo de siempre, ¿no?, a estar; que no es lo mismo que ser, aclara José Luis levantando un dedo índice frente a las narices de la muchacha del vestido verde, de los ojos bonitos, de la voz ronca, según dijo el alemán; es guapa esa cría, coño, había dicho Rafa cuando José Luis vino del retrete y se unió con él en la barra, ¿qué cría?, ésa de verde, tiene unos ojos preciosos, ahora, uno de los muchachos que parecen estudiantes de preu sale a la pista enlazando a la gorda ya madura que inexplicablemente los entretiene a todos en la mesa y Rafa deja flotar la mirada sin rumbo definido envolviendo las contorsiones goyescas de los dos cuerpos sobre el tablado de madera que rodean las mesas, a mí también me gustaría saber por qué venimos nosotros aquí, comenta José Luis más para él que para su interlocutora, pero venimos, y la muchacha del traje verde que Rafa había dicho antes, a poco de llegar al cabaret, momentos antes de que se acercaran aquellos dos estafermos, que era muy mona, lo contempla indecisa, sonriendo al final y poniéndole una mano etérea

y muy cuidada, uñas largas y brillantes, encima del antebrazo.

—Fíjate —ordena Rafa sin mover la cabeza hacia José Luis, señalando con el mentón la pista de baile—, mira ese crío qué aspecto más lamentable tiene.

—Pareces un jesuita, coño.

—No seas idiota —protesta Rafa sin perder a la pareja de vista—, en el fondo me entristece porque me recuerda los cientos de ridículos que debí hacer a los diecisiete años.

—Y a los veinticinco —añade José Luis inclinando la cabeza para encender un cigarrillo—. Y a los treinta y dos. Y a los cuarenta.

—Ahora no bailo con putones viejos ni les pago descorchés de tres mil pesetas.

—Se puede hacer el ridículo de muchas maneras. Máxime cuando se viene a estos sitios.

—En nuestro caso —Rafa se vuelve hacia la mesa arrasando la silla sobre el suelo y apoyándose en el mantel— no se hace el ridículo: pagamos para divertirnos y se acabó. A lo sumo, no nos divertimos.

—Y se acabó.

El mostrador, al fondo, permanece vacío, destacando solamente como tribuna del barman impecable que domina la sala desde su *smoking* azul. Los dos borrachos del rincón de la enredadera, que se mantuvieron en una relativa corrección hasta que finalizó el espectáculo, el *show*, el *chou*, el pase, hace rato que se han marchado: salieron trastabilleando acompasadamente, ordenadamente, la verdad, en el momento preciso en que Marina, la mujer del bolero, de las caderas, de las lentejuelas y del escote, salía de la puerta de los camerinos vestida ya con el pantalón azul y con el chalequillo, esos tipos..., oyó Rafa que decía el camarero que pasaba en aquel momento por la mesa, y la muchacha del traje verde y la voz ronca torció el gesto y ahogó un coño de disgusto en medio de los dos clientes. Ahora una sombra femenina se inclina sobre el mantel inesperadamente, buenas noches, ¿qué hay?, José Luis levanta la cabeza ante

el perfume acariciador que desciende sobre sus narices y se encuentra con la gorda-sebosa-fea-mal-vestida del holaaa-buenasnoches de antes en la barra, guiñando los ojos ante la sorpresa, ¿me siento un poquito con vosotros?, no, vocaliza rotundamente Rafa sin levantar la cabeza del vaso de whisky, ay, Jesús, qué antipático, y se ríe cantarina y falsamente sin dejar de apoyarse en el mantel, anda ya, me siento un poquitito que esta pobre mujer no va a poder bailar con vosotros dos, ¿eh?, y José Luis, aprovechando que la gorda-sebosa-fea-mal-vestida habla exclusivamente con Rafa, la contempla recostado en el respaldo de la silla, he dicho que no, y vuelve la risa falsa y cantarina confundiendo con el *Little Lady* de la orquesta y haciendo volver la cabeza a un camarero que sirve en una mesa un poco más allá, anda, anda, que al fin y al cabo ya nos conocemos de antes y tu amigo es muy simpático, no, señora, no, no, no, vocaliza despaciosa y rotundamente la voz de Rafa antes de que José Luis tenga tiempo de reaccionar por los piropos que la gorda-sebosa-fea-mal-vestida le acaba de dirigir, si nos conocimos en la barra fue por casualidad y a pesar de nuestros denodados esfuerzos por evitarlo, si mi amigo es simpático será desde hace un momento porque hasta que pisamos este antro era, ¿verdad, José Luis?, insoportable, como yo, ítem más, nosotros no bailamos y si nos decidiéramos a hacerlo, esté usted segura de que lo haríamos antes con el barman que con usted, y la gorda-sebosa-fea-mal-vestida mantiene la boca abierta estúpidamente sin encontrar en su repertorio ninguna respuesta ni ningún insulto que encajen medianamente en esa situación y José Luis sigue recostado expeliendo bocanadas de humo y la muchacha del traje verde y la voz ronca, Margot había dicho que se llamaba cuando se acercó a la mesa, ¡qué bonito nombre!, dijo entonces Rafa sonriendo, lo contempla todo con una seriedad admirable a través de la cual se adivina la satisfacción por el señorío exclusivo de la mesa y la prevención por el descrédito profesional en la persona de su compañera, mientras Rafa, sin levantar la cabeza del vaso, se sirve un nuevo whisky, añadiéndole hielo, un poco de agua de la jarra de

cerámica, agitándolo, bebiendo un trago largo, ¿quieres bailar ahora, preciosa?, y la muchacha del vestido verde parpadea unos instantes sorprendida, ¿no decías que...?, de sabios es etcétera, y tomándole cortés la mano derecha, p-o-r f-a-v-o-r..., sonriendo ante la sonrisa, un poco forzada, todo hay que decirlo, de asentimiento y de frivolidad de la muchacha del vestido verde y de los ojos bonitos, mientras José Luis sigue recostado en el respaldo de la silla, con las piernas cruzadas, expeliendo bocanadas de humo y la gorda-sebosa-fea-mal-vestida ha desaparecido del panorama visual.

—¿Ves? —dice Rafa ya de pie, mientras espera que la muchacha del traje verde termine de levantarse—. Es la ley de la oferta y la demanda, pero es imposible, completamente imposible, hacer el ridículo en estas condiciones.

—Quizá la cosa pierda interés al perder riesgo.

Rafa, subiendo al estrado de la pista de baile, esboza una sonrisa enigmática que José Luis, desde la silla, recostado en el respaldo, con las piernas cruzadas y expeliendo bocanadas de humo, no sabe muy bien si obedece a su respuesta o a cualquier comentario de la muchacha del traje verde que dijo que se llamaba Margot cuando se acercó a la mesa.

Porque las cumbres azuladas, añiles y marrones que se recortan, se han recortado, se recortan, se recortarán, se recortan majestuosas sobre el cielo del atardecer, no son almenas de un baluarte que protege, sino barrotes de una fortaleza que se ha ido construyendo, que han ido construyendo, que hemos ido construyendo, que hemos construido, que se ha construido no sabemos desde ni hasta cuándo. Fortaleza que busca, que ha buscado, que está buscando ahogarnos no en mares procelosos que la aneguen, sino en un líquido que amenaza desbordar su superficie desde dentro; un líquido impuro que cada día, cada minuto, cada atardecer, cada noche, aumenta su nivel, y se va colocando

a cien, doscientos, quinientos, ochocientos, mil años luz por encima del nivel anterior, un líquido que parece tener fuerzas suficientes como para sumergirnos a todos en él, y aun así seguir aumentando de nivel, hasta invadir todos los resquicios de la isla, hasta anegar los picachos más altos, el picacho más alto, hasta confundirse con el océano y desposeerlo rápidamente de su color azul sustituyéndolo por otro artificial, ambarino, inconfundible, presente en la memoria de todos. Líquido que nos rodea, que nos envuelve, que nos amenaza, que es preciso consumir, ingurgitar, beber, tragar, ingerir desesperadamente para evitar así que su nivel ascienda más y más y más y más y más hasta que la isla sea whisky, y el mar sea whisky, y el sol arranque reflejos de una superficie amarilla, opalescente, brillante, que le sirve de espejo inesperado: el whisky. Sin que nadie sepa desde cuándo, cuándo, hasta cuándo; invadidos por el whisky, o el uiski, o el güisqui. El whisky de los sábados por la noche, el whisky de los domingos por la tarde, el whisky del mediodía, el whisky del aperitivo, el whisky del anochecer, el whisky de pijama y zapatillas en la paz del hogar, el whisky de las bodas de smoking en hoteles de lujo, el whisky de las despedidas de soltero, el whisky de los cabarets, el whisky de las reuniones en casa, el whisky de los guateques juveniles, el whisky del final de los consejos de administración, el whisky de la penúltima, el whisky de la penúltima, el whisky de la penúltima, el whisky de la arrancadilla, el whisky de éstalapagoyo, el whisky de póngatravezlomismo, el whisky de aúnfaltamediahora-paraquempiecelapelícula, el whisky de vamosasentarnosaquíunrato, el whisky de éstanoslajugamosalosotros, el whisky de tengoganasdecargarmestanoche, el whisky del noviazgo, el whisky del matrimonio, el whisky de la camaradería, el whisky de la discusión, el whisky del negocio, el whisky de cafeterías elegantes con camareros que preguntan la marca e inclinan la cabeza, el whisky del Club Náutico en agosto y en septiembre con el olor a yodo en la terraza, el whisky de la tasca pueblerina servido en un vaso de cristal grueso lleno hasta la mitad, el whisky de las Primeras Comuniones,

triunfante entre anacrónicas tazas de chocolate, el whisky de los bares de camareras que se visitan peinando canas, el whisky de quéhacemosestatarde, el whisky de carambaquésdetuvida, el whisky de meaburrocomoelcarajo, el whisky de odiolosdomingos, el whisky de noséquétomar, el whisky de póngamecualquiercosa, el whisky de comoustedesenlapenísulano, el whisky de dóndepodemosirahora, el whisky de venganacasatomarunacopa, el whisky de la isla, de las rocas, de las playas, del volcán, de los barrancos, de los arbustos, de las piedras, piedra filosofal, árbol de la ciencia, escudo heráldico que protege, tranquiliza, calma, excita, desazona, distrae, ayuda, dificulta, nutre, desquicia, con su alcohol rampante sobre un campo de cebada.

LA LAGUNA, DISTRITO UNIVERSITARIO

El libro manoseado, arrugado ligeramente, manchado por huellas digitales, va debajo del brazo con la cubierta blanca hacia fuera. Siempre hay uno que al saludar alarga la mano en silencio y lo coge o lo exige o lo arrebat, lo entreabre, lo sopesa y lo devuelve. Todo en silencio, porque así parece que debe ser tanto por parte del que coge el libro como por parte del dueño que rara vez se permite hacer ningún comentario al respecto, ni tampoco casi nunca alargar la mano para recogerlo cuando termina la operación, sino que es el otro quien se encarga de ponerlo otra vez bajo el sobaco como si ése fuese su lugar, como si la esencia literaria se licuase y fuese absorbida por las axilas y nutriese así al organismo del portador de toda la savia nueva que la cultura proporciona. Otras veces el libro pasa de mano en mano sin que el propietario aparente enterarse, porque cuando esto ocurre siempre está encendiendo un cigarrillo, charlando con una niña rubia de cabellera descuidada y ojos pintados a las nueve menos diez para llegar a tiempo a la clase de nueve que empieza a las nueve y cuarto, pidiendo un café a don Salvador, buscando un taburete o desabrochándose la americana. Y el libro, que nunca es de texto, pasa de mano

en mano sin que nadie lo comente, a no ser con monosílabos, con adjetivos, con nexos, con mímica expresiva, con parpadeos en clave; a menos que haya alguno de Químicas entre los presentes y diga una tontería, o se ría, o pregunte que quién es ese autor, o haga un chiste con la eufonía de su nombre, o cualquiera de esas cosas que sólo pueden hacer los alquimistas (como los llama Carlos) y a los cuales se les puede, y se les debe, perdonar su incultura en función de su naturaleza y de su ignorancia, que de aldehydos entenderán, pero son incapaces de leer el *Ulises* que es lo que de verdad importa, como todos sabemos.

Ahora están sentados en taburetes, al lado del mostrador, fumando despaciosamente, sin hablar el uno con el otro, contemplando las piernas de las mujeres que deambulan, como disimuladamente, por delante de ellos, ¿me invitas a un whisky?, susurra, en un vano intento de resultar insinuante, un ser escuálido de vestido vaporoso, no, responde Rafa de una manera tajante sin dejar de fumar, mientras las notas de *Noche de ronda* (o algo así) atraviesan la pista de baile y se acercan a ellos, a sus cigarrillos, a su silencio, a sus whiskys, ¿por qué las mujeres de estos lugares se empeñarán siempre en que las invitemos a algo?, murmura sentenciosamente José Luis, ah, no sé, y Remigio, el barman, sonríe mundano detrás de la barra mientras la escuálida del vestido vaporoso arrastra su fracaso hacia el retrete.

—Es extraño que no nos hayamos encontrado a Alberto aquí —comenta José Luis después de una pausa.

—¿Por qué extraño, coño? Si no quiso venir con nosotros, ¿iba a subir aquí solo?

—Tú no conoces a Alberto,

—No, qué va...

—Alberto es un hombre raro para estas cosas —insiste José Luis sin escuchar el comentario de Rafa—, a él lo que le gusta es venir solo y pasarse las horas muertas contemplando a las putas, que son amigas suyas, y escuchando la

música, y quitándose y poniéndose las gafas mientras bebe coñac y charla con Remigio.

—¿Quién es Remigio? —pregunta Rafa.

—Éste. El barman.

—Ah, ya.

Desde el mostrador de la sala de fiestas, Rafa y José Luis no alcanzan a contemplar la pista de baile, ni el estrado de la orquesta de los cuatro músicos, ni siquiera las mesitas en torno a las cuales se agolpan unas cuantas mujeres solas, vestidas con una escéptica elegancia, dejando pasar la noche, los laborables, ya se sabe, comentó Rafa al entrar, ¿qué se sabe?, pues eso, coño, que no, sin embargo, en cuanto subieron las empinadas escaleras, después de dar un vistazo en redondo y detenerse un momento en los últimos compases del *Tema de Lara*, joder, el *Tema de Lara*, tocan lo mismo en todas partes, gruñó Rafa, se dirigieron perezosamente al mostrador, pidieron dos whiskys y se sentaron en los taburetes.

—¿Por qué dices que Alberto viene por aquí? —insiste Rafa sin desviar la mirada del espejo del fondo.

—Porque es verdad. Mira, Rafa, a Alberto me lo conozco yo como si lo hubiera parido: Alberto viene por aquí con muchísima frecuencia, casi todos los días; pero por venir, ¿eh?, por estarse aquí sentado, nada más, no sé desde cuándo, pero yo creo que..., que desde... desde siempre, no sé. Alberto con eso de la pintura y de sus preocupaciones ha sido siempre raro, ya te digo.

Inmediatamente que abandonaron la otra sala de fiestas entraron en ésta. Rafa se acordó de aquello que tanto le extrañaba nada más llegar a la isla, eso de que todos los cabarets de la ciudad estuviesen juntos en el mismo descampado, para no tener que estar cogiendo taxis, hombre, sale mucho más barato, le respondió Alberto una noche de juerga, a poco de conocerlo, cuando se lo presentó Ricardo, mira, Rafa, habla José Luis sin volver la cabeza, dándole vueltas al vaso de whisky que apoya en el mostrador, me acuerdo incluso de la primera vez que Alberto pisó este cabaret, no sé si te lo he contado nunca, pero me acuerdo

de que fue conmigo: vinimos juntos, por primera vez los dos, un verano, ya hace años, figúrate, ahora la orquesta invisible toca uno de esos vales que hacen recordar París a los que no han estado nunca, y un estrépito enorme, como de muebles cayéndose, que proviene de la sala de baile suspende por unos instantes todas las conversaciones, ¡anda, Dios!, comenta Remigio, el barman, terminando de fichar en la registradora un pedido del camarero, una noche de verano, sí, tendríamos los dos, pues eso, diecisiete, dieciocho años, estábamos en primero de Derecho, ¿sabes?, empezando juntos, Alberto había aprobado todo y yo sólo había aprobado una, el Derecho Político precisamente, que tiene gracia, antes, cuando se levantaron de la mesa en el cabaret de al lado, la muchacha del vestido verde, los ojos bonitos y la voz ronca se empeñó en retenerlos, no, no, que mañana tenemos que levantarnos temprano, explicó Rafa, otro día, hija, otro día, mientras José Luis se acercaba la nota mucho a la cara para descifrar la cuenta en la oscuridad y se metía la mano en la cartera, en el bolsillo de la cartera, y sacaba un puñado de billetes y pagaba, Alberto estaba total y absolutamente cargado, trompa completo, como yo, bueno, yo un poco menos, los dos estábamos así, así..., me acuerdo: habíamos estado en el Club, en una verbena, y estábamos aburridísimos, deprimidísimos, Alberto además es que estaba loco por una chica rubia, preciosa, que no le hacía ni puto caso, por cierto, se casó con un godo y se marchó hace años, díselo un día a Alberto para que veas cómo se cabrea, y la sacó a bailar muchas veces a lo largo de la noche, y al final, como por caridad, le dijo que bueno, pero muy despectiva, y a mitad de la pieza se le para y le dice que o deja de acariciarle la mano o va a bailar con su tía y lo deja plantado en medio de la pista, y el pobre Alberto, imagínate, hecho polvo, cabreado, de todo, y encima con la borrachera, la muchacha del vestido verde que se les acercó, en el otro cabaret, cuando ya se habían sentado en la mesa pequeña, cada uno con su vaso en la mano, aburridos, como siempre, comentando con frases entrecortadas lo de los dos borrachos que estaban en la barra, mejor es evitar

que se metan con uno, decía Rafa, porque aún recuerdo cuando, y pasó por delante de ellos muy seria, como consciente de su categoría, sin parecerse en nada a las dos que los habían cogido por asalto en el mostrador y que habían terminado por quitarse de encima, a mí las pesadas es que me cabrean, refunfuñaba Rafa mientras caminaba hacia la mesa pequeña del borde de la pista, y entonces fue cuando cogimos un taxi y nos fuimos a terminar de emborracharnos en el cabaret, que ni siquiera sabíamos muy bien dónde estaba, ¿sabes?, y entramos en éste precisamente, que entonces era otra cosa, la barra estaba allí al fondo, y la orquesta sólo llegaba hasta donde están las macetas, y Alberto gritaba por las escaleras, fatal, una trompa tremenda, yo tampoco me acuerdo muy bien: lo que sé seguro es que estuvimos sentados en una mesa con dos putones gordos, como aquéllos de hace un rato ahí al lado, ¿te acuerdas?, ¿cuáles?, las de aquí al lado, las pesadas, coño, ah, sí, pues ésas, lo de la muchacha del vestido verde fue una cosa tontísima, porque pasó por el lado de la mesa y Rafa, casi instintivamente, le dijo Buenas noches, y ella sonrió y dijo Buenas noches y se estuvieron con ella todo el rato, sacaron una botella de whisky y Rafa al final bailó con ella un rato contándole algo en medio de la pista, casi parados en el tumulto de la orquesta, entonces era mucho más barato, figúrate, veinte años hace, más o menos, allá por el cincuenta, pero de todas maneras no sé si el dinero lo llevaba Alberto, o lo llevaba yo, o pagamos entre los dos, pero nos tomamos una botella de whisky con aquellos estafermos, bueno, ellas lo tirarían, claro, y me acuerdo que Alberto abrazaba a la suya bailando y estaba todo apretado por aquella mole increíble y pintarrajeada. ¡Si conoceré yo a Alberto!

Cuando decrece el jadeo y los dos cuerpos se rebullen acomodándose sobre las sábanas arrugadas Alberto rememora inconscientemente su llegada de esta noche al cabaret, su mirada aburrida alrededor de la pista de baile, su vaso de whisky en el mostrador, sentado en el taburete de casi

siempre, con la indiferencia experta de tantas y tantas noches en las que éste es el único sitio abierto para terminar, y Remigio el único camarero que no tiene prisa por cobrar; y nota el calor de los dedos femeninos apoyados todavía en su cadera, mientras avanza la mano en una caricia descuidada que roza equivocadamente la nariz de la muchacha que yace a su lado en la oscuridad de la alcoba y responde con unos grititos entrecortados, oye, tú, jodé, que me queo chata, oye, que Alberto comenta con una sonrisa cansada mientras los dos terminan de acomodarse sobre el lecho y Alberto desenlaza las piernas, suspirando satisfecho, mirando de reojo, entre las sombras, el perfil respingón de la muchacha rubia, infantilizado por la falta de luz, mientras recuerda algunos perfiles parecidos, todos ellos dulcificados por las sombras; y algunas circunstancias parecidas, y algunas camas extrañas compartidas a medias a lo largo de todos estos años. Recuerda con una sonrisa, mientras se incorpora un poco para encender el cigarrillo que la muchacha le acerca a los labios, lo lejos que estaba hace un rato, hace unas horas todavía, cuando solamente pensaba tomar una copa, de imaginar siquiera este final para la noche —o este principio para el día— cuando estaba recostado contra la pared con el vaso de whisky en la mano, cruzando alguna palabra aburrida con Remigio y contemplando críticamente al pobre borracho que intentaba magrearse con Mari Pili en medio de la pista de baile, divirtiéndose con la naricilla respingona de Mari Pili, que asomaba por encima del hombro derecho del pobre infeliz, mientras lo miraba a él y ponía los ojos en blanco haciéndolo cómplice de su profesionalidad. Y Alberto piensa, palpando descuidadamente el pelo rubio, sedoso, de la cabeza que sigue reposando sobre su antebrazo derecho, que si Mari Pili no hubiese estado trabajando a aquel cretino seguramente no habría esta noche ninguna cabeza rubia que acariciar, ni ningún muslo joven que apartar delicadamente para estirarse del todo sobre las sábanas revueltas; porque hubiese pasado la noche charlando en la barra con Mari Pili, o a lo sumo invitándola a una copa o a dos, y no se le habría acercado

nunca la muchacha desconocida, a la que aceptó a su lado más por curiosidad que por otra cosa, y a la que invitó a beber porque estar solo en un mostrador es aburrido, y a la que empezó a mirar con buenos ojos cuando le respondió que no la invitaría a una botella de whisky ni a media, ¿tú no sabes que el whisky es un veneno lento para el hígado y rápido para la cartera?, y ella se encogió de hombros y le empezó a hablar de que lo conocía de vista, de que siempre estaba en la barra solo o con Mari Pili, de que si salía con ella, de que era nueva en la sala, llegué la semana pasada, con el nuevo balé, como tú nunca te acercas a ver el espectáculo, y se sentaron en una mesa, sin que Alberto le diera la menor importancia al encuentro; y aún ahora, cuando el humo de los dos cigarrillos se entrecruza revoloteando alrededor de la cabecita de perfil respingón y pelo rubio y sedoso, no podría precisar, y Alberto entorna los ojos intentando distinguir el bulto del armario en la oscuridad cada vez más familiar, en qué momento preciso se sintió atraído por la muchacha menudita que empezó a recostar la cabeza sobre su hombro y a hacerle cosquillas, y a decirle que para que se joda Mari Pili, coño, que me cae mal, que es una guarra, aunque sea amiga tuya, mientras él se reía acariciándole el ombligo que le asomaba graciosamente por un artístico agujero del vestido y mordisqueándole la oreja, sin molestarse siquiera en sentirse sorprendido por esta situación en la que todo parecía tan fácil, con Remigio al fondo, en la barra, bostezando y sirviendo alguna copa que otra, con el cuarteto sobre la tarima repitiendo como todas las noches el *Tema de Lara*, con Mari Pili derramando océanos de whisky, ¿cuántas botellas vacías había ya sobre su mesa?, casi, casi, delante de las narices del pobre idiota que ofrecía un aspecto lamentable en su embriaguez libidinosa, mientras él se encontraba cómodo, feliz, halagado, momentáneo señor de un serrallo que se acababa de crear para su particular satisfacción, levantando la mano para pedir una botella, rectificada sobre la marcha ante la mirada de reconversión de su enamorada eventual, no seas bobo, pide media nada más, corroborando el rasgo de desprendi-

miento con un beso aparatoso, sin molestarse en plantearse los porqués de esa cómoda conquista, que en aquellos momentos, a esas alturas, ya sabía que lo era. Alberto apaga la colilla mientras duda entre dormir lo que queda de noche en esa cama estrecha plagada de codos huesudos y rodillas inquietas, o trasladarse a la suya; pero calcula que deben ser casi las seis, y sólo de pensar en levantarse, en vestirse, en bajar la escalera, salir a la calle, coger un taxi...; sabiendo que va a dormir un rato, un ratito, sólo unos momentos, lo poco que duerma esta noche, abrazado a esta muchacha que le ha dicho que se llama Maribel, que se había fijado en él el primer día que lo vio sentado en el mostrador tan serio, que se notaba que entendías, que no eras un cliente cualquiera, vamos, ni un primo, y que mañana, dentro de un rato, dentro de unos minutos, irá a la oficina sin haberse afeitado, sin haberse cambiado de camisa, sin haberse lavado los dientes. Entorna los ojos resignado mientras la muchacha rubia le da un beso en la mejilla y le revuelve el pelo, como con ganas de jugar, y Alberto piensa, sin abandonar la sonrisa, que fueron muchas copas y fue mucho cansancio y son muchos años de diferencia —¿cuántos años debe tener esta muchacha?— para responder a las cosquillas de las seis de la mañana, recordando, vagamente halagado, que es un poco como hace mucho tiempo, como la primera vez, como todas las veces anteriores, con otras muchachas, rubias o no, con naricillas respingonas o no, alguna con nombre propio, alguna, incluso, con apellido; pero sabiendo, mientras responde al abrazo sin demasiada confianza en sus propias fuerzas, que lo malo es eso precisamente, que sea como siempre, que no hayan cambiado las cosas ni para bien ni para mal, acariciando los senos cercanos, satisfecho todavía, sin haber abandonado aún la satisfacción de esta victoria en la que, como no había arriesgado nada, solamente podía ganar. Y recordando que son, eso sí, las mismas reglas por las que se ha regido todas las veces anteriores, mientras estrecha el abrazo como todas las veces anteriores, acaricia los labios gordezuelos como todas las veces anteriores, cambia de postura en la cama como en

este momento preciso, entregándose cansadamente en esta muchacha al olvido del pasado y del mañana, porque imagina, entre bostezos voluptuosos, que ninguno de los dos va a tener remedio ya.

Casi sin darse cuenta bajaron las escaleras de la sala de fiestas, coño, joder, gruñía José Luis, ¿a quién se le ocurre poner un cabaret en un primer piso?, ¿no te jode, coño, joder?, aturridos aún por el silencio de los cuatro músicos enfundando los instrumentos después de las melodías ininterrumpidas de toda la noche, guiñando un poco los ojos, sacudiendo la cabeza, encendiendo un cigarrillo Rafa, quitándose las gafas José Luis y frotándose los ojos enrojecidos, recostándose, más que apoyándose, en la barandilla de la escalera, tropezando en un momento determinado el uno con el otro al llegar al rellano en el que la estrecha escalera da la vuelta. Abajo, en el enorme vestíbulo, el portero entorna el pesado portalón y discute de fútbol con dos taxistas mientras dos muchachas de maquillajes ajados y abrigos llamativos salen muy de prisa, ¿hay taxi, Paulino?, escabulléndose por el hueco que queda abierto todavía.

—Coño, ¿qué hora es? —pregunta José Luis desabrochándose el cuello de la camisa.

—¿Qué hora va a ser? Las cuatro y media o así: si están cerrando...

—¿Cierran tan tarde? ¡Qué bestias! —gruñe José Luis bajando la escalera con las manos metidas en los bolsillos del pantalón arrugado, muy arrugado—. ¿Pero cómo se pudo hacer tan tarde? Si no hace más que un momentito que entramos... Fue ver el show y tomar una copa, ¿no?

—Sí, eso —responde Rafa—. Ver el show pero a las dos.

—A las dos, eso —asiente José Luis.

—Y en el otro cabaret, coño, en el de enfrente.

José Luis se encoge de hombros sin sacarse las manos de los bolsillos mirando de pasada los carteles de su alrededor, estrella de triana y su conjunto flamenco rita iris la personal

intérprete del bolero sudamericano, coño, Rafa, volviendo la cabeza, del bolero sudamericano, ¿es que hay boleros finlandeses?, caminando a pasos largos y lentos sobre las baldosas oscuras del vestíbulo, que resuenan monacalmente bajo sus pies, ante el portero, Paulino, sonriente, adiós, buenas noches, buenas noches, adiós, con la cintura doblada en servidumbre expectante, recibiendo, muchas gracias, adiós, la moneda maquina de la mano de José Luis, buenas noches; bolero sudamericano, oye, coño, insiste tropezando un poquito con la jamba del portalón de madera al atravesarlo, eso es bueno, joder, para Carandell, oye, para mandárselo a Carandell. El fresco de la noche los envuelve otra vez mientras Rafa respira hondo bajo las estrellas; antes, hace un rato, acodados en la barra, se veían las mismas estrellas más altas, más brillantes, al fondo, por las abiertas ventanas del salón, mientras José Luis seguía y seguía entusiasmándose contando cosas a Rafa de Alberto, de cómo empezaron a salir juntos por la noche, a emborracharse juntos, siempre ha sido un tímido, ¿sabes?, un poco tímido, pero se defiende con su seriedad el cabrón, ¿sabes?, recibiendo las miradas inexpresivas de las muchachas que pasaban por delante del mostrador, sin esperanza ya, camino del retrete. En la explanada de delante del cabaret, de delante de los dos cabarets, el uno enfrente del otro, los rumores de los tubos de escape, de alguna carcajada etílica, de las puertas al cerrarse, entreabrirse y volverse a cerrar, quedaban detrás, mientras ellos avanzaban hacia el coche camuflado entre las sombras; después de un rato de mucho hablar y hablar José Luis se quedó callado, como deprimido, con la cabeza hundiéndose cada vez más en los hombros, con la mirada triste, cansada, mirando de vez en vez a alguna muchacha de las que pasaban por delante de él, ¿qué te pasa?, nada, coño, joder, que estoy cansado, ¿qué hora es?, sin preocuparse demasiado por esperar la respuesta; tomaron varios whiskys, bastantes whiskys, a medida que las copas, los vasos altos de cristal grueso, se iban vaciando, sin pedirlos casi, con un simple gesto de la mandíbula, con una mirada, permaneciendo juntos sin apenas hablarse; ahora, al sentarse nue-

vamente en el coche y bajar el cristal de la ventanilla, José Luis parpadea aliviado al notar cómo el aire oscuro y estrellado de la noche se le mete por los poros de la frente y de las sienes aliviándolo, como con soplidos suaves, del embotamiento de toda la noche.

—¿Qué hora dijiste que era? —pregunta con voz lenta y pastosa.

—Las cuatro y media, cinco menos cuarto...

—¿Pero cómo puede ser tan tarde? Si no hicimos más que tomar unos whiskys...

—Todo depende del número de whiskys —dice Rafa—. Acuérdate de Manolo que cuando pide la cuenta y Paco le pregunta, cortés (Paco siempre es cortés, claro), que cuántos ha tomado, mira el reloj, dice... yo llegué a eso de las siete, son las diez y media, hmmm... —Rafa mima contando con los dedos—: siete, siete y media, ocho, ocho y media, nueve, nueve y media, diez...: siete. Pues haz la misma cuenta y verás.

—Coño, las cinco ya —gime José Luis sin prestar atención a Rafa, que sonríe mientras pone el contacto—. Ya te dije que nos acostaríamos a las tantas... Contigo no hay manera, coño...

—¿Estás preocupado por Aurora? —sonríe Rafa.

—Es que son muchos días, y después por las mañanas... —monologa José Luis.

—Por la mañana, duerme...

—Sí, coño, joder; duerme.

—Aurora ya está acostumbrada, hombre —dice Rafa.

—No, eso sí —dice José Luis prestando atención por primera vez mientras el coche se pone en marcha lentamente—. Si no está acostumbrada ella, no sé quién lo estará.

El coche de Rafa se desliza a trompicones, sorteando las piedras y las irregularidades del improvisado aparcamiento que, cuando llueve, forma charcos, lagunas, barrizales: hoy no ha llovido, y solamente levanta nubes, nubecillas más bien, de polvo, que se hacen visibles a la luz de los faros y hacen toser a José Luis que aspira el aire de la noche en

silencio, con la mirada perdida tontamente en el cielo aún muy oscuro, coño, joder, este polvo, desviando la mirada y pasándose el dedo índice por detrás de los cristales de las gafas mientras Rafa se encoge de hombros con un bostezo y maniobra en la palanca de cambios buscando, a trompicones, el camino de Santa Cruz, amodorrados los dos, un poco más Rafa que sigue gruñendo, joder, qué hora, coño, joder, traqueteando en silencio sobre los asientos a cada sacudida del coche, dejando olvidada a la espalda la euforia de las horas anteriores, cuando José Luis contaba, acodado a la barra y moviendo mucho las manos, recuerdos de otros momentos y de los mismos lugares, de cuando vino al cabaret por primera vez, con Alberto, qué noche, Rafa, si vieras, parece mentira cómo se acuerda uno de esas cosas, bajo la mirada comprensiva de Remigio, el barman, parece mentira, con el tiempo que hace, ¿eh?, y lo borrachos que estábamos, él más, bueno, pero vaya; o la alegre expectación, sentados a la mesa del mantel rojo con la muchacha del traje verde, los ojos bonitos y la voz ronca, me gusta esa chica, es guapa, había dicho Rafa al verla desde la barra, ¿cuál?, ésa, coño, la del traje verde; ahora el coche empieza a coger velocidad mientras José Luis se inclina, para evitar el viento que entra por la ventanilla, encendiendo un cigarrillo.

LA LAGUNA, DISTRITO UNIVERSITARIO

Por las ventanas abiertas del despacho del Decano de la Facultad de Filosofía y Letras se ven varios trozos de cielo azul, repartidos entre los huecos que dejan libres las edificaciones del colegio mayor, los oscuros cipreses, los inciertos nubarrones del otoño —invierno, primavera, verano— lagunero. La figura del Decano, de pie detrás de su mesa con escribanías, con carpetas, con folios mecanografiados y manuscritos, se recorta un poco a contraluz frente al grupo de universitarios que entraron hace un momento, vestidos con *blue-jeans*, con jerseys deshilachados, con americanas

de pana, con ingenuas camisetas desde las que un émulo remoto del señor Benz utiliza el distintivo deformado del alemán para recomendar imperativamente la fornicación como sustitutivo de la agresión heroica, o al menos con cartilla militar legalizada. El grupo de universitarios que entró hace un momento en el despacho del Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna venía con el propósito de plantearle a éste un problema de carácter académico relacionado con la irresoluble incompatibilidad entre las exigencias culturales del curso al que representan y los conocimientos del funcionario —con título de doctor— que tres veces en semana y por un sueldo que no hace al caso, menos el catorce por ciento de impuestos y el uno por ciento de habilitación, intenta documentarlos sobre. Del grupo de universitarios que ha entrado hace un momento en el despacho del Decano hay uno que no lleva ni barba ni bigote; va meticulosamente afeitado y sólo sus íntimos han llegado a conocer su carácter de barbilampiño; hablaba, precisamente, hace un momento, de la necesidad de una concienciación de los estamentos docentes, empezando por los pertenecientes al sector del alumnado, como punto de partida para una inminente politización de la Universidad.

—Bueno, verá usted... —el Decano echa en este momento la cabeza ligeramente hacia atrás y mira el techo del decanato displicentemente—. Dejando a un lado que los estamentos docentes están integrados de forma exclusiva por los profesores, y que el alumnado recibe la denominación de estamento discente; dejando a un lado, digo, esta cuestión semántica, no cabe duda que en un país como el nuestro los problemas sociológicos que pueden presentarse obligan a una participación colectiva, pero casi prefiero que refiriéndonos al campo de la enseñanza (que es el que hace que hoy estemos aquí ustedes y yo) hmmm..., concreten, claro, hmmm..., más, hmmm..., el verdadero motivo de este intercambio en el que...

El silencio habitualmente cenobítico y conventual del despacho del Decano de la Facultad de Filosofía y Letras se

rompe de improviso, en realidad nosotros y adijimos, inundando los austeros sillones, por supuesto señor decano, las paredes revestidas con paneles de maderas más o menos nobles, y o pino que no se puede, adornadas con cuadros degasianos de dudoso gusto, con fotografías de los frescos de Miguel Ángel reconocibles a través de la perfecta reproducción de las grietas de la pared, es que se trata de una cuestión de principios, los techos estucados, la mullida alfombra, si me permite que le indique lo que, la simbólica biblioteca, los muebles burocráticos, los otros, es que se trata de una cuestión de principios, las ventanas abiertas, el edificio del colegio mayor, los nubarrones laguneros, nosotros habíamos en realidad, la propia figura del Decano que, con la mirada siempre perdida, displicentemente, en las manchas de humedad, es que se trata de una cuestión de principios, del techo, se frota las manos con costumbre, mirando de reojo al muchacho del jersey verde, ya digo, hmmm..., que concreten ustedes el verdadero..., hmmm..., motivo, hmmm..., de..., que está al lado del barbilampiño contestatario, hmmm..., recordando (¡estas universidades de provincias!) que suspendió durante cinco convocatorias seguidas, cinco, la materia de Filosofía por incompatibilidad con el adjunto, desde el momento en que éste se negaba, irracionalmente, en redondo a admitir que Heráclito con su *panta rei* preconizaba de una forma velada la inminente decadencia del centralismo helénico, demagógicamente democrático e ineficazmente progresista. El Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, hmmm..., bueno, verán ustedes..., sigue frotándose las manos sin entusiasmo desde su traje de tergal gris perdiendo, es un decir, la mirada en los estucos del techo, mientras los universitarios que componen el grupo que entró hace un momento terminan por mirarse entre sí, carraspear, hmmm..., digo que se trata de un problema académico, y atender con una relativa sumisión las razones de la autoridad docente, y como tal, hmmm..., casi prefiero que lo centremos en las dimensiones concretas, conscientes todavía de los paneles de madera, de la alfombra mullida, del techo estucado, en las que, hmmm..., debe discutirse..., si realmente entiendo

el motivo por el que ustedes han decidido entrevistarse, hmmm..., conmigo. El Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, a contraluz sobre las ventanas abiertas que dan sobre el colegio mayor, sobre los cipreses, sobre los nubarrones, sobre el cielo (azul a veces) lagunero, sigue frotándose las manos embutido en su traje de tergal gris, con la mirada vagamente, es un decir, perdida en los estucos del techo, contemplando de reojo al barbilampiño de la concienciación de los estamentos docentes, al del *panta rei*, a la niña (la única niña de la comisión) a la que no le predice demasiado éxito en las solicitudes de fornicación contestataria que exhibe en la camiseta que cubre su precario busto, recordando, mientras el rumor de las voces de los universitarios se mezcla con algunos tubos de escape que rugen o se debilitan debajo de las ventanas, su etapa de alumno de Filología Románica, estudiando los Orígenes del Español, los tratados de Paleografía —no de Millares, claro—, los Grafitos Pompeyanos, con la decepción prematura a flor de piel, el terror biológico en la sangre y un libro, en francés, de Jean Paul Sartre leído —poco a poco— en la soledad de su alcoba peninsular, perodetodasmaneras, cabeceando inexpresivamente, setratadeunacuestiónmúltiple, desde su traje de tergal gris, porsupuestoseñordecano, con la mirada perdida en el techo, esquesetratadeunacuestión-deprincipios, de espaldas a las ventanas abiertas sobre el (¿podemos escribirlo sin que suene a cachondeo?) campus universitario.

(Había dicho, sonriendo, con el humo del cigarrillo envolviéndole el rostro, nosotrós podemos ir ahora a casa mía a beber café, mirándolo a los ojos desde el deseo presumible, desde el sexo deseable, desde la represión sexual que exige la doble significación de cada gesto, de cada palabra, de cada movimiento, como ahora al subir las escaleras estrechas y relucientes, nuevas y brillantes, yo creó que tú amarás el café, ¿no es esó?, en que las

nalgas marcan el camino, en que el pantalón de espuma ceñido a las caderas excita a la lujuria de las cuatro de la tarde, a la modorra de la hora de la siesta, a la posesión mítica, fabulosa, onanista; me ui, bian sir, me yem plis ancor dotres choses, con el calor en la frente, en la nuca, en las axilas, en el sexo, con el pensamiento puesto indefectiblemente en la virilidad absoluta recién descubierta, en la envidia disimulada de Jorge, en el telafo-llascuandoquierascoño de César, en las caricias encubiertas de ayer noche en el baile, en el insomnio posterior, en la despedida en el portal de esta misma casa que ahora se prolonga en escaleras ayer vedadas, en invitaciones no solicitadas, en posibilidades insospechadas, en paraísos sin cuento, en; esto está un pocó pequeño, pero yo piensó que nosotrós somós dos solamenté, abriendo la puerta, entornando los ojos en una mirada de simpatía que debe ser de complicidad, en un gesto cortés que debe ser voluptuoso, me se meyer ensí, ¿nes pa?, siguiéndola en el interior del apartamento, cerrando la puerta tras de sí, reparando en el mobiliario *standard*, en las cortinas blanqueadas por las franjas de sol, en los cromos con motivos canarios, en la hembra definitivamente identificada con su madriguera hoy hollada. Y en esa mano que alarga una taza de café sonriendo, ¿tú piensás que hay ya bastanté de azúcar?, aparece inevitablemente la extranjera de piel blanca, rojiza por el sol, ofreciendo amablemente, la mujer emancipada deseada en las noches de polución hedionda, acercándose con una cordialidad sencilla, la mujer imaginada en la agonía de la masturbación desesperada, convirtiendo en íntimo un gesto mundano, la amante fabulosa soñada rabiosamente en los abrazos a prostitutas sudorosas, dejando traslucir el deseo en los ojos que preguntan, la aventurera posible encontrada una noche en un *night club*, ofreciéndose

en unas circunstancias que no necesitan explicación, la lujuria de un perfume que domina sin advertirlo en el abrazo de la danza, revolviendo el café con la cucharilla en espera del momento inevitable, el atractivo de unos labios rojos y brillantes que pregonan el beso, colocando un disco en el *pick-up*, la cortesana ancestral, permitiendo sus manos sobre sus hombros, la mujer fácil, admitiendo la caricia en la nuca cuando aún cabría la dignidad teórica, la extranjera, la mujer emancipada, la amante fabulosa, la aventurera, la lujuria, el atractivo, la cortesana, la mujer fácil, ofreciendo su aliento en el que vuelve a adivinarse el perfume ya casi olvidado, ofreciendo su cuerpo a la posibilidad de la pasión, ofreciendo su boca en un abrazo que convierte el sofá en prólogo, piensa en su virilidad absoluta compendio de todas las virilidades, besando, lamiendo, gustando de aquel sabor a mujer descubierto por primera vez en su totalidad, piensa en la sonrisa un tanto aburrida de Jorge, acariciando el misterio del cuerpo que nunca se puede conquistar sin el doble deseo, piensa en el tienes-queirmañanacoñoquestáhecho de César perdido en el absurdo de una lujuria tan fácilmente conseguida, piensa en el baño de la piscina con los cuerpos juntos y sabiéndolo todo sin precisar aún el cómo, sintiéndose confundido con el beso, con el abrazo, con la música del *pick-up*, con la tarde que ciega desde el sol, con la mujer que se abre jadeante en su entrega, firme en su triunfo, exigente en su dominio.)

En el cuartito pequeño, sin ventilación, de Casa Felisa no hay nadie: en una mesa, la más grande, Rafa y José Luis fuman, comen y beben en silencio, en la de al lado, pintada de rojo también, unos vasos, unas botellas, restos de comida, ceniza...; José Luis se resistió a venir, coño, joder, encima,

a Casa Felisa ahora, cuando Rafa lo propuso, hombre, José Luis, total; sí, total, lo dices tú..., discutiendo en el Mercedes parado, con el motor encendido, al lado de la acera, date cuenta de que no hemos cenado y a mí me apetece un caldito para entonarme, y la luz blanquecina, lechosa, del amanecer asomando por encima de las azoteas terreras de los barrios viejos, sorprendiendo en el cerebro, picando en los ojos, acostumbrados ya a la penumbra rojiza de la noche pasada, a los maquillajes desorbitados, ¿me invitas a una copa?, no, coño, no te invito, bajo la sonrisa indescifrable de Remigio detrás de la barra, dando la espalda violentamente a la muchacha que sigue su paseo buscando otro cliente; sorpresa de la luz que nunca se espera del todo aunque se sepa que va a venir porque son las cinco y...

—Me hacía falta comer —confiesa José Luis sin levantar la vista del plato—: toda la noche bebiendo...

—A mí me pasa al revés: cuanto más bebo, menos como, me olvido del estómago.

—Hasta el día siguiente, ¿no?

—Bueno, sí; al día siguiente es otra cosa —admite Rafa.

Hasta la mesa del pequeño cuartito llegan los ruidos y los olores de Casa Felisa, las mismas voces de los camareros y de los cocineros que no se sabe a qué hora dormirán, habrá varios, hombre, dice siempre Manolo cuando vienen aquí después de una noche de juerga, y Rafa se ríe a carcajadas porque, según Alberto, Manolo es el hombre que tiene menos sentido del humor después de los canguros, ¿por qué los canguros, precisamente...?, bueno, no sé...; una pareja de guardias municipales asoma la cabeza por la puertecita comprobando si hay sitio, buenas noches, perdonen, buenas noches, y fuera, en la calle, frena un coche, se oyen también otros ruidos indescifrables, los únicos datos que indican, en el interior de Casa Felisa, que se ha hecho de día, ¿no cierran nunca?, pregunta Rafa, cierran un rato ahora, creo, para limpiar y eso, el único lugar donde se puede comer y beber a cualquier hora del día o de la noche, el único lugar donde se encuentran guardias municipales a

las seis de la mañana, matrimonios honorables a las cuatro, furcias a las cinco y media, camareros a las tres, Casa Felisa, dice siempre Rafa cuando está animado, hoy no, es el Drugstore de la ciudad, pero lo pronuncia tan mal que nadie lo entiende nunca.

—¿Tú te vas a acostar? —pregunta Rafa cruzando el tenedor y el cuchillo en el plato descascarillado.

—No sé, no creo... —José Luis enciende un cigarrillo—. Prefiero no ir por casa todavía: son las... seis. Pues iré directamente a la oficina. En realidad tampoco tengo tanto que hacer. Si no fuera por lo de los follones, cogía el coche y me iba a Bajamar, a la casa de veraneo, hasta el mediodía.

—Yo me acostaré un rato. Muy poco, claro.

—Dichoso tú que puedes —dice José Luis encogiéndose de hombros—. Yo, hasta que no se arregle lo del convenio colectivo tengo la espada de Damocles de la jodida huelga que no me deja vivir.

—¿Tan grave es?

—¡No es grave! Hombre, normal, como todo... Estas cosas siempre se resuelven, pero los consejeros en seguida se cagan por las piernas para abajo y me tienen entre la espada

—¿De Damocles?

—y la pared —José Luis parece no haber oído a Rafa—: tengo que buscar la mejor solución para los obreros, la mejor solución para la empresa, la mejor solución para el Sindicato, la mejor solución para la opinión pública y la mejor solución para los dividendos.

—Menos mal que no te han pedido que arregles también lo del Vietnam...

José Luis apura la cerveza que queda en el vaso, da una palmada, ¡va en seguida!, enciende otro cigarrillo, nos vamos, ¿no?, dice Rafa, sí, claro, y los dos se revuelven en las sillas desvencijadas esperando al camarero, algo reconfortados con la comida-cena-desayuno, despejados de la modorra, del malhumor, de parte del alcohol, despejados de la interminable noche prolongada tontamente, yo ya te dije que

no quería venir, iba gruñendo José Luis mientras el coche bajaba por la carretera, si fuese un día sólo, todavía, pero es un día, y otro, y otro... Se han puesto de pie y José Luis se ajusta el nudo de la corbata con un gesto de desagrado por el roce del cuello de la camisa que adivina sucio al tacto, mientras Rafa, de pie también, recoge el cambio que el camarero devuelve morosamente, contando las monedas en la palma de la mano antes de soltarlas, como si temiera perderlas: tiene un aspecto antipático, como si le molestara trasnochar laboralmente incluso, da las gracias ante los duros de propina como por compromiso, buenas noches, adiós, buenas noches, sorprendidos al encontrarse con el chorro de luz inesperada que los recibe en la puerta, y se quedan detenidos en medio del local, José Luis limpiando las gafas y Rafa desperezándose moderadamente y alisándose el pelo revuelto.

—No sé si acostarme —gruñe Rafa.

—¡Acuéstate, coño, no seas idiota! —dice José Luis volviéndose a poner las gafas—. Si yo pudiera: con la casa vacía... Por cierto, ¿cómo está Marta?

—Bien, está bien, hoy me llamó precisamente.

—Estar de rodíguez después de una noche de juerga es un placer que sólo he conseguido en los viajes a Madrid.

—Pero tengo trabajo —dice Rafa, ya en la calle, jugando con las llaves del Mercedes—. Además, ¡coño! —se da una palmada en la frente, sonora, muy sonora en el agradable silencio de la madrugada—. Ya no me acordaba de mi sueño.

—¿Entra en las obligaciones matrimoniales? —pregunta José Luis apoyado en el techo del coche.

—Me llamó esta mañana —dice Rafa abriendo el coche y sentándose— para lo del jodido asunto ése de Castro: muy interesado además, y ya sabes lo pesado que es mi sueño.

—Ah, es verdad, lo de Castro, sí —asiente José Luis mientras el coche arranca—. Además, la otra noche en mi

casa me acuerdo de que Manolo te dio la lata también. ¿Cómo está la cosa?

—Mal, muy mal —suspira Rafa—. Tiene el agua hasta el cuello. Yo lo conocí hace tiempo, ahora hace mucho, varios años, que no lo veo.

—Yo apenas lo conozco, de vista un poco, del Club.

—El padre de Marta, ya te digo, está muy interesado. Y Manolo me dijo la otra noche, el sábado, en tu casa, no sé qué de que si empezó trabajando en su empresa, de que si todo es cuestión de firmas...

—No te cojas los dedos por si acaso.

—No, yo no —se apresura a decir Rafa—. Además, ¿de dónde?: Parece que no es por un millón ni por dos, que la cosa es gorda. Menos mal que en esta isla nunca llega la sangre al río.

—Será porque no hay río.

—Ni siquiera al barranco.

La luz se ha encaramado en el cielo y va bañando, poco a poco, sistemáticamente, las fachadas, las azoteas, las antenas de televisión, las calles aún desiertas. Rafa vuelve a alisarse el pelo, echándose para atrás, luchando con el viento, hace frío, coño, que entra por su ventanilla, es la hora, responde José Luis guiñando los ojos detrás de las gafas para evitar el humo del cigarrillo que enciende, mientras el coche avanza deprisa, bastante deprisa, por las calles todavía desiertas.

Porque las cumbres azuladas, añiles y marrones son, han sido, fueron, serán, esencia de la isla, del grupo humano que la habita, de nosotros mismos, de la longitud y de la latitud que nos cuadriculan, nos sitúan, nos colocan aquí definitivamente, de una vez para siempre, como si las cosas pudieran, realmente, quedar colocadas en alguna parte, situadas en alguna posición concreta, cuadriculadas en alguna dimensión determinada; como si las cosas —las cosas en general, cada cosa— no tuvieran múltiples enfoques, múltiples matices, múltiples planos de valoración, múltiples

tiempos y múltiples espacios, como si pudieran ser de una vez para siempre, como son esas montañas, esas rocas, esas aristas, esas laderas, esos despeñaderos, esas piedras; como si no contaran tantas, tantas, tantas cosas simultáneamente, como si no estuviera claro que las responsabilidades no pueden exigirse a estas alturas con la misma intensidad, con el mismo rigor, con la misma dureza, con el mismo hierro, de momentos anteriores, como si todo esto —todo lo que nos está ocurriendo, todo lo que está a punto de ocurrirnos, los problemas que nos están rodeando, envolviendo— pudiera vincularse y desvincularse, así como así, de los otros tiempos, de las otras dimensiones, que también forman parte de nosotros. No hay posibilidad de comprender, desde aquí, desde esta dimensión, esa elección obligada en la que no pudo haber, ¿cómo iba a haberla entonces?, reposada toma de conciencia: nuestras posiciones no fueron nuestras de ninguna manera, terminaron de definirse en las naves de Fyffes, en el miedo de Fyffes, en la angustia de Fyffes, en la desesperanza de Fyffes, nos las definieron ellos al decidir por nosotros, al decidir el destino del encierro, el destino de la persecución, el destino del odio que engendra odio, que engendró odio en aquellos meses de verano, del primer verano del mundo; todas nuestras decisiones posteriores estuvieron condicionadas por ellos, nuestras tomas de conciencia también, condicionadas por el miedo a ellos, por el odio a ellos, por la no identificación con ellos, por el desprecio biológico hacia ellos; no se debería olvidar nada de esto para poder explicar que todo, todo, todo, estaba claramente trazado desde el preciso momento de la salida por el portalón de Fyffes bajo la mirada desconfiada del centinela: la escalada suicida que prolongaba en su inseguridad —ahora en otra dimensión— el miedo atroz de los meses de encierro, escalada que no sabíamos a dónde conducía, pero que estaba claro de dónde se alejaba, de qué mediocridades huía, de qué miserias se separaba, de qué hambres necesitaba despegarse velando furiosamente por la familia que vendría después, arriesgando lo único que se podía arriesgar en aquel tiempo de nove-

cientas pesetas al mes: la libertad; jugándolo todo a una carta que podía estar marcada y aquí paz y después gloria. Entonces, entonces sí, entonces era el riesgo y no ahora, entonces se podía esperar todo de la inseguridad de los negocios enigmáticos que se emprendían; ahora no se puede justificar, sería injusto, esta catástrofe inminente alegando aquel riesgo que entonces afrontamos honestamente, que entonces podía haberse decidido y que entonces hubiésemos aceptado; entonces, entonces sí: ahora estamos determinados por otras circunstancias bien distintas, y resulta muy, muy difícil, relacionar las unas con las otras, ¿qué se hubiera podido hacer, si no, en aquel momento con la pureza perdida al conocer, de golpe, el odio?: se afrontó todo porque se tenía la razón de la supervivencia y nos habían dado la patente de corso ética para sentirnos eximidos de toda responsabilidad, ¿quién, si no nosotros, carecía de responsabilidad moral en lo que hiciera entonces? ¿No nos obligaron a defendernos panza arriba? No hay que tomar los recuerdos como una balanza rígida a estas alturas, ¿son tantos los hombres que se unen en uno solo! Lo repetimos muchas veces y Juan no lo comprendió nunca, no comprendió que se trataba de dos mundos distintos y que él podía pertenecer al nuestro sin escrúpulos de conciencia, como no teníamos por qué tener escrúpulos nosotros: estaba el mundo de los que subían apoyándose en las ruínas que ellos mismos habían sembrado, y los que subíamos de entre las ruínas que nos habían tirado encima, el mundo de los que combatían en la División Azul, denunciaban a los sospechosos, miraban por encima del hombro, perdonaban la vida a cada paso, provocaban en los veladores de los cafés, cobraban pensiones, hacían suyo el entusiasmo, en definitiva, y el mundo antagónico de los que oían Radio Nacional entre líneas, entendían "victoria aliada" cuando se escribía "retirada alemana", se sabían, o se creían, perseguidos a cada instante, se reconocían como verdaderos protagonistas —protagonistas con derecho propio— del hambre que merodeaba insistentemente, se sentían dueños absolutos del odio que el odio había engendrado. Ese odio que no se puede, nunca, nunca, nunca, ni

aún ahora, dejar de tener en cuenta: el odio que nos justifica de alguna manera, que nos lava de alguna manera, que nos redime de alguna manera.

El Mercedes de Rafa vuelve a correr, pero ahora por las calles desiertas, calles asustadas todavía por el ruido del motor que rompe el silencio de la noche pasada y empuja, un poco a la fuerza, la claridad blanquecina de la luz que se empieza a desprender por encima de las azoteas, metiéndola, violentamente, por las ventanas cerradas, abiertas, entornadas, que deja atrás en seguida, calles que invitan a correr, cuidado, coño, vas muy de prisa, sin fijarse en la aguja del cuentakilómetros y mucho menos en las esquinas, en las señales, si es que da gusto, comenta Rafa, ¿cuándo has visto la calle del Castillo sin gente?, que la puedes coger toda de un tirón, en tercera todo el rato, a sesenta. José Luis mira por la ventanilla y con el brazo derecho por fuera tamborilea sobre la capota del coche, con ese gesto suyo de entera tranquilidad, parpadeando de vez en cuando, detrás de los cristales de las gafas, mientras Rafa, recostado en el asiento, sonríe apretando el acelerador, deslizándose el coche suavemente por el pavimento, no como los caminos pedregosos que llevan al cabaret, la senda del vicio, hijo, la senda del vicio, decía Rafa sonriente cuando José Luis se quejaba, coño, joder, qué baches, ahora comprendo por qué la gente es casta, dando saltos en su asiento a cada piedra, a cada irregularidad del terreno, pensando, mientras tamborilea mecánicamente sobre la capota, en toda la larga noche, ya te dije que nos acostaríamos a las tantas, la sala de fiestas en la agradable penumbra rojiza y Marina, la muchacha del traje de lentejuelas, cantando boleros, las opiniones de Rafa sobre el poder evocador, los boleros, oye, José Luis, me recuerdan siempre un momento determinado que, la pareja de baile flamenco que intentaba, consuarteincomparablexponentegenuinodelalmaespañola, impresionar, o al menos, cada uno se gana la vida como puede, cumplir medianamente, joder, qué tipos, qué cara

más dura tienen, bajo la mirada de incompreensión de la muchacha del traje verde y los ojos bonitos, mientras Rafa sonríe parpadeando una vez más en el silencio del coche solitario.

—Me estaba acordando...

—¿Eh? —pregunta Rafa.

—Me estaba acordando de la chica aquélla.

—¿Qué chica?

—La del traje verde. La que estuvo con nosotros esta noche, que hablaba con la voz tan ronca.

—Era guapa, ¿verdad? —dice Rafa volviendo la cabeza.

—¿Sabes a quién me recordaba?

—Hm-m... —niega Rafa.

—Se me daba un aire con Tania.

—No seas absurdo —gruñe Rafa. Y se queda callado.

—¿No la has vuelto a ver?

—¿A quién? —pregunta secamente Rafa.

—¿A quién va a ser? A Tania, coño, pareces un cura cada vez que te hablan de esas cosas...

—Tú también hablas en unos momentos... —Rafa quiere sonreír, pero José Luis, que le observa el perfil, ve que no lo consigue—. Parece mentira que un gerente como tú no sepa las funciones estrictas de la ley de la oferta y la demanda. Tania fue una operación comercial en un momento determinado.

—Era guapa —dice José Luis aparentando ingenuidad.

—Era su obligación: cobraba impuesto de lujo.

El coche sigue corriendo en silencio, atravesando calles, ¿dónde vas ahora?, dejando que el primer viento de la mañana, que casi siempre se recibe extrañamente, con escalofríos, se cuele por la ventanilla y siga refrescando las frentes abotargadas, a coger tu coche, ¿no?, ¿a coger mi coche por la Rambla?, bueno, la última vuelta, para desentumecernos, dejando entrar el viento virgen que se estrena minuto a minuto, invitándolo a entrar con la carrera.

—Fue una noche bastante tonta —comenta José Luis en una voz muy baja.

—Como todas, ¿no?

—Por eso lo digo. Si por lo menos fuese la última...

—Si fuese la última, ¿qué harías tú por las noches?

—Buscar otras formas de aburrimiento —dice José Luis sonriendo—. Todo es cuestión de proponérselo...

—Ya tenemos éstas, ¿para qué cambiar? ¿Tú no sabes que más vale loco conocido que sabio por conocer? En el fondo, debemos encontrarnos cómodos en esta vida de crápula, estulticia y disipación cuando nos embarramos en ella con tanta frecuencia. ¡Cuánto vicio, qué degeneración, qué horror! Además —sonríe Rafa—, no me negarás que es bonito eso de ver cómo la ciudad (nuestra ciudad, mía también, ¿eh?) se va iluminando poco a poco, va poniéndose colores encima como una puta vieja. Me acuerdo de que Castro, el de la constructora, el del follón, el que tiene el jaleo ése de no sé cuántos millones, estaba empeñado antes, en la época en que yo lo traté, en decir que a la hora del atardecer las montañas de Anaga, viéndolas desde Santa Cruz, ¿no?, parecía como si fueran azuladas, añiles y marrones... ¡Pobre Castro! ¡Menudo jaleo tiene encima! A veces, ahora en serio, ¿sabes lo que pienso? Se me ha ocurrido muchas veces, y no te rías, que...

ULTIMO INTERVALO

Querido amigo:

Sólo unas líneas apresuradas para saludarte de vuelta ya, ¡sic transit!, a la monotonía de la vida madrileña. Cómo recuerdo ahora, desde aquí, con el cielo un poco más gris que de costumbre (¿o seré yo que tengo todavía vuestro azul metido en la retina y en la sangre?), esos días, escasos por desgracia, pero maravillosos, en los que la luz me envolvía, por primera vez en mi vida, y me hacía sentirme más poeta que siempre, perdido, como sólo los poetas (tú, yo, nosotros...) nos sentimos, en esa luminosidad inexplicable que no se sabe bien si está hecha de tiempo, o si el tiempo está hecho de luz; pero que sabemos que nos invade por cada poro, sin podernos defender de ella de ninguna manera. Cómo añoro ahora, de vuelta a lo cotidiano, esos días inolvidables, rodeado de todos vosotros, de los magníficos, inimaginables hombres de esa isla, la impresionante belleza de Las Cañadas, esos paisajes oníricos que uno sabe que existen pero que nunca puede dejar de considerar increíbles cuando se topa con ellos. He llegado a dudar un poco de que realmente te puedan doler los días en medio de esa luz y ese paisaje que nacen nuevos cada día y que sin embargo, vosotros, los tinerfeños, debéis saber vuestros... ¡Qué bello tu poema, de todas maneras! Ayer mismo, en la tertulia del Gijón, estuvimos hablando de ti, leímos

tus poemas, te tuvimos presente en medio de nosotros: José Luis me dijo que se quedaba con los trabajos que le enviaste por mediación mía y que, aunque no sabe fechas con seguridad, se publican seguro en uno de los próximos números. Esta misma mañana recibí el giro de las nueve mil pesetas: gracias por la eficiencia y por la rapidez en el envío. Los que, como tú, no tenéis la desgracia de vivir de la literatura, estáis, por fortuna, un poco ajenos a esta imprescindible contaminación de la poesía.

Ahora preparo, con prisas, con más prisas de las que desearía, por supuesto, el inmediato viaje a La Coruña del que te hablé; intenté aplazarlo, como te dije que haría, pero parece ser que es muy difícil combinar las fechas y me veo obligado a terminar a marchas forzadas esa conferencia sobre las Cantigas y sus influencias de la lírica popular gallega: estoy aterrado porque me doy cuenta de que es una osadía incalificable explicarles a los gallegos su propia literatura, pero han insistido tanto que terminé por aceptar...; ya sabes que una cosa es dominar (más o menos) un tema, y otra sentar cátedra con él.

Espero que sea verdad eso de que pronto te veremos por aquí. Avísame con tiempo, que me alegraré mucho de estar contigo y de presentarte a los amigos que no conoces y de reunir a los que conoces. Saluda a todo el mundo de esa bendita isla: a los que recuerdo y a los que no: fueron todos maravillosos conmigo. Un abrazo, y hasta pronto. Que sea verdad.

Pepe.

P.D.—Los dos magnetofones y la máquina de escribir pasaron bien. Ni siquiera hubo necesidad de

utilizar la tarjeta que me diste de aquel amigo tuyo. Agradécesela de todas maneras en mi nombre, por favor. — V.

(Carta del Notable Poeta a Manolito Trujillo.)

¡No, hombre! ¿De qué? ¡Ma nasionar que toah la cosa! ¡Coooño! Si er nota hiso la guerra desder primer día y no sé si le mandaron un balaso o no sé que lechheh; porque como ér se manda uno royo der caraho parriba yo no sé muy bien, pero er nota ma franquihita que toah la cosa... ¡Oh, mira vel! Si er nota estuvo en Rusia cuando sacabó la guerra, en la División Asur, voluntario, que sehtuvo dosañó, hasta que sacabó aqueyo. ¡Sí, hombre! Er padre la piba. ¡Por mi madre, coño! Por eso te digo. Y ahora er nota ma jodido que toah la cosa por meterse en lo foyone eso que tú dise de sindicatoh y de lechheh désa. ¿Yo qué coño sé si e enlase, ni delegado, ni er coño la madre? Yo lo que sé son lah bataya que cuenta a vese cuandohtá muy cabreado y lo royaso que me manda la piba, que la tengo que mandar a cayar, cuando viene de su casa toa hecha porvo, ¡oh...! lotro día se mechó a yorar, cagarré una calentura der coño la madre por culpa loh royo eso. ¡Yo qué coño sé! Si lo que le pasa ar nota e presisamente eso, queh un tipo cohonudo, así como tú, bueno, a no ser, ¿verdá?, que tú lo que quierah sea meterte dentro pa mamar como todoh y tar, pero ér, ¡leche!, ma serio que toah la cosa y ma buena persona quer caraho. Si ahi la cosa e dehartre de películah y de gilipoyese y ponerte a la mamadera, porque si no ensima te hoden vivo. Bueno, mano, yo no digo qué sea delegado, ni enlase, ni royoh deso, pero la cosa e quehtá en loh foyone de la huerga que disen que vanaser por lo del convenio coletivo y no le queda ma remedio caguantar por lomo: Como todoh no, mano, porqué e capatá y tiene la rehponsabilidad de todo, y comor hefe, loh hefe, bueno, ehtán todoh cagao, mira vel, le disen, ¿no?, qué socupe darreglar lah cosa, ¿no?, de convenser a la hente, ¿entiende?, loh royo eso,

queyoh le van a dar dehpué..., tú mentiendo, ¿no?, y ér, que ya te digo queh ma serio quer caraho y ma calentón que toah la cosa, dise que si ér no se mete en nada, pero que lo van a hoder a ér porqué sabe que ya lohtán vihilando en la polisía porque lan dicho cay un tipo..., ¡yo qué sé!, por poyaboba, porca mí miban a hoder vivo, ¡por aquí!, coho lah perra y mágor loco. ¡Coño, tú! Si te van a dar por culo... ¿Tú qué prefiere, que te den do mir duro o que te metan en la cárse? Bueno, aunque no sea en la cárse, que te denunsien a la comisaría... ¡Mira, déhate de royoh que uhtede do son iguale! ¡Shiá mano, si yegan a ponersablar, no veah! Mira, la cosa e así y nada ma: que si en ehtoh ofisio te porta bien te hoden vivo, y si ere un cabrón tembosta. ¡Así e como e! Mira, a mí mimporta un güevo, yo qué coño sé de todoh lo royo eso... Bueno, capatá, pero como e capatá ehtá metido en toah esa responsabilidade de... ¡Oh, pues peol! Si nohtá metido en nada de delegado ni nada y lo hoden también..., mira vel. Tú déhate de royoh, que ya te digo yo quehtah cosa cuanto meno te conohcan mejol, y no seah poyaboba de meterte en enredoh deso, que dehpué vah a acabar ma hodido quer caraho. Acuérdate, si no. Bueno, coño, a mí... ¿Qué pasa? ¿Noh mandamo un medio güihquito ahi abajo pa dejahno de royoh? Venga, coño, así dehcamsamo un poco ante de ir a buscar a lah chiquiya, que como la mía me venga otra ve yorando, coño, le doy un piñaso que la hodo toda.

En las primeras horas de la mañana de ayer tuvo lugar en esta capital un desgraciado accidente en el que perdió la vida una menor cuando se dirigía desde su casa al Instituto de Enseñanza Media. El Mercedes TF-58.912 conducido por Rafael Méndez Hernández, natural de Madrid, de treinta y nueve años de edad y vecino de esta capital, que bajaba desde Méndez Núñez por la calle del Pilar, entró en colisión con el Taunus, matrícula TF-49.934, conducido por Fernando Castro Rodríguez,

natural y vecino de esta capital, de cincuenta y ocho años de edad, que venía en dirección contraria. Aunque ambos conductores maniobraron apresuradamente con el fin de evitar la colisión, ésta se produjo fatalmente, entrando en contacto el uno con el otro, y dañando considerablemente, en su afán de rehuir el choque, a uno de los vehículos que se encontraban aparcados en la acera, el Ford TF-15.080.

El lamentable incidente, que se produjo en las cercanías del cruce con la calle Bernabé Rodríguez, revistió trágicas consecuencias, dado que en ese momento cruzaba la calzada la menor Ana María Suárez García, natural y vecina de esta capital, de dieciséis años de edad, que fue golpeada por el Mercedes. La infortunada víctima fue trasladada urgentemente al Hospital Civil de esta localidad, en gravísimo estado, donde se le apreciaron fractura de cráneo, fractura de cabeza del fémur y hemorragia interna, falleciendo a los pocos minutos, antes de que se pudiese intervenir. Los conductores de ambos vehículos resultaron ilesos, así como José Luis Ramírez Mesa, natural y vecino de esta capital, de treinta y ocho años de edad, que viajaba en el Mercedes TF-58.912. Vaya desde estas líneas nuestro más sincero testimonio de condolencia a los padres y familiares de la infortunada víctima.

(Publicado en el periódico *El Día*, de Santa Cruz de Tenerife.)

EPÍLOGO

*Y tenían la cabeza, la voz, las cerdas y el cuerpo
como los puercos, pero sus mentes quedaron tan
enteras como antes.*

(HOMERO, *La Odisea*, rapsodia X.)

inevitable, inevitable, inevitable, y los reflejos están entumecidos por el alcohol y por la noche en vela y por la excitación y por la juerga y por el cansancio y por el Mercedes que vibra bajo el encontronazo y por el cuerpo joven que cae irremisiblemente, inevitablemente, irremitable, invisible, impenpinablemente, adivinándose la sangre en la caída, los huesos rotos, los gritos que faltan como en una película muda, los ojos abiertos, asustados, alcoholizados, fofos, de José Luis a su lado, apretando las manos contra el asiento; los chirridos de los frenos continuándose, prolongándose, extendiéndose por encima de la calle y de los coches y del accidente, mucho después de la quietud, como si fueran a durar ya siempre, como si nunca tuvieran que terminar, como si quisieran anunciar a los cuatro vientos insulares y peninsulares la sangre, el destrozo que es irreparable, que tiene que ser irreparable, que merece ser irreparable, que se anuncia irreparable, concretando, fijando en ese cuerpo caído el orden de la Naturaleza, la destrucción, la exteriorización de la violencia interna, potencial, latente, adormecida, de la isla adoptada en su momento, la violencia y su gratuidad, la violencia y su absurdo, el absurdo de la violencia no deseada pero triunfante, explosiva, brillante por encima de todo, por encima del instrumento elegido que no puede identificarse con ella, sin ser él el matador de ese cuerpo invisible, compendio de todos los cuerpos violentados de una u otra forma, el de Marta, violentada en su matrimonio, en sus hijos, en su confortable e incomprensible gineceo, incomunicable como la isla, como sus gentes de cordialidad epidérmica, de desconfianza profunda, de retranca sublime,

dolorosa para el observador, dolorosa como la culpa, como la responsabilidad, como esta responsabilidad, como esta culpa del cuerpo que va a caer bajo las ruedas, sus ruedas, mis ruedas, ruedas sin cámara, a prueba de pinchazos, manchadas ahora, pronto, en este instante en que el accidente se está produciendo de forma accidentada, accidental, occidental, civilizadamente, con civilización, como todo lo que ha proyectado, realizado, frustrado, en este tiempo, en estos años de trabajos civilizados, de negocios civilizados, de empresas civilizadas, de fraudes civilizados, de abusos civilizados, de borracheras civilizadas, de juergas civilizadas, de adulterios civilizados, de hastío civilizado, total, absoluta y terminantemente civilizados: viva la civilización y sus consecuencias, y sus tristes y definitivas consecuencias, como es definitivo el aislamiento voluntario-forzoso, el palacio de marfil de los coches americanos, del alcohol, del tabaco, del puerto franco, Franco, franco, sincero, honesto, un puerto cordial que abre los brazos y estruja, que besa y succiona en forma de himen, de vagina, de clítoris, de mujer elegante y curiosa, ahora muerta, grave, accidentada, caída, cayendo, a punto de caer, en train de caer, de tomber, de renunciar definitivamente a su gineceo particular, a sus hijos, a sus ilusiones monótonas, a sus frases hechas, a su seseo arrebatador, estremecidamente sexual, con una sex-sens-ualidad peligrosamente ingenua, gravemente responsable del rapto del godo, de su encadenamiento al peñón volcánico, de su integración en el Club y en el Casino y en la casa de veraneo después de las veinte mil pesetas al mes y del primer coche europeo, violento, violentamente, Vi-ol-etnam-ente, asesino de esos senos que caen sin verlos, sin poder detenerlos, erguirlos, hacerlos sexo, recuperando por un segundo su condición de mujer, de mujer canaria, de mujer antropófaga, atropellada, sangrante

Cuando Jo-o-orge Domínguez se bajó de la guagua del Sur que lo traía de Adeje pensaba pasar por la pensión para dejar la ropa limpia que le había preparado su madre,

para desayunarse, para ducharse y para afeitarse, para coger algunos libros, algunos cuadernos, algunos bolígrafos, subir a La Laguna y asistir a clase como todos los días, como casi todos los días. Y cuando se detuvo en la esquina, considerando que realmente era una lata eso de tener que levantarse a las cinco menos cuarto cada vez que volvía de su pueblo, para poder coger la guagua a su hora y llegar a tiempo a la Universidad, porque a sus padres no había manera de convencerlos de que daba lo mismo llegar un poco más tarde, o llegar a media mañana, o no llegar; cuando se detuvo en la esquina, considerando, vagamente, todas esas cosas, pensaba solamente encender un cigarrillo negro, tirar la cerilla al suelo, aspirar una bocanada de aire fresco bajo la luz naciente de la mañana nueva y seguir caminando hacia la pensión. Pero antes de que tuviera tiempo de terminar de sacar la cajetilla del bolsillo el estruendo de los dos coches embistiéndose el uno al otro en el silencio de la calle desierta, rozando en la maniobra al Ford aparcado al lado de la acera, le hizo contemplar horrorizado, con los ojos muy abiertos, el cuerpo de la muchacha de dieciséis o diecisiete años que cruzaba la calle en ese momento y sobre el que se abalanzaba el Mercedes, recibiendo un golpe brutal, levantando los brazos al cielo, desparramando por el aire el bolso, papeles, libros, cuadernos, doblándose sobre su propio cuerpo y cayendo al suelo, todo en unos segundos, cayendo instantáneamente, cayendo improvisadamente, bajo las ruedas que frenaban, chirriando, sobre la muchacha, cuyo cuerpo quedaba roto, extendido, bajo la mirada atónita de Jorge Domínguez, que la miraba, con los ojos abiertos, muy abiertos, sin poder quitarle la vista, aterrada, de encima, clavado sobre la acera, aflojando los dedos, dejando caer lo que llevaba en las manos, la ropa que le dio su madre, algunos libros que se llevó para justificarse, mirándola sin parpadear, horrorizado, sin poder levantar la vista, olvidándose definitivamente de la pensión, del afeitado, del desayuno, de las clases en la Universidad, parado en la esquina, mirándola, mirándola, mirándola.

sangrante, cuerpo sangrante, carne sangrante, recuerdo sangrante, recuerdos verticales, agrupados en gavillas, puestos en pie, girando a distintos ritmos alrededor del cuerpo caído, cayente, que cae, bailando una danza macabra hecha de vicio y de placer, de comodidad y de hastío, de indiferencia y de dejadez, de exquisitez y de estabilidad definitiva en torno a hijos, coche, mujer, piso, amigos, dinero, profesión ganada a pulso pero menos, empujándose a sí misma, empujada por una situación cómoda, por una boda cómoda, por unas relaciones cómodas, por un talento cómodo desarrollado en la Universidad de Madrid cómodamente, con trajes planchados por mamá, por la criada de mamá, con cien pesetas en el bolsillo para los aperitivos de la mañana, el café de la tarde, el cine de la noche, la ligada de cuando en cuando, cuando cien pesetas eran una seguridad, no como ahora, como hoy-ayer, como otras veces en que los billetes de mil pueden llegar a doler un poco gastándose inútilmente en una noche sin otro placer que la conversación mantenida indefinidamente, que las justas dialécticas con las tanguistas de siempre, epatándolas, jugando a las frases, a las parodias, a los retruécanos incomprensidos, perdidos en la oscuridad roja del cabaret, onanismo intelectual que se acentúa más y más con el alcohol, y que pide más alcohol, y que llega a adormecer el sexo, a escarnecerlo por la vía del cerebro, a ridiculizarlo con un resentimiento incomprensible que reclama más alcohol, el alcohol que atropellará en la madrugada, que masacra, que empuja al coche, que lo está empujando en este momento en que los brazos de la mujer-joven-muchacha-niña se alzan al cielo titerescamente, doblados por muchos sitios, en ese gesto fugaz que ya no está, que desaparece, que concluye debajo del capó, fuera de su línea de visión, cayendo aún bajo el chirrido de los frenos, y los ojos abiertos idiotizados de José Luis, tímido siempre, débil siempre, encubierto siempre en su dinero, en su trabajo, en su prestigio, en su talento profesional, en su mujer, en su dinero, en el de Aurora también, mártir interesada, furia suave de algunas madrugadas, de algunos anocheceres, nunca eterna, siempre contemporizadora en

su femineidad convencional, triste en la brillantez, gris en el resplandor, perfectamente homogénea, atrocemente adaptada a la sociedad, a nuestra sociedad, a esta sociedad de cartón piedra que a veces merece la pena hacer ver que da miedo, porque todos giramos, girán, giráis en su derredor, sin que exista nada más, sin que los cosmonautas, los egipcios, los vietnamitas, los berlineses, los rusos, los americanos, sean otra cosa que noticias, papeles, voces, chistes, comentarios, sociología, ciencia-ficción, ficción: otro planeta, otro mundo que da vueltas a nuestro alrededor a muchos años luz, como Saturno y su anillo, como el mismo mar que nos rodea, nos protege, nos aísla, nos ahoga, nos ha ahogado, sigue ahogándonos ayer y hoy y mañana y ahora y aquí sentado en el volante con las mandíbulas apretadas, sin saber muy bien si esa imagen dolorosa y grotesca de la mujer que cae está ocurriendo ahora realmente, si ese gesto infinito grabado en el cerebro —nunca igual, siempre caduco— no será un recuerdo lejano, desconocido como los sueños que creemos haber vivido ya, si no será todo un sueño, si no será esta vida un sueño más o menos calderoniano soñado desde la cama de soltero de la calle de Ferraz, que puede ser roto de un momento a otro para asistir a las clases de la Facultad en el caserón de San Bernardo, sueño esta realidad isleña, boda, hogar, hijos, trabajo, amigos, accidente, canas, sueño los campamentos de la I.P.S. en Los Rodeos, sueño ese grito que anuncia el choque del metal con la carne y que se quiebra en un rugido espeluznante en el preciso momento en que el golpe se produce

"Luna que se quiebra sobre la tiniebla", cómo suena gastada, cómo pierde evocación, "de mi soledad", cómo se hace machacona, vacía, hueca, "a dónde vas", ridícula; la canción sólo puede traernos "dime si esta noche" algo cuando nos sorprende "tú te vas de ronda" o aunque no nos sorprenda "como ella se fue" cuando cuando cuando "con quién está" funciona, pero ya no, ya no, ya la he gastado y a lo mejor "dile que la quiero, dile que" nunca

más vuelve a funcionar, nunca más *"me muero de tanto esperar, que"* vuelve a traerme la añoranza húmeda que oprime el estómago *"vuelva ya, que las rondas"* con esa cosa gris y blanda que me *"no son buenas,"* obliga a anularme más y más y *"que hacen daño"* más y hasta fundirme con las notas, *"que dan penas"* con el violín, con el cantante *"que se acaba"* con el mundo perdido que renace *"por"* un momento y se vuelve a *"llorar"* perder con el acorde final que se quisiera prolongar indefinidamente cuando aún se puede, no ahora, que las luces, tantas luces en el cielo, molestanduelentristecen, con Rafa a mi lado queriendo queriendo queriendo, con Rafa que quiere, que quisiera, con Rafa que conduce sin dominar el volante como casi siempre, así aparcará, los ojos ¿los tendré yo también? hinchados, rojos, ¿tan desaseado estaré?, desagradables, ¿yo también?, le falta la noche para conducir bien, lo pierde la madrugada-luz-mañana, vampiro, Bela Lee, Christopher Lugosi, ¡Fangio Reyes!, vacilante, vasilonista, dudoso, idiota-idiotaidiotaidio, como roce el Taunus dolor en las mandíbulas la culpa también la tuvo apretadas vamos a joderla ese cretino de todas, l-a-c-h-i-c-a-la-chi-ca-la-asegurado daños a terceros-chi-ahorasíquelavamosajoderlaestamosjodien-cadoborrachodemierdasesino

laculpalaculpa

tuvo la chica que

"cuando se sequen las pilas"

borrachocómome duelen las mandíbulas

"verás que todo es mentira verás"

joder

vaya

borrachera

idiotaidiotasólo

me faltaba-nos faltaba-le faltaba-me faltaba

si pudiéramos arreglarlo hay que arreglarlo

hay que arreglarlo hay que arreglarlo

"yiiiira, yiiiira," aquél-es-aquél-el-aquél-único-aquél no, coño,

también

allí

hay otro allí mirando mirando mi

la chica va a estar muerta por lo menos

no, coño, de todas maneras está el del Taunus y el cretino de la esquina, cómo tuvo que ocurrir tan pronto tan pronto *"que al mundo nada le importa"* todos todos lo han visto, lo han vis-to-to-dos, final de juerga, final de juego, final de partida, ya no hay tiempo, con más calma, con más cuidado, con más suerte, con más pulso, ya no queda hacer nada más que esperar, mierda, Rafa, Rafa, Rafa, cómo la has jodido, cómo me has jodido, tuvo que ser ahora, el vacío en el estómago *"yiiiira"* deseo de encogerse, de anularse *"yiiiira"* de, no le va a hacer ningún bien, Aurora se tendrá que enterar de la situación de las declaraciones ¿no son secretas? de todas maneras el estado de la borrachera el alcohol puede haber análisis de sangre sólo al conductor, hoy mismo, esta misma tarde, me hubiese levantado *"no esperes nunca una ayuda"* de la larga siesta, quizás en la misma oficina, la cama caliente, escalofríos, el descanso en posición fetal, volver al útero materno, *"ni una mano"* y me hubiese levantado fresco, totalmente fresco, hubiese podido afei

escándalo, ruido, follones, agitación, líos, sólo me faltaba eso en este momento coño, ¿por qué, por qué, por qué?, si uno pudiera apretar las mandíbulas más fuerte, más fuerte, más-fuer-te-más-fuer-te más fuerte más fuerte más fuerte y no mover la mirada dejándola va-gar-va-gar-va hasta que no se vean más que sombras borrosas bultosa, y no esto que está ocurriendo, que ha ocurrido, que ocurre aquí mismo, que nos ocurre a nosotros, que me ocurre a mí

tarme voluptuosamente, y lavarme los
dientes y ponerme una camisa limpia, fresca, agradable, y
una corbata elegante re

el Taunus pudo darse cuenta a tiem-
po, pudo-debió-tenía que darse cuen-
ta a tiempo, antes de que pasara
nada, no era ya ahora cuestión de,
no se trataba de ver, no íbamos a
discutir quién tenía razón, que tam-
poco porque la velocidad era exce-
siva para ciudad, tenía derechotenía-
derechotenía derechotenía derebueno-
buenobueno pero hubiese evitado
hubiese podido debido evitar el ac-
cidente trágico; total, una puerta
abollada, dañosdañosdañ el seguro
a terceros, ahora veremos, hay que
bajarse a ver, veremos ahora, ahora,
veremos, ¿por qué el Taunus, por
qué aquí, por qué Rafa, por qué el
Ford aparcado, por qué aparcado,
por qué la chica ahora, aquí en el
minutosegundoinstante, por qué en
el lugar sitiocentímetromilímetro,
por qué?

cién planchada, y presidir la reunión
de hoy que no presentaría ninguna dificultad, todo se hubiese
resuel

Aurora y la juerga, la borrachera, el cabaret, el follón
otra vez como siempre, no hay tranquilidad, no hay
tranquilidad, no-pue-de-ha-ber-tran-qui-li-dad, nun-
ca-nun-ca-nun-ca-n-u-n-c-a-n-u-n, porque esta vez sí
que se va a enterar de verdad, de todo detodotodo-
deto y no habrá manera de descansar, de olvidarse,

de abandonarse, de arreglarlo, por lo menos hasta la próxima, nononono, se acabó para siempre, esto maldita es juerga definitivo

to cómodamente, sin problemas, lo peligroso será la reunión de la semana que v-i-e-n, ya se acabó todo corbatafeitadoreuniónsueñopazútero, Rafa, Rafa, yo mismo, debí conducir yo mismo, seguro, daños a terceros, muerta o no, bajar, herida, ahora, magullada, mismo, follones, atenderla quedar bien, hospital indemnizaciones, merece la pena, tampoco será tan grave, Rafa, Rafa, más miles de pesetas, bien gastadas fueron las de esta noche, muerta, primera especial, hay testigos, muchos, demasiados, dos, tres, cuatro y el del Taunus, aún no viene nadie, el ruido, este ruido, tanto ruido, mierda, aún se puede caso de se podría no tener razón podríamos si la culpa fue nuestra de Rafa podría Rafa arreglarlo yo mismo me interesa, claro que me interesa, comprarlos a todos, la chica ya está muerta, pagarles entierroespecialhospitalautopsia ¿delatará la autopsia? caben posibilidades, muchas posibilidades, tantas posibilidades, veremos, veremos ahora, qué final para esta noche de juerga que podría haber terminado como todas, veremos, ojalá hubiese terminado como todas sería un grato recuerdo recordarla en el recuerdo, veremos, discutimos, discutíamos charlábamos cambiando impresiones hacíamos algo positivo ahora podríamos recordarlo con cariño con agrado, veremos, todo se unía la música servía para tantas cosas para afianzarnos para mantenernos en pie, veremos, parecía como como si como recuperaríamos el tiempo Proust perdido dulcemente Rafa sabía de eso, veremos, qué hermosa qué hermosa ¿por qué no? hubiese sido esta noche ese recuerdo nadie está contento con su suerte moraleja fabulista, veremos, qué pena qué pena qué pena tan grande qué lástima no se puede remediar, veremos, recuperar ya el tiempo ni hacerlo otra vez mejor Rafa mejor para todos, veremos, para nosotros, veremos, para ti para mí para ella para la chica, veremos, ya no hay remedio de todas formas ¿por qué no

puede haber sido solamente?, veremos, qué noche perdida qué ocasiones perdidas irrecuperables seguro seguro seguro que serán irrecuperables, veremos, ahora de improviso, veremos, ¿quién podía?, veremos, ¿quién iba a?, veremos, ¿cómo íbamos a pensar?, veremos.

se produce el golpe que suena, que está sonando, que retumba dentro del coche, dentro del cuerpo del conductor, dentro de la cabeza llena de alcohol, dentro del chirrido de los frenos que siguen aferrándose a las ruedas, aferrándose, apretándose, parándolas cada vez más pero ya tarde, ya inútilmente porque la mujer se retuerce en el aire grotescamente, cayendo sin dignidad, deshaciéndose en el encontronazo estúpido que destroza, machaca, atropella, carne, huesos, sangre, mujer definitiva, mujer acabada, mujer muerta que gesticula aún en el aire señalando al cielo con los brazos mientras el tacto duro y frío del volante se graba —¿para siempre, para mucho, para nada?— en las manos ineptas, incapaces de evitar lo inevitable, esas mismas manos que han empuñado este volante, otros, a lo largo de tardes y mañanas y noches y madrugadas, a través de carreteras limitadas, de carreteras cerradas, de carreteras que no conducen a ninguna parte, que empiezan otra vez, que se muerden la cola, que son incapaces de trasladarse más allá del mar, más allá de las nubes, más allá del Teide gigante, coloso, monstruo, polifemo que controla con un solo ojo volcánico todo su derredor, que extiende pasaportes, visados, licencias, que autoriza, raras veces, a salir de la isla, de su dominio, de su territorio, de su campo de concentración disimulado al que se llega con dinero en el bolsillo, con una expedición militar, con la euforia de lo desconocido, de lo exótico, de lo maravilloso, marcando el paso, vistiendo de caqui en la explanada de Los Rodeos, jurando Bandera entre fanfarrias militares, bañándose en la piscina del Club Náutico los domingos por la mañana, ligando, flirteando, tonteando, bailando en las verbenas, adivinando la propia categoría en las miradas de la mujer insular —mujer muerta,

mujer que cae, mujer sangrante— que envuelve dulzona en el mi niño, en el ustedes, en el encanto de las eses finales perdidas, euforia continuada, mantenida, fomentada en el interior del Paraíso hallado y no hollado, virgen como esa mujer que baila en el Casino, bebe en el Atlántico, ríe en las excursiones, halaga, halaga, halaga, cae muerta por fin en el encontronazo que suena ahora en la cabeza, en el cuerpo, en el coche, en la calle, en la ciudad, en la isla, despertando al Teide inmóvil pero todopoderoso en su trono, Teide imaginado como proxeneta inocente a través de las cartas rosadas de tinta verde, perfumada, con letra de colegio de monjas, letra de burguesía pujante, letra de mujer, niña, núbil, enamorada a través de un curso, de diez meses, después de reencontrarla en el otro verano, enmarcada definitivamente en su paisaje, en su ambiente, en su vaso de cuba libre en la mano, en su padre sonriente, en su boda decidida, ansiada, consumada en la iglesia del Cristo, en la cena en el Golf, en el viaje a París, en el piso alquilado con dinero doblemente paterno, amueblado más o menos igual, virgen también, abierto a todas las posibilidades, a todas las felicidades, a todas las rutas: el negocio fácilmente entrevisto después de los primeros tiempos, las vacilaciones prontamente superadas, el teléfono del suegro tantas veces consultado, apuntado, recordado, marcado, utilizado, explotado con pudor al principio, con tranquilidad después, con derecho propio, indiscutible, como una cláusula más del matrimonio, derecho y obligación, como comprar el coche, tener hijos, beber whisky, salir con los amigos adquiridos muchas veces como quien adquiere cuadros, o mesitas, o lámparas, como una necesidad ineludible, más en función de los demás que de uno mismo: amigos extraídos de maridos de amigas, de compañeros de trabajo, de amigos de amigos, incluso de godos llegados también aquí, procedentes de Barcelona, de Bilbao, de Sevilla, de Madrid, donde quedan cosas cada vez más nebulosas, cada vez más imprecisas, cada vez más cambiantes, hasta dejarlas fijadas en un puesto determinado, concreto, estable: el piso de los padres, la tarjeta por Navidades, el teléfono que comunica cuando

se va a Madrid, el restaurante que ha desaparecido, la cafetería que, la abuelita Carmen, el abuelito Enrique, cambiando de dimensiones como habitantes de otra galaxia lejana, definitivamente perdidas otras cosas, definitivamente perdida la Facultad, los compañeros, las amigas, la felicidad apacible de los años cincuenta, del año cincuenta y uno y la muerte de abuela, del año cincuenta y dos y su primera novia, del año cincuenta y tres y el viaje al extranjero, del año cincuenta y cuatro y el viaje a Canarias, barrera que comienza a separar, rastrillo que comienza a erosionar, perdiendo todo eso en el recuerdo, creando una añoranza ya suavizada, añoranza de felicidades juveniles posiblemente desaparecidas igual, pero cuya tristeza se asocia ahora a todo esto, a esta infelicidad tremenda, espantosa, insatisfecha, cómoda e inexplicable, a este coche, a estas juergas absurdas, infantiles, gratuitas, apabullantes, nefastas, trágicas ahora en los ojos redondos de José Luis que contemplan espantados, mudos, idiotizados, el brazo de la mujer que desaparece por último debajo del motor, que desaparece inútilmente, blandamente, tontamente, apagadamente

Se produce el encontronazo del Mercedes sobre la portezuela posterior izquierda del Taunus. Encontronazo que hace crujir la carrocería, temblar la chapa, los asientos, las ruedas, la caja de cambios, el conductor; encontronazo que rompe toda la tensión insoportable mantenida durante horas, días, semanas de intranquilidad, que hace saltar en mil pedazos —como salta en mil pedazos la pintura de los dos coches, como salta en mil pedazos la vida de la muchacha sorprendida en mitad de la calle, como salta en mil pedazos el sonido de los frenos, de ambos frenos, confundiéndose en el último silencio del amanecer— la inhumana carga de preocupación, de preocupaciones, de angustias, de agobios, de ahogos desesperados que quedan pulverizados por el encontronazo brutal que lo sitúa todo —todo, todo, todo, todo— en un mismo plano, en una misma perspectiva en la que pueden confundirse las letras protestadas con los

difíciles años de la postguerra, el año mil novecientos treinta y nueve, el año mil novecientos cuarenta, el año mil novecientos cuarenta y uno, el año mil novecientos cuarenta y dos, el año mil novecientos cuarenta y tres, el año mil novecientos cuarenta y cuatro, el año mil novecientos cuarenta y cinco...; pueden confundirse los avales imprescindibles dentro de unas horas con la otra angustia de los insoportables silencios por la noche, de los pasos silenciosos en el silencio de la calle, de los golpes silenciosos en las silenciosas puertas de las casas silenciosas; pueden confundirse las conferencias telefónicas apretando el auricular que se humedece bajo los dedos resbaladizos, con el otro miedo, el miedo del mediodía bajo la luz brillante de los tres veranos provisionales (como lo fueron los inviernos y los otoños y las primaveras y los muros de Fyffes y los cigarrillos fumados de vez en vez); pueden confundirse los vasos de whisky que acompañan la espera desesperanzada con otros sabores y otros olores y otros colores infantiles, adolescentes, núbiles, con *canotiers* deambulando bajo los laureles, cuellos duros, botines, uniformes de doradas botonaduras, de brillantes alharacas, de mostachos presuntuosos, con pantalones bombachos, gorra blanda, calcetines altos, altos, altos, el colegio de acentos franceses mal disimulados de la calle San Vicente Ferrer, el lóbrego Instituto detrás de la calle del Pilar, los partidos de fútbol; y la familia a cuestras detrás de las esperas, de los vasos de whisky, de los auriculares húmedos, de las llamadas telefónicas, de los avales pretendidos, de las letras protestadas; y la otra familia, la que nunca pesó, la que vio los pantalones largos y apenas pudo preocuparse por las primeras borracheras y los primeros líos y los primeros embrollos, porque había otros embrollos y otros líos y otras borracheras aterrándola paso a paso, la familia que le llevó la sereta de paja tapada con una servilleta grande a sangrientos cuadros rojos y blancos con una mirada lastimosa en la madre y un hermetismo de mostachos fruncidos en el padre, y una superioridad, un desprecio desafiante en sus veinticinco años mal cultivados, expuestos a través de la tela metálica, rotos entre aquellas tranquilas piedras de

Fyffes, escenario provisional, que ahora, en el encontronazo, hace algunos días, en el hundimiento, en el inicio del declive, en la primera desesperanza, vuelven a añorarse, a esgrimirse junto con los otros momentos, como se erigieron en justificación en el año cuarenta y uno, cuando la boda, cuarenta y dos, cuando el niño, cuarenta y tres, cuando las lanchas rápidas, cuarenta y cuatro... ¿Qué sabían, qué supieron, qué quisieron saber ninguno de ellos, ninguno de los que reían, gozaban, se vestían, follaban con él bajo aquellas honradas paredes de Últimas Cenas en el comedor y Sagrados Corazones en la puerta de la escalera? ¿Con qué derecho podían —ahora, ahora, ahora, precisamente ahora— mirarlo, pensar, imaginar siquiera, exigirle a lo mejor, continuar el ritmo ascendente que se empezaba a resquebrajar por una de las muchas fisuras que este ritmo provisional presenta? Ella no estaba en la puerta de Fyffes haciendo cola con la comida al brazo, ni oyó los golpes en la puerta de la casa, ni oyó gritar a la vieja ante las dos camisas azules y el coche aparcado en la acera, ni soportó los tres meses en mangas de camisa esperando, esperando, esperando, ni supo —tampoco creía que lo supieran sus padres— que de vez en cuando salía uno de los de la nave mortalmente pálido, y no volvía. Ellos vinieron mucho más tarde, cuando todo estaba justificado como revancha, todos ellos son de la época de la revancha, del estraperlo, de la especulación, ¡no, no!, nada puede separarse así como así; era necesario adquirir esta perspectiva que el encontronazo violento le ha proporcionado, esta perspectiva que es capaz de igualarlo todo, de hacer saltar todas las piezas del rompecabezas y dejar el lienzo blanco, inmaculado, para que sobre él vuelvan a emparejarse las piezas, todas las piezas, las mismas piezas —porque no hay otras, claro— una al lado de la otra, para comprobar que no falta ni sobra ninguna, para saber que lo de hoy tiene que ver con las lanchas rápidas, con su noviazgo con Candelaria, con sus miradas desafiantes en la alameda a los acordes del Himno de Riego, con su Padrenuestro en francés al lado de reumáticos religiosos exiliados, con su miedo de las noches silenciosas, con su miedo de cigarrillos

encarcelados, con su miedo de después, cuando no se sabe si todo ha terminado o no, con los paseos de pantalón largo por la Plaza de la Constitución, con la imagen de *canotiers*, de mujeres sin cintura, con el descubrimiento asombrado de que hay tantas y tantas posibilidades después de la derrota —Victoria, dicen, o así— y que somos los únicos que podemos moralmente —Dios mío, moralmente— agotarlas, tomarnos la revancha; todo encaja a estas horas inusitadas de la mañana, como encaja el morro del Mercedes en su Taunus, como encajan los chirridos de los frenos, como encaja el grito inútil de la muchacha con el golpe, con sus brazos abanando, con el pasmo del tipo de la esquina, con todas, todas, todas y cada una de las piezas, definitivamente encajadas bajo las cumbres azuladas, añiles y marrones.

apagadamente, apagándose en el recuerdo, acostumbrándose ya a casi todo, reanimado de improviso en este revulsivo, con este inesperado accidente que no puede, no se puede, no podemos valorar en su totalidad, que se reduce al nacimiento del recuerdo y al encontronazo, a la noche de juerga y a la mujer que cae, a su carrera y al chirrido de los frenos, a su matrimonio y a los brazos que se retuercen en el aire, a su piso y a los ojos de José Luís, a sus hijos, a sus amigos, a su trabajo, a su dinero, a su estabilidad, a su, a su, a su...; egoísmo comprendido de pronto en la sangre que se derrama, que se debe estar derramando, que ahora comenzará a derramarse, que fluye incontenible debajo del coche manchando los neumáticos, atravesando la carrocería, empapándolos a los dos, encharcándolos en un ficticio sabor salobre, como encharca el décimo whisky en el bar de camareras, o el undécimo en el cabaret, o el duodécimo en Casa Felisa o el enésimo-primero, con el olor a perfume barato y a tabaco rubio, olor a puta vergonzante, y a polvos Max Factor, olor a Tania, durante tanto —¿cuánto?— tiempo, a veces —las menos— como revancha de una juerga fracasada, las más con unas copas, las imprescindibles, encima, sin volver a casa, abandonando a los amigos a las

nueve, a las diez, a las diez y media o a las once, telefoneando a Marta desde el bar, o desde su mismo piso, con una especie de morbosidad bígama que sabe, está seguro, supo, no podrá arrancar protestas de ella al oírse justificar con un trabajo urgente, con una cena de negocios, con una despedida de soltero —¿cuántos amigos se casaron en aquellos meses?— porque a pesar de todo caerá-cayó sumisa, blandamente, sin lucha, sin forcejeo, sin misterio, sin encanto, sin la dosis necesaria de pureza o maldad, de pasión o desdén, para que el coito sea amor, para que el polvo sea voluptuosidad, para que la mujer poseída sea excitación y no contrato, onanismo de lujo, ley de la oferta y la demanda, Adam Smith redivivo, Marx, David Ricardo, artífices inmediatos de su triunfo, celestinos de sus escarceos, chulos de su querida muerta igual que nacida: de resultados de su trabajo, de su situación, de su frivolidad pretendida desesperadamente, pretendida en el colegio de los niños, en los electrodomésticos, en los viajes a la Península y al extranjero, en las cenas lujosas, en Tania, la amante que da categoría, que se muestra solapadamente a algunos íntimos, que se conoce, conocida, casi, casi, intencionadamente, cortejada con correcta frialdad, contratada a través de telefonazos en los que ella aparece distante, juguetona, frívola, superior, con todos los triunfos en la mano, experta, terriblemente experta, expertísima, socióloga autodidacta, estudiosa del burgués a su manera más efectiva que un Aranguren, trocando el cerebro por el sexo, machine à faire l'amour perfectamente engrasada, preparada, dispuesta, alquilada, compañera de unos meses, mujer que no deja huella más que en el bolsillo, y que a pesar de todo corroe, cuesta abandonar en el momento en que hay que hacerlo, en que la lucidez de universitario, de marido, de burgués, de universitario burgués, de marido lúcido (¡cuántas redundancias eufemísticas!) aconseja hacerlo: aventura efímera, pero dolorosa, recordada con tristeza en los momentos de tristeza, sabiendo triste esa huella indeleble en la paz de su hogar, como si todo lo demás fuese fácil borrarlo, como si eso fuese definitivo y lo demás transitorio, transitorias las trompas esporádicas,

transitorio ese hastío, ese terror al futuro, a los proyectos, transitoria su integración en este mundo de negocios, en esta sociedad de negocios, en esta vida de negocios, transitorios sus consejos de administración —mire, muchacho; mire, Rafa; Rafa; Rafael; don Rafael...—, transitorios sus balances tan iguales, tan indiferenciados los unos de los otros, variando tan sólo las siglas de la carpeta azul, gris, marrón, que los contiene, la marca de whisky del presidente que los recibe; egoísmo aquí, en esta voluntaria ignorancia de todo, en este no querer ver más que las consecuencias positivas, escondiendo la cabeza debajo del ala ante la injusticia ineludible, insoslayable, inenmascarable, soslayada en el silencio, ni siquiera en las bellas palabras que —un poco de pasada, sí, es verdad— odió en la Facultad, en Madrid, cuando la plusvalía y las curvas de valores, cuando el Fiscal y los notables, cuando los seminarios y las clases prácticas tan diferentes de la práctica; egoísmo descubierto en esta luz lechosa del amanecer, con las nubes cenicientas, con el Taunus abollado a su izquierda, con el Ford empotrado en su portezuela, con el volante encajado en sus manos, con la sangre fluyendo dentro del coche, manchando la tapicería, empapándole las manos por momentos, con el cuerpo joven, virgen, puro, que cae bajo las ruedas, que manotea sin convicción, desmadejadamente, obsesivamente, reiteradamente, que no ha hecho otra cosa que manotear desde el momento —lejano, lejano, lejano...— en que el coche lo golpeó, y que ahora cae al suelo: egoísmo que ahora es preciso reconocer sin saber por qué, que hay que admitir en esta desnudez, cuando las excusas no acuden al cerebro porque el cerebro se ha quedado parado, detenido, estático ante esta imagen

No. En este momento ya no piensas en ninguna de esas pequeñas cuestiones que hasta ayer te llenaban toda entera y tú no sabías que pudieran poseer una importancia distinta —mayor o menor, es lo mismo— de la que en realidad tienen. No es que estuvieras obsesionada por ninguna de

ellas, ni que te impidiesen descansar, ni que te atenazaran o te oprimieran, o te agobiaran; de ninguna manera: incluso las más de las veces no pensabas en ellas, como esta mañana, hace un momento, cuando te levantaste a desgana y te empeñaste en cantar ese ritmo repetido hasta la saciedad en las discotecas y que seguías tarareando al bajar la escalera y amenazaba —mascullaste sonriendo— repetirse durante todo el día como una matraquilla. Esta mañana no pensabas en absoluto en nada de eso, en ninguna de esas pequeñas-grandes cosas que llevabas dentro por todo bagaje. Te llenaban, eso sí, pero como algo inherente —con hache intercalada, sí, como alcohol, aldehído y Feijóho; no, Feijóo no lleva h—, como algo que te pertenece, mejor dicho, que forma parte de ti misma: eran las únicas cosas que tenías, las que habías poseído siempre, las que habías descubierto últimamente, las que —y éstas te eran un poco más queridas, ¿a que sí?— te habían llegado poco a poco, casi, casi, sin sentirlo. Tú no pensabas que existiesen otras cosas. Sabías, ¡claro!, que había guerras en el mundo, que en la Península había trenes y pasaban, a veces, algunas cosas: que las mujeres se encerraban en las iglesias, que los estudiantes estaban siempre de huelga y que algunos —de eso no estabas demasiado segura, pero creías que sí— se tiraban, ¡fíjese usted qué cosas!, por las ventanas. Claro está que sabías más cosas, que en Europa había mucha más libertad para todo, los chicos y las chicas salían solos siempre y no hacía falta estar casados, ni ser novios ni nada para..., ¡y muchas más cosas, pues no faltaba más! Pero era lejano, como cuando nos explican algo y se queda un poquito por el camino y sólo nos llega la sombra, o el eco, o vaya usted a saber; como las frases que están en los libros del Instituto o en los apuntes de clase: la renta per capita, el Modernismo, la segunda república, la guerra civil, la generación del 27. Pero lo importante para ti eran precisamente las otras cosas, las pequeñas cosas, tenías eso y bastaba. Eran como los olores de las personas queridas, de los lugares conocidos, que te acompañaban siempre y podías fijarlos si querías. Estaban ahí; o mejor dicho, estabas tú en ellos. Ahora ya

no. Te has quedado como en blanco, porque no podías esperártelo en absoluto. ¡Claro que no podías esperártelo! ¡Como que si te lo hubieses esperado cruzas la calle! Te ha cogido de sorpresa y te ha vaciado de repente de todo lo que llevabas dentro sin saberlo. Da la impresión, aunque ahora, en estos momentos de confusión, pudiera parecerse un poco complicado, da la impresión, digo, que es ahora, en este preciso momento, al quedarte vacía de él, cuando te das cuenta por primera vez en tu vida (en tu larga vida: dieciséis años, fíjate, dieciséis años ya...) de ese bagaje que te acompañaba a donde quiera que fueras: al Club, a bañarte casi todos los domingos por la mañana y los días en que las clases del Instituto acababan a las doce o a las doce y media, al Instituto por las mañanas, a casa de Mari Carmen a estudiar algunas tardes, a Orche de vez en cuando, a bailar, al cine, con Antonio. Ahora te has quedado vacía. Un espectador objetivo, alguien que te pudiera ver desde fuera, como el chico rubio aquél de la esquina, al que se le acaban de caer los libros al suelo, o el conductor del coche éste que no te quita la vista de encima, o el que está sentado a su lado, o..., cualquiera de ellos, pensaría que estás aterrada, sufriendo por dentro y por fuera. Ni siquiera eso. Te has quedado vacía: y cuando digo vacía tú sabes, ¿verdad?, que quiero decir vacía del todo, sin miedo, sin terror, sin tragedia, sin nada de nada, ni siquiera los recuerdos de las pequeñas cosas que te habían venido acompañando hasta ahora. Es una especie de cuadro plástico, ¿no?, o como cuando se para la película, ¿te acuerdas en *El Doctor Jivago* en el Víctor?, y no sólo se detiene la imagen, sino que deja de tener volumen, y movimiento, y carne y hueso, y se reduce a una calcomanía sobre la sábana blanca del fondo de la sala. Estás ahí simplemente; o mejor dicho, eres, pero no estás; como dijo aquel alemán que debes haber estudiado —ojeado, u oído en clase al menos— el del *Sturm und Drang*, en este momento podría decirse que sólo existes en función de las cosas que te rodean, de las cosas que actúan sobre ti, que también son pequeñas, no creas, tanto como las que te llenaban hasta ahora pero de otra naturaleza: se

trata de eso que los sociólogos llamarían tu entorno y Ortega definiría como tus circunstancias. Eso sí lo recuerdas, ¿verdad? En este momento sólo existen el golpe, los rostros que te observan, el chirrido de los frenos, el crack aplastante de las carrocerías; tú has dejado de poseer importancia en esta cuestión: estás al margen totalmente. Por eso se te puede hablar con serenidad, porque es ridículo pensar que nada de lo que ocurre a tu alrededor te pueda afectar en absoluto. A ti te sirve tan sólo para poder fijar los elementos de tu mundo real, los que ya no te pertenecen, los que te han abandonado en el momento en que ya no importaban en absoluto. Casi, casi, podría decirse —no lo voy a decir, no te preocupes— que es como una toma de conciencia. Pero no, ni siquiera llega a eso. A ti te basta con despojarte de todo lo que te envolvía y quedarte virgen, objeto utilizable, propicia para ser habitada. Felizmente propicia a partir de este momento. Lástima que tú jamás puedas beneficiarte de él, Ana Mari.

imagen que no acaba de fijarse en la retina, en el cerebro, en el recuerdo, en la memoria, en la conciencia, bañada en la sangre que fluye constantemente por las mil invisibles heridas, que corre a lo largo de la calle, que mancha el pavimento inexorablemente hasta desembocar en el mar, donde se funde finalmente, enmascarándose en el azul brillante de las olas domesticadas de la bahía, dejándolo todo de este lado de acá, como en un intento desesperado de evitar su trascendencia, como si la isla, esta isla, mi isla, la isla, todas las islas superpuestas en ésta, la isla, no fuese otra cosa que una enorme justificación, una justificación en la que cabe todo, una justificación que admite todo, que puede admitir todo, que puede ahogarlo todo a los cien metros de Anaga, a los pocos minutos de navegación; y de ahí que nada pueda resultar estúpido en esta hora de la madrugada-mañana-día, porque todo tiene su explicación, porque todo tiene su aclaración, porque todo puede colocarse en un lugar determinado, porque todo posee un equivalente,

a lo mejor remoto, a lo mejor incomprensible, a lo mejor monstruosamente distante de estos segundos eternos en los que las ruedas permanecen clavadas en la calzada y la mujer se ha quedado incrustada en el capó y los ojos de José Luis siguen-siguen-siguen-siguen perdidos en el ondear de los cabellos femeninos recortándose sobre el azul cada vez menos lechoso del cielo ciudadano; y pueden justificarse tantas cosas aún pisando los huesos núbiles, femeninos, que van a caer de un momento a otro debajo de las ruedas, pueden justificarse tantas cosas ayudado precisamente por ellos, podría justificarse todo, enmascarado en esta prisión de rejas líquidas, todo tendría su verdadera dimensión desde la posición en que nos encontramos, cuando el coche frena todavía y el eco del chirrido amenaza romper los cristales de todos los pisos de todas las casas: esta sangre sólo tiene valor mientras chorrea sobre el suelo firme que la ha derramado; después se quedará anulada por completo, se ahogará como se pueden ahogar tantas cosas, incluso desde esta propia tierra firme que las sustenta; y a lo mejor éste es el verdadero truco de la isla, proporcionarnos la coartada y negarnos la lucidez suficiente para advertir que se trata de eso, de una coartada, la que tenemos todos y cada uno de nosotros, la que necesitamos sin lugar a dudas todos y cada uno, la que probablemente necesita, o necesitará, o hubiese llegado a necesitar en su momento, irremediablemente, esta muchacha de ojos bellos y asustados que ve que el coche de Rafa se le viene encima y que va a sentir el golpe de un momento a otro sin poder hacer nada por evitarlo, accidente que también tendrá su coartada en otra dimensión, como la tendrá José Luis en su terror infantil de labios temblorosos, de párpados hinchados y distendidos, de blandura inocultable, como la tendrá el conductor del Taunus y el tipo de la esquina y la tendremos todos los de aquí, porque todo, todo, todo, empieza y termina entre estas cuatro costas que nos unen, que nos separan, que nos encierran, que nos limitan, ¡ésa!, ésa es la palabra: que nos limitan, que nos constriñen, que nos marcan la falsilla a la cual debemos atenernos forzosamente, nos basta con eso...

estamos excusados de todo lo que vaya más allá del terreno que podemos recorrer con los zapatos, nada —nada verdaderamente importante, queda claro— puede trascender en absoluto por encima de las aguas azuladas: nada puede caminar por encima de las olas sin hundirse, sin anularse definitivamente: es necesario que todo quede entre nosotros, que nos pertenezca verdaderamente, para que podamos utilizarlo a nuestro placer, para que podamos manejarlo como creamos más conveniente, para que podamos darle la forma que nos apetezca, forma de mujer asesinada bajo las ruedas de un coche, forma de renuncia a ideales de todo tipo, forma de sumisión ante modos de vida que se nos proponen, forma de explotación de nuestras propias peculiaridades, de nuestro orgullo, de nuestra independencia, de nuestra supremacía, de los elementos más a mano, forma de violencia, forma de poderío, forma de comodidad, forma de crimen, forma de hermetismo, forma de retranca, forma de desprecio... posturas susceptibles de ser adoptadas llegado el momento, pero que empiezan y terminan entre nosotros, entre Anaga y Los Cristianos, entre Teno y Bajamar, entre San Marcos y El Mádano, entre cunas húmedas y nichos subtropicales, y que, como tales formas, se reducen a una sola llegado el momento, como ahora.

Se terminó de escribir en Santa Cruz de Tenerife durante el mes de julio de 1970.

Luis Alemany Colomé nace en Barcelona el 17 de mayo de 1944, residiendo en Santa Cruz de Tenerife desde su infancia. Licenciado en Filología Románica, ha sido profesor de Literatura Española en las Universidades de La Laguna, Sevilla y Rouen (Francia). Se ha dedicado continuamente a la dirección escénica y a la investigación teatral. Ha publicado más de un centenar de artículos y ensayos en diversos periódicos y revistas. Ha publicado teatro (*Tiempo muerto*, 1966), ensayo (*Una aproximación a la moderna literatura hispanoamericana*, 1974; *Guía secreta de Canarias*, en colaboración con J. J. Armas Marcelo, 1979; *Lanzarote*, en colaboración con el fotógrafo Ildefonso Aguilar, 1987) y la edición crítica de la novela de Enrique Jardiel Poncela *Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?* (1988). La mayor parte de su obra narrativa se encuentra en los libros *El indulto* (1964), *Los puercos de Circe* (1973) y *Oscura relación* (1984). Ha sido traducido al inglés, al rumano y al húngaro.

Antonio Alonso Granadilla (Santa Cruz de Tenerife), 1952. Doctor en Filología Románica. Ha publicado el libro *Principios de poética narrativa* (1985) y diversos trabajos sobre Teoría literaria y *Literatura Española contemporánea* en revistas especializadas. Es Profesor Titular en la Universidad de La Laguna.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragments de mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra Narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de la primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El Nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 22 de mayo de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Los puercos de Circe es, sin duda, una novela muy peculiar. Luis Alemany nos ofrece una obra hecha, apenas sin fisuras como texto narrativo y clarividente como reflexión social. Si convenimos en que un texto literario no es más que la concreción de otros muchos posibles, esta obra se distingue por la fina criba, discriminación ajustada y selección del material que contiene.

Los puercos... debe leerse por simpatía con los personajes, porque no son figuras históricas y disrantes y ni siquiera se desciende mucho a su vida personal e íntima, aludida las más de las veces. Pero así se nos invita a convivir con ellos, admitiendo sus filias y fobias, comprendiendo valores y bajezas, recorriendo la piel y el corazón.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem